

ENTRE PASADOS

REVISTA DE HISTORIA
AÑO II - Nº 2 - COMIENZOS DE 1992



- > Intelectuales y Política
- > Anarquismo y Criminología
- > Periodismo y Golpe del Treinta
- > Pensar la Antigüedad Tardía
- > Video como Ensayo Histórico

ENTREPASADOS

REVISTA DE HISTORIA
AÑO II - Nº 2 - COMIENZOS DE 1992

Consejo de Dirección

Ena Cibotti
Silvia Finocchio
Patricio Geli
Sergio Lischinsky
Mirta Zaida Lobato
Lucas Luchilo
Gustavo Paz
Leticia Prislei
Fernando Rocchi
Juan Suriano

Director

Juan Suriano

Diseño Gráfico

Pablo Rossi

ENTREPASADOS es una revista semestral que abre un espacio para el debate y la producción histórica. El comité de dirección recibe todas las contribuciones que enriquezcan el campo del quehacer historiográfico. Las opiniones expresadas en los artículos firmados son responsabilidad de los autores.

Registro de la propiedad intelectual en trámite.

Suscripciones: En Argentina, u\$s 20.- (dos números)
En el exterior, vía superficie u\$s 25.- (dos números); vía aérea u\$s 35.- (dos números)

Entrepasados recibe toda su correspondencia, giros y cheques a nombre de Juan Suriano. Arévalo 2240, (1425) Capital Federal, Argentina. TE: 769.9013



Foto de tapa: Postal del Antiguo Muelle de pasajeros y Capitanía, Buenos Aires. 20 de Octubre de 1908. Postal incluida en el video "Buenos Aires I", dirigido por Rafael Filippelli

Composición, armado e impresión

Estudio R.P.R. S.A., Cabrera 3856, (1186) Capital Federal, Argentina

Indice

Artículos

Los anarquistas en el gabinete antropométrico.
Anarquismo y criminología en la sociedad
argentina del 900. 7
Patricio GELI

CRITICA en los años 30:
entre la conspiración y el exilio. 25
Silvia SAITTA

Itinerario intelectual y político de
los Maestros-ciudadanos.
(Del fin de siglo a la década de los 20). 41
Leticia PRISLEI

Galería de Textos

Folklore, antropología e historia social. 63
E. P. THOMPSON

Historia y Educación

Esquizohistoria e historiofrenia.
Del secundario a la carrera de Historia
y vuelta al secundario. 89
Ana María BARLETTA y Gonzalo de AMEZOLA

Entrevista

Historia y cultura:
una conversación con Carlo GUINZBURG. 105

En Debate

Buenos Aires I; el video como ensayo de historia. 119
Adrián GORELIK-Beatriz SARLO-Graciela SILVESTRI.

Centralidades y periferias.
Para pensar la antigüedad tardía. 127
Horacio BOTALLA-Hugo ZURUTUZA.

Fuentes de Archivo

Los archivos de la inmigración. 143
Emilia CIBOTTI

Una red para proteger la memoria obrera y popular. 153
Susana FIORITO

Reseñas y Comentarios de Libros

Nicolás Shumway: *The Invention of Argentina.* 159
University of California Press, Berkeley, 1991, 325 págs.
Reseña de Diego ARMUS

Hernán Díaz: *Alberto Ghirardo: anarquismo y cultura.* 162
Centro Editor de América Latina,
Buenos Aires, 1991, 126 págs.
Reseña de Dora BARRANCOS

Diego Armus (Compilador): *Mundo urbano y cultura popular. Estudios de Historia Social Argentina.* 164
Editorial Sudamericana, Buenos Aires, 1990, 361 págs.
Reseña de María Victoria GRILLO

Michael Riekenberg (Compilador): *Latinoamérica Enseñanza de la historia, libros de texto y conciencia histórica.* 168
Alianza Editorial / Flacso / Georg Eckert Institut,
Buenos Aires, 1991, 211 págs.
Reseña de Lucas LUCHILO

Artículos



Los anarquistas en el gabinete antropométrico. Anarquismo y criminología en la sociedad argentina del 900

Patricio Andrés GELI*

"Pero la facilidad con que concibieron ideas tan diferentes, y hasta el carácter verosímil con que cada una estaba revestida, debieron haber sido tomados por indicios de la dificultad, antes que de la facilidad atribuída a la explicación del enigma".

Edgar Allan Poe, El Misterio de María Rogêt.

Como correlato del acelerado proceso de transformaciones socioeconómicas iniciado en el Río de la Plata durante las últimas décadas del siglo XIX es susceptible advertir una alteración igualmente intensa en el plano de lo simbólico, derivada de la importación y superposición de una constelación de cosmovisiones que contribuyen a modelar aquel proceso de modernización, a la vez que se constituyen en atalayas desde las cuales los diferentes actores sociales buscarán la contrucción de sistemas de interpretación que lo tornen comprensible. Se trata de una variedad de doctrinas y creencias que actuando como vasos comunicantes, mediante un enmarañado juego de mediaciones, atraviesan ramificadamente la sociedad con diverso grado de intensidad

(ya sea verticalmente, entrecruzando a los diferentes sectores sociales, u horizontalmente, entrecruzando a los variados grupos y capas que integran cada uno de aquellos sectores) y generan por la frecuente coexistencia de perspectivas antagónicas una serie de discursos cargados de un cúmulo de tensiones en los cuales la inusual percepción de su conflictualidad deviene en uno de sus atributos definitorios. A partir de este nuevo bagaje de ideologías disponibles las clases dominantes locales se embarcaron en el intrincado desafío de diseñar estrategias para hacer frente a las tareas que la hora imponía —organización de un estado moderno, nacionalización de la masas inmigrantes, perfeccionamiento del modelo económico basado en la producción prima-

* Docente de la Cátedra de Pensamiento Argentino y Latinoamericano, Facultad de Filosofía y Letras, UBA. Esta investigación se realiza con una beca de Perfeccionamiento de la UBA en el Instituto de Historia Argentina y Latinoamericana "Dr. Emilio Ravignani".

ria— y de reflexionar sobre el surgimiento de los indeseables pero inevitables efectos que el precio de la modernización fijaba. En el caso de Buenos Aires el pasaje de la “gran aldea” a la ciudad moderna había liberado, no sin cierta sorpresa, un abanico de peligros entre los cuales el incremento de la delincuencia y el riesgo de la potencial violencia portada por el naciente movimiento anarquista comenzaban a ser vividos como los inmediatamente acuciantes. El pensamiento positivista se presentaba, en este sentido, a modo de un guía inestimable en la indagación de la razones de esos nuevos males, al mismo tiempo que ofrecía una gama de dispositivos represivos y normalizadores cuya reciente puesta en práctica en algunas sociedades europeas revelaba como eficaces.

La concurrencia entre los males de fin de siglo y la ideología positivista derivará en el estallido, mediante su refracción por el tríptico medicina-psiquiatría-derecho, de un conjunto de objetos teóricos que estructurarían una nueva disciplina: la criminología. Sin embargo este discurso positivista que tan bien se avenía a dar forma a los proyectos bosquejados por los grupos sociales dominantes, no debiera ser concebido desde un perfil meramente “instrumental” que lo cautivaría a la condición de “voz del Estado”, sino que habría de ser visualizado en un contexto de significación más vasto, atendiendo a su articulación con otros universos ideológicos—el socialismo y el anarquismo— donde también el catálogo de categoría spencerianas, muchas veces reformuladas, serviría para tornar inteligibles ciertos nudos de la realidad que incluirían, paradó-

jicamente, el cuestionamiento del poder.

El presente artículo se propone analizar el juego de apropiaciones y resignificaciones que se desprende del entrecruzamiento del nuevo discurso criminológico con el complejo universo anarquista desde los últimos años del siglo XIX hasta la aparición de los Archivos de Criminología, Medicina Legal y Psiquiatría bajo la dirección de José Ingenieros en 1902.

Las imágenes del criminal: descubrimiento y desplazamientos.

Durante el transcurso del siglo XIX es posible apreciar, tanto en las principales capitales europeas como en la discreta Buenos Aires, una creciente inclinación del público hacia los temas vinculados con “la vida delincuente”. Las modalidades que asumiera el desarrollo de la sociedades capitalistas habría contribuido a reforzar la vieja imagen del ámbito urbano como un espacio bipartito donde frente a la diáfana ciudad burguesa civilizada se adivinaba la emergencia de un submundo sórdido provisto de un sistema de reglas de sociabilidad diferenciado. Esta redescubierta coexistencia, a la par que despertaba la curiosidad por ese “otro” poco conocido, invitaba a la elaboración de una suerte de etnografía de la marginalidad que a través de una vasta producción ensayística, novelística y folletinesca vendría a demostrar que “los misterios de París” se extendían a todas la grandes ciudades tocadas por la modernidad ¹. Las fascinantes señales aportadas por estas vías diversas cuando no peculiares de exploración irían esbozando los contor-

nos de la ambigua figura del delincuente, percibido como un individuo cuyo conflictivo comportamiento inmoral lo desplazaba fuera de la fronteras del contrato social, pero que también, en tanto personaje que procuraba inútilmente fugar de los destinos predeterminados por el progreso, adoptaba ribetes de heroicidad que abrían las compuertas para la aventura romántica en la cual no pocas veces se filtraría la crítica social ². A su vez el discurso periodístico contribuiría a reforzar y a enriquecer con un halo de verosimilitud la representación del sujeto criminal proveniente de la literatura, en la medida que acercaba irruptivamente a la vida cotidiana del ciudadano un universo amenazante todavía situado extramuros por la ficción. Síntoma de la modificaciones en la aficiones de los lectores será la creciente circulación de un nuevo subgénero, la “causas célebres”, situado a mitad de camino entre la ficción y el ensayo social. Este tipo de relato de tradición francesa aparecido en el siglo XVIII verá aumentar su propagación en el siglo siguiente a partir de la internacionalización del modelo propuesto por Gayot de Pitaval ³. En este sentido, se percibe en el periodismo porteño desde los años 50 un incremento de la difusión de las causas criminales más famosas, siendo común en los casos de resonancia la publicación de la acusaciones, las defensas y sentencias que incluso se editaban en sueltos posibles de adquirirse por suscripción ⁴. De la progresiva autonomía de las narraciones referidas a lo delictivo no sólo daría cuenta el surgimiento de la versión criolla de las “causas célebres”, sino también la emergencia de la primeras publicaciones periódicas que consa-

gradas específicamente a estos temas procurarían saciar los nuevos gustos del público ofreciendo crónicas periodísticas de delitos, noticias sobre criminales famosos, piezas forenses de actualidad y exhumación de documentos de los archivos policiales ⁵. Asimismo este conjunto de novedosas publicaciones favorecerá la proliferación de zonas de entrecruzamiento entre la literatura y el periodismo criminal al transformarse este último en un invalorable reservorio de datos al cual en forma recurrente acudiría el recientemente inaugurado género policial rioplatense a fin de poder conferir a las narraciones cierta cuota de realismo que la eficacia de este tipo de relato demandaba ⁶. En la últimas décadas del siglo XIX la galería de personajes considerados riesgosos vería multiplicarse con los primeros indicios de una revelación que ya empieza a insinuarse alarmante: en los pligues de las multiformes multitudes de inmigrantes, presuntas depositarias de un esperanzado tesón laborioso, se encontraban inscriptos los gérmenes de la violencia antisocial. Pero si la ambigüedad del desafío reflejaba la profundidad del problema a resolver, al mismo tiempo anticipaba la doble orientación que debía guiar el análisis: por un lado, el estudio vía Le Bon del nuevo sujeto social, la multitud y la legalidad que determinaba su comportamiento, y por otro, la disección de los elementos integrantes de ese magma dirigida a individualizar los componentes patológico. Para esta segunda operación la elección de los recientes postulados de Cesare Lombroso auguraban resultados exitosos en la búsqueda de un mecanismo de certezas inmediatas para la identificación de los enemigos de la sociedad.

En 1876 aparecía en Turín la primera edición de *El hombre delincuente*. La amplia y rápida difusión de las obras de Lombroso en Europa y en América es un asunto equiparable en relevancia al estudio de su teoría misma, más aún si se tiene en cuenta que gran parte de sus axiomas son componentes de arrastre de sistemas de creencia anteriores, especialmente los vinculados a la frenología. Cincuenta años antes ya había visto la luz el libro más saliente del frenólogo Gall, *Sur les fonctions du cerveau et sur celles de chacune de ses parties*. Esta obra establecía las premisas básicas de la fisiognomía (disciplina que procuraba deducir rasgos de la esfera psíquica a partir de la configuración externa de la partes del cuerpo) y abría, en la medida que estipulaba la capacidad de lo anímico para modelar la forma del cerebro y la bóveda craneana, el nuevo campo de lo estudios antropométricos —en este caso sinónimo de observaciones craneológicas— como senda de conocimiento positiva para un diagnóstico del carácter individual⁷. Estas innovaciones acontecidas en el ámbito de la ciencias médicas se entrelazaría con los recientes rumbos adoptados por el pensamiento penal clásico. Entre estas modificaciones Foucault distinguiría oportunamente la convergencia de dos tendencias a primera vista opuestas, en primer lugar, el proceso de taxonomización de los crímenes y la penas que culminaría en la instancia de la codificación y evitaría el hundimiento en ese horror al vacío que significaba el delito sin castigar (aplicación de leyes fijas a sujetas diferentes); en segundo lugar, la propensión a adecuar las penas a los caracteres particulares de cada infractor (individualiza-

ción)⁸. En esta última actitud también debieran encuadrarse los intentos desmedidos del ex comisario de pesquisas José Alvarez (Fray Mocho) por diseñar un catálogo pormenorizado de los ladrones de Buenos Aires que incluyera retratos, descripción física, prontuario y, sobre todo, hábitos de los crecientes consumidores de latrocinios⁹. Este centramiento progresivo de la mira en la persona del delincuente y su paulatina constitución en objeto de estudio entreabría la perspectiva para pensar años más tarde, a partir de la figura clave del reincidente, en el exitoso descubrimiento de una naturaleza criminal. Pero la condiciones epistémicas favorables no constituirían un principio de razón suficiente capaz de explicar por sí mismo los motivos de los altos niveles de difusión de las teorías lombrosianas, sino que estos más bien deberían ser interpretados atendiendo al contexto conformante del nuevo discurso criminológico cuya eficacia social residiría doblemente en la asignación de status científico a la imagen dominante del delincuente elaborada por el periodismo y la literatura, y en su capacidad para disminuir el margen de incertidumbre al aportar una vía infalible para la detección de sujetos peligrosos. Este criterio preventivo reconocía como piedra basal la noción de criminal nato (tipo biosocial homologable al salvaje cuyo origen atávico lo compele fatalmente a delinquir) estigmatizado según determinados caracteres antropométricos y fisiognómicos¹⁰ y ciertos comportamientos asociados a atributos considerados definitorios del primitivismo: el uso del argot, el tatuaje y el juego. Las reiteradas críticas recibidas por Lombroso (especialmente en Fran-

cia) lo condujeron a repensar sus hipótesis en consonancia con alguna escuela psiquiátricas y a fusionar en las sucesivas ediciones de su obra al criminal nato con la no menos alarmantes figuras del loco moral y del epiléptico¹¹. Si la nuevas reformulaciones restaban coherencia interna a la propuesta, pues gran parte de la comunidad científica especializada consideraba que estos cuadros clínicos no eran asimilables unos con otros¹², ganaban la inserción en el sentido común, en la medida que extendían el horizonte de la etiología del delito estructurando bajo un mismo denominador el universo de individuos considerados temibles. Articulación con las creencias colectivas cuya caladura tan profunda se explicaría, quizás, por la pretensiones del sistema lombrosiano de convertirse en una interpretación totalizadora de la marginalidad, puesto que la dilución del delito en el escabroso laberinto de las enfermedades mentales ocasionaría un desplazamiento de la observación hacia otros personajes lindantes cuyo singular comportamiento devendría en conducta patológica: el artista u hombre de genio" y el anarquista. En este sentido la nueva ola de regicidios y magnicidios anunciaba que había tenido lugar el sobrecogedor encuentro entre la política y la degeneración palpablemente corporizado en la imagen del terrorista. Al pasarse revista del inventario de los famosos ejecutores de atentados —entre los que confusamente se incluiría a Ignacio Monges victimario del presidente Roca¹³— en base a los nuevos métodos antropométricos y a la reconstrucción de las biografías se revelaría adecuado su encuadramiento dentro de la tipología de los criminales. El abordaje

de este fenómeno suponía la reducción de la ideología anarquista a una versión moderna del fanatismo religioso que con suma frecuencia perdía su carácter de pensamiento inofensivo de salón para trastocarse en riesgo antisocial cuando la liberación de estas potencias mistificantes estimulaban los cerebros predeterminados a la violencia. La profilaxis se bifurca en control de los agentes patológicos desatados y prevención de su futura emergencia. En el primer caso se recomienda el destierro de los individuos más peligrosos (criminales natos) a las colonias penales de Nueva Guinea, y para quienes se adentraron en la política por las puertas de la histeria y la epilepsia la reclusión en manicomios; en tanto las prácticas inhibitorias de futuros delitos comprendían medidas de policía (vigilancia de anarquistas, difusión de sus fotografías, censura a la prensa que difundiera el proceso a los mismos y exacerbación del sentimiento antilibertario profesado por ciertos sectores de la población) y reformas sociales (mejoramiento de las condiciones de vida y educación para contener a los criminales por pasión u ocasión)¹⁴. A través de una dinámica cognoscitiva que se expande por ondas concéntricas las teorías lombrosianas habían conseguido enebrear en una relación significativa el submundo de esas especies tan temidas que habitaban en los poros de las sociedades modernas, a la vez que esbozaban el curso que habría de asumir una higiene social pensada desde el Estado. Sin embargo, aunque la vulnerabilidad de su programa excesivamente ambicioso fuese prontamente advertida por la comunidad científica internacional —y aún por algunos de sus propios disci-

pulos como Ferri— cayendo en un progresivo desuso, la permanencia de algunos de sus tópicos todavía es registrable en el plano del sentido común en la década del 20 según lo atestiguan publicaciones periódicas porteñas del período.

A partir de 1882 se hacen sentir en Buenos Aires las primeras repercusiones de la llegada del lombrosismo. Un rasgo definitorio de la recepción argentina es la rapidez llamativa con que se difundió en ciertos sectores intelectuales vinculados al poder, atribuible a la contribución de esta doctrina en la conformación de esa visión que percibe como modalidad distintiva de la construcción de la nación la puesta en funcionamiento de un mecanismo que integra a costa de segregar ¹⁵, y en menor medida, a la falta de una presencia fuerte de una escuela capaz de resistir el discurso lombrosiano. Pero la ciudad no se limitará a un papel de pasivo receptor de las novedades sino que se convertirá en uno de los centros productores de ensayos cincelados por estas teorías. Algunos ejemplos pueden dar cuenta de ello.

En 1882 Luis María Drago interpretaba en *La literatura del slang* el lunfardo según los parámetros del argot criminal. Seis años más tarde del mismo autor aparece *Hombres de presa* que se erigirá en el primer estudio local sobre la obra del profesor turinés. El libro contiene dos aristas peculiares: esboza una crítica de la sobrevaloración de los rasgos físicos en el estudio del delincuente rescatando la tipología basada en anomalías psíquicas (línea continuada por otros criminólogos locales y que culminará con la sistematización de Ingenieros) y será

traducida al italiano como *El delincuente nato* (título disolvente de la crítica insinuada) con introducción del mismo Lombroso. En ese mismo año se funda la "Sociedad de Antropología Jurídica", una de las primeras sociedades criminológicas mundiales, integrada entre otros por los Ramos Mejía, R. Rivarola y L. M. Drago (Francisco Ramos Mejía en su conferencia inaugural, "Principios fundamentales de la escuela positiva", anunciará la ruptura del grupo respecto de la ideas fundantes de la escuela penal clásica). El joven Alejandro Korn no pudo substraerse al magnetismo de la nueva doctrina. En 1883 escribe su tesis médica (*Locura y crimen*) en base a estudio antropométricos realizados en la Penitenciaría de esta capital. Luego como director del Hospital para Alineados de la Provincia de Buenos Aires dejará constancia de su deuda intelectual con la creación del "Pabellón Lombroso" destinado a la confinación de "alineados delincuentes". A lo largo de la década del 90 la producción bibliográfica sobre los temas vinculados a lo criminal se irá incrementando (surgen los primeros estudios estadísticos, se profundiza el estudio del "idioma del delito" y se analiza la relación crimen-multitud), así como las conferencias en las facultades de Medicina y Derecho. Por ese entonces el discurso criminológico hace su incursión en los diarios de la ciudad. "La Nación" se vanagloria de tener como corresponsales a Lombroso y a Max Nordau quienes trazarán bocetos descriptivos de los famosos ejecutores de atentados y de los artistas considerados "raros" ¹⁶. Asimismo estos hechos serían indicativos de la polarización que ahora también se habría de producir en el campo penal local: es-

cuela clásica-escuela positiva. La primera centra su atención en el delito concebido como una violación del equilibrio jurídico emanado de un pacto social solo restaurable mediante la pena cuya legitimación reposa en el criterio de imputabilidad derivado de la creencia en el libre albedrío o libertad moral del individuo; la segunda, descartando por metafísica la existencia de este presupuesto, estudia el objeto delincuente en cuya condición de especie anormal (jurídicamente irresponsable) fundará un nuevo rumbo preventivo para la defensa social al procurar la disminución del índice delictivo a partir de la puesta en práctica de los saberes que permitirían la detección prematura de los potenciales criminales.

De víctimas y victimarios. Las peripecias de una "criminología anarquista".

No obstante, este programa donde el discurso criminológico se presentaba visiblemente asociado a proyectos diseñados desde el poder estatal sufrirá una creciente complejización con motivo de la aparición de la primera publicación periódica de la nueva escuela, "Criminología Moderna" (CM), dirigida por Pietro Gori, y también de una serie de artículos aparecidos en "La Protesta Humana" (LPH) que pretenden reformular las interpretaciones positivistas sobre la criminalidad. La destacada presencia de un personaje relevante del movimiento anarquista como Gori dentro de un staff compuesto por personalidades pertenecientes al elenco dirigenal del país (v.g. O. Piñero, R. Rivarola, L. M. Drago, Magnasco, E. Navarro Viola, E. Gouchon, J. M. Ramos Mejía, J. Vu-

cetich, J. Ingenieros) y al mundo académico internacional (v.g. Lombroso, Ferri, Ferrero, Colojanni, Hammon, Labriola) da cuenta de la bifronte identidad de ciertos intelectuales libertarios resultado de su doble articulación tanto con los avatares de los sectores populares como con ciertos valores aristocratizantes profesados por la reducida comunidad intelectual rioplatense ¹⁷. Pero su presencia a su vez insinuaría indicios referentes al grado de tolerancia vigente en un determinado sector de la clase dominante que todavía no concebiría amenazante la función de los intelectuales anarquistas, reproduciendo la postura lombrosiana que discriminaba entre pensadores y hombres de acción (el año 1902 fijará una ruptura en este sentido).

La comunión en ciertos postulados higienistas hacía posible la elaboración de un programa mínimo de reforma tendientes a suprimir un conjunto de patologías inaceptables para cualquier pretendido modelo de sociedad. Este programa se sintetiza en el lema de la revista, "¡guerra al delito!", que ensambla en una sola pieza la determinación de disminuir el crimen con el derecho del organismo sociedad a defenderse en la lucha por su propia conservación y desarrollo ¹⁸. La enunciación del propósito además deja traslucir modificaciones en el pensamiento criminológico, anunciando de una atenuación del ingrediente lombrosiano y de una correlativa reorientación, Ferri mediante, de las explicaciones ahora proclives a ponderar las causas sociales que brindan mayores posibilidades para la concepción de un dispositivo higienista.

A partir de un recorte bastante ajustado de los artículos de la publicación

que por su contenido o por su autoría bordean la cosmovisión anarquista se podrían bosquejar provisionalmente varios problemas. Nos limitaremos al referido a la fractura que en torno al "tempo" de los cambios se produce en Gori entre pensamiento político y pensamiento criminológico, ambos signados por lógicas diferenciadas. En el plano de lo político al estar todas las transformaciones subsumidas en la idea de revolución el único programa viable es el de máxima, visualizándose el proceso social hasta la consumación de la misma como un todo homogéneo signado por una gran expectativa; mientras que dentro del plano del saber criminológico el abordaje del objeto sociedad deduce la licitud de las reformas paulatinas. El entrecruzamiento entre un discurso tendiente a reforzar el control social con otro de signo opuesto que plantea la eliminación de las relaciones coactivas, quizás, podría empezar a explicarse a partir de la imagen de caos que invade a ciertos intelectuales libertario inmigrantes a su llegada a la Argentina. El desafío que suponía intentar conceptualizar los incascentes fenómenos emergentes de una sociedad inmersa en una acelerada dinámica de cambios no sólo constituía un reto para quienes procuraban diseñar modelos de dominación, sino que se convertía también en una condición necesaria, no exenta de simétricas dificultades, para quienes pretendieron con diverso grado de fortuna imaginar proyectos alternativos. Bajo esta perspectiva habría que encuadrarse la frecuente percepción de algunos intelectuales identificados con el anarquismo que consideraba que en este país todavía no habían adquirido plena identidad los actores ar-

quetípicos del capitalismo. Esta reflexión primaria legitimaría las iniciativas personales que buscaran poner orden en ese conglomerado caótico hasta que los verdaderos protagonistas del sistema adquiriesen definitiva nitidez. En ese sentido la adhesión a los principios de la nueva escuela cumple el papel de un salto hacia adelante. Las iniciativas ordenadoras propiciadas por Gori apuntarán fundamentalmente a la reforma del sistema judicial: instauración del juicio oral por jurados, la reelaboración de códigos conforme al espíritu de la escuela positiva y la abolición de la pena de muerte.

La aparición de CM fue recibida no sin cierto desconcierto por las publicaciones anarquistas que si bien consideraban conveniente a los fines propagandísticos el prestigio creciente alcanzado por uno de sus militantes más notables fuera de los límites del ámbito gremial, pronto advertirían que los enunciados de la revista entraban en conflicto con las posturas contestatarias. Frente al problema que significaba —incluso puertas adentro— la bipartita identidad de Gori, la redacción de LPH optó por unilateralizar su figura, aunque mediante este proceder no hacía más que retardar la polémica sobre el papel de los intelectuales en esa fuerza política que establecería años más tarde, haciendo trascender casi exclusivamente su labor propagandístico-organizativa (visión adoptada acriticamente por buena parte de la historiografía del movimiento obrero) ¹⁹, al mismo tiempo que ensayaba contrarrestar las posiciones criminológicas dominantes, pasando de los artículos esporádicos consagrados al estudio de estos temas a la creación de una nueva sec-

ción a cargo de Altair (sued. Mariano Cortés). Esta sección que asumiera el beccariano título de "El delito y la pena" mantendría una continuidad llamativa en una publicación caracterizada por la inestabilidad de sus columnistas y de sus líneas editoriales (desde el 22-7-1900 al 30-11-1901).

Para LPH el discurso criminológico preponderante respondía a una lectura intencionadamente distorsionada de los principios del positivismo evolucionista que al legitimar nuevos instrumentos de control debía ser denunciado como una de las modalidades de la dominación estatal. Bajo esta lectura el lema de CM se temía pudiera ser interpretado en el sentido de un llamamiento a desplegar una cruzada disciplinante que derivaría en una persecución de los anarquistas, por consiguiente, la refutaciones procurarían adentrarse en la fundamentación teórica del dispositivo higienista estableciendo una nueva relación de sentido entre los saberes y las prácticas, a fin de poner en evidencia la acientificidad de los primeros para que la últimas se presentasen descubiertas en su esencia puramente represiva. La estrategia que asumiría la crítica sería la de impugnar las proposiciones de la doctrina lombrosiana para luego corroborar su supervivencia latente en otras versiones de la escuela italiana. Latencia sumamente riesgosa, pues, una vez advertida la confluencia en el ámbito de CM de los cultores de la antropología y de la sociología criminal se percibiría en ese eclecticismo que se niega a liquidar definitivamente la categoría de criminal nato (traducida caprichosamente por Cortés como maldad innata del hombre) una negación del valor del combate por el mejoramiento de la

sociedad, y consecuentemente, una legitimación "sub especie aeternitatis" del papel de la autoridad, único garante para controlar el inevitable resurgimiento de los instintos bestiales ²⁰.

Hacia los últimos años del siglo LPH promociona en forma de folleto la refutación más importante de la obra del profesor turinés formulada desde el campo anarquista a cargo del español Ricardo Mella (*Lombroso y los anarquistas*) que pretendía explicar los fenómenos estimados delictivos desde una perspectiva capaz de reemplazar las demostraciones adscriptas al fatalismo biológico mediante una extremación de las determinaciones sociales. Sin embargo los libertarios locales no se limitarán a la mera reproducción de los alegados de Mella sino que intentarán ensayar algunas variaciones. Sintéticamente la líneas argumentales se reducen a tres: a) una postura moderada que reprueba no tanto las observaciones antropométricas que sostienen la teoría del criminal nato como las manipulaciones clasistas que de ella se habrían efectuado b) otra actitud que se pretende más académica cuyas argumentaciones explicativas del origen del delito oscilan entre un reduccionismo económico y un policausalismo c) por último algunos artículos que en tono vulgarizador procuran refutar las teorías lombrosianas a partir de contraejemplos extraídos de la cotidianidad.

La primera posición reconoce un antecedente en el príncipe Kropotkin quien emprende el ensayo de insertar ciertos postulados estructurantes del paradigma positivista dentro de la cosmovisión anarquista. Uno de los hallazgos reivindicados por esta opera-

ción sería la distinción existente entre los datos inequívocos que arrojan las observaciones realizadas a partir de un método de conocimiento considerado válido y las manipulaciones sociales de estos datos puros que suponen una tergiversación según intereses de clase. En el caso del sistema lombrosiano este abordaje se manifiesta en la pretendida separación entre la validez de las observaciones antropométricas y clínicas realizadas sobre los delincuentes (lo cual abriría un espacio de tensiones que amenazan los razonamientos basados en ciertos núcleos fuertes legitimantes de la transformaciones anheladas) y el derecho que se arroja la sociedad burguesa a controlar (o eliminar) a los anormales (confinamientos en prisiones o manicomios) ²¹. Un recurso interpretativo similar se advertiría en la condena de la pena de muerte realizada por Félix Basterra con motivo del fusilamiento en 1900 del filicida Grossi. No basta denunciar la incapacidad metafísica de los jueces que desconociendo los principios de la nueva escuela penal se obstinan en hacer resurgir la Ley del Talión sino que la mira debe centrarse en las desviaciones de Lombroso y Garófalo acogidas con alarmante receptividad en Buenos Aires. Pero la crítica siempre recae en el plano de la instrumentación: "(...) rechazamos la maltraída tesis de que sólo caen en el delito los que están antropológicamente predisuestos a él, pero rechazamos la teoría sin negarla; la rechazamos como representando una justificación a la ley de la pena de muerte que no se justifica de manera alguna científica" ²². En esta postura también se encuadran los primeros artículos sobre temas criminológicos aparecidos en

LPH que exhiben paradójicamente citas textuales del escrito de Lombroso sobre los anarquistas referidas a la inutilidad de la mera represión como forma de extinguir a este movimiento. Ahora resignificados estos pasajes aparecen a modo de pruebas autosuficientes que reconocen su legitimidad en la autoridad invocada desatendiendo al contexto del cual son extraídos. Ambigüedades derivadas de las dificultades para juzgar ciertas figuras eminentes cargadas de un halo de cientificidad con un utillaje mental que comparte el culto a lo científico inscripto en el sentido común, resultado del paulatino repliegue del pensamiento religioso con el advenimiento de la modernidad.

La segunda línea argumental personificada ejemplarmente por Cortés avanza unos pasos más en el sentido establecido por la anterior al adoptar como locus de enunciación el ámbito del saber criminológico. En esta perspectiva donde la crítica a Lombroso iría acompañando la disputa sobre quiénes son los auténticos hermeneutas del legado spenceriano los fenómenos de la delincuencia se tornarán inteligibles a través de su inserción en una matriz explicativa que entrecruza el positivismo, el determinismo social de signo anarcosocialista y ciertas nociones iluministas de arrastre no exentas de representaciones relictas de origen contractualista. Una de las piedras angulares de esta construcción descansa en el sesgo que se asigna a la categoría de naturaleza. A su vez un denominador común que entrelaza a numerosas interpretaciones que se autodefinen anarquistas reside en la lectura en clave ética del capitalismo. Se trata de una visión que concibe a esta formación

social como una imposición artificial que se superpone a un orden natural (moral) preexistente, sellando esta índole fundacional perversa el carácter inmoral de los posteriores mecanismos reguladores del sistema. Esta imagen del capitalismo que trae reminiscencias de la sociedad civilizada rousseauiana subsume la antítesis burguesía-proletariado a otra más abarcativa: civilización burguesa-naturaleza. Este substrato que opera desde las profundidades contribuye a entender la razones por la cuales en variadas argumentaciones ácratas donde las acciones de los hombres son generalmente dilucidadas a partir de relaciones de determinación social se valora siempre positivamente las irrupciones irrefrenables de la naturaleza en la sociedad (calificadas de nocivas por el pensamiento criminológico dominante) que vienen a recordar recurrentemente el origen bastardo del régimen vigente. El curso de las refutaciones cimentado en el optimismo residente en la función regenerativa de la naturaleza sobre lo social apunta con frecuencia a una suerte de utopía biológica. Esta astucia de la naturaleza se combina con el principio monista spenceriano que sostiene que en el pasaje de una fase a otra de la evolución social se eliminan a la larga los elementos no vitales (productos patológicos de estados anteriores) pero se vigorizan los sanos y fecundos con la consecutiva elevación de los niveles físicos y morales de la humanidad. El resultado es el vaticinio lógico de una sociedad futura compuesta por individuos clínicamente perfectos y la demostración que el criminal nato es un espécimen de historicidad limitada, por tanto su proclamada reaparición incurre en una

"contradictio in terminis" ²³.

Paralelamente la impugnación de las predisposiciones innatas hacia el crimen se refuerzan con la adscripción a otros registros como el determinismo social. Mientras la naturaleza es cautiva de la civilización burguesa sus potencias se verán en parte inhibidas por el mecanismo inherente al sistema impuesto, nueva óptica desde la cual se analizarán ahora los fenómenos delictivos. El razonamiento lleva al extremo las afirmaciones de la sociología criminal, explicando la reincidencia en el delito no en el periódico resurgimiento de una perversión hereditaria o congénita sino en la reproducción de similares condiciones antihumanitarias de existencia, con lo cual el delincuente deja de convertirse en agente causal para convertirse en producto pasivo ²⁴. Así la degeneración sería examinada como una traslación al campo de la naturaleza del espíritu de corrupción derivado de un medio injusto ²⁵. La ponderación de las causas sociales del crimen respecto de las biológicas y cósmicas encierra obviamente no sólo un actitud cognoscitiva sino también estratégica: la consideración de la revolución a modo de una restauración del orden natural (una apocatástasis), y por ende, el único punto de partida válido para pronosticar la extinción del delito. Mientras tanto la naturaleza consume su propia venganza. El nuevo vindicator coincide con el pilar sobre el cual se sustenta la criminología positiva. Se trata del delincuente metamorfoseado ahora en víctima de la miseria y de los valores burgueses cuya erróneamente atribuida conducta antisocial deviene, según la nueva perspectiva, en el legítimo ejercicio del derecho individual de defensa

emanado de la ley de la lucha por la vida en tanto respuesta al estado de desesperación al cual es arrojado. Las visiones organicistas no siempre se avienen con una cosmovisión que se define por su profesión de antiautoritarismo. El desplazamiento del derecho a la defensa del organismo sociedad, más adecuado para un discurso que se piensa desde el poder estatal, al individuo, remite en forma sutil pero ineludible a estipular la existencia de derechos naturales (o inalienables) pero en sentido contractualista. Porque es, en efecto, la violación del pacto de solidaridad original que la instauración del capitalismo consuma la que ha devuelto la plena soberanía a los antiguos contratantes y a sus descendientes, y al mismo tiempo justifica el derecho de defensa contra la opresión²⁶.

Asimismo la reformulación del delito conlleva a una reconsideración de la pena. Los criminólogos han superado la creencia mística en el libre albedrío pero en lugar de liberar al sujeto inimputable ("esclavo maniatado contra su voluntad") lo han sometido a más perfeccionados mecanismos de control. La negación del principio de defensa social asume entonces una refutación de índole técnica, pues a la desanexión del binomio delincuencia-derecho a reprimir se le suma la demostración de la ineficiencia del régimen social en la prevención del delito y en la corrección del delincuente. La comprobación es nuevamente de inspiración kropotkiniana. Las estadísticas verifican que la escuela penal positiva fracasó en la disminución del número de crímenes mediante la invocada prevención (para Altair represión), por cuanto renunció a la única salida científica prescripta por la so-

ciología criminal —la transformación de las condiciones miserables de vida— debido a una defensa egoísta de los intereses de las clases dominantes. A su vez el sistema carcelario vigente que incluye en esta refutación a los manicomios, según reconoce hasta el mismo Lombroso, se ha convertido en una fábrica de conductas antisociales²⁷. La solución disparada hacia la utopía ya había sido anticipada años antes por Fourier. En la sociedad futura las malas pasiones serían corregidas por la fraternidad humana y la libertad o encaminadas en su defecto hacia un vasto campo de actividades que redundaría en beneficio de la mayoría. Hasta tanto se aguarda la llegada de ese momento Cortés se inclinaría por soluciones menos esperanzadas pero más originales: la aplicación de un castigo inversamente proporcional a la dimensión del delito²⁸.

Es notable como la ansiosa sensibilidad del anarquismo rioplatense por estar a la altura del espíritu de los tiempos y de los desafíos por hacer inteligibles los fenómenos introducidos por la modernidad lo vuelcan a una desprolija adopción de series argumentales provenientes de paradigmas diversos que asiduamente culminan en aporías de las cuales se pretende escapar por continuos y precariamente fundamentados saltos de un universo de significación a otro que constituyen un rasgo funcional de esta ideología. Un ejemplo. Si el fatalismo biológico puede ser denunciado como un instrumento de dominación, la extremación del determinismo social no arroja resultados muy diferentes. En tanto las condiciones de miseria se profundizan y se extienden, aumentan en forma proporcional las des-

viaciones patológicas, al punto que las masas llamadas a hacer la revolución —única salida de cambio en una doctrina que bloquea la salida de las reformas paulatinas— se sumergen en un estado de anormalidad progresivo que inexorablemente conduce al comportamiento propio del bestialismo desde el cual no hay retorno posible, confinando al intelectual libertario a una esfera solipsista que derrapa hacia el aristocratismo. La solución en este caso es el salto hacia ciertas nociones iluministas (o hacia la utopía biológica) que contiguamente a los derechos inalienables develan la existencia en los individuos de cierta cuota de racionalismo de carácter inmutable. Quizás, sería más conveniente para el tratamiento de estos textos sumamente lábiles el concebir a la cosmovisión anarquista no tanto como una ideología sistemáticamente estructurada, sino como un espacio de mezcla que a partir de un substrato conformado por núcleos fuertes (v.g. lectura ética de la sociedad, idea de progreso, rechazo del principio de autoridad, la propiedad como robo, modelos utópicos de sociedad futura) pero no siempre coherentemente vinculados entre sí, recibe con escasa tamización crítica, en especial en el Río de la Plata donde el anarquismo carece de tradición, la llegada aluvional de doctrinas de mayor sustantividad que dan lugar a un amplio juego de combinaciones para los sujetos adherentes a las ideas primarias.

La tercera vía menos pretenciosa pero de mayor eficacia social, por cuanto resulta más accesible al público de LPH, contesta a las teorías lombrosianas desde el plano de la evidencia sin inclinarse ante el templo del cientificismo. En estos escritos se atribuye la

amplia difusión del lombrosismo a su capacidad de conferir al fatalismo religioso obnubilador de la conciencia popular un status científico. Se adivinaría así una relación de correspondencia entre esta nueva escuela y las supersticiones de antigua data en las que se sustenta: pecado original —estigma fisiognómico, la culpa que no se lava en el tiempo de una vida sino que se transmite a la descendencia como maldición— la herencia de la naturaleza delictiva, la ejecución del culpable —la eliminación del individuo anormal, el sacerdote como hermeneuta de un dogma críptico— el criminólogo como exégeta de los secretos del cuerpo. En definitiva las teorías lombrosianas se reducen a una burda maniobra de los sectores dominantes que persigue el perfeccionamiento del control sobre el pueblo. Las incongruencias de la teoría manifestadas en su traslación a las prácticas conllevarían a su descalificación por una suerte de reducción al absurdo reveladora de las intenciones netamente represivas. Dos ejemplos se erigen para E. Gilimón en razón suficiente de lo antedicho: más del 90% de la población presenta asimetrías faciales lo cual debería remitir a la conclusión de la raza humana como enteramente criminal y la presencia del atávico tatuaje que se advierte en los marineros y en la comunidad siria de Buenos Aires que supondría su inexcusable confinamiento²⁹.

Otras impugnaciones realizadas desde un sesgo que evoca la idea de la propiedad como robo también se construyen desde fuera del sentido positivista. Si las relaciones de explotación se estructuran a través de un gigantesco latrocinio cotidiano (mácula inmoral fundacional que diluye la

concepción del delito como alteración de un orden moral legítimo), los ulteriores robos, especialmente los protagonizados por los pobres, se trastocan al decir de Rafael Barrett en una restitución. Este razonamiento no sólo exime al restituyente sino que también descubre una perspectiva donde alcanzarán plena justificación el bandolerismo (condenado por Gori como una forma atávica de delito propia de las sociedades rezagadas en la evolución) y las acciones expropiadoras con fines propagandísticos en tanto restauraciones simbólicas del orden natural preexistente.

Excursiones a un averno pampeano

Por último se deberían mencionar dos interesantes lecturas sobre un mismo establecimiento carcelario. Con tres años de diferencia (1896-1899), Alberto Ghirardo, cronista por ese entonces de "La Nación" y en un tránsito paulatino hacia el horizonte anarquista, y Pedro Gori en compañía de su joven colaborador que oficiaba de fotógrafo, Juan Vucetich, harían una visita al penal de Sierra Chica de la cual dejarían constancia en una serie de artículos publicados por entregas en "La Nación", compilados después en el libro *Sangre y oro*, y en la serie titulada "Estudios carcelarios" aparecida en CM respectivamente.

La obra de Ghirardo concibe la excursión como un descenso a los infiernos, asumiendo frente al objeto presidio la modalidad de un ensayo realista de corte filantrópico y de calidad cuanto menos dudosa³⁰. El establecimiento es descrito como un espacio signado por el malditismo en el cual

habitan seres monstruosos, víctimas de una compulsividad inexorable hacia el crimen que imprime al relato un tono trágico³¹. El sentido común lombrosiano asoma en la presentación del universo presidiario a través de un bestiario en el que se adosa al texto que describe los rasgos fisiognómicos y una suscita biografía de los reclusos (particularmente de sus crímenes) una fotografía del espécimen, siguiendo la nueva costumbre de algunas recientes publicaciones locales. El rigor del análisis es sacrificado en pos de cierto efecto sensacionalista que procuraría satisfacer las curiosidades del público. En este lamento humanitario por las condiciones de existencia del prójimo se atisba una mejora a partir de la estimulación de los reos al trabajo.

Aquel remedio insinuado por Ghirardo sería retomado por Gori en diferente clave. Su posterior reinterpretación se inscribe en un discurso que habla desde el saber científico dirigido a un destinatario culto capaz de advertir que "el objeto de la obra no es proporcionar un pasatiempo malsano a los lectores" sino aportar "a la joven escuela Italo-Argentina de sociología y antropología criminal". Los artículos realizan una descripción general del presidio y algunas consideraciones sobre las reformas que habrían de introducirse para luego pasar revista a la galería de los presos, diagnosticados en esta circunstancia según el instrumental de la nueva escuela criminológica. Las reformas propuestas ponen en evidencia en el plano de lo penitenciario las diferencias entre la escuela clásica y la positiva. Si la Argentina todavía es presa de la creencia metafísica que homologa el castigo a la expiación de una culpa, resul-

ta una escuela a través de un índice de productividad sino por su capacidad para engendrar conductas disciplinadas que apuntasen a constituirse en hábitos duraderos. El ocio es objetado no tanto por su esencia improductiva como por representar un estado donde las relaciones de poder no se han desplegado totalmente. El pleno disciplinamiento se lograría con la transformación del penado en un engranaje perteneciente a una máquina activa donde la eficacia del control se reduce a la persistencia del movimiento. El planteo de Gori lleva hasta las últimas consecuencias al papel omnidisciplinario del presidio. El ocio pasaría a ser concebido en esta nueva perspectiva en tanto agente de degeneraciones físicas (la carne no ejercitada se pervierte en desviaciones morbosas de las cuales las sexuales son las más temibles) y morales (la pena deviene en reposo inmerecido). Al igual que Ferri quien propugnaba la obligación del Estado de impedir al criminal la reiteración de sus ataques pero no la de mantenerlo gratuitamente³³, Gori añade a la función de "ortopedia moral" del trabajo razones económicas: "la utilidad material que el trabajo reporta al tesoro público"³⁴. Refuerzo de la dominación estatal no sólo a través de la exterioridad disciplinante del trabajo, sino también a partir de la apropiación de excedentes —con lo cual la productividad recobra sentido— por medio de un mecanismo no enteramente económico (en una prisión la libre cesión de fuerza de trabajo adquiere ribetes de ficción). Esta resignificación del trabajo lleva a la escuela positiva a ponderar las colonias penales agrícolas por sobre las cárceles celulares. En este sentido, el presidio

El razonamiento se sitúa en las antipodas de la postura kropotkiniana de Cortés y vuelve a dar cuenta de la complejidad de problemas en esta singular matriz mental que pareciera ofrecer en su seno combinaciones "ad infinitum", como asimismo de la unilateralidad con que cierta producción historiográfica han reconstruido el perfil de estos intelectuales.

Los reformadores sociales anteriores al positivismo (v.g. Howard) estipulaban el tríptico aislamiento-trabajo-instrucción como la vía idónea por la cual debían transitar los reclusos para alcanzar la plena rehabilitación³². La validez del trabajo no se mediría se-

de Sierra Chica con sus talleres y sus quintas será considerado por Gori como el modelo por excelencia de cárcel nacional.

En su observación directa de los penados del presidio, pese a su poderante adhesión a los principios de la sociología criminal, adopta un tono indudablemente lombrosiano. Veamos la descripción de un homicida reincidente: "(...) las enormes mandíbulas tenían el aspecto de las bestias carnívoras, los zígomos prominentes, la orejas asimétricas y en forma de asa, los arcos supraciliares pronunciadísimos, resumían en la forma más acentuada, todos los caracteres degenerativos"³⁵. Gori confiesa no sin cierto pudor que aún conociendo la revisiones posteriores que habrían proclamado su inexistencia lo que tiene ante sus ojos es un ejemplar de criminal nato. Los monstruos encerrados en la inmensidad de la pampa argentina todavía semisalvaje daban la razón al viejo profesor turinés.

La incertidumbre resultante de los cambios vertiginosos que el fin de siglo traería aparejados habrían de incitar a gran parte de los intelectuales residentes en el Río de la Plata a sumergirse en viajes exploratorios por eso aluvionales universos simbólicos en procura de detectar las claves que hicieran inteligibles la nueva pero inaprehensible realidad. Muchos encontraron en el saber criminológico un andarivel lo suficientemente sólido como para contestar desde allí algunos de los enigmas inmediatamente acuciantes. Apremiados por interrogantes igualmente intensos referentes a una sociedad cuya velocidad de transmutación corría más rápido que la elaboración de instrumentos para su conceptualización, a la vez que atraídos por la fascinación de lo novedoso, los anarquistas locales no pudieron resistir la curiosidad de internarse en el gabinete antropométrico para hacer observaciones en el mismo lugar donde serían observados.

Notas

1 La literatura y el ensayo social europeos abundan en ejemplos de relatos descriptivos sobre la marginalidad. Entre los primeros bastaría recordar nombres como Sué, Dickens y Hugo, entre los segundos autores prototípicos como Disraeli y Engels.

2 La figura del bandido como héroe reconoce una tradición de antigua data. No obstante, en el siglo XIX el personaje de Rocamble oficiará el modelo a reproducir por numerosos autores de folletín. En el Río de la Plata desde mediados de siglo se advierte la presencia de autores aficionados al nuevo género policial. Entre ellos: Carlos Olivera, Luis Varela, Eduardo

Holmberg, Carlos Monsalve y, especialmente, el menor de los Gutiérrez.

3 *Causas célebres et interesantes, recueillies par Gavot de Pitaval* (1734-1743). La obra se reproduce total o parcialmente en otras naciones europeas con agregados suplementarios. En el Río de la Plata la colección de Gayot de Pitaval figuró en la biblioteca de Juan Baltazar Maziel. Durante el siglo XIX este subgénero aumenta su difusión. En España aparece la *Colección de causas célebres de todos los pueblos adicionada con las biografías de los legisladores y jurisprudencias más célebres*. De esta versión española se extraen los casos franceses que se publicarán en Buenos Aires en 1848.

4 Algunos ejemplos: *D. Coriolano Marques al público*. (1854), *Causa célebre del joven D. Eduardo Conesa por muerte a su mujer. Da Mercedes Mongriff. Defensa*. (1857), *Foro Argentino. Causa célebre de Pascual Castro Chavarria*. (1870). Años más tarde se intentará una compilación que no llegará a completarse: F. Fraguero y A. Rodríguez, *Procesos célebres. Historia de la criminalidad en la República Argentina desde 1810 hasta nuestros días*. Buenos Aires, 1897. A pesar de estas muestras locales los materiales extrajeros siguen presentes en la prensa periódica.

5 "La Revista de Policía" (1871-1872) y "La Revista Criminal" (1872-1873).

6 Gutiérrez se inspira en sus novelas en famosos personajes del mundo delincuente local. "Los grandes crímenes policiales de que ha sido teatro Buenos Aires, de cincuenta años a esta parte, permanecen ignorados aún, aunque muchos de ellos, como aquel cuya narración emprendemos hoy, han conmovido profundamente la sociedad argentina, por la clase de personas que en el han figurado y por lo terriblemente trágico del suceso. La prensa de entonces, sin los recursos y las necesidades que tiene hoy, no se ocupaba de las crónicas policiales, y los crímenes se

conocían por la narración que se hacían unos a otros (...). Pero de las causas, los móviles, los accidentes fuertemente dramáticos de que están rodeados, no se tiene de ellos la menor noticia ni el menor dato. Nosotros hemos arrancado al polvo de los archivos y a la memoria de los contemporáneos, todo lo que se relaciona al más dramático de todos ellos: el asesinato de Francisco Alvarez". (E. Gutiérrez, *El asesinato de Alvarez*. 1883).

7 Para un conocimiento de la articulación entre frenología y políticas de control social ver: Dorner, K. *Ciudadanos y locos. Historia social de la Psiquiatría*. Madrid, Taurus, 1974. p. 223.

8 Foucault, M. *Vigilar y castigar*. Buenos Aires, Siglo XXI, 1989. p. 102-103.

9 Alvarez, J. *República Argentina. Galería de Ladrones de la Capital, 1880 a 1887. Buenos Aires, 1887*. El esfuerzo se extingue en los 200 retratados.

10 "Su cerebro presenta en general un volumen inferior a la regla normal, (...) las circunvoluciones ofrecen frecuentes anomalías atávicas, (...) la vermis conformada como en el lóbulo medio de los pájaros, y unas desviaciones absolutamente atípicas, como los surcos transversales del lóbulo frontal (...) Concluiré que el delincuente tiene una talla más alta, un tórax más amplio, una cabellera más oscura y un peso superior al normal y al de los alineados; que presenta, sobre todo en los ladrones, en los reincidentes y en los menores de edad, una serie de submicrocefalias superior a lo normal, pero inferior a la de los alineados que el índice del cráneo, comparado en general al índice étnico, es en él más exagerado; que el delincuente ofrece frecuentes asimetrías craneales y faciales, sobre todo en los violadores y en los ladrones (...); que, comparado con los locos y los seres sanos, tiene la cara más larga, un mayor desarrollo de los apófisis cigomáticas y de la mandíbula, la mirada sombría, el cabello espeso y negro, sobre todo en los salteadores de

caminos". (Lombroso, C. *L'homme criminel*. París, 1895. 2ed. T. I. p. 260-261).

11 Para una profundización del concepto de loco moral ver: Vazzetti, H. *La locura en la Argentina*. Buenos Aires, Paidós, 1985. p. 128-130.

12 Las formulaciones de Lombroso se prestaban para la burla académica. "De manera que, antropológicamente hablando, el delincuente es un salvaje, y considerado psicológicamente es un epiléptico y loco moral... Alguien ha sacado de esa doctrina una conclusión que no es de la más absurdas: la de la epilepsia congénita de los salvajes!". Moraes E. de. "La teoría lombrosiana del delincuente". En "Archivos de Criminología, Medicina Legal y Psiquiatría", Junio 1902, p. 323.

13 Lombroso, C; Mella, R. *Los anarquistas*. Madrid, 1977. p.33.

14 Idem, p. 63-76.

15 Terán, O. *José Ingenieros: pensar la nación*. Buenos Aires, Alianza, 1986. p. 48.

16 Ver "La Nación", 10-10-1900 y 15-10-1900.

17 La historiografía tradicional sobre el movimiento obrero confiere a la lucha ideológica una polaridad inamovible donde aquellos intelectuales identificados con el ideario libertario asumen el papel de mecánicos portavoces que hablan en nombre de los intereses de una clase a la cual pertenecen por adopción. Si hoy una suposición de esta naturaleza suscita "prima facie" una inquietante desconfianza, una puesta en relieve del plano de los intelectuales anarquistas develaría la inconsistencia del axioma. Uno de los rasgos que definen a estos actores reside en la fragilidad de los lazos que los unen con el movimiento anarquista. Si se atendiera a las peculiaridades del precario campo intelectual rioplatense se podrían visualizar dentro de esa lábil organicidad formas de articulación diferenciadas.

18 CM, 20-11-1898.

19 La compleja imagen de Gori da lugar a suerte de disputa pública sobre su verdadera pertenencia que se manifiesta en estrategias discursivas que procuran la unilateralización de su figura. Los funcionarios policiales hablan de Gori como un hombre que colabora con la institución y el diario "La Nación" se empeña en demostrar a las autoridades italianas que lo mantenían bajo vigilancia que ya no es "un enemigo de la burguesía" (La Nación, 30-4-1902). Esta apropiación de su imagen llega al paroxismo en su conferencia de despedida del país a la cual están invitados el presidente y su gabinete y donde también se adivina la presencia de militantes libertarios (LPH, 18-1-02).

20 LPH, 5-10-1901.

21 Kropotkin, P. *Las prisiones*. Barcelona, José de Olañeta, Editor, 1977. p. 43.

22 LPH, 14-4-900.

23 LPH, 1-1-1899.

24 LPH, 18-12-1898.

25 Idem.

26 LPH, 25-5-1901.

27 Lombroso, C. *Nuevos progresos de la antropología criminal*. Madrid, 1900. p. 286-289.

28 LPH, 28-9-1901.

29 LPH, 22-3-1902.

30 Ghirardo, A. *Sangre y oro*. Buenos Aires, 1897. p. 20-24. Para una referencia del hecho ver: Díaz, H. *Alberto Ghirardo; anarquismo y cultura*. Buenos Aires, CEAL, 1991.

31 Idem, p. 32.

32 Ferri, E. *Nuevos estudios de antropología criminal*. Madrid, 1899. p. 64-66.

33 CM, abril 1899.

34 CM, julio 1899.

35 Idem.

Crítica en los años '30: Entre la conspiración y el exilio

Sylvia SAITTA*

Introducción

"Crítica ha demostrado que no es sólo un gran diario moderno organizado de acuerdo con el progreso técnico, constantemente renovado y siempre insuperable, sino que es, además y por sobre todas las cosas, una inconfundible entidad del alma argentina. Periodismo moderno es información, comentario, celeridad mecánica. Pero Crítica ha agregado a todo eso un poderoso temperamento nacionalista, una honda convicción patriótica, un sano principio de bien público capaz de mantenerse levantado hasta el fin según quedó demostrado ante los recientes acontecimientos. Y es que en Crítica se escribe con la sinceridad espontánea de la pasión. No tenemos un mero criterio profesional del periodismo. Tenemos una doctrina — la democracia — y una fuerza — la valentía — y por ella y con ella estamos y estaremos en todas las circunstancias en que nos reclame el pueblo argentino".

El fragmento citado corresponde al editorial de *Crítica* del 15 de setiembre de 1930, fecha en que el diario cumple 17 años. Como en años anteriores, el aniversario es el momento privilegiado que el diario elige para reflexionar sobre la tarea realizada y consolidar las relaciones de credibilidad establecidas con su público.

Escrito pocos días después del golpe

del 6 de setiembre, este editorial pone en escena las fuertes transformaciones operadas en el diario por su intervención en la preparación del golpe ya que plantea una reformulación radical de las categorías que constituyeron a *Crítica* como diario. En primer lugar, si bien reafirma su condición de ser un diario periodísticamente moderno, en esta coyuntura la ima-

* Docente en la Cátedra de Literatura Argentina II, Facultad de Filosofía y Letras, UBA. Becaria de Iniciación de la Universidad Nacional de Buenos Aires.

gen que prevalece es la de ser un diario político cuyo personal "el día de la revolución trocara la pluma o el teclado de la composición por el arma libertadora".¹ Y en segundo lugar, cuestiona la profesionalización de una práctica periodística que en su inicio *Crítica* mismo contribuyó a afianzar al pensarse en un ámbito periodístico dominado por una lógica específica, en relación a un tipo de legitimidad definida en oposición al poder político².

En la organización del golpe *Crítica* interviene fuertemente en el debate político reactivando, de este modo, una práctica política de carácter faccioso característica de los diarios del siglo pasado³ en el cual prevalecía un uso político de la prensa diaria. Al interpelar a todos los sectores de la sociedad por medio de la agitación y la

propaganda, contribuye fuertemente al proceso de expansión de la esfera pública al pensarse a sí mismo como creador de una opinión pública capaz de presionar sobre las decisiones políticas.

Por lo tanto, especificar la actuación del diario *Crítica* en la preparación del golpe y en el período que se abre con el arribo del general José F. Uriburu al gobierno y se cierra con la llegada del general Agustín P. Justo al poder, permite ver, en primer lugar, cuáles son las consecuencias que en el plano periodístico ocasiona la intervención política de *Crítica* y, en segundo lugar, cuáles son las estrategias ofensivas y defensivas que el diario desarrolla para proteger su intervención política y, al mismo tiempo, hacerla ideológicamente eficaz.

"El PSI necesita 100.000 pesos para ganar la elección. *Crítica* contribuyó a la suscripción popular con \$5000. Desde un peso hasta cien mil, su aporte será valioso igual. Un partido popular necesita del aporte ciudadano para contrarrestar la propaganda nociva que hace el oficialismo con los dineros de la Nación".⁵

En sucesivas ediciones *Crítica* reitera slogans políticos en los cuales une los dos términos de su campaña: "Las líneas están tendidas: con el gobierno o con el Partido Socialista Independiente" o "¿Está Ud. contra el gobierno del señor Yrigoyen? Vote entonces por el Partido Socialista Independiente". Por lo tanto, al saberse que los resultados eleccionarios otorgan el triunfo al Partido Socialista Independiente en capital, el fuerte compromiso político contraído los lleva a agradecer a sus lectores por el apoyo recibido.

La campaña contra el gobierno radical, que adquiere un grado de agresividad inédito, ya sea por los términos agraviantes con los cuales se califica a Yrigoyen como por las crueles caricaturas del Mono Taborda, desemboca en el golpe del 6 de setiembre de 1930, en el cual la intervención de *Crítica* es altamente significativa.

Si bien el golpe se gesta durante varios meses, en los días previos a la "revolución" el diario se convierte en uno de los focos opositores más importantes. Mientras que los periodistas llevan a cabo la violenta campaña, en la redacción se realizan las reuniones entre los grupos opositores al gobierno. El 5 de setiembre renuncia Yrigoyen y asume el vicepresidente Enrique Martínez que decreta el estado de sitio en la capital y la censura periodística. A las 20 horas el comisario Inspector Meana se presenta en la re-

dacción de *Crítica* para informar la resolución del ejecutivo⁶. Botana resiste la intimación anunciando que la 6ª edición saldría a la calle. La policía rodea la manzana para impedirlo pero el diario es lanzado desde los balcones de Avenida de Mayo: "La 6ª edición del diario —señala el entonces capitán Juan Domingo Perón (1957)— había sido confiscada y quemada en grandes hogueras hechas en el centro de la calle. La manzana estaba rodeada de policías a caballo y a pie, amén de numerosos pesquisas que rodeaban disimuladamente la manzana. Los canillitas, en grupos, a media cuadra, prorrumpían en gritos e improperios contra los agentes del orden".

A pesar del estado de sitio y de las fuerzas policiales que rodean la redacción, se realiza a la 21 horas la reunión plenaria para concertar la fecha del golpe y la participación de los civiles en las maniobras. Están presentes los líderes de los partidos políticos de la oposición⁷ y, en representación del general Uriburu, el teniente coronel Descalzo que, luego de comunicar que el movimiento estallaría a las siete de la mañana del día siguiente, pide la presencia de los civiles en los cuarteles a fin de convencer a las tropas a plegarse al movimiento que, sin el pueblo, no saldrían a la calle. Por lo tanto los grupos conspirativos se retiran del diario y se congregan en las proximidades de las unidades milita-

"En el último movimiento la prensa llevó al pueblo la información, advirtió los peligros del mal gobierno, señaló los inconvenientes, preparó el terreno, difundió la palabra que la oposición briosa y altiva pronunció en las reuniones públicas y en la cámaras del congreso y creó la convicción precursora del estallido. En esa cruzada libertadora Crítica tuvo la gravitación más decisiva. Difundió sin temores la palabra veraz, descubrimiendo secretos y lanzando inculpaciones; comentó con la necesaria crudeza los actos del gobierno depuesto en plena delincuencia; alentó a la oposición, prestándole todo su concurso; acicateó a los vacilantes, robusteció a los decididos, se mantuvo firme en medio de peligros, acechanzas y amenazas". (Rodolfo Moreno, diputado del partido Conservador⁴).

Desde el 17 de setiembre de 1929, fecha en que aparece por primera vez un editorial en tapa titulado "El país en la Miseria", *Crítica* concentra todo su accionar contra el gobierno de Yrigoyen haciéndose eco de la campaña política que estaban llevando a cabo los partidos de la oposición, central-

mente los socialistas independientes. Si bien ya había acompañado a esta fórmula en las elecciones de 1928, es en las elecciones legislativas del 2 de marzo de 1930 en las que el diario asume como propia su campaña política:

res más importantes. En la redacción quedan varios miembros del alto personal del diario, tres redactores y un turno de talleristas. Un grupo de periodistas, liderado por Federico Pinedo y Augusto Bunge, se da cita en la casa de Manuel Fresco para dirigirse desde allí a Campo de Mayo. El otro grupo, liderado por Antonio de Tomaso, Natalio Botana y Héctor González Iramain, parte a las dos de la madrugada rumbo a San Martín, donde se entrevistan con el director del Colegio Militar, coronel Reynolds y luego con el mismo Uriburu.

A las diez de la mañana del 6 de setiembre Botana desde el Colegio Militar telefona a la redacción ordenando activar la sirena de *Crítica* para anunciar a todo Buenos Aires la llegada de la revolución.

II

La intensa participación de *Crítica* en la preparación de la llamada "revolución" modifica no solamente sus categorías como diario sino sustancialmente su posición: se convierte en un actor político con perfiles definidos cuya intervención en las medidas de gobierno está legitimada por la mediación decisiva que tuvo en el desarrollo de los acontecimientos.

Si bien recibe múltiples homenajes en los días posteriores al golpe, a poco de iniciado el nuevo gobierno las relaciones distan de ser armónicas. La conformación del gabinete del Gobierno Provisional, en su mayoría conservador, seguido por el manifiesto de Uriburu del 30 de setiembre donde da a conocer los objetivos del nuevo gobierno (reformas a la Constitución Nacional y a la ley Saénz Peña), llevan

a *Crítica* a reformular los límites de su acuerdo político afirmando que "el camino que trazó la revolución se abre en dos sendas distintas". Por lo tanto, al discurso de Uriburu del 4 de octubre donde se señala la inexistencia de compromisos contraídos con "determinadas agrupaciones políticas", *Crítica* responde publicando los testimonios de los políticos partícipes en la preparación del golpe, como Antonio de Tomaso⁸ y Federico Pinedo⁹, que reafirman la paternidad civil de la revolución. Al mismo tiempo, inicia una campaña pidiendo elecciones generales con el fin de restablecer la normalidad constitucional y una encuesta¹⁰ sobre el momento político: "¿Está el país en condiciones de ser convocado ya a elecciones? ¿Deben levantarse el estado de sitio y la ley marcial?" para crear una corriente de opinión que presione sobre el gobierno.

La oposición a Uriburu desaparece cuando el gobierno provisional inicia una ronda de negociaciones políticas con los partidos pertenecientes a la Federación Nacional Democrática: el gobierno se compromete a no modificar el artículo 37 de la Constitución y los partidos aceptan el "programa mínimo" de reformas perseguido por el gobierno. El efecto de esta negociación puede ser leído en el comentario que *Crítica* hace del discurso que Uriburu pronuncia el 15 de diciembre¹¹ y en la convocatoria a elecciones en varias provincias.

Esta fugaz y precaria convivencia política pronto fracasa: el quiebre de la Federación Nacional Democrática por el retiro del Partido Conservador de la provincia de Buenos Aires da por finalizada la existencia de cualquier pacto político entre los socialistas inde-

pendientes y *Crítica* tanto con el gobierno como con el partido conservador. Por primera vez desde el golpe, la nota sobre política nacional ocupa la tapa del diario: "Contesta el Partido Socialista Independiente al Partido Conservador y dirige un manifiesto al pueblo. El Partido Socialista Independiente no puede aprobar el mantenimiento indefinido del estado de sitio".¹²

El nivel de confrontación aumenta con las elecciones en la provincia de Buenos Aires del 5 de abril de 1931 en las cuales *Crítica* concede una amplia información a la campaña electoral del radicalismo y llama al lector a votar "obedeciendo a los serenos dictados de su conciencia que ya a estas horas deben haber comprendido cuál es el camino por el que deben andar los intereses de la provincia". Aunque no define cuáles son sus candidatos, las primeras cifras del escrutinio que señalan el triunfo radical son anunciadas por los altoparlantes del diario. El 27 de abril, con los resultados definitivos, saluda a la fórmula triunfante señalando que este acontecimiento "repercutirá en el futuro político argentino con grandes proyecciones".

La derrota política en Buenos Aires origina la renuncia del gabinete de Uriburu. El último decreto que firma el Ministro del Interior Matías Sánchez Sorondo es la clausura de *Crítica* el 16 de abril por 48 horas, bajo apercibimiento de clausura definitiva en caso de reincidencia. La medida no sorprende al diario pues ya había recibido varios comunicados. Por medio de notas suscriptas por Sánchez Sorondo primero se le prohíbe el comentario de todas las cuestiones universitarias; después la restricción se extien-

de al movimiento obrero y a la actividades sociales y, por último, se le prohíbe aludir al gobierno y a los funcionarios. Si bien la amplia información que *Crítica* concede a la campaña electoral del radicalismo con motivo de los comicios bonaerenses precipita los acontecimientos, el hecho que ocasiona la clausura es la amplia cobertura que el 15 de abril el diario dedica a la resolución del Partido Socialista Independiente de no presentarse a la próximas elecciones a realizarse en Santa Fe el 19 de abril, por considerar que el levantamiento del estado de sitio es sólo aparente ya que "el gobierno provisioal se reserva el uso, a su criterio, de la facultades de arrestar y trasladar".¹³

Consecuente con su actitud opositora y a pesar de la prohibiciones, *Crítica* dedica sus primeras páginas del 5 de mayo a informar detalladamente todo lo acontecido en la Convención Demócrata de Córdoba: la protesta contra la ley marcial y contra el estado de sitio; el repudio a la política despótica de Iburguen; la condenación de Rothe, otro consejero de Uriburu. Esta es la última gran noticia política que da el diario. A la madrugada siguiente, el 6 de mayo de 1931, los talleres son clausurados, Botana es detenido y pasa a ocupar una celda en la Penitenciaría Nacional durante cien días¹⁴; su esposa es encerrada en la cárcel de mujeres de El Buen Pastor; se detienen a treinta y tres miembros de la redacción y del personal administrativo; se secuestran los libros comerciales de la empresa y se clausuran hasta el 8 de agosto los talleres de Av. de Mayo y de la calle Salta¹⁵.

La Fronda, un diario más uriburista que nacionalista que funciona como

el cuartel de la Liga Republicana, celebra la clausura¹⁶.

Los talleres y la redacción de *Crítica* en manos de la policía permite a *La Fronda* acceder a la documentación privada del diario y publicar, por ejemplo, diversos contratos firmados por Botana o dar a conocer los prontuarios policiales tanto de sus socios como de algunos de sus periodistas. Simultáneamente, van tejiendo la biografía de Botana que, si comienza siendo un extranjero que atenta contra la patria, termina convirtiéndose en "un aventurero de la peor especie" que, como Al Capone, no tiene patria ni nacionalidad fija ya que "alrededor de su origen se desenvuelve un verdadero misterio y sólo se sabe que el Uruguay no era más que un pretexto para pasar por sudamericano". El hecho de saber que Al Capone procede de una de esas zonas balcánicas, "tan pródigas en bandoleros y facinerosos", los hace afirmar que Natalio Botana también es oriundo de esas regiones...¹⁷

Días después de la clausura los intelectuales, por diversos medios, solicitan la libertad de los presos. Un grupo de escritores, entre los que se encuentran Alberto Gerchunoff, Cordova Iturburu, Jorge Luis Borges, Alfonsina Storni, Eduardo Mallea, Horacio Quiroga, Conrado Nalé Roxlo, Last Reason, Ricardo Setaro, María Rosa Oliver, Pondal Ríos, Alvaro Melián Lafinur, Enrique Mendez Calzada¹⁸, piden la libertad de la escritora Salvadora Medina Onrubia de Botana o, en caso de que ello no sea posible, su destierro¹⁹. Por otra parte, periodistas de todos los diarios de Buenos Aires elevan al gobierno el pedido de libertad de Alberto Cordone, alegando su condición de simple periodista asal-

ariado, único vínculo que lo unía al diario "suspendido".²⁰

Para evitar el regreso de *Crítica* a la calle bajo otro nombre, el gobierno provisional inicia la persecución de los accionistas para confiscar la propiedad. Como contraofensiva se resuelve que la acciones pasen a manos de Federico Pinedo y, para evitar que los miembros del directorio de la Sociedad Poligráfica Argentina (sociedad que editaba al diario, propiedad de Botana y sus familiares) sean también encarcelados, se eligen como sus directores al general Agustín P. Justo, a Federico Pinedo y a Antonio De Tomaso que se convierten, de este modo, en directores de una sociedad que no edita ningún diario hasta la salida de *Jornada*.

III

El 8 de agosto de 1931 un "nuevo" diario aparece en la tarde porteña. En explícita alusión a los sucesos del 6 de setiembre, se titula *Jornada* "Diario de Buenos Aires para toda la República". Su director Alberto Cordone, un viejo redactor de *Crítica*, continúa con la línea del órgano desaparecido²¹.

Sin embargo, como señalan Gurevitch y Blumer (1981), los cambios del diario en su relación con los sectores políticos repercuten en varios niveles y al mismo tiempo provocan cambios tanto en su contenido y en los modos de interpelar a su público como en la creación de nuevos "órdenes del día" en el debate político. Con la convocatoria a elecciones generales para el 8 de noviembre en la cuales el Partido Socialista Independiente proclama al General Agustín P. Justo como candidato para presidente, el hecho de que

la dirección de la Poligráfica esté en manos de los principales candidatos repercute fuertemente en el diario²². Su director, Alberto Cordone, renuncia por desinteligencias políticas con Federico Pinedo luego de acusarlo de ser "un intruso en el diario que yo fundé y dirigí".²³ La salida de Cordone de la dirección del diario provoca la renuncia de 30 periodistas²⁴ que pasan a formar parte del recién aparecido *Noticias Gráficas* que Jorge Mitre, director de *La Nación*, había lanzado a la calle el 10 de junio intentando captar el público que la desaparición de *Crítica* dejaba vacante. De este modo *Jornada*, cuya dirección es asumida por Enrique Noriega, ex subdirector de *Crítica* y fuertemente comprometido con los socialistas independientes, se convierte para Justo y los hombres del partido socialista independiente en un medio eficaz para realizar una campaña política imposible de llevar a cabo por otros medios. Por un lado, les ofrece un público que, por su magnitud y composición, les es inasequible por otros medios; y por otro lado, tienen asegurado en ese público relaciones de credibilidad y confianza ya establecidas con el diario²⁵. *Jornada* reestructura el carácter de los acontecimientos políticos instalando en el diálogo político debates y personajes que expresan sus intere-

ses: sólo se transcriben los discursos de Justo y se pone el acento en el carácter civil y democrático que representa su figura. Su campaña política tiene como eje descalificar a los candidatos de la lista opositora, formada por De la Torre y Repetto, por considerar que la Alianza Civil es un "matrimonio insólito formalizado nada menos que por el partido que pretende monopolizar la representación de la clase trabajadora" y por hombres que "por sus vinculaciones de casta, por su aristocracia rancia, por sus relaciones con la vieja oligarquía argentina, no pueden llamarse precisamente ni demócratas ni progresistas. *Un simple juego de palabras* tiende a disfrazar pretéritos ensueños políticos"²⁶

Esta campaña política contra De la Torre-Repetto repercute en el ámbito periodístico pues el personal de *Noticias Gráficas* que se fue de *Jornada* por no estar de acuerdo con los manejos políticos de los socialistas independientes, defiende y promociona a los candidatos de la Alianza Civil. *Jornada*, al desmentir enérgicamente que Justo sea el candidato oficial del gobierno²⁷, está respondiendo a la acusaciones de *Noticias Gráficas* que, paradójicamente, utiliza la misma argumentación para descalificar al opositor:

"Hay que decirlo: Ingeniero civil, dicen sus amigos, utilizando, como en un juego de palabras, la coincidencia del vocablo; parecería, en efecto, que en ese título, que denomina una simple rama de la ingeniería, como la electrotécnica o la agronómica, vibrara una trascendental afirmación civilista en el sentido político. No es ni más ni menos civil que cualquiera de nuestros militares en traje de paisano. A nadie se le puede ocurrir que los militares argentinos estén conformados de otra manera que los civiles. Lo que sí se le puede ocurrir a todo el mundo es que para ocupar cargos de civiles de la importancia de los que están en juego, no basta ser militar distinguido. Ni tener 'carácter civil'. Ni ser ingeniero".²⁸

El triunfo del 8 de noviembre de la fórmula Justo-Roca es considerado por *Jornada* como un triunfo no sólo político sino periodístico. Al saberse sólidamente respaldada apunta todas sus baterías contra "los traidores" que se fueron al "apéndice opositor" *Noticias Gráficas* y, en menor medida, contra *La Nación* por estar dirigido por Jorge Mitre, dueño del vespertino.

Las múltiples formas de crear zonas de conflictos que adopta *Jornada*, que van desde el señalamiento de errores irrisorios cometidos por *La Nación* hasta serias acusaciones a ambos diarios en cuestiones políticas, desembocan en un enfrentamiento directo que inician los periodistas de *Noticias Gráficas* en una nota titulada "Para los que no nos conocen" en la cual se señala el puesto que cada uno de ellos desempeñó en *Crítica*²⁹. A la misma responde todo el personal de *Jornada* con una nota titulada "Desenmascaramos a los traidores al servicio de Jorge Mitre", en la que cuentan "la verdad" acerca de los supuestos cargos desempeñados por los firmantes de la nota³⁰. Los descalifican en un tono injurioso y agravante: así Cordone, "buen trabajador aunque dopado", es el dirigente del "Klan pizzicatero"; Ganduglia "fue como el mucamo que limpiara una sala"; Sixto Pondal Ríos se fue porque "le tiró más la pizzicata que la lealtad"; y a muchos de los firmantes dicen no conocerlos.

IV

El 20 de febrero de 1932 a las 17 horas asume el General Agustín P. Justo como presidente de la Nación. *Jornada* en su 5ª y última edición presen-

ta su tapa dividida en dos partes: a lado del título "Jornada" aparece el título "Crítica" junto a un recuadro que anuncia: "con esta 5ª edición le damos un hasta luego a Jornada. En la 6ª edición reaparecerá Crítica, el diario que siempre supo jugarse entero en defensa de los intereses del pueblo". Esa misma noche aparece *Crítica* 2ª época, 6ª edición, que trae en tapa una carta firmada por Natalio Botana en la que anuncia cuál será el camino que seguirá *Crítica* a partir de este momento: "Venimos a hacer el proceso de la dictadura y no pararemos hasta que el pueblo, en la unanimidad de su castigo, levante en las plazas públicas columnas de ignominia que recuerden a los audaces y a los tímidos —todos igualmente culpables— los nombres de los responsables de la tiranía. Quizá en el camino de regreso nos encontraremos con el dictador que se aleja: tiene que irse, perseguido como en el drama antiguo por las Erinias del odio. Porque fue inferior a la hora que le deparó el Destino; porque no fue ni grande, ni valiente, ni honrado. Porque permitió que la mano del verdugo desgarrase la carne indefensa de todos nosotros".

Crítica reafirma su nueva imagen al optar nuevamente por llevar a cabo una tarea más política que periodística y su campaña se centrará, no tanto en la figura de Uriburu, sino en sus "personeros": los miembros de Orden Político, Leopoldo Lugones (hijo), David Uriburu y Vaccaro; y los grupos nacionalistas.

En su primera edición, *Crítica* abre todas las líneas de confrontación: publica la lista de las víctimas de Orden Político acompañada de los testimonios de los torturados; explica el funcionamiento interno de dicha institución y

los sistemas de tortura empleados; y comienza el análisis de cada uno de sus miembros, empezando por Leopoldo Lugones (h) de quien se publica un "Estudio clínico psiquiátrico, realizado por un profesor de clínica psiquiátrica de la Facultad de Medicina" junto con su foto en la cual se señalan cada uno de sus rasgos, método que ya era hábilmente empleado por *Crítica* en los casos de criminales famosos por su crueldad.

"Leopoldo Lugones (h), las mujeres y los niños de los honrados hogares proletarios temblaban al oír ese nombre. Los familiares de los políticos perseguidos conocieron su voluptuosidad morbosa, sus equívocas reticencias y sufrieron la ofensa fría y calculada del tortuoso policía. (...) Tenía el don de la ubicuidad. Aparecía cuando menos se le esperaba, repartiendo insultos y bofetadas cobardes. Y gritaba en los pasillos del Departamento de Policía: '¡Tráiganme más gente; tráiganme mucha, mucha gente!' Su mentalidad enfermiza no conocía entonces, ningún escrúpulo".³¹

Las respuestas a las denuncias y acusaciones efectuadas por *Crítica* no se hacen esperar. Ya en febrero publica las tarjetas en las que grupos de legionarios invitan a participar en el incendio del local del diario³² mientras que el sector más extremo del nacionalismo uriburista concentra su acción en las páginas del diario *La Fronda* desde las cuales reclama una ley de imprenta que "ponga diques al desenfreno de la infamia". Exige al nuevo gobierno la prohibición de las prédicas disolventes y veladamente amenaza con una intervención directa: "Su situación «la del gobierno» se torna difícil hora a hora y su pasividad nos conduce al terreno de las reacciones legítimas, que no auspiciamos

Erinias días sucesivos, el diario dedica su tapa, con grandes titulares, a presentar las pruebas de sus acusaciones y a señalar a cada uno de los torturadores. De este modo, *Crítica* convierte al suceso político en un suceso policial: los titulares son sensacionalistas ("Lugones mató a Antonio Sturla de un culetazo en la frente" 22-2-32) y las notas, de cruel realismo, se escriben en un tono de dramaticidad que hace de la hipérbole su recurso central:

porque repudiamos la violencia, pero que ya parecen inevitables a los hombres honestos de la República".³³ Este aviso precede los hechos que se desarrollan al día siguiente en el local de *La Fronda*. Si bien ellos señalan que su local "fue asaltado en la madrugada a balazos. Una manifestación peludista hizo una violenta descarga contra nuestro diario", la versión que da *Crítica*, en una nota que ocupa toda la tapa del diario, es totalmente opuesta: "Usaron ametralladoras. Los Uriburu, los Ibarguren y los Sánchez Sorondo balearon al pueblo desde *La Fronda*" señalando que ese diario "es la cueva de los legionarios regimentados por la dictadura y arcastrados hoy al desvarío del fascis-

mo que en ciertos aspectos hemos sufrido por espacio de un año y medio".

El tono de la contienda sube día a día y alcanza uno de sus puntos más álgidos con motivo a la muerte del general Uriburu en París el 29 de abril de 1932. El titular con que *Crítica* da a conocer la noticia: "Ha muerto el General Uriburu. Ante su cadáver —sin odio y sin perdón— *Crítica* hace el silencio que merece la muerte" irrita a los grupos uriburistas y su indignación se traduce en preguntas que cuestionan el carácter plebeyo del diario y, por consiguiente, su falta de legitimidad en la resolución de los problemas políticos del país³⁴.

La biografía de Botana que *La Frontera* construye a lo largo de todo el período se basa en el señalamiento permanente de su falta de nacionalidad: ser extranjero y opinar sobre una política que se considera debe estar en manos de los "ilustres patricios" es, para los nacionalistas, un crimen que debe ser penado: "Creemos firmemente que es una debilidad criminal y culpable permitir a los extranjeros la difamación y la calumnia sistemática y el

chantaje como medio de vida —léase de mala vida— a costa de la nacionalidad y de la sociedad en donde están medrando".³⁵

El discurso de *La Frontera* iguala la falta de nacionalidad argentina con el mundo del delito: Botana es un fuera de la ley ("un delincuente") y un extranjero que debe ser excluido de la sociedad, ya por la cárcel o por la aplicación de la ley de residencia. El pedido de clausura de un diario como *Crítica*, que pretende "¡nada menos! que regir los destinos políticos del país", compendia en sí mismo la suma de elementos que definen a esta política inscripta en una tradición autoritaria y conservadora: la interpretación aristocrática-xenófoba de la cuestión nacional y social, y la prohibición de la libertad de expresión por medio de resoluciones autoritarias como la extradición, la cárcel o la clausura. Pero, por otro lado, reafirma la existencia de un nuevo escenario periodístico en el cual la prensa diaria participa activamente en la resolución de cuestiones políticas modificando sustancialmente su modo de intervención en la esfera pública.

2. "Hoy", como hace 50 años, los diarios conservan una influencia preponderante en la resolución de los problemas políticos. Se ignora, seguramente, que ya pa-

só la época en que los periodistas eran hombres de gobierno. Hoy el periodismo es una profesión y —mal que a veces suele ser— una profesión inteligente". *Crítica* 1 de agosto de 1915.

3. En efecto, como bien señala Tim Duncan (1980), a fines de siglo XIX la suerte de los diarios dependía sobre todo de la vicisitudes de las facciones políticas que los publicaban: "si se quiere saber por qué de los doce diarios de 1887 los tres sobrevivientes en 1895 son **La Tribuna Nacional, La Nación y La Prensa**, hay que buscar la respuesta en los nombres de Roca y Mitre".

4. Discurso pronunciado por el diputado conservador Rodolfo Moreno el 11 de octubre de 1930 en el Homenaje realizado a Natalio Botana, director de *Crítica*, en el Pabellón de las Rosas. (Libro de Sesiones de la Cámara de Senadores, 17 de setiembre de 1934.

5. *Crítica* 5 de febrero de 1930.

6. La nota enviada a los directores de periódicos, luego de transcribir los decretos referentes a la delegación del mando y el estado de sitio, agregaba: "Al mismo tiempo haga saber a Ud. que desde este momento debe abstenerse la aparición en su publicación de noticias que puedan afectar los intereses nacionales, ya en forma política o de cualquier otro orden, concretando simplemente las mismas a lo que sea información comercial o económica, sin perjuicio de que de no cumplir con la interpretación que al respecto rige, esta jefatura tomará las medidas conforme a la facultades que el mismo decreto confiere." (citado en Diez periodistas porteños (s/f) **Al margen de la conspiración**, Bs. As., Biblos editorial).

7. Están presentes en la reunión los senadores Vidal y Melo; los diputados conservadores Santamarina, Moreno, Grisolia, Fresco y Díaz; los diputados socialistas independientes De Tomaso, Pinedo, González Iramain, Spinetto, Bunge, Andreis, Berchinsky, Boix, Rouco Oliva y Zaccani-

ni; los demócratas de Córdoba Aguirre Cámara, Fernández, Gómez Palma, As-trada, Cárcano y Costa Méndez.

8. "[el teniente coronel Descalzo] volvió a exponer los mismos conceptos expresados en la tarde: 'Nosotros no somos revolucionarios profesionales; como ciudadanos nos creemos obligados a prestar nuestro concurso militar para restablecer la normalidad constitucional, pero necesitamos la presencia de los civiles, porque no queremos dar la impresión de un motín cuartelero'." *Crítica* 6 de octubre de 1930.

9. *Crítica* 15 de octubre de 1930.

10. La presencia de encuestas organizadas por *Crítica* es constante a lo largo de toda la década del 20. La novedad de esta encuesta es que el diario le imprime un contenido político a un diseño periodístico ya conocido.

11. "El discurso asegura que 'con el pueblo y las fuerzas civiles que comparten la fe en los grandes destinos de la patria' se restablecerá el orden constitucional de la Nación. En ello está implícita la consideración debida a los partidos políticos que prepararon el movimiento revolucionario, contribuyeron a su realización y se hallan ahora dispuestos a cooperar en la tarea reconstructiva del país". *Crítica* 19 de diciembre de 1930.

12. *Crítica* 24 de enero de 1931.

13. El texto del Comunicado Oficial dice: "El Gobierno Provisional ha dispuesto la clausura del diario *Crítica* por el término de 48 horas, bajo apercibimiento de clausura definitiva en caso de reincidencia. Esta medida se funda en el hecho de haber dado a la publicidad en la 5ª edición de ayer noticias manifiestamente falsas que han producido desconcierto en la opinión pública, no obstante haber sido notificado el señor director de dicho periódico por el señor Subprefecto General de Policía que debía abstenerse de propalar rumores sin fundamento, y a pesar de tener destacado en la Casa de Gobierno el

Notas

1. *Crítica* 15 de setiembre de 1930.

mismo diario un repórter especial encargado de recoger noticias".

14. Tras cien días de cárcel, el 8 de agosto de 1931, el gobierno provisional da a Natalio Botana y a su esposa la posibilidad de salir del país. El destierro dura hasta la llegada de Justo a la presidencia del país.

15. Pocos días después de la clausura, Edmundo Guibourg publica en París, donde era corresponsal, el primer número de **Crítica Libre**. El periódico tiene dos hojas y es editado en castellano ya que, aunque destinado a la colonia hispanoamericana de París, su finalidad es introducirse en la Argentina. Salen más de veinte ejemplares, que circularon clandestinamente por Buenos Aires, donde escriben desde Henri Barbusse a José Vasconcellos.

16. "Con la clausura definitiva de **Crítica** se pone fin a un proceso de progresivo encanallamiento de la conciencia pública, cuanto más deplorable cuanto que fue dirigida con máxima audacia por un extranjero suficientemente conocido en el mundo del hampa. He aquí un nuevo gran triunfo de **La Fronda** cuyas saludables consecuencias pronto apreciará la cultura nacional". **La Fronda** 7 de mayo de 1931.

17. **La Fronda** 1 de junio de 1931.

18. **El Diario** 4 de julio de 1931.

19. Salvadora Medina Onrubia de Botana rechaza el pedido por medio de una carta dirigida al General Uriburu desde la cárcel:

"General Uriburu: Acabo de enterarme del petitorio presentado al Gobierno Provisional pidiendo magnanimidad para mí. Agradezco a mis compañeros de letras su leal y humanitario gesto; reconozco el valor moral que han demostrado en este momento de cobardía colectiva al atreverse, por mi piedad, a desafiar a sus tonantes iras de Júpiter doméstico. Pero no autorizo el piadoso pedido. Magnanimidad implica perdón de una 'falta' y yo ni recuer-

do faltas, ni necesito magnanimidades. Señor Uriburu: yo sé sufrir con serenidad y con inteligencia. Y desde hoy lo autorizo a que se ensañe conmigo si eso lo hace sentirse más General y más Presidente. Soy en este momento como un símbolo de mi país. Soy en mi carne la Argentina Misma: y los pueblos no piden 'magnanimidades'. (...) General Uriburu, guárdese sus magnanimidades junto a sus iras y sienta como desde este rincón de miseria le cruzo la cara con todo mi desprecio". (Citado en Luis BOFFI (1933) **Bajo la tiranía del sable**, Buenos Aires, Claridad).

20. **La Fronda** 20 de mayo de 1931.

21. **Jornada** mantiene el mismo tamaño, la misma distribución de secciones y la misma tipografía del título que **Crítica**. Para soslayar cualquier tipo de censura, el diario opta por no referirse a los hechos políticos y por lo tanto, aumenta la presencia de noticias de carácter sensacionalista y de páginas deportivas. Al igual que **Crítica**, se renueva permanentemente introduciendo nuevas secciones y nuevos servicios informativos.

22. En una entrevista personal, realizada el 11 de julio de 1991, Roberto Tálice, redactor de **Crítica**, señala la existencia de un pacto entre Natalio Botana y Agustín P. Justo a partir del cual Botana se compromete a poner a **Jornada** a disposición de la campaña política de Justo y éste, a su vez, se compromete, una vez asumida la presidencia, a levantar la extradición y permitir el regreso de **Crítica** a la calle sin ningún tipo de censura.

23. "Usted sabe que el contrato fue redactado por usted, y que usted y el doctor de Tomaso me rogaron y presionaron en toda forma para hacérmelo firmar. Entonces no había salido **Jornada** con el éxito que es notorio y la relativa independencia política que tanto solivianta a los que sienten una gran solidaridad con el diario mientras sirva para hacerlos diputados. Usted sabe que ese contrato no importaba para mí ninguna ventaja material ya que yo con-

servaba mi sueldo anterior al cierre de **Crítica** y que la autoridad que me reservaba, tenía por principal objeto evitar que se hicieran negocios sucios. Usted ha olvidado además que hablaba a gente que me conoce hace muchos años y que precisamente estaba empeñada en un hermoso movimiento de solidaridad, que usted, socialista, intentaba neutralizar en beneficio del patrón. Esa gente no creería jamás, porque me conoce, que yo quisiera apoderarme del diario. Podría creer, en cambio, que usted, que no es dueño real de una sola acción de la Poligráfica, va buscando notoriamente ventajas políticas al introducirse en **Jornada**. Por lo demás, su opinión de político profesional en trance de operaciones electorales, acerca de mi conducta como periodista desinteresado y honesto, no me interesa en lo más mínimo". **La Fronda** 9 de setiembre de 1931.

24. Los periodistas de **Crítica** que pasan a formar parte de la redacción de **Noticias Gráficas** son: Alberto Cordone, Armando Casarino, Last Reason, Enrique González Tuñón, Sixto Pondal Ríos, S. Ganduglia, Nicolás Olivari, Leo Rudni, Belisario Cordone, Luis Praprotnik, Oscar Lanata, Luis Sixto Clara, Juan Mario Daza, Amilcar Celaya, Santiago de la Cruz, Enrique Castelli, Roberto Gustavino, Manuel Kirschbaum, Pedro Castelli, Jorge de la Vega, J. Bram, Doryan, Luis Areche, Emilio Ramírez, Aniceto Martínez, Anselmo de los Santos, Miguel Angel García, Atilio Casime, Jacinto Font, Bellon, Indalecio Vazquez.

25. "Aquí en la capital esperamos ver triunfalmente, como en 1928 y 1930 la lista de esta muchachada socialista independiente que tanto se ha jugado por la suerte de nuestras instituciones y que coincide de manera total y armónica con el pensamiento y las convicciones democráticas profundamente arraigadas de la gente de esta casa". **Jornada** 20 de octubre de 1931.

26. **Jornada** 4 de noviembre de 1931.

27. "Si tuviéramos la más leve sospecha, si no fuera profunda nuestra convicción de que Justo sostiene la antítesis de esa política, nosotros, que sufrimos el dolor descarnado de la cárcel y ahogamos la pena honda de saber en el destierro al hombre cuya fuerza directiva acicateó los destinos de esta casa, nosotros habríamos llevado a los labios la copa de cicuta sin vacilaciones ni temblores, prefiriendo callar para siempre". **Jornada** 7 de noviembre de 1931.

28. **Noticias Gráficas** 7 de octubre de 1931. Citado en Horacio SANGUINETTI (1987).

29. Me ha sido imposible rearmar el debate que existió entre **Noticias Gráficas** y **Jornada-Crítica** pues no he podido, hasta el momento, consultar los primeros meses de circulación de **Noticias Gráficas** ya que sus tomos están fuera de circulación en la Hemeroteca de la Biblioteca Nacional y en proceso de microfilmación en la Hemeroteca del Congreso.

30. "Es necesaria esta modesta contribución a la historia de ciertos periodistas, para que la verdad resplandezca. Porque en este episodio de la gente que ha huído de **Crítica** si que se puede decir que todo lo que ha relucido no es oro... y que los que se fueron no eran justamente ni los más ni los mejores... (...) Se trata de adjudicar, poco menos, todo ese proceso del engrandecimiento de **Crítica** a Cordone y a los que con él se han ido. Fuera de ellos, nadie ha hecho nada desde que **Crítica** ha aparecido, hasta que las circunstancias que son del dominio público determinaron la aparición de **Jornada**. Botana, con su cultura espléndida de periodista, y con sus condiciones excepcionales de hombre de empresa, viene siendo algo así como una figura borrosa, favorecido en los últimos diez años por el 'inmenso talento' del señor Cordone. De no haber llegado Cordone al diario cuando en **La Unión** empezaban a escasear los níqueles, nada se hubiera hecho. ¡Quién sabe si **Crítica** hubiera seguido, si la 6ª edición

hubiese aparecido, si este edificio de la Avenida de Mayo, que es un verdadero símbolo del periodismo democrático y liberal de nuestro país, se hubiera levantado. Es necesario poner punto final a la leyenda. **Crítica** fue lo que fue antes de que se supiera que el señor Cordone existía. El señor Cordone y su Klan no han sido otra cosa que una circunstancia, como lo somos todos nosotros también, en el curso ascendente, lógico, natural e inevitable de **Crítica**. (...) Porque lo fundamental se sintetiza en esta verdad sencilla y lapidaria a la vez. Traicionaron a **Crítica** en el momento de prueba, cuando Botana y otros estábamos en la cárcel, como todo el país conoce". **Jornada** 12 de enero de 1932.

31. **Crítica** 15 de abril de 1932.

32. **Crítica** reproduce la invitación de los legionarios ("Señor Oficial: invitamos a usted a presenciar la ceremonia del incendio de **Crítica** que se efectuará el jueves 25 del corriente de 23 a 24 horas. La ceremonia estará a cargo de 15.000 legionarios") y responde con una invitación a sus lectores a defender el local ("Lector amigo: invitamos a usted a presenciar la ceremonia de la escapada de 15.000 legionarios por la Av. de Mayo y la calle Rivadavia, que se efectuará hoy jueves 25 de 23 a 24 horas. La ceremonia estará a cargo de los altoparlantes de este diario"). Al día siguiente **Crítica** publica las fotos donde se observa la cantidad de lectores que efectivamente concurrió a defender al diario, entre los cuales se cuenta con la presencia de numerosos políticos, en su mayoría miembros del partido socialista independiente.

33. **La Frontera** 27 de febrero de 1932.

34. (...) ¡Sin odio y sin perdón! Es decir, Bostana (sic), indiferente e inflexible ante el general Uriburu. ¡Un extranjero despreciable ante un prócer de la nacionalidad! ¿Concíbese una pretensión de tal ralea en quien está colocado al margen de todos los códigos? ¿Admítese ese papel de fis-

cal y de juez en sujeto cuya nómina de delitos agotaría la labor de todos los jueces y los fiscales de la República? ¿Cómo es posible admitir que mediante la efectista apelación al silencio, el varias veces renegado se atreva a inferir una ofensa al patricio ilustre que no necesitó la muerte para saber que la historia le reservaba un lugar? (...) Con pedancia de magnánimo a gritos, grita el silencio que nadie le pide. Dios es el que perdona y Bostana, con sánica insanía, se permite perdonar 'per se'. ¡Sólo en una época de aberraciones 'anormales' pueden suceder cosas semejantes! ¡El pasquinista trampón y 'vivo' negando su perdón a un ilustre patricio muerto!". **La Frontera** 30-4-32.

35. **La Frontera** 7 de mayo de 1932.

Bibliografía

BARBERO, María Inés y DEVOTO, Fernando (1983). *Los nacionalistas*, Buenos Aires, Ceal.

BOTANA, Helvio (1985). *Memorias. Tras los dientes del perro*, Buenos Aires, Peña Lillo.

BERESFORD CRAWKES, Coronel J. (1932). *533 días de historia argentina: 6 de setiembre de 1930 - 20 de febrero de 1932*, Buenos Aires, Mercatali.

BUCHRUCKER, Cristian (1987). *Nacionalismo y peronismo*, Buenos Aires, Sudamericana.

CANTON, Darío; MORENO, José y CIRIA, Alberto (1972) *La democracia constitucional y su crisis*, Buenos Aires, Paidós.

CIRIA, Alberto (1986) *Partidos y poder en la Argentina moderna (1930-1946)*, Buenos Aires, Hyspamérica.

COCA, Joaquín (s/f) *El contubernio*, Buenos Aires, Claridad.

DIEZ PERIODISTAS PORTEÑOS (s/f) *Al margen de la conspiración*, Buenos Aires, Biblos editorial.

DUNCAN, TIM (1980) "La prensa política: Sud América 1884-1892" en Gustavo Ferrari y Ezequiel Gallo (com.). *La Argentina del ochenta al centenario*, Buenos Aires, Sudamericana, 1980.

GARCIA, Alicia y RODRIGUEZ MOLAS, Ricardo (1988) *Textos y documentos. El autoritarismo y los argentinos. La hora de la espada (1924-1946)*, Buenos Aires, Ceal.

GUREVITCH, Michael y BLUMER, Jay "Relaciones entre los medios de comunicación de masas y la política: modelo para el análisis de sistemas de comunicaciones políticas" en Curran, James; Gurevitch, Michael y Woollacot, Janet (1981) *Sociedad y comunicación de masas*, México, Fondo de Cultura Económica.

IBARGUREN, Carlos (1969) *La historia que he vivido*, Buenos Aires, Eudeba.

IBARGUREN, Carlos (hijo) (1970) *Roberto de Laferrere. Periodismo. Política. Historia*, Buenos Aires, Eudeba.

NAVARRO GERASSI, Marysa (1968) *Los nacionalistas*, Buenos Aires, Jorge Alvarez.

PERON, Juan Domingo (1957) "Contribución personal a la historia de la revolución"

en José María Sarobe *Memorias sobre la revolución del 6 de setiembre de 1930*, Buenos Aires, Gure.

PINEDO, Federico y otros (1983) *La crisis de 1930. Testimonios*, Buenos Aires, Ceal.

ROCK, David (1977) *El radicalismo argentino (1890-1930)*, Buenos Aires, Amorrortu.

ROMERO, José Luis (1986) *Las ideas políticas en Argentina*, México, Fondo de Cultura Económica.

—, (1987) *Las ideas en la Argentina del siglo XX*, Buenos Aires, Nuevo País.

ROUQUIE, Alain (1986) *Poder militar y sociedad política en la Argentina*, Buenos Aires, Emecé.

SANGUINETTI, Horacio (1987) *Los socialistas independientes*, Buenos Aires, Ceal.

SAROBÉ, José María (1957) *Memorias sobre la Revolución del 6 de setiembre de 1930*, Buenos Aires, Gure.

TALICE, Roberto (1989) *100.000 ejemplares por hora*, Buenos Aires, Corredidor.

ZULETA ALVAREZ, Enrique (1975) *El nacionalismo argentino*, Buenos Aires, La Bastilla.

Itinerario intelectual y político de los Maestros-ciudadanos (Del fin del siglo a la década del '20)

Leticia PRISLEI*

La constitución de la figura del intelectual Maestro-ciudadano remite a un doble y simultáneo proceso de diferenciación histórico-cultural. Por un lado, la República de las Letras, escenario de autoafirmación de una parcialidad de los productores de bienes simbólicos nucleados en la Capital de la República, imaginará los rasgos identitarios que les permitan reclamar un lugar en la sociedad. Por otra parte, la puesta en vigencia de la Ley Sáenz Peña oficiará de instancia institucional a partir de la cual se dibujará la posibilidad, entendida en algunos casos como deber cívico y moral, de ejercer la corresponsabilidad en la dirección del país a quienes apuesten a postularse como representantes de los ciudadanos argentinos.

Una fracción de la intelectualidad reunida en la revista *Nosotros* optará por el socialismo configurando un itinerario tensionado entre la disposición optimista por alcanzar certidumbres estables y los temores implícitos en la necesidad de redefinición de las mismas por efectos derivados de la inte-

racción dinámica con otros actores sociales y políticos.

Las tendencias inclusivistas y hegemónicas que se perciben tanto en el campo intelectual como en el político traducen una carga ambivalente. Dada la breve experiencia que, a principios del siglo, han transitado los intelectuales y los partidos políticos populares, unas y otras pueden interpretarse como procesos de acumulación de fuerzas para posicionarse en los escenarios de la cultura y del poder. Pero también, a medida que transcurre la segunda década del siglo XX, trasuntan las dificultades por lograr la consecución de referentes simbólicos de identificaciones colectivas desde los cuales la presencia del otro no sea percibida como amenaza de disolución del sí mismo.

La relación intelectuales / política se complejiza desde fines del siglo. Al instalarse, como eco lejano pero intermitente, la oposición Gran Derrumbe Civilizatorio / Revolución, las lecturas de los problemas locales se teñirán con los entusiasmos o los fantasmas

* Docente en la Cátedra de Pensamiento Argentino y Americano (Filosofía y Letras UBA). Esta investigación se realiza por el programa de docencia e investigación (UBA) en el Instituto de Historia Argentina y Americana "Dr. Emilio Ravignani".

que atraviesan, por entonces, a las sociedades modernas. El análisis de estos desplazamientos, en la medida de lo creíble y pertinente, jugará, a modo de mapa de articulaciones y apropiaciones, en la interrelación del acotado territorio de los intelectuales con el entramado cultural y político que los contiene.

Con la mirada en Francia: perfiles del Maestro y del Intelectual

Durante el filo del fin de siglo, a través de una ya tradicional pretensión modélica que la vida intelectual francesa procuraba y lograba vehiculizar mediante una tan expansiva como solicitada labor de sus empresas editoriales, se comenzarían a difundir preocupaciones nodales tanto en relación a los rasgos distintivos del Intelectual, como a un nuevo clima de ideas.

La complejidad que adoptaba en Francia el proceso de democratización y la laicización de la cultura contribuiría a afirmar la presencia de la figura del Maestro en una doble significación. El Maestro-artista cuya experiencia transcurría íntimamente vinculada a la posibilidad / conflicto de establecerse en el mercado de los bienes simbólicos; y, el Maestro-profesor universitario que entablaba una disputa, por el posicionamiento de su disciplina en la curricula de la enseñanza secundaria y terciaria, llevada aún al plano del ejercicio de influencias para incidir en los programas elaborados en los niveles ministeriales¹.

Además, se estaban forjando las aristas de un cambio en el mundo de la ideas que, percibido en términos de continuidad, desdibujaba la tensión

entre persistencia de lo residual / innovación al incluir, en una serie, tesis de la Sorbona —entre las cuales figuraban *Du fondement de l'induction* de Lachelier (1871), *De la contingence des lois de la nature* de Boutroux (1874), *De l'Habitude* de Ravaisson (1883) y ... *Essai sur les données immédiates de la conscience* de Bergson (1889)— que parecían ser agrupables en los parámetros de un positivismo espiritualista. Una convicción largamente compartida sostendría que cada uno de estos pensadores procuraba disolver / resolver, a su manera, mediante la recuperación de la libertad del espíritu, el obstáculo que el otro positivismo (materialista) habría tratado de eludir en vano². Esta búsqueda estaba signada por el intento de lograr "superar" las "carencias" del positivismo mediante la legitimación de una "metafísica científica". Pero, también es indicativa de la demandas que el proceso de laicización ejercía sobre la política, y en este caso, sobre la filosofía respecto de articular discursos sustitutivos de la vieja fórmula trascendentalista religiosa insuficientemente desplazada por las certezas imaginadas por la Ciencia positiva.

El instrumento para dirimir esta problemática y, más específicamente, para afirmar el prestigio de los Maestros, en el circunscripto límite del espacio académico, era el sermón laico que, clase a clase, constituía el rasgo identitario de los voceros del pensamiento.

Pero, el Caso Dreyfus, al abrir las puertas de la cátedra a la Calle, multiplicaría las caras de los Maestros y las de sus interpelados. Es más, establecería una divisoria de aguas en el interior del mismo campo intelectual³.

Por otra parte, el Manifesto de 1898, apoyando el *J'Accuse* de Emile Zola, marca el nacimiento de la figura moderna del intelectual. Ya que, en defensa de la Verdad, se practica el derecho al escándalo y se manifiesta la caída de la eficacia de la notoriedad aislada, afirmándose la de la comunidad global política y social que reúne el capital simbólico de los miembros del campo intelectual. La reivindicación del poder simbólico, obtenido por la acumulación de títulos que la mayoría de los firmantes menciona acompañando su nombre, es la carta de presentación con la que se otorga fuerza a la protesta⁴.

La entrada en la arena pública de Zola, Peguy, Jaurés, Lucien Heer, Boutroux, Barrés, Brunetiere convirtió el Caso en una extraordinaria confrontación de ideas. La prensa, a través de la cual se apelaron y se movilizaron los sentimientos y la conciencia cívico-moral de los franceses, descubrió tanto su fortaleza como poder de opinión cuanto que no era dueña de la misma. Si a ello había contribuido la participación de los intelectuales en periódicos y revistas, no es menos cierto que la victoria *dreyfusard*, además de desenmascarar las tensiones existentes en la sociedad, permitió la consolidación del régimen republicano parlamentario, al menos hasta el estallido de la Gran Guerra.

Resulta imposible, para el caso argentino finisecular, pensar una situación análoga a la que produjo la irrupción de los intelectuales franceses en la esfera pública. Sin embargo, tiene relevancia el carácter emblemático con que los intelectuales argentinos, y no sólo, revestirán a los *dreyfusards* ya que, asociados a las figuras de Zo-

la, de Jaurés, y sobre todo de Anatole France se filtrarán sea en las argumentaciones contra el clericalismo, el antisemitismo y el chauvinismo, sea como referencia ejemplar del modo de participar y expresarse en la escena pública. Aún entrada la década de los '20, la actitud de los intelectuales en el Caso teñirá la mirada en relación al modo de leer la revolución rusa o el proceso a Sacco y Vanzetti⁵.

Los intelectuales argentinos, en transición hacia una valoración decidida de los títulos académicos y artísticos, y, expuestos a una débil inserción institucional, practican, a través de sus propias revistas, un modo intersticial de ejercer el derecho a la protesta.

Buenos Aires: Maestros y apóstoles sociales. Entre la República de las Letras y la Internacional del Pensamiento

El pasaje del Salón de los Obligados a la fundación de El Ateneo es un indicio tanto del afán institucionalizador de la inquieta elite dirigente argentina —gestó ampliado al erigir la Facultad de Filosofía y Letras— como de la explicitación práctica de mostrar la mano tendida a los cultores de las artes y de la ciencias. El Ateneo, una experiencia que transcurrió entre 1893 y el 1900, no sólo dio la bienvenida a Rubén Darío, gestor de una tan módica como púdica bohemia porteña, sino también al grupo juvenil de militantes socialistas y anarquistas entre los que figuraban Roberto J. Payró, traductor de Ferri y de Zola, Ernesto de la Cárcova, autor de "Sin pan y sin trabajo", José Ingenieros, Leopoldo Lugones y Alberto Ghirardo. La prensa liberal, en su conjunto, se congratuló de la ini-

ciativa a la que el diputado José María Olmedo caracterizó como el inicio de la "vida pública de la ciencias y de las letras". Sólo el diario *La Voz de la Iglesia* expresó sus temores de que El Ateneo se convirtiera en "una cátedra de liberalismo" ⁶.

Como ejemplo de la polivalencia ideológica del modernismo, la revista *El Mercurio de América* (1898), contó con el apoyo y la colaboración de casi todos los ateneístas. De manera que la *avant-garde* literaria conviviría armónicamente con los escasos y exclusivos representantes de *l'esprit* que aún cultivaban el tardo romanticismo y con aquellos que prefirieron sumarse a lo que se convertiría en la persistente corriente del naturalismo realista.

En ese clima, cuando en 1907, Roberto Giusti y Alfredo Bianchi, jóvenes plebeyos de origen inmigratorio y frecuentadores de las aulas de Filosofía y Letras, inauguren *Nosotros*, devolverán el gesto de mano tendida a los fundadores de El Ateneo.

Este pacto de sociabilidad configura las reglas del juego que se instituirán en la formación del campo intelectual argentino. La promesa de "unir y no dividir", marca de la acumulación inicial de un capital simbólico, se traduce en un inclusivismo por el cual se relativizaría la alteridad socio-cultural de los participantes y se procedería al ejercicio de una crítica minimalista.

La movilidad social posibilitaría este cambio relativo de anfitriones en la dirección de los lugares desde donde se expresaría la República de las Letras que, por otra parte, tendería a profesionalizarse y a autonomizarse. Sin descartar una cuota significativa de voluntarismo juvenil autogestionan-

te, el contexto socio-económico facilitaría el emprendimiento. De este modo, a medida que avance la primera década del siglo XX, la circulación y el consumo de bienes intelectuales permitirá el surgimiento de empresas editoriales razonablemente rentables ⁷.

Inscripta en una cultura de mezcla a la que la clase gobernante intenta otorgarle cierto perfil homogeneizado a través del proceso de nacionalización de las masas, *Nosotros*, al tiempo que propicia la búsqueda de una literatura argentina, exhibe un eclecticismo literario sesgado por el reconocimiento del magisterio del pensamiento francés y por la adscripción a un americanismo de origen rodoniano.

En este último sentido, ese duermevela donde los intelectuales se perciben instalados hasta principios de siglo, parece agitarse al reproducirse centros que, a manera de una red regional continental, se van plegando al espiritualismo arielista de Rodó. Cuando éste posicione al Maestro Próspero en su *Mirador* (1913), y, su coetáneo, el profesor de filosofía Carlos Vaz Ferreira —temprano colaborador de *Nosotros* y lector de Bergson— publique su *Moral para intelectuales* (1909), se tramitarán las reflexiones iniciales respecto de un Magisterio intelectual local.

El modo de pensar dicho magisterio donde se articula reconocimiento-ejercicio de la jerarquía del Maestro / libertad creadora-productora de originalidad en el discípulo ⁸ conlleva no sólo una concepción pedagógica sino, también, el reclamo del intelectual por erigirse en director de conciencia de la juventud. De manera que tanto las reflexiones de Rodó como las de

Vaz Ferreira evocan las opiniones de Bergson en sus *Entretiens* con Jacques Chevalier donde consideraba que: "La tarea del maestro (es) hacer hablar al alumno. El alumno no debe ser pasivo, El Profesor interesante es el que se interesa por cada alumno individualmente (...) La responsabilidad del maestro es grande. Debe saber dar por cierto lo que es cierto, por probable lo que es probable, por dudoso lo que es dudoso (...) ser sincero, pero seguro y prudente, porque se puede cambiar de opiniones" ⁹.

En correspondencia con estas preocupaciones, Vaz Ferreira planteaba la necesidad de imaginar convicciones y hasta una metodología que permitiera tolerar el nivel de incertidumbre introducido por la crítica, al tiempo que la reconocía como componente constitutivo del discurso de la modernidad. El imperativo moral de los intelectuales consistía, por tanto, en estimular, en los jóvenes, una ponderación "modesta", "moderada", y "más justa" de los valores ciertos, pero relativos, de la racionalidad, la ciencia, la democracia y el republicanismo. De este modo, los "mejores espíritus demasado idealistas y sintetizadores" serían capacitados para llevar a cabo un accionar módicamente progresivo y gradual, pero, también eficaz sobre la sociedad. Esta relativización incluía tanto la recusación de un lebonismo estrecho que cifraba expectativas en fundar un poder que obrara a través del contagio y de la propaganda emocional, cuanto la de todo apostolado excesivamente entusiasta demasado expuesto, bien al extremismo, o bien a la vulnerabilidad del desencanto ¹⁰.

Rodó, por su parte, procura dotar a

los intelectuales de una misión espiritual de connotación y alcance transnacional. Por ende, su discurso está atravesado por el mandato de afianzar la "originalidad hispanoamericana". Para lo cual construye una genealogía de Maestros que recorre por entero el siglo XIX ¹¹. Desde allí reafirma la actualidad de su propuesta acreditándola, por un lado, como el lugar de prosecución de una tradición —aún lábil pero perfectible— y, por otro, como el de la innovación emergida en el antiyanquismo. Al sostener que lo primero es imposible sin lo segundo se autoconfiere la autoridad de intervenir en la selección de un pasado del que se apropia para legitimar las orientaciones a partir de las cuales se pretende encauzar las expectativas futuras. El éxito de esta operación se confirma cuando Pedro Henríquez Ureña co-invente la figura de los Maestros de América, entre los cuales posiciona a Rodó como el exponente contemporáneo más representativo ¹².

Vaz Ferreira y Rodó recurren a un pedagogismo de modalidad socrática. Si el primero, por su condición profesoral, restringe los contornos de su público a los discípulos estudiantes, el segundo se dirige a los jóvenes deseosos de buscar en la lectura claves de una educación cuyo cultivo incesante deviene en deber individual. Ante la emergencia de la sociedad de masas, la apuesta de ambos funda sus expectativas en la mezcla, y eventual sustitución dirigencial por el gradual acceso al poder de una meritocracia de signo laico y conciliadoramente tolerante.

Claro está que esta concepción del progreso como condicionante de un

tan esperado como controlado y selectivo mejoramiento socio-político resultaría acuciado por la tendencia a la absolutización de las diferencias reactualizadas por los revolucionarios y los taumaturgos surgidos del mundo de la Guerra.

Precisamente, la compilación de artículos para el Número Homenaje por la muerte de Rodó constituye un indicio de la recomposición de los rasgos identitarios del intelectual Maestro, que ya venía manifestándose, para una fracción de la membresía de *Nosotros*. Si la accidentada militancia política de Rodó había transitado en la filas de un battlismo simpatizante del georgismo, *Nosotros* fue la sede donde se había anudado una amistad de perfiles socialistas. A la figuras tutelares de José Ingenieros y Alfredo Palacios, se sumarían Antonio De Tomaso, Augusto Bunge, Mario Bravo, Ricardo Saénz Hayes, José Rouco Oliva, Alfredo Bianchi y Roberto Giusti¹³. El último, de reciente incorporación orgánica al Partido Socialista, actúa, por su posición directiva en la revista, como emergente significativo de esta inflexión. Juan B. Justo, invitado a compartir el espacio recordatorio de Rodó, rechazó cortésmente la oferta del "ciudadano" Giusti porque, desde su perspectiva, el discurso rodoniano, formalmente bello y hasta académicamente interesante, no cumplía ninguna función cognitiva, ni interpretativa o normativa. Es decir, carecía del espesor ideológico imprescindible para orientar la reforma social y política que se proponía el socialismo¹⁴. El fundador del PS participaba, en cierta medida, de la renuencia generalizada de la II Internacional respecto del esteticismo y del modernismo¹⁵, convicciones que, con el tiempo, cons-

tituirían una fuente de fricción con la "muchachada romántica amante de las bellas letras".

De todos modos, en ese momento, el magisterio espiritualista de corte individualista de Rodó, que había propuesto hacer de la vida una obra de arte en la cual confluyeran la Virtud y la Belleza, en una superior armonía, hasta llegar a concebir la ley moral como una estética de la conducta, resultaría resituado. Por una parte, el rol de los Estados Unidos en la Gran Guerra y, luego, el mensaje wilsoniano opacarían, de una manera relativamente fugaz, la puesta bajo sospecha desde donde se miraba a los norteamericanos desde 1898, hasta que la tradición antiyanqui se rearticulara en los discursos de los Maestros de América vinculados al público universitario surgido de la Reforma del 18. Además, la urgencia con que se planteaba la convocatoria a un activismo militante basado en una apuesta centrada en la reforma social contribuiría a que, mientras se editaba el homenaje a Rodó, el joven director de *Nosotros* reclamara la necesidad de Maestros que, mediante la ejemplaridad de su vida y la difusión didáctica de un utillaje nocional adecuado para orientar el cambio social, pudieran asumir la función de guías de la nueva hora. En ese sentido Giusti, sobreimprimiendo discursos, proclamaba: "Yo pertenezco a un partido de lucha que confía en el desenvolvimiento gradual de la humanidad hasta realizar una democracia en que haya más pan, más justicia, más verdad, más belleza. A la conquista de todo ello marchan mis compañeros, por caminos que no son en verdad los señalados por Rodó. El Maestro quería formar nuestro mundo moral; nosotros tam-

bién, pero por otros medios: transformando y mejorando la condiciones materiales de la existencia, elevando su nivel, a fin de que todo sea propicio y nada adverso al libre y armonioso desenvolvimiento de los hombres. La filosofía moral del maestro, pues, no puede ser aún para nosotros un breviario de acción. Es excelente para individuos aislados, no nos sirve en la obra de regeneración y educación de las masas (...) cuando viva el hombre en la democracia que el Maestro soñó, aunque no nos enseñó a alcanzarla, entonces sí habrá llegado el momento de hacer de nuestra vida una obra de arte".¹⁶.

En el proceso de redefinición de la misión del Intelectual se cruza un hecho extra-ordinario: la Revolución Rusa.

Las perspectivas desde la cuales se interpreta un Magisterio socialista connota los significados que se le atribuyen a la Revolución. Al ser leída como acontecimiento probatorio de la profecía milenarista juega como contrapartida de las incertidumbres abiertas por el Gran derrumbe civilizatorio provocado por la guerra mundial. Luego de una fulgurante adscripción, más emocional y acrítica que teórico política, a un tan extendido como difuso tercerismo, Augusto Bunge y Roberto Giusti, persuadidos por la persistente prédica de De Tomaso, permanecen en el PS. De todos modos la Revolución, instalada en el espacio incuestionable de un horizonte utópico desde donde se procura obturar el futuro como fuente de desasosiego, realimenta la certeza, inherente a toda concepción historiográfica teleológica, de direccionar el sentido de la historia.

A su vez, la lectura de la relación Intelectuales / revolución, mediada por Clarté, recupera la figura del *ouvrier*

de la *pensée* que permite, en su ambivalencia, diferenciar al pensador del resto de la sociedad. De ahí que en la convocatoria a los "intelectuales y estudiantes de América Latina" para integrar la Internacional del Pensamiento se postulara dotar de carnadura histórica al viejo estatuto social humanista mediante el logro de generar una "revolución en los espíritus".

El objeto de la misma consistiría en difundir "como una religión experimental el amor por las doctrinas que pongan al desnudo los males pasados y que muestren cuáles son los principios de justicia, de verdad y de belleza que nos alientan a buscarles remedio".¹⁷.

El mensaje laico, dirigido a todos los "espíritus libres e independientes", sin distinción de "capillismo" literario ni de partidos políticos, aparece atravesado por componentes de una religiosidad positiva y, por ende, terrenal a medida de un tan inclusivo como optimista apostolado humanista pensando en términos de redención / dignificación de las masas.

Si el espiritualismo finisecular precisaba así su perfil social sin abandonar con el cambio, cierto aristocratismo esteticista corroborado en la presencia de Anatole France; las iniciativas de Lunatcharski, el Comisario soviético de Instrucción Pública, al tiempo que confirmaba la bienvenida a todos los intelectuales del mundo dispuestos a defender y universalizar la Revolución¹⁸, también entroncaba con uno de los tópicos centrales de Magisterio moral y cívico local, y en general de los partidos socialistas que habían integrado la II Internacional, tal era, la reforma educativa de la sociedad. Si el plan de Lunatcharski era vivido, en Rusia, como momento fundacional¹⁹, desde *La Vanguardia* se ponderaban

sus esfuerzos como el logro más valioso del proceso revolucionario, ya que, lectura francesa mediante: "La revolución rusa, que por tantos aspectos se parece a la revolución francesa de 1789 parece haber tomado por divisa esta frase de Dantón (...) "Después del pan, la primera necesidad del pueblo es la educación" (...) Lunatcharski ha sido el inspirador de ese movimiento de liberación grandioso que nada detendrá ya (...) cualquier cosa que se piense de la revolución, cualquier opinión que se tenga de la república de los soviets, hay que inclinarse ante este hecho: ha empezado a realizar y realiza diariamente la liberación intelectual de un pueblo que sus dirigentes mantenían en su embrutecimiento sistemático. No sólo ha hecho del mujik un ciudadano libre. Lo ha transformado en hombre enseñándole la dignidad" ²⁰.

En síntesis, estas lecturas de la revolución como utopía realizándose de algún modo en algún lugar del ancho mundo, legitimaba, por un lado el carácter transnacional y, aún, transpartidario de los pensadores y artistas como emisarios / coprotagonistas del cambio social; y, por otra parte, reafirmaba un pedagogismo que transformando las mentes convertía a los hombres en ciudadanos dignos.

Con la mirada puesta en su Ciudad Presente, una fracción de la República de las Letras porteñas estaba persuadida de encontrar en el socialismo, un partido de Maestros ciudadanos.

El socialismo: un partido de Maestros-ciudadanos

Cuando en 1911 Jean Jaurés expre-

sara a los socialistas argentinos: "Vosotros sois aquí una fuerza de control, una fuerza moral (...) Vosotros no trabajáis para vosotros mismos, sino que trabajáis para toda la democracia argentina" ²¹. particularizaba la compleja tarea que el proceso político argentino impondría al conjunto de sus incipientes organizaciones partidarias.

Si para el socialismo era necesario formar un ciudadano mediante la extensión de una cultura cívico democrática, no lo era menos organizar un partido autónomo de las masas trabajadoras argentinas diferenciado del resto del movimiento democrático y popular ²².

La realidad de una sociedad donde la promesa del ascenso social ya formaba parte del sentido común, y la carencia de una tradición intelectual arraigada en los sectores populares conforman el marco, a partir del cual, Juan B. Justo se había propuesto la constitución de una hegemonía moral intelectual en el sentido de ir sedimentando un cemento ideológico cultural que amalgamado en las experiencias sociales de los trabajadores posibilitara el asentamiento de la instituciones políticas ²³.

En base a esta visión constructivista, los socialistas emprenden la creación deliberada del futuro. En ese sentido Dickmann afirma: "Comprendimos que sin una intensa y extensa labor cultural, consistente en la difusión de conocimientos positivos, de verdades científicas, de nociones estéticas y de preceptos éticos, el pueblo trabajador andaría a tientas en la áspera vía de su paulatino y gradual ascenso económico, político y social; pues (...) carecería de la fuerza dinámica que da el saber y que conduce al poder" ²⁴.

Estos esfuerzos se jugarían en los parámetros de un disciplinamiento moral cuya normatividad, de corte eclesial laico, cumpliría la doble función de cohesión, hacia el interior de las fuerzas propias, y de diferenciación, respecto de las demás fuerzas políticas.

Conscientes con el objetivo de modelar conductas a través de la ejemplaridad de la dirigencia, *La Vanguardia* es concebida como órgano mediador cuya eficacia residiría tanto en la orientación partidaria de la información cuanto en constituirse como vidriera cívica, moral y cultural. El modo de pensar la función del diario se manifiesta desde el disciplinado diagrama fijo de las secciones, hasta la selección de "deportes sanos" que merecieran difundirse y la inclusión de avisos publicitarios que no contraviniesen abiertamente las normas morales del partido. ²⁵. Asimismo, como forma de afianzar el principio republicano democrático de publicitar los actos de gobierno, y también de mostrar el funcionamiento institucional y partidario se transcribían minuciosamente las sesiones del Congreso y la Actas del Concejo Deliberante, obviamente a través de la participación de los representantes del socialismo; y los debates o resoluciones de los Congresos del Partido.

Esta obra de educación colectiva tiende a la multiplicación de la relación Maestro - discípulo. Acorde con el estilo explicativo de la dirigencia socialista se organizan los domingos culturales de las bibliotecas populares, y, particularmente, de la Sociedad Luz desde donde se concurre a los teatros, los museos, los cursillos, las conferencias o a la exhibición gratuita de películas proyectadas en los barrios

"excéntricos" a iniciativa de la Municipalidad. La composición de la hoja dominical de "Literatura y Arte" de *La Vanguardia* se suma a estas actividades, ya que la selección de los contenidos supera el mero uso recreativo asignado a la pausa que el ritmo de la semana laboral impone a los lectores. La inclusión de poesías, fragmentos de libros clásicos y modernos, o "pensamientos" a modo de aforismos didáctico-moralizantes, y la adaptación de textos agrupados bajo el sugerente título de "El rincón de los niños" tienden, generalmente en forma indirecta, a la formación política y a la del gusto estético. De este modo se pretende atraer, sea a lectores individuales, sea al grupo familiar. Especialmente por el tipo de narración que se imprime a la lecturas "infantiles" resulta necesaria la mediación del padre o de la madre para explicar el mensaje que se desea transmitir.

Pero, por otra parte, las características de la apertura democrática iniciada en 1912 encajaría con la modalidad socrática de transmisión del saber. En ese sentido, mientras el Censo Municipal de Buenos Aires computaba 1.306.000 habitantes, el empadronamiento realizado a partir de la sanción de la Ley Sáenz Peña sumaba 126.303 ciudadanos, lo cual no alcanzaba a duplicar los 70.255 inscripciones voluntarias del Centenario. Gradualismo democratizador lo suficientemente tranquilizador como para que la clase gobernante alentara, inicialmente, la expectativa de mantener el control del sistema. A medida que el radicalismo y el socialismo se convirtieran en las opciones centrales de la ciudadanía porteña, el hecho de que entre 1916 y 1922 se incorporaran solamente 17.000 y 20.000 electo-

res cada dos años, y de que en 1921 sólo hubiesen 18.450 extranjeros naturalizados ²⁶, dibujaba la existencia de un horizonte de opinión política, traducible en votos, cuya magnitud cuantitativa parecía un universo pasible de ser relativamente abarcado a través de una dirigencia reducida y conscientemente dispuesta a ejercer un magisterio cívico personalizado. Precisamente con motivo de la campaña por la senaduría capitalina de 1923 por la que se postulaba la candidatura de Mario Bravo, *La Vanguardia* sostenía: "Las ideas penetran y se difunden en el hogar, en la oficina y en la tienda, por la discusión familiar, por la discusión entre amigos, por la polémica entre adversarios. ¡Qué vasto y fecundo campo para la inteligente propanganda individual de los socialistas! ¡Que cada socialista y simpatizante conquiste individualmente una nueva conciencia y habremos duplicado los votos! ¿Elo es difícil? Sí. ¿Imposible? No. Algunos dicen saber es poder. Nosotros decimos querer y saber es poder. ¡Que quieran y sepan nuestros afiliados y el triunfo será nuestro!" ²⁷. En la misma página se convocaba a 1.000 afiliados para que cada uno repartiera 200 sobres donde se incluía la plataforma electoral. Si se tiene en cuenta que en 1923 el total de votantes por la capital era de 163.670 ciudadanos, se puede aceptar una base de cierta credibilidad sobre la que se asentaba el pedagogismo optimista de los socialistas.

Los triunfos del socialismo porteño en 1923 y 1924 que parecían confirmar la alternativa político-cultural del socialismo dirigida a ir propiciando un cambio cualitativo en la conciencia de la opinión política porteña y a consolidar su confianza en una apuesta

de futuro, recientemente compartida, basada en la consecución de una sociedad más justa, más instruida, más consciente de sus derechos.

No obstante, el malestar y la inquietud se agudizarían en sus filas. La manifestación de esta situación estaría vinculada a las tensiones y a los problemas implícitos en la cultura política que se venía articulando en el interior de la experiencia de democratización de la sociedad argentina.

Maestros ciudadanos y radicales: frente al problema de las identidades comunitarias y del dilema del Otro

La dispersión de la élite gobernante tradicional, derivada de las demandas surgidas de su "promesa de felicidad" para el conjunto de la sociedad cifrada en la posibilidad de extender masivamente el bienestar general, la educación pública y el acceso al poder político —previo trámite de argentinización—, contribuía a diluirlos como referente / contra-espejo identitario de los nuevos protagonistas encargados de instituir la Argentina democrática.

De modo que en el concurrencismo por acrecentar la propia representatividad popular, radicalismo / socialismo devinieron, para cada uno, en el Otro. ²⁸

La base, sobre la que se instaló esta problemática, consistía en la aceptación común de acatar la decisión de la voluntad popular como principio de legitimación política, y, de posibilitar el funcionamiento de reglas que permitiera concretamente el establecimiento de la institucionalidad democrática.

Si hasta ahora se ha tratado de analizar el encuentro de una fracción de la intelectualidad con el PS en la configuración de la imagen de una sociedad otorgadora de sentido para la vida individual y colectiva de sus miembros, uno de los intelectuales radicales acogidos por *Nosotros* dibujaría las promesas que el radicalismo ofrecía al imaginar su propuesta comunitaria.

Desde una versión espiritualista expresada en un eticismo finalista que se resumía en garantizar "la práctica honrada de las instituciones" —consecuentemente identificable con las reivindicaciones que históricamente venía planteando la UCR—, y, en un lenguaje de reminiscencia religiosa —al sostener como Ideal "una firme voluntad de redención política"—, incluía el ofrecimiento de emprender una experiencia "original". Tal era la de constituirse en un partido distinto de los "acostumbrados... según los criterios de los intelectuales y los *politicians*". Es decir, un espacio político abierto a todas las clases que, enunciado como "obra de educación democrática colectiva", permitía un juego libre al imaginario social para atribuir a la UCR el más variado cúmulo de expectativas.

Si los resultados electorales eran presentados como aval de la confianza masiva depositada en el radicalismo, también estimulaban el desdibujamiento del adversario / interlocutor político ya que: "a pesar de los devaneos y de los programas pomposos, la obra de los diputados socialistas, en lo que tiene de buena, es castizamente radical" ²⁹.

Por cierto, el estilo de democracia plebiscitaria del yrigoyenismo subsu-

midado en un liderazgo carismático, portador de un mensaje múltiple, exaspera doblemente al socialismo. Porque diluye la figura de un otro ideal, producto de la transparencia entre fuerzas económico-sociales y representación política partidaria, y porque desvirtúa la función del "lenguaje" como instrumento educador adecuado para pensar y analizar la sociedad. El desconcierto que provoca lo que denominan "el frenesí de la metáfora" conduce a interpretar tal fenómeno como "un caso de patología social (...) un vicio del pensamiento (...) que está creando en nuestra juventud un sistema de hablar y escribir que participa a la vez del manicomio y la pulpería". Percepción, entre alarmada e inquieta, que despierta la presencia del radicalismo en la vida social, cívica e institucional. El temor ante una irrefrenable invasión se traduce en las siguientes reflexiones de Giusti: "El partido radical la ha adoptado (a la "metáfora patológica") como suya y la ha llevado del diario al comité, del comité al manifiesto, del manifiesto a la vida pública, y de ésta al congreso y del congreso a la silla presidencial, y ahí tenemos a los dos más esclarecidos corifeos de la misma deslumbrando a las muchedumbres en éxtasis con su verba abracadabrante, erizada de plurales abstractos y tropos frenéticos, aullante y gesticulante, sin que una sola palabra esté empleada en su cabal sentido, sin que una sola frase traduzca un pensamiento" ³⁰.

Esta tendencia a universalizar la propia discursividad como la única racionalidad verdadera, con la consiguiente inferiorización del otro, obstruía la posibilidad de un diálogo pluralista. Pero, además es indicativa de una actitud defensiva ante el temor de resul-

tar sometido a una mayoría que parecía dispuesta a imponer sus propios rasgos como identidad colectiva.

Durante el transcurso de los primeros años de la década de los '20 se agudizarían las polarizaciones en la opinión pública mundial. Precisamente ante el avance de los nacionalismos belicistas, el Congreso Mundial de la Paz reunido en la Haya en enero de 1923, había adoptado la poco tranquilizadora consigna de ¡"Guerra a la Guerra!". Pocos meses después, Lugones lanzaría, con motivo de la fiestas julias, un disruptivo mensaje, donde junto a Manuel Carlés, proponía fortalecer la marina y el ejército argentinos y deportar a sus países de origen al "extranjero inadaptable y hostil que trama huelgas". Hecho que provocará el repudio unánime de la FUBA, la FUA y el PS³¹. Por otra parte, *La Vanguardia* publica la convocatoria de Barbusse: "Tengamos la osadía de la verdad, tengamos el tranquilo valor de quemar cuando sea preciso aquello que hemos adorado. En eso consiste nuestro genio pensante. Empecemos por no inclinar la cerviz ante los fetiches. Las banderas nacionales, con las ridículas diferencias de sus colores han flotado durante toda la historia unas contra otras sobre multitudes de degolladores, sobre generaciones de cadáveres, sobre inmensidades de ruinas y de cementerios (...) la bandera roja, sobre la que se lanzan las jaurías policíacas y los matones de los poderosos, significa la fraternidad organizada de los hombres y el odio al odio"³².

En tanto, Mussolini incorporaba a su discurso la vieja ambición colonialista de la dirigencia peninsular conservadora. Y, *La Vanguardia* denunciaba

las pretensiones mussolinianas de hacerla extensiva a la República Argentina³³. Aunque la iniciativa no encontró eco en el país, no resultaba menos asombroso la fascinación que provocaba el fascismo en la propias filas del socialismo. La "deserción" de Ferrri, que a principios de siglo debatiera con Juan B. Justo, fue motivo de una reflexión que oscilaba entre la ironía y la concreción de una profecía anunciada: "después de haber sostenido que aquí en la Argentina el socialismo no tenía razón de ser, acaso encuentra que tampoco en Italia hace falta, toda vez que Mussolini se ha encargado de detener la historia"³⁴.

Por otra parte, en el ámbito de la Universidad porteña, Alfredo Palacios eleva al Concejo Superior la propuesta de pronunciarse públicamente repudiando el encarcelamiento de Unamuno por el dictador Primo de Rivera³⁵. La situación crítica del socialismo en Italia, España y Alemania se reflejan en el dramático balance que realiza un colaborador de *La Vanguardia* donde señala: "Lo que está ocurriendo en Europa es algo más, mucho más que una derrota; ésta es una verdadera Waterloo del proletariado. Hay que empezar de nuevo, hay que volver al ABC de la enseñanza socialista (...) Hay que desconfiar de los que aprenden demasiado rápido, de todos los que pregonan infaltables triunfos, de todos los que quieren hacer una Maratona de la marcha lenta de la conquistas sociales. Hay que hacer conciencias (...) Todos los supersocialistas han pasado hoy al otro lado; y son los que nos pegan más fuerte"³⁶. En busca de certezas, sobre la cuales continuar el Magisterio socialista, el preocupado militante se vuelve al siglo XIX donde reencuentra

a la Ciencia, al liberalismo social, a la prédica progresivamente concientizadora de la II Internacional representadas por Pasteur, Mazzini, Jaurés y Bebel. Pero también, Rosas le dispara el temor a la reinstauración de una dictadura local.

Sin embargo, durante el gobierno de Alvear, aunque se sostuvo una relación crítica entre el PS y la UCR³⁷ y tendieron a agruparse los nacionalistas beligerantes, sin enemigo exterior a la vista, se logra mantener un pacto institucional donde la legitimidad de las decisiones políticas dependieron, en gran medida, de la legalidad de los procedimientos.

De todos modos, la situación se complejiza por el surgimiento de disensos internos en la UCR y en el PS. La puesta en discusión de los estilos de liderazgo practicados por Yrigoyen y por Juan B. Justo podría traducir un crecimiento en la demanda de pluralidad. Pero también, constituiría una nueva fuente de incertidumbre ya que incrementaba el temor de disolución no sólo frente al adversario sino en relación al propio perfil identitario.

El acuerdo de Juan B. Justo con Yrigoyen, desbloqueando la presentación de la candidatura de este último para las elecciones presidenciales del 28, podría interpretarse como un intento de mantener la estabilidad del sistema. Pero, esta alternativa implicaría la contención de las huestes partidarias de ambos bajo sus respectivas direcciones. Apuesta jugada en una situación límite que conducirá a sendas rupturas.

En esta zona habrían de instalarse la fuente controversial que plantearon las demandas del Partido Socialista Independiente, emergente de la divi-

sión de los Maestros ciudadanos, y la constitución del Frente Unico de orientación radical.

El análisis de este proceso, que aún se encuentra en una fase exploratoria de investigación, podría simplificarse apelando a una suerte de eclosión de ambiciones faccionalistas. Mas bien, pensamos que traduce una crisis de representatividad en el nivel de dirección de las estructuras partidarias que hasta entonces habían operado en el campo político. Como también un intento de reorientación de una experiencia política donde se percibía que el yrigoyenismo y el PS no habían conseguido afianzar un conjunto de creencias y de convicciones que actuaran a modo de una red identitaria colectiva, al tiempo que despertaran la confianza en una expresión más libre de las diferencias.

Tensiones similares se expresan en el campo literario donde persiste una lógica de legitimación diferenciada de las adscripciones político-ideológica de sus integrantes. En la gran fiesta organizada por *Nosotros*, realizada en 1927 con motivo del vigésimo aniversario de la fundación de la revista, Giusti³⁸, anfitrión del Ministro de Instrucción Pública y de todos los escritores tradicionales y vanguardistas, dirige su discurso a los "jóvenes impacientes" preguntándoles: "Pero, amigos ¿Contra qué y contra quiénes pelean ustedes? (...) Al oír sus gritos, el transeúnte creerá que (...) dentro de esa Bastilla (*Nosotros*) se encierra un pasado de tal oprobio y vergüenza, se maquinan acechanzas tales contra el novísimo descubrimiento de la metáfora, que el duelo no puede ser sino a muerte. (...) Todos somos obreros de una causa común y esta revista ha sido invariablemente instrumen-

to de todos... ¿Qué más se quiere?"³⁹. La predisposición indulgente y abierta de *Nosotros* se desliza —ante la emergencia de nuevos lugares desde donde la defensa de las posiciones estéticas se dirimen a través de una crítica ejercida tanto entre los recién llegados como hasta los que por entonces ocuparan la centralidad del campo— hacia el reclamo de subsunción de todos en lo mismo.

Si la convocatoria al festejo había logrado reunir a todos, desdramatizando la situación, no es menos cierto que el intento del estrato de los intelectuales del '900 por afirmar su estilo de hegemonía constituía su propio canto del cisne.

El año '27 también comienza a trazar una línea divisoria en el juego político argentino. Hasta entonces la máxima victoria de la UCR se había traducido en el 48% de los votos para las elecciones presidenciales, y alrededor del 43% para las legislativas. Pero, en 1928 la fórmula Yrigoyen-Beiró alcanzaría el 54,62% en las presidenciales, el 50% en las senatoriales y el 46% en diputados; relegando notoriamente a la alternativa Melo-Gallo del Frente Unico. Por su parte el PSI se constituiría en 1930 en el primer partido político de la Capital al acumular el 36,74% de los sufragios, seguido por el 27,99 de la UCR y del 27,93 del PS⁴⁰. Estos resultados alentarían, en el PSI, la posibilidad de convertirse en el referente de una fuerza política hegemonizada por un socialismo que, erigido en defensor insobornable de la libertad, capturara a los descontentos con el gobierno, sea provenientes del conservadorismo liberal, sea de un alvearismo cada vez más marginado por el yrigoyenismo.

Sin embargo, el plebiscitario apoyo recibido, en el '28, había conducido al gobierno a un sobredimensionamiento de las propias fuerzas, al tiempo que le reforzó su convicción de autoimaginarse como el resumen de la sociedad. Circunstancias por las cuales redujeron el propósito de "reparación institucional" a una apropiación excluyente, en la práctica, de las instituciones al bloquear la expresión orgánica de la oposición interviniendo las provincias no adictas al gobierno, obstruyendo el reconocimiento de los diplomas de los parlamenterios opositores legalmente conseguidos y, en suma, paralizando el funcionamiento del Congreso. Esta transgresión alentaría en el imaginario de la otras fuerzas políticas la creencia de considerarse investidas de una legitimidad superior a la expresada legalmente por la mayoría de la voluntad popular.

Sin desconocer la incidencia de la crisis económica ni la existencia de un campo de poder donde intervienen minorías ideológicas reaccionarias, la prensa y el ejército en la situación que culmina en el golpe del 30, se hace necesario insistir en un análisis orientado desde la perspectiva que profundice las tensiones internas en la trama político-cultural del primer tercio del siglo XX.

En ese sentido cabe señalar, en esta primera aproximación, que las prácticas hegemónicas y los temores disparados por el sesgo autoritario hacia el que parecía orientarse el gobierno de la mayoría, así como la percepción de éste respecto de una minoría que ponía en discusión la fe de la mayoría en sí misma, habría contribuido a derribar la tensionada experiencia hacia la democratización de la sociedad argentina.

La imposibilidad de establecer un diálogo entre iguales diferentes, sea inferiorizando, sea desconociendo al otro,

habría llevado a un antagonismo que homologó al relativamente diferente con el enemigo.

Notas

1 J. L. FABIANI, *Les philosophes de la République*, París, Les Editions de Minuit, 1988.

2 M. BARLOW, *El pensamiento de Bergson*, México, FCE, 1968 p. 34-46.

3 P. MIQUEL, *El Caso Dreyfus*, México, FCE, 1988, p. 36-67.

4 C. CHARLÉ, *Naissance des intellectuels*, París, Les éditions de Minuit, 1990, Int. y Cap. IV.

5 "Cuando France sale (...) a la plaza pública a defender a Dreyfus y a la revolución, a la inocencia, a la verdad y al porvenir, es la hora en que se establece el íntimo contacto entre él y Lenin (...) Cuando Lenin, evolucionando, y France, mezclándose en la multitud intervienen con la más absoluta sinceridad, en el sagrado pleito que divide a los hombres, un inquebrantable optimismo preside sus actos y el nivel humano asciende". L. REISSIG, *Nosotros*, Oct. 1924 N° 185, p. 171-172.

En 1927 en relación al proceso a Sacco y Vanzetti, el órgano periodístico del Partido Socialista Independiente, se pregunta "¿Se irá hasta la revisión total del proceso como en el Caso Dreyfus?". Y propone emular a aquellos "hombres valientes (que) pidieron la revisión (...) Zola lanzó su formidable J'Acusse, la revisión se obtuvo y la inocencia de Dreyfus quedó en descubierto.

"La voz del mundo ha logrado hacerse oír por el momento en Massachusetts, *Liberdad!*, 17/8/1927, p. 1.

6 R. F. GIUSTI, *Momentos y aspectos de la cultura argentina*, Buenos Aires, Raigal, 1956, p. 57-59; RUBEN DARIO, *Autobiografías*, Buenos Aires, Marymar, 1976, p. 113-115.

7 Tal como lo demuestran la fundación de la revista y la editorial *Nosotros* (en 1907 y 1911 respectivamente); la *Revista de Filosofía* y la editorial "La cultura argentina" (1915) dirigidas por José Ingenieros, la "Biblioteca argentina" (1915) dirigida por Ricardo Rojas; y la editorial cooperativa "Buenos Aires", (1916) a cargo de Manuel Gálvez.

8 Vaz Ferreira invoca a Bergson para leer en clave temperada las limitaciones, pero también los aportes del positivismo. C. VAZ FERREIRA, "Reacciones", *Nosotros*, Abr. 1908 N° 9, p. 161-165. En tanto Rodó opina, bergsonianamente; "el joven estudiante no debe ni puede sin desventaja prescindir del maestro; pero la enseñanza del maestro no es, para el estudiante capaz de reflexión propia, yugo brutal ni imposición dogmática, sino sugestión que excita la virtualidad del pensamiento que la recibe, y estimula, lejos de ahogarlo el instinto de originalidad". J. E. RODO, *El mirador de Próspero*, Madrid, América, 1920, T. 1 p. 230.

9 J. CHEVALIER, *Entretiens avec Bergson*, París, 1938, p. 268.

10 C. VAZ FERREIRA, *Moral para intelectuales* (Apéndice reelaborado en 1918), En: *Estudios filosóficos*, Buenos Aires, Aguilar, 1961, p. 66-71.

11 En la misma incluye a Sarmiento, Montalvo, Martí, Andrade, Sanín Cano, Francisco García Calderón, Nájera, Díaz Mirón, Juan A. García, Carlos Reyles, J. E. RODO, *El mirador de Próspero*, Ob. Cit. T.1, p. 231.

12 "Apenas consumada la independencia de América, aparece Andrés Bello, tipo de selección, hombre sabio y hombre justo, que piensa y canta, legisla y educa (...). Otros vienen después, y son: Sarmiento (...), Juan Montalvo (...), Ignacio Ramírez (...), Barreda (...), Hostos (...). No vacilemos ya en nombrar a José Enrique Rodó, entre los maestros de América", P. HENRIQUEZ UREÑA, "La obra de Rodó", *Nosotros*, En 1913 N° 45, p. 226.

13 Precisamente a principios de siglo Alfredo Palacios había tramitado la afiliación de De Tomaso y de Rouco Oliva. Luego, a instancias de De Tomaso y de Mario Bravo, y con la presentación de Augusto Bunge y de Ricardo Saénz Hayes, se realiza la afiliación de Giusti en 1916.

14 "He leído a Rodó con deleite, he admirado la pureza y la belleza de la forma en que escribía, y la elegancia impecable de sus parábolas. Sus temas me han parecido así mismo académicos, no he encontrado en sus ideas fuerza ni originalidad y ni en el libro que dedicó a la juventud, creo que haya sugerido nada. La música me gusta tan solo por lo que suena y me emociona, sin preocuparme de interpretarla. Con las letras soy más exigente, y además de sonido, le pido un alma viviente y actual. Nuestras realidades y sanas energías hubieran encontrado mediocre expresión en Puvís de Chavannes. Espero mucho más de lo que Ud. ha de pintar con su pluma" (Archivo R. F. GIUSTI, "Carta de Juan B. Justo a R. F. Giusti", Buenos Aires, 14/5/1917.

15 E. LUNN, *Marxismo y modernismo. Un estudio histórico de Lukács, Brecht, Benjamín y Adorno*, México, FCE, 1982, Cap. 2.

16 R. F. GIUSTI, "José Enrique Rodó". En: *Crítica y Polémica. Primera Serie*, Buenos Aires, Editorial Cooperativa "Nosotros", 1917, p. 44-45.

17 A. FRANCE - H. BARBUSSE, "Mensaje a los intelectuales y estudiantes de América Latina", *Revista de Filosofía*, Mayo 1921, Año VII N° 3, p. 462. También se publicó en *Nosotros*, Feb. 1921 N° 141, p. 224-226. Aunque ya en enero de 1920 se conocían en Buenos Aires las bases sobre las que la Internacional del Pensamiento se proponía rehacer "el estatuto de la vida común". Tales eran: "la abolición de las barreras ficticias que separan los hombres; la aplicación integral de los 14 puntos wilsonianos; el respeto de la vida humana, el libre desenvolvimiento del individuo limitado sólo por la necesidades de la comunidad; la igualdad social de todos los hombres y mujeres; la obligación de trabajar para todo ciudadano válido; el establecimiento del derecho de cada uno de ocupar en la sociedad el puesto que merezca por su labor, por sus aptitudes o virtudes; la supresión de los privilegios de nacimiento; la reforma, según el punto de vista internacional, que es el único punto de vista social absoluto regulan la actividad humana: Trabajo, Comercio, Industria". Firmaban: como Comité de Dirección del grupo Claridad: A. France, H. Barbuse, P. Cyril, R. Dorgeles, G. Duhamel, C. Gide, H. Jacques, L. Tahialde, R. Lefebvre, M. Marx, Ch. Richet, M. Severine y Vaillant Couturie. "La internacional del Pensamiento", *Revista de Filosofía*, Año VI N° 1, En. 1920 p. 158-159.

18 A. LUNATCHARSKI, "La reforma educacional en Rusia. Informe enviado al Comité Central Ejecutivo. donde sostenía: "¿Qué luz podía guiar nuestros pasos en estos terrenos jamás hollados? ¡Apenas una página y media escrita por Marx en su juventud para el Congreso de Ginebra, y

unas cuantas frases desparamadas aquí y allá", *Revista de Filosofía*, Mar. 1921 Año VII N° 2 p. 228.

19 En este sentido Lunatcharski sostenía que: "No es menester (...) al invitar a la creación de una especie de Internacional Intelectual, exigir una profesión neta de fe comunista, o asimismo, la clara inteligencia del pensamiento marxista. (...) No es necesario olvidar que la bandera roja, bajo cuyos pliegues se congrega un número cada vez mayor de intelectuales, tiene siempre sus reflejos rosados. Y sería irrazonable aplicar la máxima: Quien no está con nosotros, está contra nosotros, a cuestiones de teoría, de reserva en la disciplina, de ética proletaria, planteados con respecto a estos elementos. No. El que esté contra la burguesía está con nosotros —tal es la palabra de orden que debe servirnos al formar la Internacional de los intelectuales". Asimismo destacaba el apoyo público a la Revolución, brindado por Einstein, Natorp, Bernard Shaw, Romain Rolland, Barbuse y France. A. LUNATCHARSKI, "Los intelectuales frente a la revolución mundial", *Revista de Filosofía*, Nov. 1921 Año VII N° 6 p. 476.

20 A. MORIZET, "De la vida rusa. La Instrucción pública en Rusia. La obra de Lunatcharski", *La Vanguardia*, II / 12 / 1921, p. 8.

21 Páginas de Ayer y de hoy. Discurso de Jean Jaurés pronunciado el 5/10/1911 en Unione e Benevolenza, *La Vanguardia*, 28/11/1923, p. 1.

22 Al respecto ver: J. ARICO, "El socialismo de Juan B. Justo", Buenos Aires, *Espacios de crítica y producción*, Dic. 1965 N° 3.

23 Ver el sugerente artículo de N. LECHNER, "¿Responde la democracia a la búsqueda de certidumbre?", *Zona Abierta* - Abr-Set. 1986 N° 39-40.

24 E. DICKMANN, *Recuerdos de un militante socialista*, Buenos Aires, *La Vanguardia*, 1945, p. 95.

25 E. Dickmann plantea flexibilizar la "rigidez moral" que Nicolás Repetto, Director de *La Vanguardia*, mantenía respecto de la captación de avisos publicitarios. La mayoría de los delegados al XVI Congreso decide apoyar el criterio repettista. "XVI Congreso Ordinario del PS", *La Vanguardia*, 31/10/1921 p. 1; 1 y 2/11/1921 p. 1.

26 N. BOTANA, "Conservadores, radicales y socialistas". En: J. L. ROMERO - L. A. ROMERO, *Buenos Aires: Historia de cuatro siglos*, Buenos Aires Abril, 1983, T. II, p. 114-115 y 118; A. VIGUERA, "Participación electoral y prácticas populares en Buenos Aires, 1912-1922", *Entrepasados*, 1991 N° 1, p. 10.

27 "La propaganda". Nota editorial, Buenos Aires, *La Vanguardia*, 19/1/1923, p. 1.

28 Entre 1912 y 1930, Buenos Aires se pobló de centros socialistas y de comités radicales que abarcaron todos los barrios. Los porteños participaron en diez oportunidades para elegir autoridades nacionales donde se alternaron las preferencias en favor de algunos de los contendientes. Los radicales ganaron las elecciones legislativas que coincidieron con las presidenciales y los comicios para elegir diputados en 1918, 1920 y 1926. Los socialistas tomaron la delantera en 1923 (elecciones para senador), 1924, y ya con el PSI en 1930. Hubieron comicios, como los complementarios de 1919, donde las preferencias se distribuyeron entre radicalismo (1 senador) y socialismo (2 diputados). N. BOTANA, Ob. Cit. p. 118.

29 L. E. GONDRA, "A propósito del radicalismo", *Nosotros*, Oct. 1915 N° 18, p. 39-41.

30 R. F. GIUSTI, "El frenesí de la metáfora". En: *Crítica y Polémica, Primera Serie*, Ob. Cit., p. 184-185.

31 La FUBA había convocado a las organizaciones estudiantiles del país para repudiar "el denigrante concepto de argentinidad de que hace profesión de fe el Sr.

Lugones, que se denuncia por el odio al extranjero y la exaltación del militarismo", y, a las juventudes americanas para "oponerse hasta el sacrificio al fomento de la paz armada y a cualquier siniestro propósito de llevar a nuestros pueblos a una criminal aventura de guerra", "La mejor respuesta, Contra la xenofobia y la propaganda belicosa. Por la fraternidad entre los pueblos", *La Vanguardia*, 22/7/1923, p. 1. En términos similares se pronunciaría la FUA en "Contra la xenofobia y la propaganda belicosa. Manifiesto de la FUA", *La Vanguardia*, 28/7/1923, p. 1. Por su parte el PS había organizado un mitin donde junto a los diputados Juan B. Justo, Enrique Dickmann y Antonio De Tomaso, el concejal Giusti expresará: "El horror y el espanto producidos por la última guerra son tales que bastaría hacer conocer a los niños algunos de los libros de Barbusse, Anatole France o Latzko para que la abominaran definitivamente. Sin embargo, entre nosotros asistimos a una propaganda de odios que realizan algunos que pudieron ser maestros de la juventud pero que son hoy ciegos y sordos de inconscientes, o sirven quien sabe que bajos designios (...) Estamos pues, en presencia del golpe de mano de la plutocracia que pregonan sus paladines, suggestionados o vendidos. Porque ¿cómo creer que después de haber ansiado el triunfo de Francia, por el triunfo de la democracia, pueda el Sr. Lugones aspirar a que se ahogue la democracia argentina?". "El gran acto de anoche. Contra la reacción armamentista. Un público numeroso y entusiasta aplaude la palabra de los oradores. Una columna de unos 500 manifestantes saluda a *La Vanguardia*", *La Vanguardia*, 3/8/1923 p. 1.

32 H. BARBUSSE, "La osadía de la Verdad", Buenos Aires, *La Vanguardia*, 26/8/1923, p. 7.

33 "El Sr. Dinale vino a la República Argentina con el especial encargo de fundar aquí los "fasci di combattimento", que tantos laureles cosechara en Italia, merced a la ayuda de la plutocracia industrial y

agraria". "Fascismo para la exportación", *La Vanguardia*, 1/7/1923 p. 1.

34 "Al margen del telégrafo ¿Ferri filo-fascista?", *La Vanguardia*, 24/7/1923, p. 2.

35 "Protestas por el confinamiento de Unamuno", *La Vanguardia*, 29/2/1924, p. 2. Aunque, como es sabido, Palacios no militaba por entonces en el PS, el diario socialista lo reconoce como la voz del socialismo en la Universidad. Además por entonces hay una política de acercamiento.

36 J. VALJEAN, "Mussolini, Rosas y la democracia", *La Vanguardia*, 5/8/1923, p. 2.

37 "Alvear es caracterizado como la confirmación de la demagogia radical, y como responsable de la acentuación del clericalismo, del armamentismo, de la reacción fiscal y del ocultamiento de "todas la porquerías que le legó su antecesor". "Gobierno acéfalo", *La Vanguardia*, 25/11/1923, p. 1. Su política de reducción del gasto público y el otorgamiento de 100 millones de pesos para la compra de armamentos por el ejército provocan los siguientes comentarios: "¿No se ha opuesto el mismo cuerpo (el Senado) al salario mínimo para muchos miles de obreros del estado, so pretexto de que eso elevaría el presupuesto en 20 millones?" "El plan armamentista en pleno desarrollo. Después de una sesión secreta, el Senado acuerda 100 millones de pesos oro para armamentos. La Cámara está comprometida de negarlos", *La Vanguardia*, 19/10/1923, p. 1.

38 Giusti conjuntamente con Augusto Bunge, en ese mismo año, acompañarían a De Tomaso en la fundación del Partido Socialista Independiente.

39 R. F. GIUSTI, "Veinte años de vida. Recuerdos y divagaciones", *Nosotros*, N° Aniversario 1927, p. 27-28.

40 En el XVII congreso Ordinario del PS comienzan a manifestarse tensiones. Los argumentos esgrimidos por Ghioldi, Pérez Leirós y Repetto atribuyéndole a De Tomaso. Bravo, González Iramain y Pinedo la práctica de una "doble moral" no re-

sultan convincentes para la mayoría de los delegados que se niegan a aplicar sanciones. Pero, además, De Tomaso resulta electo para presidir la Comisión de Prensa y para dirigir *La Vanguardia*. El diario publica: "Votaron por el ciudadano De Tomaso, los miembros Bunge, Giusti y Balaño; por el ciudadano E. Dickmann los miembros Justo y Repetto; por Justo votó Dickmann y, por Bunge votó De Tomaso". "Comisión de Prensa", *La Vanguardia*, 21/10/1923 p. 1. De algún modo el Congreso resolvía distribuir los cargos partidarios incluyendo en posiciones directivas a ambos grupos. Pero, Justo consigue, en menos de un mes, desplazar a De Tomaso reemplazándolo por Dickmann hasta que él mismo asume la dirección de *La Vanguardia* en junio de 1924. Por otra parte, a fines de 1923 comienza a publicarse una sección doctrinaria titulada "Páginas de Ayer y de Hoy". La red textual que allí se articula tiende a reiterar y fortalecer la idea de que la unidad y organización partidarias permitirá alcanzar tanto la democracia política cuanto la económica. En un contexto internacional complicado para el socialismo y ante la emergencia de los discursos nacionalistas locales, Justo realiza estas dos apuestas subsumiendo prácticamente en su persona el Magisterio del Partido. En 1924, Giusti, recuperando la proclama de Romain Rolland acerca de la independencia del espíritu se aleja de *La*

Vanguardia. De ahí comienza un periplo que culmina con la fundación del PSI. En las primeras publicaciones del diario del PSI se trata de dar cuenta de la escisión. Las argumentaciones centrales son: "¿Qué espíritu generoso y libre que no tuviese intereses identificados con los de la clase dominante, podía dejar de experimentar la atracción irresistible que en todos los países ejercía la bandera socialista? Debieron ser muchos de miles, actualmente. Pero, no lo quiso así la extraña concepción que primaba en el grupo director del PS argentino. Esos hombres confundieron probidad política con afectación de puritanismo, y en lugar de desear un partido numeroso, que por lo nutrido de su propio contingente eliminase las cuestiones personales, hizo su desideratum de constituir una familia exornada por las virtudes de su nueva teología. Cada día fue más difícil su ingreso... y cada día más fácil la desertión". ("El llamamiento del PSI a los ciudadanos libres. "Todos los que se alisten en sus filas serán bienvenidos", *Libertad*, 20/8/1927, p. 2. Este gesto de apertura se acompaña con la reivindicación de considerarse fundadores del Partido y para ello se inaugura una sección titulada "Galería de la Guardia Vieja", donde diariamente se publican reseñas biográficas de viejos militantes incorporados al nuevo partido.

Galería de Textos



Debo presentarme ante ustedes, de inmediato, con la franca confesión de que soy un impostor. Es cierto que en el trabajo que realizo, desde hace diez años, sobre historia social inglesa del siglo XVIII, me encuentro con problemas relativos a la comprensión y recuperación de la cultura y rituales populares que se puede decir, de un modo muy general, que están más cerca de los intereses de la antropología social que de los de la historia económica. Espero explicar esto más adelante. Es cierto también que, cada vez más, intento usar materiales del folklore. Pero, ciertamente, no puedo comparecer ante ustedes como alguien competente en la disciplina de la antropología, ni como un estudioso convencional del folklore; mi conocimiento de la antropología occidental es fragmentario y ecléctico, y en lo que respecta al folklore y la antropología hindú no es ni siquiera rudimentario. Gran parte de lo que tengo que decir puede seguramente parecerles tópico y superfluo.

Puede que haya, sin embargo, algo que todavía requiera ser debatido en-

tre los historiadores de tradición marxista (del Este o del Oeste), quienes, hasta hace poco, han mostrado una excesiva resistencia a aceptar la existencia de ciertos problemas. En mis conclusiones, intentaré ofrecer, como historiador que está dentro de esa tradición, algunas muestras de autocrítica marxista. Pero primero me gustaría dirigirme a mis colegas de un modo más general, y realizar una defensa de ese mismo eclecticismo del que se me acabo de declarar culpable. En una reciente polémica en el *Journal of Interdisciplinary History* (1975), Keith Thomas, el autor de *Religion and the Decline of Magic* (1971), fue reprendido por Hildred Geertz justamente a causa de este pecado. En su crítica se daba a entender que Thomas había tomado prestados enfoques de varias escuela antropológicas dispares, cuando lo que se supone que tendría que haber hecho es haberse mantenido bajo la disciplina de una sola de ellas. Sin una disciplina teórica coherente tales préstamos revelan un oportunismo empiricista o un mero amateurismo. La brujería debe ser ex-

* Conferencia dada en el "Indian History Congress", Calicut, Kerala, 30 de diciembre de 1976.

plicada de esta o de aquella manera: no estamos autorizados a jugar con varias categorías de interpretación alternativas, tomadas de teorías antropológicas incompatibles.

No obstante, en esta controversia yo me pondría del lado de Thomas. Los estudios antropológicos sobre brujería (o sobre otras creencias y rituales) en sociedades primitivas, o en sociedades africanas contemporáneas más avanzadas, no tienen por qué proporcionarnos todas las categorías necesarias para explicar las creencias en brujas en la Inglaterra isabelina o en la India del siglo XVIII, donde encontramos sociedades plurales más complejas, con muchos niveles de creencias, sofisticación y escepticismo. Las categorías o "modelos" derivados de un contexto deben ser probados, refinados, y quizás reformados en el curso de la investigación histórica; por ello debemos ser cautos en su uso por el momento. En mi propio trabajo me encuentro muy cercano de Thomas y de Natalie Zemon Davis,¹ para nosotros, el estímulo antropológico no surte su efecto en la construcción de modelos, sino en la localización de nuevos problemas, en la percepción de problemas antiguos con ojos nuevos, en el énfasis sobre normas o sistemas de valores y rituales, en la atención a la funciones expresivas de la diversas formas de motín y revuelta, y en las expresiones simbólicas de la autoridad, el control y la hegemonía. Compartimos un claro rechazo de las categorías de explicación positivistas y utilitarias, y de la penetración de estas categorías en la tradición economicista del marxismo. No obstante, este trabajo sigue siendo provisional. Claramente se pueden detectar ya diferencias de énfasis que anuncian

debates dentro de la antropología histórica entre funcionalistas, estructuralistas, simbolistas y seguidores de cualquier otro "ismo" que pueda aparecer. Pero, desde mi punto de vista, estos debates pueden esperar, hasta que no se haya investigado mucho más —incluyendo un trabajo comparativo entre diferentes historias nacionales— es prematuro forzar conclusiones.

Mi propio trabajo me condujo a estos problemas cuando, después de haber escrito *The Making of the English Working Class* (1963),* decidí llevar mi investigación atrás en el tiempo, a la conciencia plebeya y a las formas de protesta (como los motines de hambre) del siglo XVIII. Esto llevaba aparejado abandonar el territorio de la Revolución Industrial y explorar lo que a veces se conoce como una sociedad "preindustrial". Este es un término insatisfactorio ya que la Gran Bretaña del siglo XVIII (como la India del siglo XVIII) contenía una vigorosa industria manufacturera, aunque ésta fuera fundamentalmente artesana. Pero trasladarse desde la primera sociedad a la segunda era trasladarse desde una sociedad con un acelerado ritmo de cambio a una que estaba, en mucha mayor medida, gobernada por la costumbre. Donde había prácticas agrarias consuetudinarias, expectativas consuetudinarias respecto a los roles (domésticos y sociales), modos consuetudinarios de trabajo, y expectativas y "necesidades" dictadas por la costumbre.

No obstante, si pretendemos estudiar las costumbres nos encontramos con problemas que no pueden ser manejados dentro del marco de la historia económica. Ni tampoco las normas

consuetudinarias transmitidas oralmente pueden ser tratadas como si fueran una subsección de la "historia de las ideas". En la búsqueda de datos sobre la costumbres y su significado, tuve la idea de recurrir a la compilaciones de los folkloristas. No necesito insistir, precisamente ante esta audiencia, en que tales datos son, lamentablemente, insatisfactorios. Estaba tan impresionado por este hecho —ciertamente tan lleno de perjuicios— que, lo confieso con vergüenza, cuando escribí *The Making of the English Working Class* ni siquiera había leído *Observations on Popular Antiquities* (1777) de John Brand. Esta obra, piedra fundamental en el estudio del folklore, impuso un modelo que fue seguido por los folkloristas británicos —y por algunos observadores británicos de las costumbres hindúes— durante todo el siglo XIX, y cuya influencia sobre algunos sofisticados estudios etnográficos realizados en nuestros dos países, se puede detectar todavía en su estructuración según las "costumbres de calendario" y aquellas que rodean los ritos de paso.²

El material descriptivo recogido por los folkloristas del siglo XIX era valioso y todavía hoy puede ser útil si se usa con precaución. Pero las costumbres y los rituales eran observados a menudo por un *gentleman* paternalista (o incluso, como en la India, extranjero) desde la atalaya de su posición de clase, y arrancados, además, de su contexto social. Las cuestiones que interesaban de las costumbres eran raramente aquellas que se referían a su uso o a su función social. Las costumbres se consideraban, más bien, como "reliquias" de una antigüedad remota y perdida, como las desmoronadas ruinas de viejos pue-

blos y fortalezas. Se veían, a veces, como indicios de una herencia aria, pagana o precristiana: estas formas mutiladas sobrevivieron, y la gente "vulgar" las repetía maquinalmente, como sonámbulos, sin noción alguna de su significado; o, quizás como en los rituales que se derivaban de los cultos a la fertilidad, con una aceptación subconsciente e intuitiva de su significado. A esto se añadía, bajo el impulso de las investigaciones lingüísticas de Max Müller y otros, la idea de que el folklore podía ser usado como una herramienta para detectar la dispersión prehistórica de razas y culturas. En una reseña de *Researches into the Early History of Mankind, and the Development of Civilization* (1965) de Edward Burnet Tylor, Müller señaló que "se han trazado las grandes líneas del plan maestro o una nueva ciencia, y las fragmentadas reliquias del antiguo folklore de la familia aria han sido recogidas en casas campesinas de Escocia, en la hilanderías de Alemania, en los bazares de Herat, y en los monasterios de Ceilán".³ Esta idea de una herencia común "aria" indoeuropea produjo, como ha puesto de manifiesto Romila Thapar,⁴ un movimiento nuevo de simpatía hacia la cultura india, por parte de indólogos occidentales y etnógrafos. Pero sus consecuencias para el estudio del folklore fueron menos afortunadas. Porque lo que interesaba a Tylor y a sus seguidores, cuando estudiaban las costumbres, era en qué medida éstas proporcionaban "indicios que tuvieran relación con la temprana historia de la humanidad", y en qué medida estas costumbres probaban que las gentes que la seguían "estaban relacionadas por la sangre, o habían estado en contacto, o se habían influi-

do, indirectamente, unas a otras, o habían sido influidas por una fuente común...".⁵ A esto siguió un fuerte interés por la clasificación de las costumbres y los mitos, semejante al interés taxonómico de otras ciencias del siglo XIX; las costumbres y las creencias eran escrupulosamente examinadas según sus atributos formales y, a continuación, estas propiedades formales eran comparadas por encima de inmensos océanos temporales y culturales; en unas pocas páginas, nos trasladamos desde los "antiguos hindús" hasta la Alemania de Tácito, desde los modernos groenlandeses hasta Java y Polinesia y desde allí hasta Mongolia, para acabar en América con los indios Mandans y Choc-taws.⁶ El final de este camino se alcanzó finalmente con *The Golden Bough* de Sir James Frazer (Londres, 1936).

El descrédito académico en el que cayó esta obra, en las universidades británicas, arrastró en su caída los estudios del folklore. En la investigación francesa no tuvo lugar un eclipse similar del folklore, ya que, gracias a la obra de Arnold van Gennep, se llevó a cabo una convergencia con la antropología. Pero en Gran Bretaña, los antropólogos han considerado el folklore como una búsqueda de anticuario en pos de "reliquias" míticas y consuetudinarias, arrancadas del contexto de su cultura total, y posteriormente clasificadas y comparadas de modo indebido.⁷ A este descrédito académico se unían, además, los celos políticos de los investigadores marxistas y radicales. En los primeros años de este siglo, la recopilación de canciones populares, de bailes y de costumbres de Inglaterra, había sido una tarea que atraía las simpatías de

la izquierda intelectual, pero hacia los años treinta esta simpatía se había desvanecido. La ascensión del fascismo condujo a una identificación de los estudios del folklore con una ideología racista o profundamente reaccionaria. E incluso en campos históricos menos sensibles, el interés por los comportamientos consuetudinarios tendía a ser una prerrogativa de los historiadores más conservadores. Porque la costumbre es, por su propia naturaleza, conservadora. Los historiadores de izquierda tendían a ocuparse de movimientos innovadores y racionalizadores, tanto si se trataba de sectas puritanas como de sindicatos primitivos, dejando a Sir Arthur Bryant y a sus amigos la celebración de la "Alegre Inglaterra" con sus mannos, sus fiestas en la parroquia, y sus relaciones de paternalismo y deferencia.

Este dibujo en miniatura, que pasa por alto con excesiva alegría demasiadas cuestiones difíciles, puede acercarnos a la explicación de por qué el folklore se estudia tan poco hoy en las universidades inglesas;⁸ y de cómo es posible que yo haya escrito *The Making of the English Working Class* sin haber leído a Brand. El vigoroso renacimiento, en los últimos años, del interés por la canción popular y la costumbres ha tenido lugar fuera de las universidades y, en este momento, sólo se observan incipientes indicios de un renacimiento semejante en los círculos académicos.⁹ No obstante, he de decir, en defensa propia, que los problemas con los que se tropieza un historiador británico, en el uso erudito de los materiales del folklore, son quizás mayores que los que existen en este país. Nuestros materiales están muertos, inertes, y co-

rrompidos, mientras que los suyos están vivos. El folklore en Inglaterra, es en su mayor parte, la recopilación literaria de reliquias de los siglos XVIII y XIX, hecha por párrocos y elegantes anticuarios desde la condescendiente atalaya de una clase superior. Después de leer un trabajo de un investigador hindú contemporáneo, he podido saber que, tras una investigación en dos pueblos (uno en Rajasthan, el otro en UP), recogió "1.500 canciones populares, 200 cuentos, 175 acertijos, 800 refranes y algunos encantamientos".¹⁰ Me pongo verde de envidia al escribir esto, exactamente igual que le ocurriría a cualquier compilador británico, quien se daría por contento sí, después de un año de trabajo, encontrara una canción popular original y unas cuantas variantes corrompidas de canciones ya conocidas.

Por lo tanto, lo que tenemos que hacer en Inglaterra es reexaminar el material antiguo, recogido hace mucho tiempo, haciéndole preguntas nuevas y tratando de recuperar las costumbres perdidas y la creencias que las inspiraron. Puedo ilustrar mejor el problema si dejo a un lado los materiales y el método, y me dirijo al tipo de preguntas que se deben formular. Cuando examinamos una cultura consuetudinaria, estas preguntas tienen, a menudo, menos que ver con los procesos y la lógica del cambio que con la recuperación de pasados estados de conciencia y la reconstrucción de la textura de las relaciones domésticas y sociales. Tienen menos que ver con el *llegar a ser* que con el *ser*. Al mismo tiempo que algunos de los principales actores de la historia se alejan de nuestros ojos —los políticos, los pensadores, los empresarios, los

generales— aparece en escena un inmenso grupo de actores secundarios, a los que habíamos considerado meros figurantes en este proceso. Cuando sólo interesa el "llegar a ser", nos podemos encontrar con períodos enteros de la historia en los que un sexo ha sido omitido globalmente por los historiadores, ya que las mujeres no han sido casi nunca consideradas agentes fundamentales en la vida política, militar o incluso en la económica. Si nos interesa el "ser", la exclusión de la mujer reduce la historia a pura inutilidad. No podemos entender el sistema agrario de pequeños cultivadores sin examinar las prácticas hereditarias, las dotes, y (donde sea apropiado) el ciclo de desarrollo familiar.¹¹ Y estas prácticas descansan, a su vez, sobre la obligaciones y las reciprocidades del parentesco, cuyo mantenimiento y cumplimiento a menudo resultan ser una responsabilidad propia de las mujeres. La "economía" sólo puede ser entendida dentro del contexto de una sociedad cuya urdimbre está formada por costumbres de este tipo; la vida "pública" surge de las densas determinaciones de la vida "doméstica".

Me encuentro especialmente interesado en la recuperación de datos sobre la normas y expectativas en las relaciones sexuales y maritales en la cultura consuetudinaria de la Inglaterra del siglo XVIII: un tema sobre el que se ha escrito mucho, pero del que se sabe poco. Son, de hecho, aquellos aspectos de una sociedad que se muestran a los contemporáneos como absolutamente "naturales" y normales, los que frecuentemente dejan un rastro histórico más imperfecto. Un historiador, dentro de doscientos años, puede que averigüe con facilidad có-

mo experimentaban los ciudadanos industriales de hoy el hecho de tener poco dinero —o que otros tuvieran demasiado— pero encontrará mucho más difícil averiguar cuál era su vivencia del dinero en sí, como mediador universal de la relaciones sociales, ya que lo tenemos asumido tan profundamente que no lo expresamos. Un modo de descubrir normas no expresadas es, con frecuencia, examinar una situación o episodio atípico. Un motín arroja luz sobre las normas de los años tranquilos, y una quiebra repentina de la deferencia nos permite entender mejor los hábitos de deferencia que se han roto. Esto puede ser igualmente cierto tanto para las conductas públicas y sociales como para las más privadas y domésticas. M. N. Srinivas ha observado, en su propio trabajo de campo, que cuando surgían disputas en la aldea "salían a la luz hechos que normalmente permanecían ocultos":

La pasión que se desataba en el calor de la disputa llevaba a los contendientes a decir y hacer cosas que sacaban a relucir motivaciones y relaciones, con la misma claridad con la que un relámpago ilumina, aunque sólo sea por un instante, los contornos de una noche oscura [...] Las disputas despertaban los recuerdos de la gente y la conducían a la evocación y al examen de los precedentes [...] Las disputas [...] constituyen un rico filón de datos que el antropólogo no puede ignorar.¹²

Incluso un ritual altamente atípico puede, de este modo, proporcionarnos un valioso mirador desde el que observar la normas. Hace diez años, me interesé por la "venta" ritual de espo-

sas en la Inglaterra de los siglos XVIII y XIX. Esta práctica, que se daba entre jornaleros, granjeros y demás, no puede ser considerada típica de nada. No obstante, he encontrado un número suficiente de casos (unos 300), y bastantes indicios que prueban que esta costumbre era generalmente admitida entre las "clases bajas", y que el ritual era aprobado por la comunidad trabajadora como signo de una legítima transferencia de los miembros del matrimonio. De todos modos, seguía siendo un ritual poco común que provocaba comentarios y que casi constituía un pequeño acontecimiento.

El ritual debía ser ejecutado en forma debida: en un mercado público, con publicidad previa, la mujer llevada de un ronzal alrededor del cuello o la cintura, con un subastador (usualmente el marido), ofertas públicas, y finalmente con el paso del extremo del ronzal del vendedor al comprador. He llevado a cabo la recopilación de los casos, en parte a base de pequeños párrafos de periódico, y en parte a través de los archivos de los coleccionistas de folklore. Los directores de periódico, los periodistas y los folkloristas eran, generalmente, espectadores ajenos que contemplaban un espectáculo cuya significación pretendían extraer de sus atributos formales: tomándolo como una "venta". Una ilustrada clase media, que en el siglo XIX había protestado ruidosamente contra la esclavitud, se avergonzó profundamente al descubrir este signo de barbarie delante de sus mismas narices, en el corazón de la "progresista" Inglaterra. Unos pocos folkloristas jugaron, sin demasiada convicción, con la idea de que se trataba de reliquias precristianas an-

glosajonas; uno o dos (y éstas son siempre las excepciones importantes para el historiador) examinaron incluso esta costumbre con la penetración que da la observación objetiva. Pero, en general, esta práctica fue condenada en los más duros términos morales.¹³

Sin embargo, un examen más detallado de los datos ha permitido que esta costumbre pueda ser vista de un modo diferente. El ritual era, de hecho, una forma de divorcio, en un momento en el que los ingleses carecían de cualquier otra forma de separación legal. En casi todos los casos la "venta" tenía lugar con el consentimiento de la esposa. En la mayor parte de las ocasiones el matrimonio anterior se había roto ya, y se ha podido demostrar que la subasta "abierta" era completamente ficticia: el comprador de la esposa había sido previamente aceptado, y en muchos casos era ya el amante de ésta.

Más aún, el marido que vendía a una esposa a la que, emocionalmente, había "perdido" ya, frecuentemente se comportaba con una generosidad más humana que la que se encuentra hoy en los tribunales de divorcio. El asunto se desarrollaba frente a las miradas de todos, y el marido ocultaba la vergüenza de haber perdido a su esposa, primero a través del ritual ficticio de que era él quien vendía a la esposa y, en segundo lugar, por medio de algún gesto de generosidad y buena voluntad. Frecuentemente, el marido dedicaba el total, o la mayor parte, de la pequeña suma producto de la venta a que se bebiera a la salud de la nueva pareja en la taberna del mercado. En alguna ocasión, un marido que se separaba de su esposa hacía que

sonaran las campanas de la iglesia, pagaba el coche de alquiler de la nueva pareja, o les hacía un regalo en comida o ropa.

De este modo, el ritual resulta ser más complejo de lo que parecía. A primera vista parece que nos encontramos frente a un mecanismo que sugiere el infortunio conyugal de la casada, o que quizá simplemente estamos frente a una almoneda: la mujer, con un dogal alrededor del cuello, vendida en un mercado de ganado, es tratada como un bien mueble o como un animal. Estamos ante el *non plus ultra* de un orden social dominado por el varón. Pero en una segunda mirada, cuando pasamos por encima de la forma y nos fijamos en las relaciones reales que se expresan en él, todo cobra una nueva luz. El ritual (cualquiera que sea su origen y su simbolismo manifiesto) ha sido adaptado para cumplir el nuevo fin de regular el intercambio de cónyuges por consentimiento mutuo. No obstante, aunque ahora encontramos en este ritual mayor evidencia de igualdad sexual de la que esperábamos encontrar al principio, sigue siendo, en sí mismo, un ritual de subordinación femenina. Las esposas, excepto en circunstancias excepcionales, no vendían a sus maridos.

Por lo tanto, lo atípico puede servir para que vislumbremos las normas. El curso de esta investigación me ha brindado la oportunidad de adquirir nuevas percepciones sobre cuál era la visión que las clases trabajadoras inglesas tenían del matrimonio: que un ritual público (y vergonzoso) como éste se utilizara para legitimar el divorcio es, paradójicamente, una evidencia de que el matrimonio gozaba de

no escasa consideración. El significado del ritual sólo puede ser interpretado cuando los datos (en parte recogidos por los folkloristas) dejan de ser considerados como fragmentos del folklore, como "reliquias",¹⁴ y son colocados nuevamente en su contexto total.

Pero el ritual, por supuesto, impregna tanto la vida social y política, como la doméstica. En los últimos años, los historiadores han empezado a mirar con nuevos ojos aspectos de la vida considerados corrientes durante mucho tiempo: el calendario de ritos y fiestas, tanto en el campo como en la ciudad gremial;¹⁵ el lugar de los juegos en la vida social;¹⁶ los diferentes ritmos de trabajo y ocio antes y después de la Revolución Industrial;¹⁷ la cambiante situación de los adolescentes dentro de la comunidad;¹⁸ el mercado y el bazar, analizados no como nexos económicos sino como nexos sociales, y como lugar de recogida de noticias, chismes y rumores; y el significado simbólico de las formas de protesta popular.¹⁹ Los historiadores de tradición marxistas que han sido influidos por el concepto gramsciano de hegemonía, han empezado a mirar también de un modo nuevo las diversas formas de dominación y control de las clases dominantes. Las clases dominantes han ejercido la autoridad por medio de la fuerza militar, e incluso la económica, de una manera directa y sin mediaciones, muy raramente en la historia, y esto sólo durante cortos períodos. La gente nace en una sociedad cuyas formas y relaciones parecen tan fijas e inmutables como la bóveda celeste. El "sentido común" de una época está saturado de la ensordecedora propaganda del status quo; pero el elemento más poder-

oso de esta propaganda es simplemente el hecho de que lo que existe, existe.

Al examinar las formas de este control en el siglo XVIII, yo mismo he usado, de manera creciente, la noción de *teatro*. Desde luego, en todas las sociedades, el teatro es un componente esencial tanto del control político como de la protesta o, incluso, de la rebelión. Los dirigentes interpretan el teatro de la majestad, la superstición, el poder, la riqueza y la justicia sublime; los pobres ponen en escena su contra-teatro, ocupando los escenarios de la calles como mercados y utilizando el simbolismo del ridículo o la protesta. Decir que el control o la dominación puede adoptar la forma de teatro no es (he sostenido) "decir que es inmaterial, demasiado frágil o insustancial para que pueda ser analizado":

*Definir el control en términos de hegemonía cultural no es renunciar a cualquier intento de análisis, sino prepararse para el análisis en los contextos en los que debe hacerse: en las imágenes del poder y la autoridad, en las mentalidades populares de subordinación.*²⁰

En la Inglaterra del siglo XVIII, las leyes proporcionan el más formidable teatro del control, y Tyburn y otros lugares públicos de ejecución los momentos más dramáticos. Se puede traer a colación aquí el contraste entre los métodos cuantitativos y cualitativos en el análisis del crimen, o "violencia", y su represión. Aquellos historiadores que se han adentrado en este campo, usando las técnicas estadísticas cuantitativas apropiadas para la historia económica, han concentrado

sus esfuerzos en contar delitos, delincuentes y demás. Se han realizado laboriosas investigaciones cuyo único objeto es refutar el cómputo de las magnitudes de "violencia" y "disturbios". Esto plantea grandes problemas, por ejemplo, cuando cambian las categorías legales de "delito", o cuando aumenta la eficacia policial. Los mejores investigadores son, por supuesto, conscientes de estos problemas y desarrollan técnicas que tienen en cuenta estas variables. Pero incluso cuando estos problemas son manejados con cuidado, nos quedamos con un conocimiento muy reducido, ya que la importancia de la violencia —tanto la violencia del estado y las leyes, como la violencia de la protesta— no tiene relación directa con la cantidad. Cien personas pueden perder la vida en un desastre natural y esto sólo provoca lástima; un hombre puede ser muerto a palos en una comisaría y provocar una ola de protesta que transforme la política de la nación. Sólo tenemos que reparar en las consecuencias de las "masacres" de Peterloo o Jallianwala: en ambos casos, estos episodios adoptan, en una perspectiva histórica, el carácter de una victoria de las víctimas. En los dos casos la subsiguiente ola de indignación popular, hábilmente utilizada por las víctimas (en encuestas judiciales, juicios, investigaciones, reuniones de protesta), dio como resultado un consenso que impidió la repetición de tales acciones represivas, y que incluso provocó algunas divisiones entre las mismas clases dominantes. Ni el terror ni el contraterror pueden revelar su significado bajo un examen puramente cuantitativo, ya que las cifras deben ser vistas dentro de un contexto total, y éste incluye un contexto sim-

bólico que asigna valores diferentes a formas de violencia diferentes.

Por lo tanto, la atención a las diversas formas y gestos del ritual puede proporcionar un significativo aumento del conocimiento histórico. Y ciertos mecanismos sólo pueden ser entendidos cabalmente si recuperamos las creencias de la cultura tradicional. Así Tyburn, el lugar principal de ejecuciones en el Londres del siglo XVIII, es un supremo ejemplo del teatro del control de clase a través del terror del *ejemplo*. No se fuerza la metáfora al describir esto como teatro: en la época se percibía claramente como tal, y se prestaba una inmensa atención a la ceremonia de la ejecución y la publicidad ejemplificadora que ésta generaba.²¹ La publicidad en aquellos tiempos dependía de los recursos locales: de las masas que presenciaban la procesión hasta el patíbulo, del subsiguiente chismorreos en los mercados y en los obradores, de la venta de pliegos de cordel con los "discursos al pie del patíbulo" de las víctimas. Con el aumento, durante este siglo, de los medios de publicidad centralizada incluso una pequeña muestra de terror puede producir efectos mucho mayores: los recursos de la prensa de gran tirada, de la radio y la televisión, magnifican el acontecimiento, al aumentar el volumen en la difusión del terror. Uno piensa, por ejemplo, en el extraordinario impacto que sobre una nación entera tuvo la ejecución de dos personas: los Rosenbergs.

Como el estado del siglo XVIII no disponía de tales recursos, se recurría a formas agravadas de terror contra los delincuentes. Durante siglos, el castigo instaurado para ciertos delitos llevaba aparejado no sólo la ejecución

sino la mutilación "post mortem" del cadáver. Los cuerpos encadenados de los contrabandistas o los salteadores de caminos eran colgados cerca del lugar donde habían cometido el delito, hasta que sus huesos blanqueaban al sol; los piratas permanecían suspendidos de la soga en los muelles; las cabezas de los traidores eran dejadas, durante años, clavadas en estacas sobre las puertas de los caminos principales; y, posteriormente, se adoptó el método más "racional" de ceder a los cirujanos los cuerpos de los ajusticiados para su disección. Los amigos de los condenados, como ha mostrado Peter Linebaugh, provocaban disturbios, en los alrededores del patíbulo, contra esta sanción añadida.²² Pero sólo podemos entender la indignación que causaba este castigo, si tenemos en cuenta que la mutilación del cadáver (la denegación de la "cristiana sepultura") era ciertamente una forma agravada de terror, ya que las autoridades estaban deliberadamente rompiendo unos de los tabúes populares más sagrados. Para entender la naturaleza de estos tabúes —el respeto intensamente supersticioso a la integridad del cadáver— Linebaugh ha utilizado los materiales de los folkloristas sobre costumbres funerarias; y al dar un uso nuevo a estos datos, ha convertido una fosilizada información propia del anticuario en un ingrediente activo de la historia social.

Creo que no es necesario seguir presentando argumentos sobre la conveniencia de prestar más atención a los materiales del folklore. No se trata de utilizar este material acriticamente, sino de emplearlo selectivamente en la investigación de cuestiones que los folkloristas anteriores han pasado por

alto con frecuencia. Pero cuando tratamos de relacionar la historia social con la mucho más sofisticada disciplina de la antropología, nos enfrentamos, sin duda, con dificultades teóricas mucho mayores. Se supone a veces que la antropología puede ofrecer hallazgos ciertos, no sobre sociedades concretas, sino sobre la sociedad en general, y que se han descubierto funciones o estructuras básicas que, por más refinadas o enmascaradas que estén en las sociedades modernas, todavía subyacen en las formas sociales modernas. Pero la historia es la disciplina del contexto y del proceso: todo significado es un significado-en-contexto, y cuando las estructuras cambian las formas antiguas pueden expresar funciones nuevas y las funciones antiguas pueden encontrar su expresión en formas nuevas.²³ Como señaló Marc Bloch: "Para gran desesperación de los historiadores, los hombres no cambian su vocabulario cada vez que cambian sus costumbres", y esto es cierto también para el vocabulario de las formas del ritual.²⁴

Ilustraré lo anterior oponiéndome a un pasaje de la obra de un historiador que, como yo mismo, trabaja dentro de la tradición marxista. Gareth Stedman Jones, en *Outcast London*,²⁵ un sólido estudio sobre los sectores marginales en el Londres de finales del siglo XIX, ofrece un capítulo titulado "La deformación del don". Analiza en él las actitudes de la burguesía hacia la pobreza y la caridad, y echa mano de conceptos de Weber y Marcel Mauss que permiten que "el significado social de la donación caritativa" sea "adecuadamente entendido":

En todas las sociedades tradicionales conocidas, el don ha jugado una

función central en el mantenimiento del status. De acuerdo con el trabajo de los sociólogos y los antropólogos sociales, se pueden aislar tres rasgos estructurales que, en mayor o menor medida, son inherentes al acto de la donación.

Estos son: primero, el don es considerado como un sacrificio, principalmente ante Dios, o como un acto de gracia del donador. Segundo, los dones son símbolos de prestigio e implican la subordinación del que los recibe. Tercero, el destinatario se ve, al recibirlos, sujeto a una obligación; de aquí que el don "sirva como método de control social". Una vez que estos puntos se han "entendido adecuadamente". Stedman Jones es capaz de ofrecer un análisis de las actitudes hacia la pobreza en Londres (y de la ideología de la Charity Organisation Society) en términos de "la deformación del don", una deformación causada por "la división de clases", la distancia social y geográfica entre ricos y pobres, que destruyó la "integridad original de la estructura de los dones" con sus "elementos de prestigio, subordinación, y obligación".

Me gustaría examinar este argumento más de cerca. En primer lugar, hay la sugerencia de una relación primigenia constante, un "acto de donación", que "en todas las sociedades tradicionales conocidas" tiene "tres rasgos estructurales". El primero de ellos no parece que sea un rasgo estructural en absoluto. La noción de caridad como gracia, y de la santidad del mendigo, no en sí mismo sino como aquel cuya necesidad causa la gracia en el donador, adopta expresiones muy diferentes en contextos

ideológicos y religiosos diferentes, incluso en las sociedades tradicionales. Sobrevive en las sociedades modernas en diversas formas, como por ejemplo, la católica, la hinduista o la budista. Aunque el protestantismo se ha resistido, en general, a esta idea (y su "deformación" o limitación drástica puede que sea coincidente con el dominio del capitalismo), todavía aparece de nuevo, en momentos relativamente recientes, como ocurre en "El viejo mendigo de Cumberland" de Wordsworth:

*While from door to door,
This old Man creeps, the villagers
in him
Behold a record which together
binds
Past deeds and offices of charity
Mientras de puerta en puerta
este anciano se arrastra, los aldeanos
ven en él un vestigio que restaura
hazañas y limosnas de otro tiempo.*

Estoy más dispuesto a ver los otros dos rasgos en términos estructurales, ya que el prestigio, la subordinación, la obligación y el control social suponen una coincidencia entre las relaciones implicadas en el "acto de la donación" y el contexto de estructuras sociales particulares que podrían (a pesar de la existencia de cambios considerables) conservar todavía rasgos universales. Pero aún así, uno debe preguntar por qué se les da a estos rasgos, y sólo a estos rasgos, prioridad heurística. ¿Se está sugiriendo que hay algún nivel estructural profundo, revelado por los hallazgos antropológicos en el estudio de las sociedades "tradicionales" que deba ser más importante que cualquier función que se descubra con posterioridad?

Porque se pueden fácilmente proponer otros rasgos del acto de donación. De este modo, la descripción que se ofrece está hecha "desde arriba", mientras que "desde abajo" se pueden descubrir rasgos muy diferentes y más complejos. El mendigo o el pobre quieren sacar lo más posible del rico; ellos saben que la negación de la limosna produce un sentimiento de culpa en el que la deniega, y que la culpa es un terreno excelente en el que sembrar tenues sugerencias de amenazas mágicas o físicas. El receptor de dones no tiene necesariamente que sentir obligación hacia el donador ni reconocer su prestigio, excepto en los deberes necesarios en una deferencia asumida, y el grado de subordinación asegurado por la caridad puede depender de un cálculo de las ventajas que ésta reporte.

Aun así, estos rasgos parecen estar contemplados de un modo no dialéctico. La estructura, en cualquier relación entre ricos y pobres, siempre funciona en las dos direcciones, y esa relación, cuando se le da la vuelta y se mira por el otro lado, puede ofrecer una alternativa heurística. Pero si uno piensa en un contexto moderno concreto—digamos la Inglaterra del siglo XVIII— el acto de la donación puede sugerir otros rasgos. El prestigio (la fama de "generosidad") sigue estando sumamente presente: uno piensa en los estudiados regalos de carne de venado y otras piezas que los aristócratas poseedores de terrenos de caza hacían a la nobleza dependiente y al clero. Pero los "dones" de los ricos a los pobres se habían hecho extraordinariamente complejos. Algunos estaban ya condicionados por las Leyes de Pobres, esa gran palestra del conflicto, la disciplina y la protesta: ¿se

puede subsumir en cualquiera de los tres rasgos de Stedman Jones, una disputa tan característica como la que tenía lugar entre los superintendentes de pobres de parroquias contiguas, que trataban afanosamente de expulsar hacia las parroquias vecinas a los pobres enfermos y las indigentes embarazadas? Otras dádivas, como el soborno de los electores, son una forma directa y desnuda de compra de influencia. Había regalos, como los pagos en especie de los agricultores a sus jornaleros o las "adehalas" a los sirvientes (esto es, regalos de ropa, comida, o "propinas" de los huéspedes de la mansión), que eran, igualmente, modos directos de reducir el jornal y de imponer la dependencia y la subordinación. Los regalos tal vez más importantes de todos —la caridad y el subsidio de la comida en épocas de escasez— eran (como he mostrado en otro lugar)²⁶ arrancados a los ricos por medio de la sumamente evolucionada práctica del motín y la amenaza del motín, práctica ésta que tiene características estructurales propias. Y finalmente nos quedan ejemplos de generosidad desinteresada, pertenecientes a la tradición minoritaria del paternalismo benevolente que, aunque se pueden relacionar con los tres rasgos estructurales mencionados, no es posible, después de un examen más cuidadoso, adscribir totalmente a ellos. Así, los vecinos que proporcionan, en Navidad o en otras fiestas del año, comida y bebida a sus prójimos más pobres puede que estén expresando otras solidaridades comunitarias (¿"estructurales quizás"? que nos llevarían a otros campos de análisis.

En resumen, si realmente el "el don" es una constante, hay que decir que

fue totalmente "deformada" por el siglo XVIII. La versión de Stedman Jones supone la existencia de una constante que se quiebra, de repente, en el Londres de los años sesenta del siglo pasado. Por esa razón, su relato pasa por alto (entre otras cosas) la disolución de las organizaciones caritativas de la iglesia en la época Tudor, las Leyes de Pobres isabelinas, la desvergonzada apropiación de las fundaciones de caridad por intereses privados en el siglo XVIII, la compleja relación estructural entre ricos y pobres patentizada por los motines de hambre, la crisis nacional que trajo consigo la Ley de Pobres de 1834, etc. Pero incluso si Stedman Jones revisara su planteamiento y dilatara el proceso de deformación, mi objeción principal seguiría en pie: no existe tal constante del "acto de donación", con características fijas, que pueda ser aislada de contextos sociales concretos: sin duda, la *estructura* se encuentra en la particularidad histórica de "el conjunto de las relaciones sociales"²⁷ y no en un ritual o una forma social aislada de éstas. En la historia aparecen mecanismos nuevos y la organización estructural de estos mecanismos con respecto a la globalidad social cambia al tiempo que las estructuras sociales cambian. Un modo tal de transvasar los hallazgos antropológicos a la historia es incorrecto.

Y sin embargo, en el momento de decir esto, mi crítica se me antoja poco generosa. No solamente he puesto un peso excesivo sobre un sugestivo texto de dos páginas que no fue concebido en ningún momento para soportar tal carga, sino que, al introducir un modelo sincrónico del "acto de la donación", Stedman Jones consigue hacernos ver de un modo nuevo la es-

tructura de relaciones generada por la caridad en 1860; además, nos incita también a realizar una reflexión comparativa más general sobre las funciones de la caridad en diferentes contextos históricos. Se han escrito docenas de obras históricas sobre las organizaciones de caridad o las Leyes de pobres que casi nunca plantean las críticas cuestiones del prestigio, la subordinación, y el control social (o, como yo prefiero, el control de clase); en los peores casos, presentan a los donadores desde el punto de vista de las intenciones declaradas por ellos mismos, de su autoimagen y de sus justificaciones ideológicas. Puede que Stedman Jones haya dado una explicación demasiado pulcra. Pero al provocar una reflexión de esta clase, ha abierto el camino para análisis serios de nuevo tipo. De ahí que mi crítica sea insuficiente. Si no podemos transferir los hallazgos sincrónicos de este modo —como tipos ideales, funciones constantes, estructuras universales profundas— difícilmente podremos descubrir la naturaleza íntima de un contexto particular sin disponer de una tipología similar de la que echar mano y con la que polemizar.

Yo mismo me he visto forzado a reflexionar sobre esto en mi trabajo actual sobre "las cerraduras" o *charivari*.²⁸ En él, analizo otro ritual "fronterizo" que arroja luz sobre las normas. Estos rituales exponen al individuo que comete alguna ofensa contra las normas de la comunidad, a la formas más paladinas de insulto, humillación y, en ocasiones, de ostracismo: hacerle cabalgar sobre un asno o un poste, quemarlo en efigie, tocar "música" estridente delante de su casa con cacero-las, cuernos y demás, y recitar coplas

obscenas tradicionales. Mantengo que estas formas son importantes, no porque sean estructuras universales, como ha sugerido Lévi-Strauss, sino, precisamente, porque las funciones inmediatas del ritual cambian. El tipo de transgresor sujeto a la cencerrada no es siempre el mismo, en un país u otro, o en un siglo y en el siguiente. Así que, otra vez, me tengo que oponer al supuesto antropológico según el cual el *charivari* tiene una función o significación transcultural constante.²⁹ Por lo tanto, la importancia de estos rituales descansa en el hecho de que, al identificarse con modos de conducta (sexuales, matrimoniales, públicos) que han provocado la indignación de la comunidad, ofrecen un indicador de la normas de esa comunidad.

Pero aun así, en muchas ocasiones siento la necesidad de recibir la orientación de la antropología social, y la de poseer una destreza en la disciplina mucho mayor de la que tengo. Si bien lo que ocurre dentro de las formas cambia, éstas siguen siendo importantes, ya que ellas despliegan un simbolismo que se deriva del sistema cognitivo oculto de la comunidad. (La expulsión del mal o del "otro" por medio de ruidos estridentes es uno de los modos simbólicos más antiguos y continuados.) Exactamente del mismo modo que Stedman Jones necesita pensar en el "acto de la donación", yo necesito pensar en el acto del ostracismo, en la expulsión del "otro", y en las diversas maneras en las que se ponen límites a la normas. De este modo, el diálogo con la antropología se convierte en una necesidad acuciante.

Debo excusarme por haber utilizado, casi exclusivamente, referencias a la historia inglesa en los ejemplos que

he dado. Intentar su traducción al contexto hindú sólo serviría para airear mi propia ignorancia. Trasladaré, por ello, esa tarea a mis oyentes. Me han dicho que el *charivari* es bien conocido también en la vida de la aldeas hindúes, y que el vergonzoso ritual de cabalgar sobre un asno aún sobrevive en alguna partes de la India. No me cabe ninguna duda de que las viejas tradiciones en torno a la caridad y la mendicidad ritual en la India ofrecen ejemplos de mediaciones sociales que exigen valoraciones más finas y análisis más sutiles que cualquiera de los que yo he hecho. Y por supuesto, el tipo de fuentes que se deban utilizar serán diferentes. Pero sospecho que tanto los historiadores hindúes como los británicos, encuentran un problema similar en el hecho de que los que acopiaron los datos que nosotros debemos utilizar ahora, no penetraron en el significado de aquello que recogían. La gran diferencia en el modo en que la nobleza británica mantenía la distancia de clase, según se enfrentara con su propio pueblo o con el de otros países, no necesita más comentario. Sin embargo, se ha sugerido a menudo que la tradición brahmana, en muchas ocasiones, tampoco penetró todos los significados de la cultura de los hindúes pobres.³⁰ A los ojos de los dirigentes británicos la resistencia de estos pobres aparecía, con frecuencia, como pasividad o "fatalismo". Pero dentro de este fatalismo puede que se escondiera la sabiduría de la supervivencia. Como reza el proverbio chino: "No te subas al carro grande, sólo conseguirás acabar cubierto de polvo", o, como dicen en el norte de la India: "si escupes al cielo, el escupitajo te caerá en la boca".³¹ Aunque está claro que necesitamos

ese diálogo con la antropología, hay algunos problemas en el modo en el que éste debe entablarse. La ecuación se nos viene rápidamente a las mientes: exactamente igual que la historia económica se basa en la ciencia económica, la historia social (en su examen sistemático de normas, expectativas y valores) debe basarse en la antropología social. No podemos examinar rituales, costumbres, relaciones de parentesco, sin detener el proceso de la historia de vez en cuando, y someter los elementos a un análisis estructural sincrónico, estático.

Digamos que hay algo de verdad en esta ecuación. Pero sigue siendo demasiado sencilla. La economía y la historia económica se desarrollaron en medio de una estrecha asociación intelectual. Pero a la historia social, surgida más recientemente, se le ha ofrecido (o, más frecuentemente, ha tenido que solicitar, a pesar de una cierta indiferencia) asociarse con disciplinas sociales que son, en parte, explícitamente *anti*-históricas: uno piensa en la influencia de Durkheim, Radcliffe-Brown, Talcott Parsons y Lévi-Strauss. Más aún, una parte de la antropología social es también antieconómica, o, más exactamente, inocente de las categorías económicas avanzadas. Esto es, aun cuando acepta las consideraciones de la "vida material" en el sentido planteado por Fernand Braudel,³² su materia tradicional la empobrece, y la hace oponer, a veces, una activa resistencia a los factores económicos. Pero no es lógico que deseemos ver un "avance" en la historia social sistemática a costa de que ésta dé la espalda a la historia económica. Y, finalmente, la historia socioeconómica posee ya sus propios

conceptos y categorías —y entre éstos, y de la máxima importancia en la tradición marxista, los conceptos de capitalismo, ideología y clase social— que son conceptos *históricos*, que surgen del análisis del proceso diacrónico, de las regularidades del comportamiento repetidas a través del tiempo, y que por esa razón son frecuentemente rechazados, e incluso intencionadamente malentendidos (como ocurre con el concepto de clase) por las disciplinas sincrónicas.

Sirva esto para enfatizar que, aunque se deba fomentar la relación entre la antropología social y la historia social, ésta no puede ser *cualquier* relación. Hace falta un tercero, al que generalmente se conoce como filosofía, que haga de celestina. Si tratamos de reunir estas dos disciplinas concertando "citas a ciegas" —presentando la historia económica positivista al estructuralismo de Lévi-Strauss, o la historiografía marxista a la sociología de Talcott Parsons— podemos estar seguros de que la coyunda no se consumará.

Esto se admite cada vez más entre los estudiosos de ambas disciplinas. Pero al llegar a este punto, debemos dejar de pretender que hablamos en nombre de nuestra disciplina en su conjunto, y hay que empezar a hablar de nuestra posición dentro de ella. En mi caso, debería definir mi relación con la tradición marxista. Yo no podría utilizar ciertos conceptos sociológicos familiares a menos que se les diera, en primer lugar, una nueva ambivalencia dialéctica: el "acto de donar" debe ser visto simultáneamente como el "acto de recibir", el consenso social como la hegemonía de clase, el control social (muy a menudo) como el control de clase, y algunas (aunque

no todas) normas como necesidades. Pero, de igual manera, si lo que quiere es llegar a una confluencia, no con la "antropología social" sino con la antropología marxista, estoy persuadido de que debo abandonar ese concepto curiosamente estático, "base" y "superestructura", que en la tradición marxista dominante identifica la "base" con los factores económicos y concede una prioridad heurística a los comportamientos y las necesidades económicas sobre las normas y los sistemas de valores. Podemos afirmar que "el ser social determina la conciencia social" (una afirmación que todavía exige un escrupuloso análisis y su modificación) al mismo tiempo que dejamos abierta para su investigación la cuestión de hasta qué punto tiene sentido, en una sociedad concreta, describir el "ser social" independientemente de la normas, y de la estructuras cognitivas primarias, así como de las necesidades materiales, alrededor de las cuales se organiza la existencia.

Podemos concluir examinando este problema con un poco más de atención. El materialismo histórico se ha aferrado firmemente a un modelo subyacente de la sociedad que, a efectos del análisis, se puede decir que está estructurado horizontalmente por una base y una superestructura. El método marxista ha dirigido su atención, en primer lugar, al modo de producción y a las relaciones de producción que le acompañan, y se ha interpretado comúnmente que esto revela un determinismo "económico" último. Este modelo ha sido usado a menudo con gran sutileza por historiadores que han tenido presente advertencias como la formuladas por Engels en su famosa carta a Bloch;³³ en los últimos

años se ha producido un renovado énfasis en la interacción recíproca de la base y la superestructura, en la "autonomía relativa" de los elementos de la superestructura, y en que la determinación es económica sólo en "última instancia". También ha habido ulteriores clarificaciones y modificaciones de la idea de "determinación".

Sin embargo, lo radicalmente incorrecto es la analogía, o la metáfora, con la que empezamos, y también el uso de una categoría demasiado restringida, la de determinación "económica". El mismo Marx no utilizó frecuentemente esta analogía, aunque es cierto que lo hizo en una muy importante síntesis de su teoría, que ha demostrado ser muy influyente.³⁴ Pero debemos recordar que, cuando lo necesitaba, recurría a analogías muy diferentes para describir el proceso histórico.

Así, en los Grundrisse escribió:

*En todas las formas de sociedad hay una producción determinada que asigna a todas las demás su rango e influencia, y cuyas circunstancias, por lo tanto, asigna también a todas las demás circunstancias su rango e influencia. Es una iluminación general en la que se sumergen todos los demás colores y que los modifica en su particularidad. Es un éter particular que determina el peso específico de todas las formas de existencia que destacan en él.*³⁵

Lo que esto enfatiza es la simultaneidad de expresión de las relaciones de producción características en todos los sistemas y áreas de la vida social y no una idea de la primacía (porque es más "real") de lo "económico", donde las normas y la cultura están

consideradas como un "reflejo" secundario de lo primario. Lo que estoy poniendo en cuestión no es la centralidad del modo de producción (y la correspondientes relaciones de poder y propiedad) para una teoría materialista de la historia. Estoy poniendo en cuestión —y los marxistas, si quieren entablar un diálogo honesto con los antropólogos, *deben* ponerla en cuestión— la idea de que es posible describir un modo de producción en términos "económicos", dejando a un lado como elementos secundarios (menos "reales") las normas, la cultura, los conceptos críticos alrededor de los cuales se organiza el modo de producción. Una división tan arbitraria entre una base económica y una superestructura se puede hacer en la cabeza, y puede que quede bien sobre el papel durante un tiempo. Pero sólo es un argumento en la cabeza. Cuando nos ponemos a examinar cualquier sociedad real, descubrimos rápidamente, o deberíamos descubrir, la inutilidad de imponer tal división. Los antropólogos, incluyendo a los antropólogos marxistas, llevan mucho tiempo insistiendo en la imposibilidad de describir la economía de las sociedades primitivas, sin tener en cuenta los sistemas de parentesco con respecto a los cuales se estructuran éstas, y las obligaciones y reciprocidades del parentesco que están aprobadas e impuestas tanto por las normas como por las necesidades.³⁶ No obstante, es igualmente cierto que en sociedades más avanzadas las mismas divisiones carecen de validez. No podemos siquiera empezar a describir la sociedad feudal o capitalista en términos "económicos" independientemente de las relaciones de poder y dominación, los conceptos

de derecho de uso o de propiedad privada (y sus correspondientes leyes), las normas culturalmente impuestas y las necesidades culturalmente formadas características del modo de producción. Ningún sistema agrario podría sobrevivir un solo día sin los complejos conceptos de uso y acceso o de propiedad: ¿Dónde hemos de situar tales conceptos, en la "base" o en la "superestructura"?³⁷ ¿Dónde hemos de colocar las costumbres sobre la herencia —patrilineal o matrilineal, divisible o indivisible— que se transmiten tenazmente de forma no "económica" y que, sin embargo, tienen una profunda influencia en la historia agraria?³⁸ ¿Dónde situaremos los ritmos consuetudinarios de trabajo y ocio (o de las fiestas) de las sociedades tradicionales, que son intrínsecos al acto mismo de la producción y que, sin embargo, tanto en las sociedades hindúes como en las católicas, han sido ritualizados por instituciones religiosas de acuerdo con creencias religiosas? No veo cómo se puede describir la ética del trabajo metodista o puritana como un elemento de la "superestructura" y luego colocar al propio trabajo en una "base" que se encuentra en otro sitio. Por más sofisticada que sea, por más sutilmente que haya sido utilizada, la analogía de base y superestructura es radicalmente defectuosa. No tiene arreglo. Al clasificar los atributos y las actividades humanas y colocar algunas de ellas (como las leyes, el arte, la religión, la "moralidad") en una superestructura, otras (como la tecnología, la economía, las ciencias aplicadas) en una base y, por fin, dejar algunas (como la lingüística o la disciplina de trabajo) flotando desconsoladamente en medio, esta analogía tiene

la tendencia congénita de conducir nuestra mente hacia el reduccionismo o hacia un vulgar determinismo económico. De este modo, tiende a establecer una alianza con el pensamiento utilitario y positivista: esto es, con las posiciones centrales, no de la ideología marxista, sino de la burguesía. Una sociedad perfecta puede crearse, simplemente, construyendo (como dice la teoría estalinista) una poderosa "base" industrial; una vez hecho esto, la superestructura cultural, de alguna manera, surgirá sola. En el contexto de una aportación reciente (la althusseriana), con su énfasis sobre la "autonomía relativa" y la "determinación en última instancia", los problemas del materialismo histórico y cultural son tergiversados o eludidos; como la hora fatal de la última instancia nunca suena, podemos, al mismo tiempo, mostrar una piadosa reverencia frente a la teoría y hacer luego de nuestra capa un sayo en nuestra práctica.

Por supuesto no soy el primer marxista que hace públicas estas objeciones.³⁹ Ciertamente, las objeciones se han hecho tan evidentes que uno desearía que un mayor número de mis compañeros marxistas escuchara atentamente los argumentos antes de empezar a buscar "herejes". Un sistema de pensamiento político y social vivo está en un punto crítico cuando se pretende que la continuación de su existencia siga dependiendo del mantenimiento de una analogía mal meditada. La cuestión de la categoría "economía" suscita, a su vez, otros problemas. Todos creemos saber lo que queremos decir con este término, pero los historiadores no necesitamos que nos recuerden que éste es un término con un desarrollo relativamente

reciente. Todavía, en la Inglaterra del siglo XVIII, "economía" se podía usar para referirse a la regulación y ajuste de todos los asuntos de una casa (y, por analogía, de los del estado), sin que se hiciera una referencia particular a esos asuntos materiales y financieros que, hoy en día, designamos como "económicos". Si volvemos la cabeza hacia la temprana historia de Inglaterra, o hacia otras sociedades en diferentes etapas de desarrollo, veremos que "economía", en su sentido moderno, es una idea para la que no existe ni una palabra que la designe ni un concepto con el que se corresponda exactamente. Los imperativos religiosos y morales están inextricablemente unidos con las necesidades económicas. Una de las ofensas contra la humanidad que ha traído consigo la sociedad desarrollada de mercado, y su ideología, ha sido, precisamente, la de definir todas las relaciones sociales compulsivas como "económicas", y la de reemplazar los vínculos afectivos por los más impersonales, pero no menos compulsivos, del dinero.

De esto se desprende que las categorías de explicación "económicas", que pueden ser adecuadas para las sociedades industrializadas, no lo son tanto para entender sociedades anteriores. Esto no quiere decir que no se pueda hacer una historia económica válida de las sociedades preindustriales o precapitalistas, sino que debemos tener presente que las expectativas y motivaciones de la gente que vivió entonces no se pueden entender usando categorías económicas anacrónicas. El mismo problema reaparece, de una forma más sutil, dentro del propio capitalismo industrial. Cuando Marx impugnó la economía

política burguesa dominante en su época, con sus ideas subyacentes sobre la naturaleza adquisitiva del hombre económico, puso frente a ellas al proletariado, o al hombre económico explotado, que estaba destinado a convertirse, por medio de la lucha económica, en el hombre revolucionario. A pesar de que no fue lo único que dijo Marx, esto tiñó de economicismo las teorías y estrategias de los pensadores y de los partidos marxistas posteriores. Estos olvidaron, demasiado a menudo, que el principal pecado del capitalismo era el de definir todas las relaciones en términos exclusivamente económicos. Y de hecho, vemos que la mayoría de los grandes movimientos populares de los siglos XVIII y XIX sólo se pueden entender como la reclamación por los explotados del respeto a su concepto de humanidad (tanto si se trataba de sus derechos frente a la ley, como hombres y mujeres "libres", como ciudadanos, del derecho a votar y organizarse y del derecho a la independencia nacional, como del status y la autoestima en el trabajo), una humanidad que salta por encima de los límites de cualquier definición económica restringida.

Si no acepto la analogía de la base y la superestructura, ni tampoco la prioridad interpretativa que normalmente se atribuye a lo "económico", ¿en qué sentido me mantengo dentro de la tradición marxista? Sólo (me temo) en el mismo sentido en el que el propio Marx se encontraba dentro de ella, ya que no es difícil demostrar que las versiones reduccionistas y economicistas del marxismo están muy alejadas del pensamiento de Marx.

Como R. S. Sharma ha dicho insistentemente: "Sin producción no hay his-

toria".⁴⁰ Pero también debemos decir: "Sin cultura no hay producción". Los errores que penetraron profundamente la tradición marxista posterior llevaron a confundir el concepto centralmente importante de modo de producción (en el que las relaciones de producción y sus correspondientes conceptos, normas y formas de poder deben ser considerados como un todo) con una definición restringida de lo "económico"; y también a confundir las instituciones, la ideología y la cultura partisana de la clase dominante con *toda* la cultura y la "moralidad". Hay formas en las que la cultura e instituciones de las élites se pueden analizar provechosamente como una "superestructura". Pero este método de análisis se hace mucho menos útil cuando nos enfrentamos a la cultura, las normas y los rituales de la gente sobre la que aquéllas ejercían su dominio, ya que estos factores son intrínsecos al propio modo de producción, a la reproducción tanto de la vida en sí misma como de los medios materiales de la vida.

¿En qué sentido, entonces, podemos mantener aún que "el ser social determina la conciencia social"? ¿Y se puede decir con certeza que la determinación sigue siendo "en última instancia" "económica"? Si no podemos describir el ser social independientemente de los conceptos y las normas que son esenciales para su existencia, para la reproducción de la vida y los medios de vida, ¿cómo vamos a clasificar el ser y la conciencia en dos categorías distintas? Sólo podemos hacerlo si desechamos la noción de económico, en su sentido restringido contemporáneo, y volvemos al concepto completo de modo de producción. El modo de producción, que es

el objeto central del análisis de Marx, nos proporciona también las correspondientes relaciones de producción (que son también relaciones de dominio y subordinación) en las que los hombres y mujeres nacen, o entran involuntariamente. Este proporciona la "iluminación general en la que se surgen todos los demás colores y que los modifica en su particularidad". Las relaciones de producción, en las sociedades modernas, encuentran su expresión en la formación y lucha (de vez en cuando, en el equilibrio) de clases. Pero la clase no es, como les gustaría a algunos sociólogos, una categoría estática —tantas o cuantas personas en esta o aquella relación con respecto a los medios de producción— que se pueda medir en términos positivistas o cuantitativos. La clase, en la tradición marxista, es (o debería ser) *una categoría histórica*, que describe a las *personas relacionándose unas con otras en el transcurso del tiempo*, el modo en que adquieren consciencia de sus relaciones, se separan, se unen, entran en conflicto, forman instituciones y transmiten valores en términos de clase.

Por lo tanto, la clase es una formación "económica" y es también una formación "cultural": es imposible dar prioridad teórica a un aspecto sobre el otro. De lo que se sigue que la determinación "de última instancia" puede abrirse paso tanto a través de las formas culturales como de la económicas. Lo que cambia, cuando el modo de producción y las relaciones de producción cambian, es la *experiencia* de los hombres y mujeres vivos. Y esta experiencia se plasma en términos de clase, en la vida social y en la consciencia, en el asentimiento, la resistencia y las elecciones de hombres y mujeres.

Estas son cuestiones difíciles, que deberían quizá ser discutidas con más rigor y extensión. Pero, en resumen, las relaciones entre "ser social" y "conciencia social" que propongo son éstas: en una sociedad dada, en la que las relaciones sociales se establecen en términos de clase, hay una organización cognitiva de la vida que se corresponde con el modo de producción y las formaciones de clase evolucionadas históricamente. Este es el "sentido común" del poder, que satura la vida cotidiana, que se expresa, más o menos conscientemente, en la aplastante hegemonía de la clase dominante y en sus formas de dominación ideológica. El "teatro" del poder es sólo una forma de dominación.

Pero dentro y fuera de esta cúpula de dominación hay innumerables contextos y situaciones en los que los hombres y mujeres, al enfrentarse a las necesidades de su existencia, elaboran sus propios valores y crean una cultura propia, intrínseca a su propio modo de vida. En estos contextos no podemos concebir el ser social separado de la conciencia social y de las normas; no tiene sentido dar prioridad a uno sobre otro. Los historiadores pueden recuperar los diferentes modos de vida, y los valores que los acompañan, de grupos y oficios concretos: la "independencia" de los artesanos, los valores comunales diferentes de los aldeanos, los guardabosques o de la comunidades de tejedores. En algunos momentos la cultura y los valores de estas comunidades pueden ser antagónicos frente al aplastante sistema de dominio y control. Pero durante largos períodos este antagonismo puede permanecer inarticulado e inhibido. Hay, a menudo, una especie de "corte": el aldea-

no es autónomo en su propio pueblo, pero acepta la inevitable organización del mundo exterior en función de la hegemonía de sus dominadores: protesta amargamente contra las exacciones del terrateniente y del prestamista pero sigue creyendo en la justicia del rey y en la equidad del zar. Muy frecuentemente, la protesta es legitimada con los argumentos del mismo sistema dominante, apoderándose de su propia retórica y dándole un nuevo contenido: los gobernantes son injustos o descuidados, se les deben recordar sus deberes, deben intervenir para evitar que sus subordinados o los que comercian con alimentos exploten a los pobres. Sólo en circunstancias excepcionales la gente rompe con su experiencia local, con los valores que conforman su vida (que no son los asumidos), y plantea un desafío más general.

La presión del ser social sobre la conciencia social se muestra ahora, no tanto en la oposición horizontal base/superestructura, como en a) *congruencias*, b) *contradicción*, y c) *cambio involuntario*. Por congruencias entiendo las reglas "necesarias", la expectativas y los valores de acuerdo con los cuales la gente vive las relaciones productivas concretas. No se puede estar protestando todo el tiempo: para seguir viviendo es necesario asumir y adaptarse al *status quo*. Cualquier sistema de producción estructura las expectativas en la línea de menor resistencia: esto es, de conformidad con sus reglas. Por contradicción, entiendo, en primer lugar, el conflicto entre el modo de vida, y las normas, de la comunidad local y ocupacional, y las de la sociedad dominante "exterior": y, en segundo lugar, el modo en que se experimenta el ca-

rácter esencialmente explotador de la relaciones productivas, y da lugar a la expresión de valores antagónicos y a una puesta en cuestión global del "sentido común" del poder. Con cambio involuntario me refiero a aquellos cambios en tecnología, demografía, y demás (la "vida material" de Braudel: nuevos cultivos, nuevas rutas de comercio, el descubrimiento de nuevas reservas de oro, cambios en la incidencia de la epidemias, nuevos inventos mecánicos) cuyas consecuencias afectan al propio modo de producción y alteran perceptiblemente el equilibrio de la relaciones de producción.

Esto último se puede quizás considerar un cambio en la "base". Pero ningún cambio involuntario de este tipo ha reestructurado o reorganizado espontáneamente jamás un modo de producción; es posible que haya incorporado nuevas fuerzas a la escena, o alterado el equilibrio de poder y riqueza entre las diferentes clases sociales; pero la consiguiente reestructuración de *relaciones* de poder, de formas de dominación y de organización social, ha sido siempre el resultado del conflicto. El cambio en la vida material determina las condiciones de ese conflicto, y algo de su carácter; pero el resultado concreto está determinado por el propio conflicto. Esto quiere decir que el cambio histórico sucede, no porque una "base" determinada deba dar lugar a la "superestructura" correspondiente, sino porque los cambios en las relaciones de producción se *experimentan* en la vida social y cultural, se *refractan* en las ideas de los hombres y en sus valores, y son cuestionados en sus acciones y sus creencias.

En mi propio trabajo he descubierto

que no puedo manejar ni las congruencias ni las contradicciones del proceso histórico profundo, sin prestar atención a los problemas que los antropólogos ponen en evidencia. Soy muy consciente de que otros historiadores han llegado hace tiempo a la misma conclusión, y que no han encontrado necesario justificar la ampliación de las fuentes y los métodos de la historia con una disquisición teórica de este tipo. Yo lo he intentado solamente porque me parece que los historiadores marxistas han mostrado alguna resistencia a llevar a cabo es-

ta necesaria ampliación, y porque da la impresión de que esta renuencia tiene su origen en una resistencia teórica oculta, que descansa en una noción de "la economía" restrictiva en exceso, y en el uso de una analogía poco afortunada. Si he ayudado a detectar dónde está la dificultad, entonces mi propósito se habrá visto satisfecho. Si no es así, deben ustedes perdonarme por pensar en voz alta.

Historia Social,
Valencia, Invierno 1989, Nº 3.
Traducción de José Carazo.

Notas

Publicado en *Indian Historical Review*; vol. 3 (1976).

Esta es la versión revisada de una conferencia dada en el *Indian History Congress*, Calicut, Kerala, 30 de diciembre de 1976.

1 *Society and Culture in Early Modern France*, Stanford, California, 1975.

* *La formación histórica de la clase obrera*, Laia, Barcelona, 1977.

2 Las *Observations...* de Brand se pueden consultar con mayor comodidad en ediciones posteriores (1813, 1849, etc.), revisadas y ampliadas por Sir Henry Ellis. El término "folklore" no empezó a usarse hasta 1846, cuando fue empleado por William John Thoms. Para su historia posterior, véase Richard M. DORSON, *The British Folklorists: A history*, Londres, 1968.

3 MAX MÜLLER, "On manners and Customs", en *Chips from a German Workshop*, ii, Londres, 1867, p. 260.

4 *The Past and the Prejudice*, Nueva Delhi, 1975, pp. 8-10.

5 TYLOR, *op. cit.*, p. 273. Tylor prefería el término "etnólogo" al término folklorista.

6 MAX MÜLLER, *op. cit.*, II, pp. 265-270. Müller, sin embargo, era fuertemente crítico de los imprecisos y poco eruditos intentos de ofrecer analogía entre las costumbres y mitos hindúes y europeos: véase su "Folk-lore", una hipercrítica recensión de W. K. KELLY, *Curiosities of Indo-European Tradition and Folk-Lore*, Londres, 1863, en MÜLLER, *OP. CIT.*, II, pp. 197-207. En vez de hacer comparaciones superficiales (sostiene Müller), se debe seguir la pista a las narraciones y mitos de cada continente hasta su fuente original

en la antigüedad Aria, y entonces "veamos cómo la misma concepción y los mismos mitos se han ido expandiendo gradualmente y se han ido diversificando bajo los brillantes cielos de la India y en los bosques de Alemania".

7 Las críticas tradicionales de los académicos británicos contra el folklore se exponen de nuevo (esta vez anónimamente) en "The Study of folklore", *Times Literary Supplement*, 16 de septiembre de 1969.

8 Digo "inglesas" y no británicas, ya que las tradiciones celtas y nacionales han recibido (como era de esperar) una atención mucho mayor en Escocia, Gales e Irlanda. Se podría mencionar el trabajo de la School for Scottish Studies, Universidad de Edimburgo, y la influencia en varias universidades galesas de los estudios folklóricos en los que fue pionero el Dr. Iowarth Peate.

9 El trabajo inaugural de G. C. HOMANS, *English Villagers of the Thirteenth Century*, Nueva York, 1941, careció de seguidores durante varias décadas. Más recientemente, se ha creado en la Universidad de Leeds el Centre for Folk-Life Studies. Los signos de un renacimiento del interés por el folklore se pueden ver en Charles PHYTIAM-ADAMS, *Local History and Folklore* (Standing Conference for Local History, 26 Bedford Square, Londres W. C. 1, 1975).

10 Shab Lal SRIVASTAVA, *Folk Culture and Oral Tradition*, Nueva Delhi, 1974, p. 8.

11 Véase, *inter alia*. Jack GOODY, "The Evolution of the Family", en Peter LASLETT y Richard WALL, eds., *Household and Family in Past Time*, Cambridge, 1972; GOODY, "Inheritance, Property and Women: Some Comparative Considerations", en Jack GOODY, Joan THIRSK and E. P. THOMPSON, eds., *Family and Inheritance*. Cambridge, 1976; Lutz BERKNER, "The Stem Family and the Developmental Cycle of the Peasant Household", *The American Historical Review*, 1972; S. J. TAMBIAH,

"Dowry and Bridewealth and the Property Rights of Women in South Asia", en Jack GOODY y S. J. TAMBIAH, *Bridewealth and Dowry*, Cambridge, 1973.

12 *The Remembered Village*, Nueva Delhi, 1976, p. 42.

13 Para un interesante ejemplo tardío de una condena de este tipo, véase *Hostages to India, or the Life Story of the Anglo-Indian race*, Calcuta, 1936, pp. 78-9.

14 De hecho el ritual completo de la venta pública de esposas no era, probablemente, un vestigio de tiempos anteriores, sino que apareció en el siglo XVIII.

15 C. PHYTIAM-ADAMS, "Ceremony and the Citizen; the Communal Year at Coventry, 1450-1550", en Peter CLARK y Paul SLACK, eds., *Crisis and Order in English Towns, 1500-1700*, Londres, 1972.

16 Robert W. MALCOMSON, *Popular Recreations in English Society, 1700-1850*, Cambridge, 1973. Véase también el sugestivo artículo de Gerald M. SIDER, "Cristmas Mumming and the New Year in Outport Newfoundland", *Past and Present*, mayo 1976.

17 Keith THOMAS, "Work and Leisure in Pre-Industrial Societies", *Past and Present*, diciembre 1964; C. HILL, "The Uses of Sabbatarianism", en *Society and Puritanism in Pre-Revolutionary England*, Londres, 1964; E. P. THOMPSON, "Time, Work-Discipline and Industrial Capitalism", *Past and Present*, diciembre 1967 ["Tiempo, disciplina de trabajo y capitalismo industrial", en *Tradición, revuelta y consciencia de clase*, Crítica, Barcelona, 1979]; Douglas A. REID, "The Decline of Saint Monday", *Past and Present*, mayo 1976; Herbert GUTMAN, *Work, Culture and Society in Industrializing America*, Nueva York, 1976.

18 Keith THOMAS, *Rule and Misrule in the Schools of Early Modern England*, Universidad de Reading, 1976.

19 véase, por ejemplo, Michelle PERROT,

Les ouvriers en grève, París, 1974; William M. REDDY, "The Textile Trade and the Language of the Crowd at Rouen, 1752-1871", *Past and Present*, febrero 1977.

20 E. P. THOMPSON, "Patrician Society, Plebeian Culture", *Journal of Social History*, USA, verano 1974.

21 Véase Douglas HAY, "Property, Authority and the Criminal Law", en Douglas HAY, Peter LINEBAUGH y E. P. THOMPSON, eds., *Albion's Fatal Tree*, Londres, 1975.

22 "The Tyburn Riots against the Surgeons", *ibidem*, pp. 65-117.

23 Véase Keith THOMAS, "History and Anthropology", *Past and Present*, nº 24, 1963; E. P. THOMPSON, "Anthropology and the Discipline of Historical Context", *Midland History*, Universidad de Birmingham, I, nº 3, primavera 1972.

24 *The Historian's Craft*, Manchester, 1954, p. 35.

25 Oxford, 1971.

26 E. P. THOMPSON, "The Moral Economy of the English Crowd in the Eighteenth Century", *Past and Present*, febrero 1971 ["La economía 'moral' de la multitud en la Inglaterra del siglo XVIII", en Tradición, re- vuelta...].

27 Véase la Sexta Tesis sobre Feurbach de Marx.

28 E. P. THOMPSON, "Rough Music": Le Carivari anglais". *Annales: Economies, Sociétés, Civilisations*, marzo-abril 1972.

29 Véase C. LEVI-STRAUS, *Mythologiques, I. Le Cru et le Cuit Paris*, 1964.

30 Véanse los autocríticos comentarios de M. N. Srinivas sobre las limitaciones de "la visión por la clase alta de la sociedad aldeana", *The Remembered Village*, pp. 197-8 et passim.

31 S. L. SRIVASTAVA, *op. cit.*, p. 279.

32 *Capitalism and Material Life. 1400-1800*, Londres, 1973 [*Civilización material, economía y capitalismo, siglos XV-XVIII*, Alianza, Madrid, 1984].

33 ENGELS a J. BLOCH, 21 de septiembre de 1890; a MEHRING, 14 de julio de 1893: *Marx-Engels Selected Correspondence*, Londres, 1963, pp. 475-7, 510-513.

34 En la introducción a la *Critique of Political Economy*.

35 Para una traducción ligeramente diferente, véase Karl MARX, *Grundrisse*, Penguin edition, 1973, pp. 106-107. (*N. del t.*) [Hemos utilizado la traducción de Javier Pérez Royo en, Karl MARX, *Líneas fundamentales de la crítica de la economía política (Grundrisse)*, Crítica, Barcelona, 1977, primera mitad, p. 30]

36 Véase, por ejemplo, Maurice GODELIER, *Perspectives in Marxist Anthropology*, Cambridge, 1977; Jack GOODY, *Production and Reproduction*, Cambridge, 1976.

37 Este punto se discute con más extensión en E. P. THOMPSON, *Whigs and Hunters*, Londres, 1975, pp. 258-269.

38 Véase GOODY, THIRSK y THOMPSON, eds., *Family and Inheritance*.

39 Raymond Williams lleva años aireando objeciones similares: véase su muy lúcido tratamiento de los problemas de la base/superestructura y de la determinación en *Marxism and Literature*, Oxford, 1977. Mis propias objeciones han sido expuestas más extensamente en "The Peculiarities of the English", *Socialist Register*, 1965, Merlin Books, Londres, 1965, y en "An Open Letter to Leszek Kolakowski", *Socialist Register*, 1973.

40 "Problems of Social Formation in Early India", Discurso presidencial, *Proceedings, Indian History Congress*, 36ª sesión, Aligarh, 1975.

Historia y Educación



Esquizohistoria e historiofrenia. Del secundario a la carrera de Historia y vuelta al secundario

Ana María BARLETTA* y Gonzalo de AMÉZOLA**

Este trabajo surge de un intercambio de observaciones realizadas sobre los alumnos ingresantes a la carrera de Historia y sobre aquellos que están a punto de graduarse. Dos cátedras: "Introducción a la Historia" y "Prácticas de la Enseñanza" son las posiciones estratégicas desde las cuales pueden detectarse los "síntomas" de la "esquizohistoria" y la "historiofrenia".

Con estos términos pretendemos aludir a dos momentos especialmente problemáticos en la vida del estudiante universitario, caracterizados por la desarticulación entre al menos dos formas contrastadas de concebir la Historia.

Si vulgarmente se entiende a la esquizofrenia como la patología por la que un individuo presenta una disociación de sus funciones psíquicas, una falta de concordancia entre sus impresiones sensoriales y las reacciones provocadas por ellas, entre sus ideas y sus emociones, la "esquizo-

historia" sería, para nosotros, el contraste entre lo aprendido en la escuela y el deslumbramiento frente a una disciplina que presenta enfoques y perspectivas hasta entonces insospechados. La "historiofrenia", en cambio, sería el momento inverso cuando, atrincherado en la soberbia de una "historia renovada" se vuelve al secundario, pero ahora como profesor, intentando trasladar a este ámbito los viejos combates de los *Annales*, la historiografía marxista o el último grito de la "nouvelle histoire".

En las cátedras mencionadas esta situación se hace explícita. Acerca de los alumnos que ingresan que, por lógica, suponemos son los más interesados en la Historia, los que eligen la carrera para profundizar conocimientos adquiridos en la escuela, pueden hacerse dos tipos de observaciones: la primera, a partir de sus propias reflexiones sobre la disciplina (qué es, cuál es su objeto, qué perspectivas de comprensión le adjudican, quié-

* Docente en Introducción a la Historia en la Facultad de Humanidades y Ciencia de la Educación de la Universidad Nacional de La Plata. Investiga sobre Nacionalismo y Revisionismo en la historiografía del siglo XX.

** Docente en Planeamiento Didáctico y Práctica de la Enseñanza en Historia en la Facultad de Humanidades y Ciencia de la Educación de la Universidad Nacional de La Plata. Investiga sobre Nacionalismo y Revisionismo en la historiografía del siglo XX.

nes son sus protagonistas, cómo se establecen las causas de los hechos históricos). La segunda, a partir de la dificultad que manifiestan para asimilar contenidos problemáticos y abstractos acerca del saber histórico, del vocabulario de la Historia y sobre los conceptos y categorías con las que se construye el conocimiento.

Uno de los primeros dilemas que la cátedra de "Introducción" tiene que enfrentar, se deriva de plantear a los alumnos preocupaciones e inquietudes que ellos (en su mayoría) no tienen debido a la falta de problematización de los contenidos recibidos hasta el momento del ingreso a la Universidad.

La idea de la Historia como narración lineal y cronológica de hechos fundamentalmente político-institucionales y militares, la identificación con la épica y la psicología de los grandes hombres y la consiguiente ignorancia de la sociedad en el pasado, configuran una visión de Historia tradicional como conciencia generalizada que tantos años de "combate" contra ella no han logrado erradicar.

Si bien, como dice Lawrence Stone, la contienda entre los viejos y los nuevos historiadores con el "exitoso triunfo de los revolucionarios dentro de la profesión histórica" dominó los debates entre 1930 y 1975¹, y como también confirma Jacques Le Goff, la "nueva historia" es una "batalla ganada"², esto puede ser verdad para el ámbito reducido de la comunidad de historiadores y científicos sociales pero no así en el del saber histórico institucionalizado no sólo en los niveles inferiores (primario y secundario) sino incluso en el nivel terciario y universitario no especializado.

Es decir que los viejos "combates" de Bloch, Febvre, Carr y Vilar son sumamente útiles en esta materia no tanto porque la comunidad histórica no reconozca todavía el triunfo de los nuevos historiadores³, sino por la necesidad de desarrollar una crítica constante de las ideas tradicionales de la Historia que sostienen, sin saberlo siquiera, los estudiantes.

Otro "combate" necesario debe establecerse también en un campo más propiamente epistemológico y que asimismo puede ser relevado a partir de observaciones realizadas sobre la masa de ingresantes. La entrada a la Universidad es, para ellos, el momento de decir que han sido engañados y de manifestar su fe en poder acceder a la verdad demitificando las mentiras de la Historia ritualizada de la escuela. Su esperanza será alcanzar una verdad definitiva que pueda ofrecerse como versión indiscutible.

La realización de las "prácticas" es también un momento singular y conflictivo para el estudiante, pero por los motivos inversos a los de su ingreso en la carrera. De pronto, luego de tan largo entrenamiento para ser alumno, se convierte en profesor. Esta drástica inversión de roles, de estudiante aventajado a profesor principiante, de observador a observado, es la primera diferencia que le resulta siempre angustiante. En segundo término, se encuentra con una materia que no se aprueba dentro de las paredes de la Facultad sino fuera de ella, en el ahora desconocido ámbito de la escuela secundaria. Además, las observaciones institucionales de curso que debe realizar como exigencia previa, lo llevarán a percibir una dificultad adicional: sus clases estarán condicionadas por la diversidad de las

características que presentan los adolescentes, no sólo por grupos de edad, sino también por diferencias socioculturales.

El trabajo que el practicante debe realizar es básicamente una síntesis que presenta tres problemas fundamentales: trasladar los conocimientos pedagógicos generales a técnicas de aplicación en el aula, elegir cuáles son las más apropiadas según el momento y el tema a abordar y, por último, decidir no sólo cómo sino también qué transmitir. El divorcio entre los enfoques históricos actuales y los programas de secundario que exigen ceñirse a una Historia fáctica, le plantean al alumno-practicante un serio dilema.

De todos los problemas mencionados, es el referente a los contenidos el que resulta preponderante a la visión de los estudiantes y en el que centran su atención al iniciar las prácticas. Habiendo sido engañados en la escuela, no pretenden ser cómplices de la falsía sino revelar la verdad, como hubieran querido que les sucediera a ellos pocos años antes, cuando cursaban el secundario. Por lo tanto, cuando se preocupan por los contenidos, lo que tratan de realizar es el traspaso de la Historia universitaria al ámbito secundario con la menor cantidad de alteraciones posibles. Así, frecuentemente las clases abusan de la exposición o, cuando se preocupan por la participación de los alumnos, repiten los prácticos de la Facultad hasta con los mismos textos.

El interés por los contenidos encarnados de esta manera ingenua produce una nueva dislocación. Como lo describen Pozo y Carretero⁴, se pasa de contar historias más o menos edificantes, a explicar una historia com-

pleja y distante para el alumno. Más allá de los acomodamientos correspondientes durante las prácticas, queda el preguntarse qué ocurrirá con nuestros futuros colegas. ¿Persistirán en la actitud descripta? ¿Serán arrollados por el peso de la Historia irrelevante y vetusta del secundario? ¿Lograrán un cierto equilibrio entre las exigencias de la ciencia histórica y la pedagogía?

En síntesis, en ambos momentos hay algunos rasgos comunes: Se trata de una desarticulación o ruptura que puede reducirse a un choque de contenidos. En el primer caso, de contenidos banales contra contenidos complejos y, en el segundo, de contenidos complejos enfrentados nuevamente a la banalidad de Historia escolar. Desde el punto de vista de los alumnos, mientras que al ingresar denuncian haber sido engañados en la escuela, a la salida de la Facultad se proponen terminar con el engaño. Y, finalmente, las dificultades que habían experimentado al inicio de su carrera frente a contenidos problemáticos y abstractos las olvidan al salir, tratando de imponer en el colegio el último grito de la moda historiográfica sin tener en cuenta la situación real de los alumnos secundarios.

Esta doble desarticulación es una manifestación de la deficiencia de la Historia escolar, por todos conocida. Su mejoramiento se ha intentado desde dos perspectivas: la transformación de los contenidos y la incorporación de nuevos métodos de enseñanza (reducción del verbalismo, incremento de la actividad en la clase, desarrollo de la investigación).

Muchas veces esta segunda vía se despreocupa de los contenidos ve-

tustos y se transforma en un simple activismo.

Es preponderante, para nosotros, ocuparse de los contenidos. Pero esto, a su vez, no es una tarea simple.

En primer lugar, porque la Historia ha ido transformándose en el siglo XX a partir de la apropiación de conceptos y técnicas provenientes de otros campos de conocimientos afines. Esta asimilación de elementos teórico-metodológicos que la convierte en una actividad especializada, también la ha situado en una comunidad científica más amplia en la cual los límites entre las disciplinas que se ocupan de lo social se desdibujan. Como "disciplina bulímica"⁵, se ha ido anexando campos de conocimiento, vocabulario y problemáticas. Esto ha redundado en una gran transformación de sus categorías de análisis que ha llevado a un enriquecimiento de la historiografía por la inclusión de nuevos sujetos, nuevos temas y nuevos enfoques.

En segundo término, porque el contacto de la Historia con las ciencias sociales y su participación junto a éstas en los grandes debates teóricos del siglo ha provocado que como los sociólogos, los antropólogos, los economistas, también los historiadores se volvieran marxistas, weberianos, estructuralistas, neomalthusianos, funcionalistas...

De esas dos consideraciones, por un lado la complejización de los contenidos propios del saber histórico y la consiguiente especialización y, por otro, la inclusión del punto de vista desde el que se parte para el análisis del pasado, proviene la dificultad de ofrecer una Historia alternativa como versión renovada y, a la vez, definitiva.

La incorporación de conceptos como de un vocabulario específico que intentan integrar el conjunto de la realidad social no implica necesariamente acordar sobre una interpretación única e incuestionable. Si agregamos la cuestión de las interpretaciones, la dificultad en la trasmisión del conocimiento histórico se incrementa.

El problema es, entonces, el siguiente: ¿Cómo hacemos para transmitir un conocimiento que al ir complejizando y profundizando sus propias versiones no dificulta las posibilidades de transmitirlo? ¿Es posible ponerse de acuerdo sobre un nivel básico de conocimientos? ¿Podemos hablar de un patrimonio común de contenidos que pueda transmitir en forma única y que sea, a la vez, la base de un conocimiento superior? Pensar que esto es posible supone gradaciones, supone avanzar de lo simple a lo complejo, de lo inferior a lo superior, y esto, entonces, implica otra pregunta: ¿Qué es lo simple en Historia? ¿Una cronología? ¿Sobre qué tipo de hechos la construiríamos?⁶

Este dilema es acuciante para los profesores universitarios y en la búsqueda de su superación padecen (padecemos) innumerables fracasos. Sin embargo, es en los practicantes que aún no han dejado la Facultad en quienes estas situaciones son más gráficas debido a la espontaneidad con que se manifiestan. Dos son los casos característicos (contenidos excedidos para el nivel de comprensión de los adolescentes y la transformación del debate historiográfico en confusión conceptual) de los que describiremos manifestaciones extremas.

El primero, ofrece variantes: quienes se desentienden de los métodos de enseñanza cuando creen haber lo-

grado una síntesis satisfactoria de los contenidos (por ejemplo, solucionar el problema del imperialismo dictando durante 40 minutos a Hobsbawm en un tercer año vespertino); los que atrapados por una problemática compleja creen que ésta puede ser comprendida por los alumnos ("No piensen en los herejes como revolucionarios, sino como impugnadores ideológicos del poder" -hablando del siglo XIII con jóvenes de 14 años) y, finalmente, quienes buscan resumir interpretaciones para hacerlas accesibles a los estudiantes secundarios ("Cuando los Estados absolutistas quedan constituidos, su estructura estaba determinada por el reagrupamiento feudal contra el campesinado, pero está sobredeterminada secundariamente por el auge de la burguesía urbana que...", en un resumen para tercer año del Estado absolutista de Perry Anderson).

El segundo caso ocurre cuando el practicante no se atreve a hacer afirmaciones sobre un tema con la pretensión de transmitir la discusión de los historiadores ("¿Hubo una Revolución industrial en Inglaterra o, por el contrario, fue un proceso lento y gradual de protoindustrialización?").

Ingenuas, excedidas, límites, estas anécdotas son la expresión del abismo existente entre Historia Universitaria e Historia escolar, entre una "Historia sofisticada para las élites" y una "Historia rudimentaria" para la escuela.

Pensar en cómo pensamos

Una parte importante de la Historia escolar está en los manuales. Programas de estudio, textos y práctica

docente se condicionan mutuamente y se erigen en guardianes del statu quo. Los primeros responden a los segundos y las editoriales se han ocupado evitar que cambios en los contenidos afecten la venta de sus libros. Por otra parte, fuera de ciertos colegios con recursos económicos las bibliotecas escolares están básicamente formadas por manuales, única bibliografía de que disponen los alumnos.

Por esta razón, y porque creemos que transmiten formas de pensamiento perdurables y muy influyentes en la práctica docente que nuestros graduados universitarios intentaron reparar queremos centrarnos en las formas de explicación sobre el pasado que estos textos contienen. Explicaciones por el carácter de los individuos, incoherentes, fantasiosas, dirigidas, escamoteadas o aparentemente ingenuas, siguen vigentes desde la escuela primaria y persisten martillando en la cabeza de los alumnos, incluso en el nivel terciario y universitario.

Independientemente de las posiciones de los autores y los contenidos "nuevos" o "viejos", es posible detectar juicios, explicaciones y afirmaciones que afectan la lógica, la razón y (muchas veces) la sensatez.

Hemos seleccionado algunos ejemplos de aquellos "atropellos a la razón" en los que incurren los autores de gran tirada e, incluso, alguno (Ocón) que, aunque actualmente esté fuera de uso, en su momento buscó contestar la interpretación oficial. A través de ellos mostraremos brevemente nuestra idea de la persistencia de las formas de pensamiento en los tres niveles de enseñanza.

Elecciones y encrucijadas

"El proceso de cambio iniciado en la revolución de mayo de 1810 fue interpretado y conducido desde dos puntos de vista diferentes. Por este moti-

El modelo auténtico

Fruto de las aspiraciones populares

Defendido por caudillos provinciales

Coincide con los principios políticos del federalismo.

Ocón, Jorge A. Historia Argentina Bs. As., Editorial Coliseo, 1974, pp. 358-59

¿Cuántos adjetivos se necesitan para inclinar a los alumnos hacia las posiciones del autor? (falseado, sectario, usurpado, represivo y autoritario) Burda ideologización alternativa a lo que los revisionistas llamaron "política de la historia".

Paradójicamente, desde una perspectiva ideológica diferente y dirigida al público infantil nos encontramos en *Humi* con una comparación curiosa y similar.

El Gran Corso

Su ejército atravesó el paso del Gran San Bernardo a 2.500 mts. de altura, con todos sus vehículos, incluso artillería pesada.

El frente de operaciones tenía una amplitud de 160 Kms.

El ancho de la zona montañosa alpina es de 100 Kms.

vo en 1829 existían dos concepciones o maneras de interpretar la realidad: el modelo auténtico y el modelo falseado por intereses extraños. Rosas debió optar por una de las dos alternativas:

El modelo falseado

Fruto de una minoría de espíritu sectario

Defendido por hábiles intrigadores (usurpadores)

Se expresa políticamente por un régimen represivo y autoritario

Siendo un joven oficial del ejército español, San Martín luchó en dos oportunidades contra las fuerzas francesas de Napoleón Bonaparte. En las dos salió victorioso.

Con el tiempo, la historia militar mundial volvió a enfrentarnos. Ambos habían realizado proezas increíbles: San Martín al cruzar los Andes, Napoleón al conducir su ejército a través de los Alpes suizos en 1800. ¿Cuál de las dos hazañas fue mayor? Estos son los datos que lo revelan.

El Gran Capitán

Su ejército cruzó 4 cordilleras, la más alta fue franqueada a 5.000 mts., sin poder llevar nada sobre ruedas.

El frente de operaciones tenía una amplitud de 800 Kms.

El ancho de la zona montañosa andina es de 350 Kms.

Recorridos máximos y mínimos: 280 y 135 Kms., respectivamente.

En los Alpes había varios centros poblados y valles con diversas producciones.

Aceptó la hospitalidad de un hospicio situado en pleno paso del Gran San Bernardo.

La campaña tuvo por fin incorporar el primer territorio a su Imperio.

Cinti, Roberto Rainer, en páginas centrales de Humi, agosto de 1991.

La página se completa con un dibujo de San Martín y Napoleón espalda con espalda.

San Martín alto, delgado, canchero; Napoleón bajito, regordete, peladito.

Falsas armonías

Drago o la incoherencia

"En líneas generales, puede asegurarse que el gobierno de Rosas fue de orden y progreso: cesaron los desmanes y al renacer la tranquilidad pública, la vida ciudadana volvió a una normalidad que hacía años que no conocía. Pero también es indudable que el aparato represivo contra los opositores fue haciéndose cada vez más riguroso: se reimplantó la censura a los periódicos y la policía, dotada de amplias facultades, fue empleada tanto en la prevención de los delitos comunes, como en la persecución de los enemigos del régimen.

El pueblo agradeció el orden impuesto: el entusiasmo fue constante y se exteriorizaba -a veces hasta la exage-

Recorridos máximos y mínimos: 750 y 380 Kms., respectivamente.

En los Andes no existía población alguna y en los áridos valles sólo prosperaban pastos duros.

Dormitó con una piedra por cabecera a -6°C, cuando una tempestad de granizo obligó a hacer un alto en la travesía de Los Patos.

Buscaba únicamente la libertad de América".

ración- en las festividades cívicas y religiosas."

Drago, Alfredo L., op. cit. p. 56.

Un contraste curioso entre la descripción y la valoración. implícitamente se transmite una idea de orden muy "argentina" que con naturalidad legítima la persecución. Un mecanismo similar encontramos en un libro de la bibliografía de "Historia Constitucional" de la Facultad de Derecho y Ciencias Sociales de la UNLP:

Indios

"Después de exponerse doctrinas y opiniones controvertidas, se admitió como más aceptable, la tesis que propugnaba la predicación pacífica, aunque sin desdeñar el empleo de la fuerza si ella era necesaria para defender y posibilitar la enseñanza religiosa. Reconocida la libertad del indígena y su capacidad jurídica y mental, no se le podía imponer por la fuerza el cristianismo ni bautizarlo compulsivamente, aunque cabía obligarlo a escuchar la predicación del Evangelio.

"Se admitió, sin embargo, como lícita la utilización de medios indirectos destinados a orientar al indígena hacia la nueva religión. Así, se persiguió la idolatría, se destruyeron los templos e ídolos, se prohibieron los sacrificios humanos, se persiguió a los magos y hechiceros y se restringió el consumo de bebidas y la práctica de ciertos bailes indígenas."

Tau Anzoátegui, V. y Martiré E., Manual de Historia de las Instituciones argentinas, Ed. Macchi, SA, 4ª Edición, 1980, pp. 253-54.

(Capítulo referido a la Iglesia en la colonia)

La técnica del escamoteo

Un caso interesante encontramos en un Manual de la Editorial A-Z:

"El 3 de enero los ingleses tomaron posesión de Puerto Soledad: la usurpación quedaba consumada. Pero la corbeta inglesa no prolongaría mucho su estadía en las islas. Cumpliendo órdenes del almirantazgo dejó a un súbdito británico -el despensero inglés Dickson- como custodio de la bandera inglesa. *La Sarandí*, mientras tanto, llegaba a Buenos Aires el 15 de enero con la infausta noticia.

Con este hecho, un nuevo y prolongado período habría de iniciarse frente a la agresión inglesa: el de la reclamación diplomática, cuyas alternativas se proyectarían por espacio de casi 150 años.

El 2 de abril de 1982, la República Argentina a través de un operativo militar, intentó restituir las islas a la soberanía nacional cumpliendo así, con un unánime anhelo del pueblo argentino.

Sin embargo, los ingleses, poseedores de un material bélico superior y

apoyados por algunas potencias, enfrentaron a las fuerzas argentinas que debieron rendirse el 14 de junio. Se reiniciaron entonces las reclamaciones de nuestro país en los foros internacionales."

Lladó, Juan B. y otros. Historia. La Edad Contemporánea. La Argentina de 1831 a 1982. Bs. As., A-Z editora, 1991, p. 35.

¿Cómo la "República Argentina", un sujeto abstracto, toma la decisión de iniciar un operativo militar? ¿Quién y cómo interpretó este "anhelo unánime"? ¿Qué países son "algunas potencias"? ¿Por qué se rindieron las fuerzas argentinas? ¿No hubo muertos ni heridos? En definitiva, ¿no se habrá tratado de una derrota en una guerra despereja y sangrienta? ¿Cómo se reinician "las reclamaciones de nuestro país" después de una guerra perdida?

Decimos que se trata de un caso interesante porque curiosamente dos de los autores de este manual se expresan conscientes de los problemas de la renovación de la enseñanza en una nota periodística reciente, aparecida en *Página 12* del 26.3.91:

"Las editoriales se están echando el resto -reflexiona Alejandra Lugones, docente y autora de textos de historia- El libro plomo no lo compra ni Dios. Ahora se le da importancia al color, a la diagramación. Lo que no siempre hay es gente que cambie los contenidos. En biología o en letras se están haciendo cosas lindas, pero en historia, en general, los autores siguen tratando a los chicos de usted, o lo que es todavía peor, de tú. Están concebidos como una unidad cerrada, con todas las respuestas dentro y se pretenden que el alumno se atenga a ese esquema."

Por su parte, Patricia Rossi afirma que: "Los chicos dicen Profesora, libros no. Preferimos ir a la biblioteca. Pero el problema no es editorial, es educativo. Si la escuela no llega a los chicos, el libro tampoco. Si un autor escribe como si fuera César en las Galias, el libro está acabado. No puede estar tampoco dirigido a un solo aspecto del alumno -el intelectual- dejando de lado lo imaginario, lo corporal y lo afectivo."

Estas sensatas declaraciones contrastan con su obra, que bien podríamos caracterizar como "unidad cerrada con todas las respuestas dentro" escrita como si los autores fueran "César en las Galias". Una prueba adicional de esta contradicción es el oficialismo a destiempo que destila su libro, en cuya primera edición de 1983, con los militares en franca retirada, parece aún resonar incólume la retórica acuñada por el Proceso.

Hablando del régimen militar y sus prolegómenos, se yuxtaponen explicaciones convencionales: "la nueva Presidente (M. Estela Martínez de Perón) resultó incapaz para resolver el cúmulo de problemas que asolaban al país..."; los propósitos del "nuevo gobierno militar" son extraídos textualmente del documento oficial "Objetivos Básicos y Estatuto para el Proceso de Reorganización Nacional" sin comentarios y el desplazamiento del Tte. Gral. Viola en diciembre de 1981 es explicado: "por enfermedad del Presidente (Viola)". Es previsible que los autores también se harán eco de la enfermedad de Gorbachov en los recientes acontecimientos en la U.R.S.S. De hecho, ya han dejado a las jóvenes generaciones un testimonio particularmente elusivo de cómo la subversión fue sofocada:

"A partir de 1976, el movimiento guerrillero entró en una rápida declinación; el retroceso del terrorismo hizo que algunos de sus dirigentes huyeran al exterior. Posteriormente la subversión quedó duramente derrotada."

Con este párrafo se pone punto final al tema y al libro, que registra un considerable éxito desde su primera edición en 1983 y es reimpresso desde ese entonces puntualmente todos los años hasta 1991 inclusive.

A modo de conclusión: Promover un debate sobre la historia.

Como vimos a través de los ejemplos ofrecidos, para nosotros la cuestión ya no es sólo que la historia escolar es fáctica, institucional, militar, etc., sino que a través del escamoteo, el dirigismo, la incoherencia y sus otras modalidades explicativas usuales, posee contenidos falsos, formas de razonamiento incorrectas y transmite una ideología conservadora a través de una historia ingenua.

La sustitución de una visión banal de la Historia por una visión compleja en los dos momentos, al entrar y al salir de la Facultad se limita a cambiar contenidos peores por otros mejores. Esto por sí solo resulta insuficiente: repetir Hobsbawm puede ser lo mismo que repetir Ibañez. Es necesario, además, una reflexión sobre la historia construida en los dos ámbitos: la Facultad y la escuela media. En el primero, la necesidad de este trabajo comienza a ser valorada⁷. En el segundo, lo que se ha hecho hasta ahora es demostrar que la Historia de los manuales es tradicional e impermeable a las innovaciones de la disciplina.

No existe en los textos secundarios ninguno que escape a la caracterización anterior. Aún los más modernos, como los de la Editorial Santillana ⁸, que se esfuerzan por superarla no pueden evadir, en ocasiones, la trampa de lo político-institucional. Por otra parte, esta alusión a "textos modernos" no puede ser ampliada a los capítulos dedicados a la Historia argentina. Los libros que se refieren a nuestro pasado reflejan, además del menor desarrollo comparativo de la historiografía argentina ⁹, la adhesión al culto patriótico como centro mismo de las virtudes educativas de la disciplina.

Las consideraciones generales sobre la mala calidad de la Historia de los manuales ya ha sido suficientemente probada ¹⁰. Es necesario caracterizar la Historia que se transmite en el segundo nivel de enseñanza pero también centrar la atención en el tipo de explicaciones que se brinda en los textos. La mera presencia de una historiografía de mayor calidad no basta. Hay que prestar atención a qué se dice detrás de cómo se dice. No es que los manuales deban ser eliminados, sino que su lectura exige el ejercicio de la crítica para desarticular la visión rudimentaria y anacrónica que ofrecen del pasado. Así, se atenderá (además de a los objetivos de conocimiento), a desarrollar el pensamiento crítico y actitudes de tolerancia y discusión racional ¹¹.

Esquizohistoria e historiofrenia son la doble consecuencia de la falta de reflexión sobre la Historia construida: el alumno no la hace en el secundario, no la hace en la Facultad ni tampoco cuando es profesor. Lo que falla no es sólo la carga institucional de la escuela o el peso editorial de los manuales. Falta también un ámbito específico

donde esta reflexión se realice, no sólo sobre la mala historiografía (como la de los manuales que nosotros pretendimos mostrar), sino también sobre la que los alumnos convertidos en profesores ofrecen como alternativa.

Este espacio debe ser abierto en la Universidad y debería serlo también en las escuelas. Aunque es una preocupación de la sociedad en general, es una responsabilidad ineludible de las instituciones de la Historia y de la Educación, Historiadores y Profesores de Historia deberán comprometerse en esta discusión ahora que un nuevo indicio (el traspaso de las escuelas nacionales al ámbito provincial) viene a confirmar el desentendimiento de la cúpula gubernamental en todo aquello que no se refiera al déficit fiscal.

Desacralizar a los autores reverenciados, desestructurar las obras, mostrar la complejidad interna de cada una de ellas. Tal vez, develar el sentido de lo escrito sea la función más apasionante del profesor de Historia, y muchas veces al hacerlo se encontrará en situaciones análogas a las de la Alicia de Carroll:

"-Esta es la declaración más importante que hemos escuchado -dijo el Rey, frotándose las manos-, así que ahora el jurado..."

-Si alguno de ellos es capaz de explicarlo -dijo Alicia (...), le daré seis peniques. Yo no creo que haya un átomo de sentido en estos versos.

Los jurados anotaron en sus pizarras "Ella no cree que haya un átomo de sentido en los versos", pero ninguno intentó explicarlos.

-Si no tienen sentido -dijo el Rey-, nos evitaremos un mundo de molestias, saben, porque no necesitamos tratar de encontrarlos."

Notas

1 Stone, L. "La Historia y las Ciencias Sociales en el siglo XX" en *El Pasado y el presente*, F.C.E., México, 1986.

2 Le Goff, J., *Entrevista*, diciembre 1988, realizada por S. Pérez Ringuet en su tesis de doctorado "Los fundadores de la Escuela de los *Annales*", Facultad de Humanidades y Ciencias de la Educación, U.N.L.P., 1989.

3 Hablando de las corrientes promovidas por R. Levene en la historiografía argentina, dice Tulio Halperin Donghi que su influencia sigue siendo aún dominante "si no en toda la historiografía nacional en la fracción cuantitativamente mayoritaria que se elabora en centros universitarios y académicos" y advierte luego al hablar de la evolución reciente de la historiografía argentina acerca del peligro de "concentrar la atención en las innovaciones que aporta cada etapa, olvidando lo que sobrevive a través de todas ellas". ("Un cuarto de siglo de historiografía argentina" en *Desarrollo Económico* N° 100, Vol. XXV, enero-marzo, 1986).

4 Pozo J. I. y Carretero, M., ¿Enseñar Historia o contar "historias"? en *Revista Acuario*, Bs. As., 1986. (Edición original en *Cuadernos de Pedagogía*).

5 Expresión utilizada por Michel Vovelle, *Ideologías y mentalidades*, Ed. Ariel, Barcelona, 1985, P. 13.

6 En relación al problema de establecer una cronología, ver: Le Goff, Jacques. "Viaje a través del mundo 3: la Historia", Conversación con J. Le Goff, reproducido en *La ciudad futura*, Bs. As., N° 5, junio de 1987.

7 "Al igual que lo acontecido con la Geografía, la enseñanza de la Historia remite necesariamente a sus componentes epistemológicos y a la significación educativa de los diferentes paradigmas. Desgraciadamente la historiografía académica adolece de un importante déficit de reflexión

sobre la propia disciplina y de una larga desatención al *valor educativo de la Historia como materia escolar.*"

Cuesta, R. y otros. "Para saber más" en *Cuadernos de Pedagogía* N° 178 febrero de 1990.

8 En este sentido, acordamos con Silvia Finocchietto en su valoración acerca del éxito parcial de algunos capítulos de este texto en escapar a la fuerte tradición de los manuales de Historia. (Ver "Una reflexión para historiadores. ¿Que llega de nuestra producción a la escuela media? en *Entre pasados* N° 1, Bs. As., 1991).

9 Una muestra de ello puede encontrarse en la *Historia 2* de Santillana (1989), donde los autores citados en la bibliografía son los siguientes:

-Historia europea: Bergeron, Furet, Kosselleck, Chaunu, Lynch, Cipolla, Deyon, Gouber, Heers, Mandrou, Mauro, Mori, Rudé, Romano, Tenenti y Soboul.

-Historia argentina: Academia Nacional de la Historia (todos los tomos correspondientes de la *Historia de la Nación Argentina*), Bagú, Corbellini, Halperin Donghi (Historia de Paidós), V. F. López, B. Mitre y Alberto Salas.

10 Estamos de acuerdo con Cecilia Braslavsky cuando dice: "La investigación sobre los libros de texto en la Argentina es sin duda necesaria, pero a nuestro modo de ver su puesta en práctica en el viejo estilo de análisis del discurso está en cierto modo agotada. Si bien aún se ha publicado poco, ya se ha investigado bastante. Se deben continuar haciendo precisiones pero sobre todo proponiendo alternativas." (Ver "Los libros de texto en su contexto: Argentina 1975-1989" en Michael Riekenberg (comp.). *Latinoamérica: Enseñanza de la Historia. Libros de textos y conciencia histórica*. Bs. As., Alianza Ed./FLACSO/Georg Eckert Instituts, 1991. p. 73.

11 Sobre la misma cuestión reflexiona Fontana: "Cuantos trabajamos en este terreno -y compartimos, a un tiempo la pre-

ocupación por la transformación de la sociedad en que vivimos- hemos creído siempre que nuestra disciplina tenía una extraordinaria importancia en la educación, tanto por su voluntad totalizadora (única en su intento de abarcar globalmente, y en sus interacciones, todos los elementos que se integran en la dinámica de una sociedad), como porque puede ser, empleada adecuadamente, una herramienta valiosísima para la formación de una conciencia crítica. Sólo que hemos comenzado a descubrir que aquello que esperábamos iba a ser acogido como una ayuda para entender el mundo, lo reciben los estudiantes más jóvenes como una parte más de la salmodia académica, menos interesante que la botánica o la geología, que por lo menos sirven para conocer las hierbas y las piedras. Ello ha puesto en evidencia que nuestros esquemas -donde los modos de producción habían venido a reemplazar las dinastías- no se ajustaban a las demandas reales de estos jóvenes, porque no servían como punto de partida de una alternativa válida para ellos." Fontana, Josep. *Historia. Análisis del pasado y proyecto social*. Barcelona, Crítica/Grijalbo, 1982. pp. 247-43.

Apéndice

Explicaciones por el carácter de los individuos

Astolfi y el resorte moral

"La batalla de Tucumán ofrece caracteres típicos entre los encuentros de esta guerra. Los realistas poseían mayor pericia táctica y mejor disciplina, propia de un ejército veterano comandado por oficiales de escuela; pero estas ventajas se malograban en parte por la jactanciosa idea de su superioridad respecto al adversario, que lo hacía descuidar elementales medidas de precaución. El ejército criollo estaba formado por soldados bisoños, llenos de entusiasmo, aunque deficiente-

mente organizados, que obedecían más por el prestigio personal que sobre ellos tenía el *oficial caudillo*, que por el respeto a las ordenanzas. Su jefe, general improvisado, elaboraba con dificultad el plan de batalla y cuando los acontecimientos lo tornaban inaplicable, dejaba librado a la inspiración de cada jefe el desarrollo de la acción.

El éxito dependía, en última instancia, del *resorte moral*, es decir, del entusiasmo, del coraje temerario, del deseo de vencer, de la iniciativa personal del soldado-ciudadano, frente al español, unidad pasiva, que si respondía bien al comando, no osaba obrar por su cuenta. Y como el resorte moral se debía al ejemplo constante, a la incesante prédica, al espíritu de sacrificio y a la energía inflexible de Belgrano, puede afirmarse que a él corresponde el mérito de la victoria".

Astolfi, Juan Carlos. *Curso de Historia Argentina*. Bs. As., Kapelusz, 1964. p. 164.

¿Qué pasó en Vilcapugio y Ayohuma con el resorte moral? Una explicación que no sirve para la página siguiente.

Ibañez y la vida disipada

"En 1722 Luis XV fue declarado mayor de edad, cuando sólo contaba trece años. En ese momento se inicia el período de su gobierno personal, si bien es cierto que, durante el largo reinado de este monarca, Francia estuvo en manos de sus protegidos y favoritas.

Luis XV era un joven apuesto que únicamente se preocupaba por cuidar su salud y procurarse placeres. A más de egoísta era perezoso e indolente; para distraer el tiempo se dedicaba a la caza, hacía trabajos en madera y preparaba café. Su despreocupación por los asuntos de gobierno era absoluta y, sólo de vez en cuando, presidía el Consejo de Ministros; allí abría la boca, decía poco y no pensaba en nada. (...) Desaparecido el anciano cardenal (Fleury), el rey abandonó el gobierno en manos de *favoritas* que, dotadas de gran poder, nombraban ministros y disponían libremente de los fondos públicos.

(...) Los despilfarros financieros que encañecían la vida y los escándalos de la corte elegante y corrompida, alejaban cada vez más al pueblo de su rey.

(...) Luis XV falleció en 1774, a los 64 años de edad, víctima de la viruela. Al término de su largo y nefasto reinado, Francia era campo propicio para que fructificaran las semillas de la revolución.

(...) Como hemos visto, la ineptitud de Luis XV y la influencia de sus favoritas envolvieron a Francia en tres guerras de desastrosos resultados.

(...) La frivolidad y el desenfreno imperantes durante el reinado de Luis XV terminaron con las normas severas impuestas al arte por su antecesor. Es la época de las pelucas empolvadas y de los lunares artificiales."

Cosmelli Ibañez, José. *Historia Moderna y Contemporánea*. Bs. As., Troquel, 1964. pp. 339-41.

Las guerras, el rococó y la Revolución Francesa con clara consecuencia de las desviaciones psicológicas de un rey inescrupuloso.

Explicaciones pueriles, ilógicas o de mala fé.

Drago o la ingenuidad.

"Ante la gravedad de la hora y apremiado por el clamor de sus partidarios *Rosas* aceptó finalmente el ofrecimiento, pero exigió que la concesión de la Suma de Poder fuera sometida al voto del pueblo. A fines de marzo se efectuó el PLEBISCITO en la ciudad de Buenos Aires que, como era de prever, arrojó un resultado casi unánime: sobre 9.136 votos, sólo 4 se pronunciaron en contra, evidenciando así la indiscutida popularidad de *Rosas* y el anhelo general de restablecer el orden y la tranquilidad pública. La votación sólo se realizó en la ciudad ya que como se dijo en la Sala la opinión de la campaña era hartamente conocida."

Drago, Alfredo L. *Historia 3 Bs.* As., Editorial Stella, 1981, p. 55.

¿Quién votaba? ¿Cómo se votaba? ¿Por qué era necesario votar en la ciudad y no en la campaña si en la primera sólo había cuatro personas en la oposición? Utilizaba como argumento legitimador del plebiscito lo mismo que se dijo en la Sala de Representantes.

Drago o el delirio

"La Ley de Aduanas de 1835, al gravar con mayores impuestos a los productos extranjeros inició el *Proteccionismo económico* que favoreció al interior sin por ello desproteger a los comerciantes porteños que podían comprar en el país los productos de que antes se surtían en el exterior.

Así se fortaleció la INDUSTRIA ARGENTINA: aparecieron entonces las primeras fábricas que utilizaban máquinas a vapor, se abrieron talleres de tejidos e hilados y se multiplicaron las artesanías. Buenos Aires con más de un centenar de fábricas y talleres, se convirtió en un próspero centro industrial, dirigido muchas veces por maestros extranjeros pero que usaban obreros y mano de obra criolla." Drago. Op. cit. P. 57

¿Cuáles son las pruebas de este notable y fantasioso capitalismo industrial en tiempos de *Rosas*? O, por el contrario, si esto fue así ¿cómo fue que desaparecieron las fábricas?

Tau Anzoátegui/Martiré y el desprecio por la lógica

"Se admitía la *libertad de expresión* siempre que no atacara los principios de la religión católica ni los derechos del rey. La impresión y circulación de libros estaba sometida a la licencia previa de las autoridades reales y eclesiásticas, quienes la negaban en caso de infracción a esos principios. La regulación de las ideas religiosas adquirió peculiar relieve en España e Indias por la conocida inclinación de la Corona a defender el catolicismo, duramente puesto a prueba en esa época por la reforma protestante. De esta manera la

herejía, considerada como un desvío erróneo del dogma católico, fue severamente perseguida y castigada siguiendo el pensamiento teológico predominante, se admitió la posibilidad de otras creencias, pues no cabía imponer obligatoriamente determinada religión, pero, en cumplimiento del ideal político, se presionó en España a los moros y judíos para que volunta-

riamente se convirtieran bajo amenaza de expulsión".

Tau Anzoátegui, Victor y Martiré, Eduardo. *Manual de Historia de las Instituciones argentinas*. Bs. As., Ed. Macchi, 1975. p. 243.

El principio de no contradicción hecho añicos por esta curiosa conversión voluntaria bajo amenaza.

Entrevista



Historia y cultura: una conversación con Carlo Guinzburg

El historiador italiano Carlo Guinzburg es especialista en el análisis de los procesos de la Inquisición en los siglos XVI y XVII. Profesor de la Universidad de Bolonia y de la Universidad de California en Los Angeles es autor, entre otros, de El queso y los gusanos, Mitos, emblemas y señales, I benandanti y Storia Notturna.

Esta entrevista concedida a Alzira Alves de Abreu, Angela de Castro Gomes y Lucia Lippi Oliveira, discurre sobre su formación, las influencias que recibió su obra y su contribución al debate sobre la relevancia de los temas históricos.*

—E.H. ¿Nos podría hablar sobre sus orígenes familiares y culturales?

—C.G. Nací en Turín en 1939, en una familia de judíos asimilados e intelectuales, tanto por el lado materno como paterno. Mi padre, León Ginzburg, nació en Odesa y llegó a Italia siendo niño. Vivió en Turín y fue compañero de colegio y amigo de Bobbio, que luego escribió una introducción póstuma a sus escritos, un texto muy bonito y conmovedor. Mi padre era profesor de literatura rusa pero, en 1932, cuando los fascistas exigieron que los profesores jurasen fidelidad al régimen presentó su renuncia. En 1934

participó en una conspiración antifascista y se convirtió en el líder de un grupo en Turín que mantenía lazos con Francia. Fue detenido y pasó dos años en prisión. Cuando salió fue uno de los fundadores de la editora Einaudi junto con Cesare Pavese. Después de comenzada la guerra, en 1940, fue confinado a una pequeña aldea de los Abruzzos. La familia lo acompañó y así pasé mi primera infancia, hasta 1943, en ese pequeño lugar. Durante ese año el rey destituyó a Mussolini y mi padre volvió a Roma que estaba ocupada por los alemanes. Siempre ligado a la conspiración antifascista fue detenido nuevamente y murió en

* La entrevista fue publicada por la revista ESTUDOS HISTÓRICOS, Río de Janeiro, Vol. 3, Nº 6, 1990. Agradecemos a su Comité Editor la autorización para traducirla y publicarla.

una prisión alemana en Roma en 1944. Mi madre, Natalia Ginzburg, Levi de soltera, era hija de un médico histólogo muy conocido e importante, profesor de la Universidad de Turín. Tres de los alumnos de mi abuelo: Luria, Dulbecco y Rita Levi-Montaldini recibieron el premio Nobel, un dato más que significativo. Además, en 1948 mi abuelo pasó un año en San Pablo, supongo que por invitación de algunos de sus ex alumnos.

Después de la guerra mi madre volvió a escribir. Es una novelista muy conocida, y sus libros fueron traducidos en varios países, inclusive Brasil. También escribió teatro y tiene un libro llamado *Léxico familiar*, especie de autobiografía, que es una historia de su familia en la que habla poco de sí misma pero aparecen mis abuelos y otros familiares.

Nací, por lo tanto, en una familia de intelectuales y esto representó, sin duda, un privilegio cultural. Al mismo tiempo, está el hecho de que éramos judíos y, un poco debido a la guerra, conservé un recuerdo muy nítido de la persecución sufrida. Tengo así esa doble marca. No llega a ser una ambigüedad, en el fondo es algo muy ligado a la cuestión judía, común a los intelectuales judíos.

—¿Dónde realizó sus estudios?

— Comencé mis estudios en Turín, después en Roma e hice la universidad en Pisa, en la Escuela Normal Superior que era una especie de copia de la Ecole Normale Supérieure francesa. Era el mismo tipo de institución, extraordinariamente selecta desde el punto de vista cultural y con un riguroso examen de admisión. La escuela ofrecía seminarios en las áreas de

matemáticas, física, letras y humanidades. No eran Ciencias Humanas porque no había sociología ni antropología. Pero había historia. Sucede que los alumnos de la Escuela Normal seguían también los cursos de la Universidad de Pisa. Además de los exámenes en la universidad, estaban los seminarios de la escuela que era un programa muy duro. Yo frecuentaba la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad de Pisa pero hice mi disertación en historia.

—¿Por qué historia?

— Cuando era niño soñaba con ser escritor, algo previsible puesto que mi madre escribía. Después pensé en ser pintor. Pinté en la adolescencia, llegué a estudiar un poco de pintura, pero en un determinado momento percibí que no era pintor. Y lo curioso es que tanto la literatura como la pintura tienen que ver con lo que hago actualmente. Existe una dimensión literaria en el trabajo del historiador y tengo mucha conciencia de ese elemento. Existe también el amor por la pintura que es muy importante para mí. Al iniciar mis estudios en la Escuela Normal, en Pisa, pensaba trabajar en historia de la literatura, convertirme en un literato. Había un seminario de un profesor que enseñaba en Florencia llamado Delio Cantimori, uno de los historiadores más importantes de Italia. El fue a pasar una semana en Pisa para leer y comentar la obra de Burckardt, *Consideraciones sobre la historia del mundo*. Recuerdo muy bien el momento en que lo vi por primera vez: era un hombre gordo, no muy alto, de barba blanca, con cara de cardenal, como en los retratos de cardenales de El Greco. Hablaba con voz pastosa y preguntó: “¿algunos de us-

tedes lee alemán?” Muy pocos leían. Continuó: “Bien, vamos a leer el libro de Burckardt, pero vamos a comparar las traducciones italianas, francesa, inglesa, etc.”. Comenzamos y después de una semana habíamos leído cerca de diez líneas. Aquello me marcó profundamente. Esa manera de leer el texto haciendo emerger una multiplicidad de problemas fue algo que me pareció realmente magnífico. Un año después decidí estudiar historia. El hecho de poder trabajar con Cantimori, que iba frecuentemente a Pisa, fue muy importante para mí.

Hay otro hecho ligado a esa época. Había en la Escuela Normal un medievalista llamado Arsenio Frugoni, no tan importante como Cantimori pero buen profesor, autor de un libro sutil e inteligente sobre un hereje quemado por la iglesia romana en el siglo XII. Cuando entré a la universidad, aún interesado en la literatura, Frugoni intentó convencerme de estudiar historia y me dio para leer un ensayo de Croce. Ahora bien, el primer libro de historia que yo había leído era justamente la Historia de Europa de Croce, un poco por influencia familiar. Mi padre había sido discípulo de Croce y, sea por razones políticas —ligadas al antifascismo—, sea por razones culturales —mi padre hablaba ruso y Croce le había pedido la traducción de algo cuando escribía su libro— el ejemplar de Historia de Europa de mi padre tenía una dedicatoria de Croce hacia él con agradecimientos. A partir de este hecho leí mucho a Croce. Además, soy parte de la última generación que en Italia leyó realmente a Croce. Después no se leyó más. Y esto fue importante para mí, en particular porque a mí no me gusta Croce. Hay cosas buenas en él, pero hago

una historia totalmente diferente de la que él propone.

Vuelvo a mis tiempos de estudiante. Frugoni me dio un ensayo de Croce para leer, un célebre ensayo sobre un marqués napolitano que abrazó el protestantismo en el siglo XVI. Comencé a leerlo y percibí que no me interesaba nada. Entonces le dije a Frugoni que no iba a estudiar historia pues era una disciplina que no despertaba mi interés. Después de escuchar a Cantimori volví a Frugoni. Yo tenía que escoger un tema de estudio y él me sugirió que trabajase con los Annales. Pregunté: ¿Qué es esto? Es interesante que en aquella época, 1958, hubiera alguien en Italia proponiendo a los Annales como tema a un estudiante que no sabía de que se trataba. De todas formas, había una colección completa de los Annales en una biblioteca de Pisa, prueba de que las ligazones eran más antiguas. Hoy existe en Italia una idea equivocada pues se supone que la influencia de los Annales habría comenzado en los años setenta, cuando en verdad comenzó mucho antes.

Comencé a leer los Annales desde los primeros números. Leí a Marc Bloch y quedé muy impresionado, sobre todo con *Les rois thaumaturges*, que en esa época no era considerado un libro importante, sólo después de la introducción de Le Goff para la reedición de Gallimard comenzó a considerárselo como una obra prima de Bloch. Leí mucho a Bloch, y mi primer trabajo remunerado fue la traducción de sus *Caracteres originaux de l'histoire rurales française...* Franco Venturi que trabajaba en la Editora Einaudi y había sido amigo de mi padre, me propuso traducir el libro. Yo aún era estu-

diante y dudé pues creí que sería muy difícil, pero resolví intentarlo. Aquí también influyó un aspecto sobre el cual ya hablé: el hecho de formar parte, por razones familiares, de la *intelligentsia* italiana. Ese privilegio representó una ventaja, pero también tenía su precio en relación a la percepción del mundo. Así como me podía ayudar podía convertirse en un obstáculo. Comprendí esto lentamente.

Además de ese encuentro con Marc Bloch, hubo otro hecho fundamental. Leí un libro de un historiador muy importante, Federico Chabod, sobre la historia religiosa del Estado de Milán en el siglo XVI y las primeras reacciones a la reforma protestante. Había allí páginas admirables, y sobre todo una, que me impresionó mucho la primera vez que la leí. Chabod había trabajado intensamente con los archivos milaneses y había encontrado una minuta de documentación oficial en cuyo verso había algunas frases sobre la predestinación que habían sido tachadas. Y Chabod hacía un análisis maravilloso de ese documento olvidado, tachado, casi destruido, en cuyo verso alguien, tal vez un pequeño funcionario anónimo, había escrito aquellas palabras. Chabod decía que ese funcionario podría, como encontramos muchas veces en los archivos, haber tenido deseos obscenos y haber escrito palabras sueltas, pero sus preocupaciones religiosas estaban tan presentes que lo llevaron, en un momento de tedio, a escribir aquellas palabras. El análisis de Chabod era realmente extraordinario, sobre todo su idea de recuperar un documento como aquel para la historia. Hoy, pensando retrospectivamente, encuentro que en aquel momento, aunque en una forma oscura, comprendí lo que

se podía hacer con la historia.

— *Y así se decidió a ser historiador.*

— Si. Al año siguiente yo debía elegir otro tema de estudio, y recuerdo que estaba paseando cuando pensé: "Voy a estudiar las hechicerías". Yo no sabía nada sobre el asunto, pero de una forma totalmente espontánea supe que lo que me interesaba eran las hechicerías y los hechiceros y no la persecución que sufrieron. No sabía que estaba haciendo un trabajo que no era común, aún hoy se trabaja mucho más con la persecución a la hechicería. Como no conocía nada fui a la biblioteca y comencé a leer *stregoneria* en la Enciclopedia Italiana. Además, y esto lo conservo aún hoy, me gusta mucho comenzar trabajos completamente nuevos, sobre cosas de las cuales no conozco nada. Siempre intento explicar a mis alumnos que en la investigación es realmente excitante el momento de ignorancia absoluta. Pienso que no se debe tener miedo a la ignorancia y si poder multiplicar esos momentos de ignorancia absoluta al descubrimiento de algo nuevo. Considero que el verdadero peligro reside en volvernos demasiado sabios y competentes.

— *¿Tuvo algún tipo de formación religiosa?*

— No. Mi padre no era religioso, y mi madre aunque lo sea en el fondo, no es practicante. Mi abuelo materno era un positivista feroz. No tuve ninguna educación religiosa, frecuenté una escuela pública y laica. Es verdad que después de Mussolini, y hasta hoy, las escuelas italianas enseñan religión católica. Asistí a esas clases como todo el mundo. Pero hoy puedo decir que no tengo relación con ninguna religión revelada.

— *Pero la religión parece tener gran importancia en su trabajo.*

— Sí. Trabajé mucho con fenómenos religiosos y pienso que la religión es una dimensión extremadamente importante de la historia. Muy importante también para lo que hago.

— *¿Por qué eligió las hechicerías como tema de estudio?*

— Ciertamente pesó en esa elección la idea de que los fenómenos religiosos son importantes. Pero también había otra cuestión, que en esa época se me escapó de manera sorprendente: la idea de trabajar con marginales, con herejes, podía estar ligada al hecho de ser judío. Reprimí completamente esa asociación y fue un amigo el que me alertó, en una conversación, de ello como algo evidente. Había, además, otro elemento muy profundo en mi interés por las hechicerías: una fascinación por los cuentos de hadas que me leía mi madre cuando yo era pequeño. Esto es una cosa que retornó y tuvo un papel muy importante, por ejemplo en el libro que acabo de publicar en Italia, *Storia notturna*. Es un libro sobre el aquelarre que será traducido en Brasil por la Compañía de las Letras. Entonces, esa vinculación entre las hechicerías y los cuentos de hadas también tuvo un papel fundamental.

— *Usted nos habló de Croce. ¿Vico también tuvo influencia en sus años de formación?*

Vico es realmente un gran clásico. Fue redescubierto a comienzos del siglo XIX pero sobre todo por Croce. Fue a través de Croce que Vico se volvió tan importante. La idea de Vico, tan nueva y tan perturbadora, de tomar en serio *I bestioni*, los hombres

primitivos, el inicio del género humano y de reconocer en ellos una cultura, ese lado medio "antropológico" de Vico fue algo que ciertamente llegó hasta mí en los años de formación. Pero esta cuestión de influencias es complicada porque al comienzo tenemos cierta porosidad intelectual que luego va desapareciendo. Y encuentro que ese período de porosidad es crucial porque es entonces que se forma un armazón cultural, así como antes ya se había armado un armazón psicológico. Algunos de los libros más importantes que leí, los leí antes de los 22 años. Hasta esa época yo no había leído a Vico pero había leído el diario de Pavese. Y Pavese reflexionó mucho sobre Vico y de una manera que no era la misma de Croce. El tiene reflexiones muy interesantes sobre el papel de la metáfora que me dejaron fascinado. De modo que fue a través de Pavese que sufrí la influencia de Vico.

Pavese fue un hombre con un enorme suceso en Italia y hasta hoy es muy leído. Aunque hoy él desapareció de la discusión intelectual. Sucede que fue un gran amigo tanto de mi padre como de mi madre, que escribió dos ensayos a su requerimiento. Recuerdo haberlo conocido, recuerdo cuando llegó la noticia de su suicidio... Pavese escribió un libro muy importante para mí: *Dialoghi con Leucó*. Tal vez sea su mejor libro. Son diálogos con personajes mitológicos, donde la mitología aparece como una cosa viva. Su manera de enfocar y abordar la mitología es poco erudita aunque leyera griego y fuera un hombre muy culto. Leí ese libro en aquel estado de porosidad intelectual y fue una experiencia marcante. También a través de Pavese leí otras cosas importantes. El dirigía una colección para la editora

Einaudi de estudios antropológicos, religiosos, psicológicos. Algo que fue muy discutido en la época pues el Partido Comunista veía esa serie con desconfianza. Así, leí a Ernesto di Martino, sobre todo su libro *Il mondo mágico*, un trabajo que considero extraordinario y que me impresionó muchísimo. Mi decisión de trabajar con las hechicerías también fue influenciada por ese libro.

Reconozco, en el fondo, que los libros de historia tal vez no habían sido las cosas más importantes que había leído. Por ejemplo *Guerra y paz* me marcó mucho más profundamente que cualquier libro de historia, inclusive que los de Marc Bloch. También Doštoievski. O sea, las novelas fueron los libros que más me tocaron.

Debo mencionar también otro gran descubrimiento que hice en mi vida: el Warburg Institute en Londres. Aby Warburg pertenecía a una gran familia de banqueros de Hamburgo, y hay una historia según la cual él, que era el hijo mayor, habría dicho a su hermano menor: "Tú puedes quedarte con los derechos del primogénito en tanto yo disponga de todo el dinero necesario para comprar los libros que quiera". Algo al estilo de Esau y Jacob. Era un hombre rico interesado en historia del arte, antropología, filosofía, psicología, etc. y comenzó a comprar libros y construyó una enorme biblioteca que estaba abierta a los investigadores. Se comenta que cuando Cassirer vio la biblioteca dijo: "tengo que escoger entre ignorarla o enterrarme en ella". Y su obra *La Filosofía de las Formas Simbólicas*, especialmente el segundo volumen, sobre el símbolo fue hecha en la biblioteca de Warburg.

Aby Warburg murió en 1929, el día del crack de la bolsa de Nueva York. Después de su muerte, Saxl, que también era un gran historiador del arte, decidió transferir la biblioteca a Londres. Eso fue antes de Hitler, tal vez en 1931. Y hasta hoy existe el Warburg Institute en Londres, un centro absolutamente extraordinario cuyo núcleo fue la biblioteca trasladada desde Hamburgo. Personas como Panofsky estuvieron ligados al Warburg Institute y Eric Gombrich fue su director durante años.

En una ocasión, cuando yo aún estudiaba en Pisa, fui a Londres a visitar a mi madre que se había casado nuevamente, con un profesor de literatura inglesa en Roma. Cuando fui a verlos, Cantimori también estaba allí y me llevó a conocer el Warburg Institute. Quedé fascinado por el Instituto, por la historia del arte, por la posibilidad de trabajar con la historia del arte desde una perspectiva más amplia. En 1964, cuando estaba preparando el libro *I Benandanti*, gané una beca de un mes y me fui a Londres. Trabajé como un loco, descubrí la obra de Gombrich, sobre todo *Arte e Ilusión*, compré los libros de Saxl y volví a Italia con una maleta llena de libros. Comencé a leer a Gombrich y fue una experiencia extraordinaria, algo que me marcó mucho. Escribí entonces un artículo sobre la tradición de la Biblioteca Warburg, que después fue publicado en *Mitos, Emblemas y Señales*. Envié el artículo a Gombrich que me invitó a pasar un año en Londres. Esto fue muy importante para mí.

Tanto en Italia como en Brasil se percibe mi trabajo a través de la tradición de los Annales. Sin duda los Annales

fueron importantes para mí. En los últimos 15 años he sido regularmente invitado a ir a París para discutir con el grupo de los Annales. Pero mi armazón intelectual es más heterogéneo y hubo otras cosas que me marcaron.

— ¿Recibió influencias del marxismo?

— Realmente, como todos saben, la vida intelectual en Italia fue impregnada por el marxismo. Mi descubrimiento de Gramsci fue sin duda importante. Recuerdo el momento en que comencé a leer sus *Cartas de la Prisión*: era el año 1957 y yo estaba terminando el colegio, fue marcante para mí. Después conocí a Cantimori que había sido miembro del Partido Comunista y había traducido el primer volumen de *El Capital* como deber militante. Cantimori ha sido, tal vez, el historiador comunista más importante después de la guerra. Leí a Hegel y Marx en el curso de un intelectual comunista llamado Cesare Luporini, una figura interesante. Evidentemente esto también me marcó. Pero creo que los historiadores marxistas de aquella época se interesaban por Gramsci desde una perspectiva un poco escolástica. Estaban interesados no tanto en la historia del Partido Comunista cuanto en la historia del movimiento obrero de Italia antes de la creación del partido. Querían construir una historia política del movimiento obrero y este tema no me interesaba.

Recuerdo que cuando fui a Londres, aún estudiante, Cantimori me mandó a ver a un amigo suyo que hablaba muy bien el italiano. Era Eric Hobsbawm. Como yo era muy tímido no me animé a visitarlo. Sólo lo conocí más tarde, y quedé muy agradecido con él porque fue el primero que escribió so-

bre mi libro *I Benandanti*.

Antes de eso yo había leído en la revista teórica del Partido Comunista Italiano, *Società*, un artículo de Hobsbawm titulado "Por una historia de las clases subalternas". Era un artículo que partía de Gramsci pero sugería un panorama internacional y esbozaba una perspectiva más amplia. En aquel momento yo ya estaba trabajando con las hechicerías y pensé: "Estoy en el buen camino". Fue una sensación agradable pues por mucho tiempo yo había pensado que estaba aislado. No es malo estar sólo pero también es bueno comprender que existen otras personas trabajando en la misma dirección. Tenía esa sensación de aislamiento porque ninguno de los historiadores que yo conocía, sobre todo después de la muerte de Cantimori, se interesaba por el Instituto Warburg, por las hechicerías y cosas de ese tipo. Recuerdo que en 1968-1969 yo era asistente en la facultad de Roma y todos los estudiantes que se interesaban por la historia sólo querían saber qué es lo que había ocurrido en Turín entre mayo y septiembre de 1920, o sea Gramsci, o sea los consejos obreros, etc. No existía nada fuera de eso.

— Usted es un historiador italiano internacionalmente conocido. ¿Cómo se produjo su inserción en los medios intelectuales internacionales?

— Creo que esta es una pregunta importante porque tiene implicaciones que van mucho más allá de mi caso personal. Publiqué *I Benandanti* en 1966 y tuve una reseña anónima en el Time Literary Supplement (era el texto de Hobsbawm sin firma). Algunos años más tarde salió otra reseña elogiosa en Bibliothéque de l'Humanis-

me et Renaissance. Era un texto de Bill Monter, un historiador americano que trabajó con hechicerías, historia española, inquisición, etc. Había otro historiador americano llamado Jerry Siegel, que conocí en Florencia. El escribió un libro sobre Marx y después comenzó a trabajar con los humanistas italianos. Cuando volví a los Estados Unidos le envié un texto que yo había escrito sobre la historia religiosa de Italia, llamado "Folclore, magia y religión". Era parte de una historia de Italia en varios volúmenes publicada por Einaudi. Jerry Siegel respondió y me informó que el Davis Center for Historical Studies de Princeton dirigido por Lawrence Stone iba a lanzar un programa sobre religiones populares y me sugirió dar un curso. Lo hice, fui aceptado y en 1973 fui a Princeton.

Cuando llegué a Estados Unidos descubrí que había investigadores que conocían *I Benandanti*. Aunque el libro no había pasado desapercibido en Italia, quedé sorprendido. Sobre el final de los años setenta, cuando *El queso y los gusanos* comenzó a ser traducido, el camino quedó finalmente abierto. Estoy convencido que *I Benandanti* fue realmente innovador, algo que hasta entonces no había sido hecho. En cuanto a *El queso y los gusanos* es un libro menos nuevo —no estoy hablando del valor de los libros sino de su aspecto novedoso—. Tal vez por ser menos nuevo, *El queso y los gusanos* pudo ser percibido mejor y fue un gran suceso. El momento fue favorable y había una coyuntura internacional favorable, Braudel dijo que era un libro muy bueno y que debía ser traducido.

Aquí hay una cuestión interesante de

la traducción de ciertos libros, incluso los míos. Pienso también, por ejemplo, en *El retorno de Martín Guerre* de Natalie Zenon Davis o en *La gran masacre de gatos* de Robert Darnton, libros muy diferentes pero que tienen algo en común. Encuentro que existe una gran diferencia entre los temas históricos que se justifican por sí mismos y aquellos que deben ser justificados por un abordaje específico. Por ejemplo, cuando se escribe un libro sobre la revolución francesa, puede ser bueno o malo pero no es preciso justificar la idea de escribirlo. Pero cuando se escribe un libro sobre, por ejemplo, un molinero del siglo XVI es preciso justificarlo. Es preciso justificar el tema mismo. Creo que esto ha modificado y alterado la profesión del historiador.

La necesidad de justificar un tema que no se justifica por sí mismo ya existía, por ejemplo, en la antropología. El antropólogo analiza una comunidad cualquiera no por sí misma sino porque a través de ella genera problemas. Las investigaciones antropológicas tienen una ligazón con la historia del género humano que no es diacrónica. Ahora, en el campo de la historia ocurre exactamente lo contrario: a partir del siglo XVIII o XIX, surgieron temas que se justificaban por sí mismos, sobre todo porque estaban ligados a historias nacionales. Este era el *framework* o cuadro general. Era en relación a ese cuadro que los temas eran más o menos justificados. Evidentemente había temas que no sólo eran interesantes o importantes para una determinada comunidad nacional, como la revolución francesa o el descubrimiento de América. Pero siempre estaba la mediación de la historia nacional. Pienso que nada de

lo que yo hice pasa por esa mediación. A consecuencia de ello es que la historia que hago, que podría ser abordada de una manera enteramente local, puede ser traducida al japonés. Y estoy convencido que esto se amplía también a Natalie David o a Darnton.

Pienso que la traducibilidad de mis libros está ligada también a otro elemento. Entre los historiadores italianos siempre prevaleció, y prevalece hasta hoy con raras excepciones, la tendencia a escribir para profesionales. Hay mucho de explícito en lo que se escribe y eso dificulta la traducción. Cantimori, por ejemplo, escribía de una manera muy complicada, llena de paréntesis y de sobreentendidos. Yo estaba fascinado por él como historiador, pero desde muy temprano decidí que me gustaría trabajar de manera diferente, de escribir tanto para profesionales como para un público más amplio. Y es lo que hice en *I Benandanti* y en *El queso y los gusanos*. Lo mismo en mi trabajo sobre Piero della Francesca, es un libro que si bien tiene un aspecto técnico fue leído en Italia por un público amplio.

La idea de escribir para un público amplio me parece un fin en sí mismo. Si la investigación es importante ¿por qué debería ser leída sólo por un grupo restringido de profesionales? Podremos interesar a personas que no son profesionales si este intento no es sólo el resultado de la investigación sino también de un camino recorrido para llegar hasta ellas. A veces la investigación puede ser más fascinante que el resultado.

—¿*La difusión de sus libros se vio facilitada por una coyuntura intelectual que tiende a valorizar la historia de las mentalidades, la historia social?*

— El hecho de haber trabajado con temas que no se ligan a la historia nacional ciertamente facilitó la traducción de mis libros y también me benefició esa coyuntura a la que usted se refiere. No sé si contribuí algo para la cristalización de esa atmósfera —espero haberlo hecho—, pero no está ligado de manera específica a aquello que hago. Pero evidentemente ella contribuyó al suceso de mis libros. Existió esa coincidencia.

I Benandanti tal vez se haya adelantado un poco, pues fue escrito en un momento en que esa coyuntura aún no era tan evidente. Fue un libro que circuló poco al comienzo. Ahora está traducido y debo reconocer que siento un placer un poco infantil con la idea de la traducción. Me gusta mucho viajar y la idea de la pluralidad cultural y física es algo que me fascina. La idea de que personas que no conozco y tal vez no conozca nunca, en Brasil o Japón, puedan leer mis libros me atrae realmente. Y esto está ligado al hecho de que siempre intento controlar lo que escribo, o sea, siempre procuro crear efectos. Esto es muy importante para mí y lo hago concientemente. Hay en mis libros un lado medio romántico del siglo XIX, un lado medio *coup de theatre*. Intento crear esos efectos, controlar las lecturas, pero sé perfectamente que no puedo controlar la manera como alguien en Brasil, por ejemplo, va a leer lo que escribo. Y cuándo voy a Brasil encuentro que comprendo mejor la pluralidad cultural, percibo que lo diferente que reconstituyo en mis libros puede tener resonancia en Brasil. Toda comunicación es imperfecta pero aún así existe y es lo que realmente me fascina y está en la raíz del placer que siento al viajar.

— ¿Nos podría hablar un poco sobre su último libro, *Historia Nocturna*?

— Es el libro más largo que escribí y en el cual trabajé más de quince años con largos intervalos —por ejemplo cuando comencé a escribir el libro sobre Piero della Francesca—. *Historia nocturna* fue un libro muy difícil de escribir, aunque yo estaba muy apasionado por la investigación. Durante mucho tiempo creí que no sería capaz de terminarlo. Lo publiqué en abril de 1989, pero tengo la impresión de que fue escrito por alguien diferente a mí. Está claro que cuando pienso en el libro recuerdo cuando lo escribí, pero releendo algunos párrafos siempre tengo sentimientos de sorpresa. Es una obra que tiene implicaciones personales y pienso que eso desempeñó un papel importante en esas dificultades. Pero es también un libro que desea ir más allá de esas implicaciones personales, no es una novela o una autobiografía disfrazada. Es un libro de historia, hay un trabajo de investigación, hay notas, etc.

Historia nocturna aborda el problema del aquelarre desde una perspectiva al mismo tiempo histórica y morfológica. La primera parte es histórica y la segunda es morfológica y hay aún una tercera parte en la que hago una comparación entre las dos perspectivas e intento efectuar una convergencia. Hay una conclusión y una introducción teórica bastante larga. En la primera parte, comienzo con el aquelarre, o sea, la reunión de las hechicerías vista por los inquisidores, por los jueces. Analizo la idea de complot, que es algo muy importante. Hay un pequeño párrafo en la introducción en que hablo del papel del terrorismo, porque pienso que hay una relación entre la percepción que tuve de esa

idea de complot y el terrorismo en Italia a partir de 1969. Prouro colocar este problema del complot en una perspectiva histórica para intentar comprender como surgió la idea de una sociedad de hechicerías hostil a una sociedad más amplia. Esta es la primera parte, un trabajo histórico muy detallado ligado a una serie de documentos muy densos, ya sea en el tiempo o en el espacio.

En la segunda parte, intento comprender aquello que considero el núcleo folclórico del aquelarre, o sea, el vuelo mágico y la metamorfosis en animales. Me centré en el problema del núcleo folclórico y procuré recoger fenómenos con una preocupación puramente formal, ajena a cualquier consideración de orden histórico, cronológico o geográfico. Reconstruí series de fenómenos ligados entre sí desde el punto de vista estructural, en el nivel de la morfología profunda, dispersos por el continente euroasiático. En la tercera parte hay un capítulo que se llama justamente "Conjeturas euro-asiáticas" en donde intento proponer una serie histórica, presentar relaciones históricas documentadas que podrían explicar esa dispersión de datos. En ese momento, no obstante, encontré que eso no era suficiente y utilicé a Lévi-Strauss, que es el interlocutor más importante del libro. Lévi-Strauss tiene un artículo publicado en 1944-45 sobre los desdoblamientos de representación en China y en las culturas del noroeste de América donde se pregunta si habría habido una difusión. El contacto explicaría esa difusión, pero no explica el hecho de que esos fenómenos continuaran existiendo, de que hubiera permanencias. Descubrí que había un párrafo semejante, no obstante in-

dependiente, en Marc Bloch, y esa convergencia me impresionó. Pero lo que más me impresionó fue la discusión que planteó Lévi-Strauss al sostener que la explicación histórica no alcanzaba. Y lo que intenté hacer en ese tercer capítulo, que es el más largo y tal vez el más audaz del libro, fue combinar los dos abordajes.

— Para terminar, nos gustaría que nos hablara de la evolución de la historia en Italia. ¿Se estaría produciendo hoy una renovación?

— Es muy difícil de analizar. El fascismo representó un período de cierre intelectual que marcó toda una generación y creo que esto puede ser comprobado por las excepciones. Tomemos alguien, por ejemplo, como Arnoldo Momigliano. El nació en 1904 o 1908, se preparó para ser un historiador de primer orden pero como era judío fue expulsado de la universidad italiana, se radicó en Londres y vivió su vida de investigador fuera de Italia. Su caso es revelador, pues el exilio lo afectó de una manera positiva desde el punto de vista intelectual. Aprendí mucho con él como investigador. Fue un hombre que en los últimos años me influenció mucho y, sobre todo, me dio el ejemplo de un lenguaje simple, que podía ser traducido. Pienso que existe realmente un problema con la prosa científica italiana. Está claro que hay grandes ejemplos en el pasado, pero creo que en este siglo, fuera de Gramsci, el gran filólogo Giorgio Pasquali y Momigliano los ejemplos son raros.

Después del exilio Momigliano no cambió mucho su forma de escribir pero comenzó a tener una visión más amplia de las cosas. Había sido un gran

historiador ya en Italia pero necesitó escapar del clima sofocante que imperaba en la atmósfera intelectual bajo el fascismo. Cantimori, en un determinado momento, también comenzó a viajar por Europa. Venturi, porque su padre fue expulsado de Italia por ser antifascista, hizo sus estudios en Francia. En la generación siguiente hubo historiadores evidentemente talentosos como Arsenio Frugoni. Sin embargo, creo que él tenía una cierta timidez intelectual, ligada a la escasez de contactos y al clima cultural sofocante. También en aquellos que reaccionaron contra este clima, como los jóvenes historiadores del Partido Comunista, se percibe algo de sofocante y de encerrado, pues no me gustaría utilizar el término provinciano porque creo que es una palabra que no explica nada. Hubo historiadores más o menos buenos pero siempre con esa marca.

En mi generación ya hubo más posibilidades de viajar. Recuerdo que leí con mucha pena las cartas de un historiador italiano que hacía fines de los años treinta consiguió permiso para ir a París por uno o dos meses. El era antifascista y no le daban el pasaporte, de modo que nunca había podido viajar. Las cartas escritas a su mujer eran dolorosas. Cuando la leí yo ya había estado en París sin ningún problema. Creo que esto fue muy importante pues las ideas comenzaron a circular. Está claro que ese contacto material no es todo, no es una condición necesaria. Vico, por ejemplo, no sabía francés, sólo sabía latín, vivió en una provincia lejana y fue un gran genio...

Traducción de Juan Suriano

En Debate



Buenos Aires I: el video como ensayo de historia

por Adrián GORELIK*, Beatriz SARLO** y Graciela SILVESTRI***

En noviembre de 1990, el Club de Cultura Socialista, Iniciativa Socialista y el Institut d'Etudes et de Recherches del Partido Socialista Francés, realizaron unas jornadas con el tema "Alternativas socialistas para Buenos Aires". Algunos de los que integrábamos la comisión organizadora pensamos en presentar un video sobre esta ciudad, y se lo propusimos a un director de cine, Rafael Filippelli.

Coincidíamos, desde ese vago comienzo de *Buenos Aires I*,¹ en que el video no debía recurrir a la imágenes soft que, según ciertas opiniones y prejuicios, darían su especificidad a la forma video. Tampoco debía ser una ilustración visual de nuestras ideas. Rechazábamos la noción misma de "ilustración" porque presupone que ciertas imágenes logran ajustarse a ciertas ideas y viceversa; si esto fuera así, algo estaría sobrando: o la imágenes o las ideas. Nos preguntábamos, más bien, si era posible contraponer imágenes a ideas y establecer

una sintaxis entre dimensión visual y dimensión textual que cruzara esos dos registros gobernados por lógicas diferentes. Ilustrar imágenes con ideas (lo que deseábamos evitar) implica que una de esas lógicas se subordine a la otra: la servidumbre, por ejemplo, impuesta por la decoración visual a las hipótesis de historia urbana.

El primer problema que apareció en el trabajo colectivo fue cómo mostrar Buenos Aires, una ciudad ya gastada por el cine y banalizada por la televisión, cuyas imágenes están cubiertas por una capa espesa de nostalgia y mitos de identificación romántica o miserabilista. La pregunta era, y Rafael Filippelli nos puso a trabajar para resolverla, cómo mostrar Buenos Aires de un modo que fuera persuasivo estéticamente y produjera un conocimiento distinto de las agotadas imágenes de stock. ¿Era posible una ilustración, para decirlo con la palabra que usa Walter Benjamin, del ahora de la ciudad y de su historia?

* Investiga historia de la ciudad de Buenos Aires en el Instituto de Arte Americano de la Facultad de Arquitectura, Diseño y Urbanismo, UBA, con una Beca Doctoral del CONICET.

** Docente en la Cátedra de Literatura Argentina II, Facultad de Filosofía y Letras, UBA. Investigadora del CONICET en el PEHESA/CISEA. Directora de Punto de Vista, Revista de Cultura.

*** Investiga historia de la Ciudad de Buenos Aires en el Instituto de Arte Americano de la Facultad de Arquitectura, Diseño y Urbanismo, UBA, con una Beca de Perfeccionamiento en el CONICET.

De este modo, fuimos llegando a imágenes, ideas y sonidos yuxtapuestos según la manera del *collage*, para evitar un discurso de síntesis que buscara disimular sus discontinuidades y la heterogeneidad de sus materiales. En la contraposición de las lógicas diferentes debía producirse algo nuevo. En *Buenos Aires I*, una canción de Mahler permite ver el Riachuelo; un viaje en el subte vacío enseña algo del conflictivo proceso de modernización de la ciudad; mostramos, además, una ciudad desierta, excepto por la presencia del inmigrante en el barrio coreano: esos extranjeros de hoy podrían dar una idea del impacto de los extranjeros que llegaron desde fines del siglo XIX; mostramos viejas postales de Buenos Aires, no porque creyéramos en ningún pintoresquismo sino porque eran precisamente una objetivación no pintoresca, una muestra del uso social de la imagen de Buenos Aires.

No quisimos hacer un video de divulgación de nuestras ideas ni teníamos como objetivo cerrar una brecha entre un conocimiento producido en sede académica e (improbables) espectadores no intelectuales. Era otra la brecha que descubrimos: la que existe entre los discursos de nuestra disciplinas (historia urbana, historia cultural) y la dimensión estética.

La forma fue, entonces, no la del video *documental*, sino la del video ensayo, en el que los fragmentos de ciudad — como maquetas de proyectos trunco, como postales antagónicas de una modernidad que no desarrolló del todo ninguno de sus proyectos— se confrontaron en la duración extendida de un viaje en subte. Los textos que escribimos tienen del género ensayístico la mezcla de tonos: hay hi-

pótesis históricas e imágenes que le deben mucho a la literatura, hay rasgos de diferentes discursos, hay deudas.

No nos planteamos ser didácticos (quizás no sabríamos como serlo), simplemente nos planteamos la escritura de esos textos según el modo en que abordamos nuestra escritura en el marco de las disciplinas en la que trabajamos. Esos textos tienen todos los límites y la debilidades de lo que escribimos habitualmente. No son textos sencillos porque lo que queremos saber tampoco nos parece sencillo. En el límite: la ciudad es difícil para nosotros, su historia y su cultura se nos resiste y no pensamos que esas dificultades deban ocultarse al público del video. El video no tenía el deber de ser ni más sencillo, ni más legible, ni más amable con su espectador que un artículo sobre historia urbana. Tenía, en cambio, la obligación de trabajar un nivel de exigencia estética que, desde el comienzo, no se creyera inferior al discurso historiográfico.

La forma ensayo, por fin, proponía una experiencia en el cruce de discursos, cuyo punto de partida común fue, más o menos, el siguiente: es preciso renunciar a la nostalgia y a una descripción realista de la ciudad, si es que queremos problematizar su historia. No puede haber una relación reconciliada con Buenos Aires, ni la ciudad puede ser vista desde el realismo ingenuo, del mismo modo que un historiador profesional rechazaría las relaciones concesivas y románticas con cualquier otra configuración del pasado. Para nosotros, ni la cultura ni la ciudad son excepciones.

Buenos Aires I fue el primer video de una serie abierta.² En ella intentare-

mos trabajar una pregunta que importa tanto al lenguaje del video como a la práctica de la historia: cómo exponer, sabiendo que la forma de la exposición debe construirse, que no hay forma expositiva previa y luego transmisible a través de un texto, que la es-

critura de la historia es un acontecimiento a la par de los acontecimientos de los que se quiere dar cuenta. Nuestro trabajo, seguramente muy imperfecto, intenta instalarse en ese espacio de una experimentación disciplinaria.

Notas

1. *Buenos Aires I* fue financiado por un grupo de numerosos amigos, en su mayoría miembros del Club de Cultura Socialista (ver ficha técnica).
2. En octubre de 1991 ha concluido el registro en video de Buenos Aires II; diferentes proyectos están siendo discutidos para Buenos Aires III y IV.

Ficha Técnica Buenos Aires I

Video realizado especialmente para el Coloquio Alternativas Socialistas para Buenos Aires, noviembre 1990.

Productores: Altamirano, Aricó, Azubel, Cheresky, Delfino, Díaz, Di Tella, Dotti, Filippelli, Gil Navarro, Gorelik, Gramuglio, Gutiérrez, Kaufman, Kozac, Lozada, Meyer, Pacífico, Portantiero, Rapoport, Renzi, Rivarola, Saitta, Samoilovich, Santoandré, Sarlo, Scalise, Silvestri, Stupía, Terán, Tula, Vezzetti, Zanetti.

Dirección: Rafael Filippelli.

Guión: Adrián Gorelik, Beatriz Sarlo, Graciela Silvestri.

Fotografía y cámara: Fabián Gil Navarro y Walter Pacífico.

Voces: J. C. Portantiero, O. Terán, D. Samoilovich.

Postales: Eduardo Baró.

La fundación Friedrich Ebert hizo posible la primera proyección pública de este video, en el Coloquio organizado por Iniciativa Socialista, Club de Cultura Socialista, Institut Socialiste d'Etudes et de Recherches (PSF).

1. Buenos Aires ha estallado. En cada pedazo de ciudad hay una huella de proyectos trunco que recién ahora, iluminados por la crisis, muestran su contradicción.

Mucho tiempo se creyó que hubo un proyecto para Buenos Aires. Hoy la ciudad parece, en cambio, un tapiz de retazos, donde nada resultó como se quiso, y nada se quiso por unanimidad. Buenos Aires no fue cementada por los siglos que construyeron a la ciudad europea como collage de espacios diferentes pero armoniosos, resultado también de los conflictos, pero de conflictos tan antiguos que la historia los convirtió en naturaleza.

Buenos Aires es una explosión brusca, en

la que muchas cosas se quisieron hacer al mismo tiempo y de modo enfrentado, en la que muchas no se hicieron y, sin embargo, perduran como marcas.

La grilla anodina de la trama española garantizó una continuidad. Sobre ella, se imaginó una ocupación plena y disciplinada de cada rincón del territorio. Pero la cuadrícula de manzanas regulares disputó además con otros ideales y debió enfrentar la resistencia de la geografía y la cultura, también anodinas pero tenaces.

En el estallido lo único que ahora cose los pedazos es la rutina cotidiana. Con la fuerza del lugar común resuelve que lo que es ha sido y debió ser. Pero hoy, en el tablero de la ciudad en crisis, cada pieza comienza a agitarse con vida propia indicando no una, ni dos ni tres, sino múltiples Buenos Aires. Múltiples vidas para una ciudad evanescente y dura, donde la historia es tiempo presente porque el estallido aún no termina.

2. ¿Qué podría haber sido el Riachuelo? ¿Por qué la capitalización de la ciudad en 1880 eligió al Riachuelo como límite con la provincia, clausurando toda posibilidad de un Támesis para Buenos Aires?

El Riachuelo es un proyecto que se frustró en pleno triunfo. Recorriendo su curso contra el sentido de la aguas aparece la historia del asentamiento industrial en Buenos Aires: viviendas amontonadas en la desembocadura, en los intersticios de las barracas y, más adelante, de los frigoríficos, que ayer fueron saladeros y hoy shoppings; grandes conjuntos fabriles enseguida, con sus muelles y puentes que conectaban ambas orillas en unidades productivas modernas: el río convertido en una avenida sin ciudad, cuyas moles son, en cambio, ciudadelas alternativas; playas de maniobras, estaciones ferroviarias, de nuevo puentes y muelles adonde los cargueros llevaban el carbón de la usina; y, luego, pasando Pompeya hacia el oeste, la rectificación soñada por quienes veían al río como eje industrial, como

puerto fabril que, desde el sur, apoyara la idea de un norte residencial y comercial.

Pero donde el río parece un gran dock industrial; ya no hay industria sino verde; a la derecha, los enormes conjuntos habitacionales que la modernización clavó en territorio desconocido; a la izquierda, la miseria; jirones de ciudad y jirones de campo, hombres y animales mezclados en el humo infecto de la Quema, naturaleza y basura, olores del Riachuelo.

El recorrido aguas arriba muestra la historia de una paradoja: la industria se fue a otra parte de la ciudad justamente cuando el río, en los años treinta, se preparaba para consolidarla a su vera. Las fábricas que se quedaron, instaladas antes de los cuarenta hasta Pompeya, hoy son ciudadelas desiertas, maquetas de lo que una ciudad pudo ser. Los esqueletos de los barcos hundidos en la desembocadura y los inmensos e inútiles artefactos fabriles diseminados en la orillas forman un pliegue geográfico de ciudad e historia cerrado por el fracaso.

3. En el norte de la ciudad, Sarmiento fundó Palermo sobre las mismas tierras donde Rosas había construido su caserón. Desde entonces, quizás desde mucho antes, el norte fue un polo de crecimiento para Buenos Aires. En el sur, sobre el Riachuelo, la utopía industrial; en el norte, las residencias, el comercio. Sur y norte, zonas diferentes y complementarias por sus intereses, sus funciones, sus habitantes.

Peleando con estos proyectos, se sostuvo el ideal de una ciudad homogénea, que debía expandirse concéntricamente desde Plaza de Mayo. Los espacios públicos y los servicios distribuidos de manera equitativa compensarían, con parques, plazas, bulevares y "barrios obreros", las desigualdades del crecimiento. A la masa de inmigrantes y criollos, para que fueran gente humilde pero decente, se les ofrecía la pureza de la luz y del verde: una institución cívica de transparencia y disciplina. Se imaginó el Parque de los Patricios

como el Palermo de los pobres, con viveros, zoológico, paseos en escala. Y el Parque Chacabuco, y el Rancagua, y el Almirante Brown mucho más tarde.

En bandos que no siempre formaron del mismo modo, lucharon sin cuartel las ideas, las reglas de la economía, la voracidad de la especulación inmobiliaria. Hubo pequeñas victorias y, por eso, hubo una ciudad para la clase media porteña. Ciudad que hoy es ficticia, pero que da una pista para pensar que Buenos Aires podría ser diferente.

4. De todos los proyectos para Buenos Aires, el modernizador fue el más fuerte. Sobrevive en restos estructurales; ha sido discutido largamente; sus ideales llegaron a identificarse con la ciudad misma.

Sus intervenciones fueron efectistas y de gran impacto. El puerto, los ferrocarriles, el subterráneo trazaron una red que rápidamente definió a Buenos Aires como ciudad moderna y, a la vez, distinta de sus modelos.

El obelisco es un ejemplo de esta modernidad particular. No se recurrió a grandes exhibiciones técnicas para construir el monumento a una ciudad con vocación de futuro que debía arraigarse en la tradición nacional. También la General Paz, autopista donde espacio y tiempo debían confundirse, sin renunciar a la pintorescas casitas de Blancanieves; o el subterráneo, signo del fluir metropolitano, que disuelve la diferencia generada por los barrios y demuestra cómo la técnica puede superar los obstáculos del territorio; hurgando en sus propias entrañas, las estaciones se embellecen con murales que integran el pasado mítico al futuro prometedora. Civilización y cultura; Nueva York y París.

La década de 1880 con Torcuato de Alvear en la intendencia; los años treinta, con De Vedia y Mitre; los años sesenta, con el desarrollismo: tres momentos que marcaron a fuego en Buenos Aires la idea de progreso.

Palermo, Avenida Alvear, Avenida de Mayo, las diagonales, la 9 de Julio, Catalinas Sur y Catalinas Norte, Lugano y Soldati, Ciudad Universitaria fueron los hitos de la modernidad. Se los puede unir con una línea como en esos juegos en los que se deben unir puntos para revelar un dibujo escondido. Pero hoy, las líneas están cortadas, porque en la modernización de esta ciudad todo se hizo a medias.

Para entender a Buenos Aires hay que descubrir las maquetas de lo que la ciudad quiso ser. Un viaje en subte, por ejemplo, es un recorrido por el corazón del proyecto modernizador, siempre y cuando uno no vaya a ninguna parte.

5. Frente al estallido urbano hay una respuesta nostálgica que se fascina con el modelo "antiprogresista" de Montevideo y desprecia el despliegue de los años sesenta y setenta en Buenos Aires. Se reivindica el barrio, ese lugar que conservaría la unidad armónica entre el hombre y su historia, entre la historia y la ciudad, entre la ciudad y la tierra, entre la tierra y la comunidad. A la sombra de los barrios amados, se quiere descubrir las últimas resistencias a la mercantilización.

Esta nostalgia olvida que el barrio fue un dispositivo moderno, para dar forma, en los años veinte, a pequeñísimos vecindarios disgregados y semirurales. En una ciudad inventada por la modernidad, la nostalgia de lo que no existió del todo construye su tradición. El gaucho primero; después, con el tango, los patios de Palermo Viejo y San Telmo, donde por fin se encontraron la especulación inmobiliaria y el gusto romántico por el color local.

Durante la dictadura, la nostalgia buscó en el barrio un escenario popular más amable que la dureza de las ocupaciones de casas y de tierras; más orgánico que los pedazos de ciudad cortados por las autopistas de Cacciatore.

Una ciudad chata y monótona como Buenos Aires, sin naturaleza y sin pasados exuberantes, se topó con su identidad lati-

noamericana en el realismo mágico del barrio. Perdida la apuesta al cambio, se eligieron las rejas y los zaguanes.

Recoleta

Los soldados de plomo con los que se imitan batallas no sangran; en Recoleta, la muerte de los ricos tampoco tiene la pesadumbre, el olor pesado de la fosa que se abre en otros cementerios. Es la ciudad de la muerte consanguínea, el paseo público más privado de Buenos Aires. Como en una miniatura del poder, los edificios, la calles, los templos son la maqueta de una ciudad donde sólo los ricos pueden vivir después de la muerte. El linaje patricio también es la riqueza de los muertos que ocupan la ciudad de Recoleta: cada familia tiene su casa, cada casa varias habitaciones, nichos pequeños que pueden prestarse a miembros más pobres de la estirpe. El cementerio no es un depósito de cadáveres, sino una escenografía de los esplendores del poder. Club de la muerte, en esta ciudad se encuentran los enemigos de otros tiempos y quizás la única ocupante escandalosa siga siendo, hasta hoy, Eva Perón: una excepción a la privacidad de esta ciudad de muertos, tan increíblemente viva, tan poco siniestra que convive plácidamente con el paseo que la rodea.

Jardín zoológico

La ciudad de los animales dentro de la ciudad de los hombres, cerca de una plaza dudosa, Plaza Italia, y de un monumento a Garibaldi que los nacionalistas no terminaban de aceptar hacia 1920. El Zoológico llevó al paroxismo el ejercicio de la copia: templos que son jaulas, pajareras que evocan kioscos orientales, falso egipcio, falso mozárabe, falso estilo de castillo normando. Zoo, Tiergarten, bosques de Boulogne, Rosedal o Palermo, Central Park ubicado a un costado, son rastros de las fantasías urbanas de las que también na-

ció Buenos Aires: traducción que elige y traiciona, imitación por afinidades electivas. En América Latina, Buenos Aires es diferente porque, en algunos puntos, imitó a fondo, supo capturar lo que atraía la vista y educaba el gusto en los viajes por las capitales europeas. Solución original a la pregunta indiscreta sobre la originalidad. La ciudad oligárquica necesitaba estos lujos para ser una verdadera metrópoli donde la tierra valiera su peso en oro. Paradojas: en el lugar más caro hay un parque público, una plaza que ocuparon los cabecitas negras durante las tardes de domingo.

Retiro

Los italianos, los rusos, los españoles, los judíos, los sirios habían llegado en barco descubriendo la ciudad desde el Río. Después, otros migrantes llegan desde las provincias del norte, en trenes con asientos de madera y ventanitas con persianas. La ciudad se mira desde el tren, como en una película: parece que está cerca y es, al mismo tiempo, inaccesible. Compacta, la línea de rascacielos muestra su perfil: intimidación y promesa de felicidad para quienes vienen, como los otros, aquellos extranjeros de los barcos, desde pueblos mínimos. Los vagones detenidos en las playas de la estación gigantesca, el enrejado de los rieles y los cambios de vía, casetas y depósitos, la tecnología del transporte arma su fábrica de movimientos territoriales. Finalmente en Retiro, las ventanillas encuadran el pedestal de un monumento a la arquitectura del hierro.

Autopista rota

La autopista está rota; donde debía continuar simplemente se rompe, se parte en dos como un miembro, muestra el muñón y las puntas de los huesos: hierros, mampostería. Poco más allá, los pilares inútiles, sobre los que no se apoyará ninguna lámina de cemento, columnas decapita-

das, a las que la obra interrumpida dejó sin remate. Debajo, los pastos altos muestran la persistencia de la naturaleza pampeana que cubre las ruinas, los rastros de las asas que fueron sus anteriores ocupantes. El baldío, de nuevo, como a comienzos de este siglo, reclama un lugar. Y si entonces era un espacio que la ciudad

iría llenando para ser verdaderamente ciudad compacta, hoy es un resto casi arqueológico de otro proyecto trunco. La ciudad es también museo de lo que no se hizo: la ciudad es un mapa histórico.

Los textos 1 a 5 son de Adrián Gorelik y Graciela Silvestri. El resto, de Beatriz Sarlo

Centralidades y periferias. Para pensar la antigüedad tardía

Horacio L. BOTALLA* - Hugo A. ZURUTUZA**

No soy capaz de encajar la antigüedad tardía en ninguna serie clara de etapas.

M. I. FINLEY

Justificar un título debería ser una opción que se homologa al desarrollo del tema que se trate. Sin embargo, en el presente caso, se imponen algunos toques de atención dados los cruces de aspectos de diversa identidad que se verán traslucir, cruces que no pretenden ligeros juegos de palabras o de ideas. No es solamente la instalación de diferentes entronques entre diversas calidades de centralidad y periferia con que propondremos ordenar las problemáticas del ámbito imperial romano y de la realidades derivadas de él a partir del siglo V lo que se desplegará en el texto; sino también el hecho de que esa pretensión proviene de una exterioridad historiográfica, —de una periferia— respecto de las tradicionales en esas

problemáticas. Esto dicho, por supuesto, más allá de que la inserción de estas cuestiones en nuestro campo académico reconozca una decisiva filiación en esas tradiciones. Esa mirada desde la periferia conjugaría dos características consuetudinarias en la investigación vernácula de la Antigüedad y de la Edad Media: la distancia de lo acontecido y la resolución de los inconvenientes de dicha distancia por medio de una a veces obsesiva frecuentación de la bibliografía. Ambas actitudes, derivadas de las dificultades de "*hacer historia in situ*", llegaban a determinar estrategias que privilegiaban visiones más globalizantes, con la señalada salvedad de las aproximaciones más puntuales de los hispanistas.

* Docente de la Facultad de Filosofía y Letras, UBA, y de la Facultad de Humanidades, UNR, especializado en problemas relativos a la historia medieval. Investiga en el Instituto de Historia Antigua y Medieval, UBA.

** Docente de la Facultad de Filosofía y Letras, UBA, y de la Facultad de Humanidades, UNR, especializado en la historia antigua y clásica. Investiga en el Instituto de Historia Antigua y Medieval, UBA.

La conciencia de estas tendencias adquiere particular interés cuando se emprende la revisión de ciertos derroteros historiográficos y epistemológicos. Las focalizaciones en la Antigüedad Tardía reabren, amén de las inevitables referencias a la periodizaciones, la cuestión de la construcción histórica. La boga de los análisis socioculturales puede proporcionar paradójicas sorpresas si se las evalúa en relación con los distintos campos intelectuales, particularmente al reflexionar sobre el período de la historia occidental que media entre los siglos III y X.

En lo que hace a estos temas, las corrientes historiográficas parecen deambular en tensión con el contexto de "crisis de las ciencias sociales" —¿Y de "fin de la historia"?— que algunos prestigiosos profesionales de la historia pregonan¹. La hegemonía francesa, que ha primado en las últimas décadas en el campo académico argentino, no encontró claros exponentes en el tratamiento del período en que conviven las imágenes de la *Decadencia del imperio romano*, la *Crisis del mundo romano*, la *Transición del modo de producción esclavista al feudal*... Con excepción de las incursiones siempre esclarecedoras de Jacques Le Goff (vide *Bibliografía*), uno de los líderes del grupo de la revista *Annales*, el eje casi excéntrico J. P. Vernant-M. Detienne-P. Vidal-Naquet acotó radicalmente su espectro temático y cronológico. Los epígonos de Courcelle, Fontaine o el gran Marrou tomaron senderos de atonía reflexiva dentro de su tradición de estudios culturales o fueron eclipsados por sus connacionales medievalistas quienes habían desempeñado un protagonismo destacado en el auge de la *histoire*

des mentalités —v.g. G. Duby y el mencionado Le Goff—. En función de la hegemonía, el período permaneció huérfano de especulaciones para nuestro ámbito en tanto parecía estarlo para los franceses y, por otra parte, agravando este fenómeno se agregaban las prácticas intelectuales de un medio profesional manejado por la presencia editorial de un limitado número de autores. Queda claro que Argentina no estuvo sola en la recepción de estos efectos hegemónicos. En esta situación, dos historiografías nacionales mantuvieron una sutil presencia aunque no emergieron sino hace pocos años: la italiana y la británica —algunos de cuyos miembros desarrollan actividad en EE.UU.—. En ellas, la tradición de los estudios clásicos seguía alcanzando cotas elevadas de precisión erudita, y en casos como los de A. Momigliano o M. Finley, una notable capacidad de reflexión global. A raíz de la convergencia de estos elementos, la vivencia de esa hegemonía condujo a la percepción de cortes que no se efectuaron o renovaciones que no surgieron. El conocimiento de las arquitecturas de investigación, su despliegue diacrónico, sus tensiones internas pueden encontrar distorsionadas su coherencia o continuidad por los avatares de la política científica y los canales de comunicación de su producción. Las influencias recibidas por el campo historiográfico francés —y aún el sector dirigente dentro de él— condicionaban la de los campos historiográficos satélites y la aceptación por éstos inhibía el pluralismo epistemológico y también temático, y las fundamentales confrontaciones. En este contexto, la decisión editorial de una traducción no quedaba sin consecuencias:

una obra, cuya trascendental envergadura, no puede discutirse, como *The Conflict between Paganism and Christianity in the Fourth Century*, producto de la convocatoria que A. Momigliano efectuara en el Warburg Institute en los años cincuenta de los más eminentes estudiosos del problema y que se publicara en 1963, no fue traducido al español... ¡hasta 1990!

Una segunda situación historiográfica —que, en realidad, excede este aspecto— comporta un cariz más relevante por cuanto informa decididamente la imagen de las cuestiones del período que tratamos. Nos referimos a la presencia de categorías valorativas y la reificación excesiva de ciertos conceptos y figuraciones. Con particular énfasis a partir de las enunciaciones del Humanismo, y luego desde el Iluminismo, se configuró lo que podríamos llamar el "gran discurso" acerca de la Antigüedad y el Medioevo estructurándose en torno a este tipo de elementos. La reificación de sujetos y figuraciones resolvían ecuaciones históricas como la "*conversión al cristianismo del Estado romano*", la "*victoria de la 'Barbarie'*", etc. que, convergentemente, eran valoradas positiva o negativamente de acuerdo a principios ideológicos no siempre matizados. Razón o *pathos*, ilustración o expresiones del *Volkgeist*... delataban oscilaciones clasificatorias no tan fáciles de justificar posteriormente. La metaforización y la frecuencia con que se ha recurrido a las imágenes resultantes terminaron por ocultar muchos frentes problemáticos. La ponderación de los autores grecorromanos fue instaurando una condensación canónica a la que han contribuido autores como Gibbon, Fustel de Coulanges o Jaegger; y que había

terminado delimitando un "dominio de la cultura antigua" en el cual los tópicos de los grupos letrados paganos configuraban una matriz de valores absolutos en la cual la plebe urbana o la chusma esclava no eran presentadas sino como objetos de denigración. Más aún, en tanto surgía como dominio, no sólo tendía a la autonomía respecto de otras instancias de la realidad, sino que mantenía ocultos los sujetos y las condiciones de producción social que le hubieran devuelto especificidad y, por ende, relatividad. Estas comprobaciones debían incorporarse al análisis.

Con estos ingredientes presentes en el panorama historiográfico, el acercamiento a cuestiones de otros períodos parece adquirir nueva vigencia para formular replanteos y posibilitar nuevas soluciones, sobre todo cuando en los estudios clásicos soplan aires que tras el velo de los recaudos eruditos, pretenden eximir de articulaciones conceptuales de más amplia envergadura. El comparativismo sufre con esta tendencia que suele confundirse con el camino excluyente de la altura académica. El Coloquio internacional Marc Bloch *aujourd'hui*, llevado a cabo en París en junio de 1986 y publicado en 1990, permitió recordar cuán central había sido esa veta en el pensamiento del gran medievalista francés².

De este modo, la transdisciplinariedad surge también como una práctica de reflexión sobre analogía establecidas con otras épocas históricas en las cuales ciertos temas pudieron adquirir especial densidad³.

Al volcarse, los esfuerzos más originales de análisis en la *Antigüedad Tardía*, alguna de la taras menciona-

das empezaron a encontrarse desplazadas. La propia concepción de Antigüedad Tardía propende a desalojar categorizaciones valorativas —saldo principal de *Décadence romaine ou Antiquité tardive?* de H. I. Marrou (1977)— además de incorporar elementos de complejidad que le otorgan otros espesores con obvias consecuencia en la idea de *Alta Edad Media*, como es el caso, ante las revisiones de desarrollos de la estructuras socioeconómicas, de la extensión de la dominancia del régimen esclavista hasta los siglos VIII-IX. Desde la pregunta de M. Bloch sobre el cómo y el por qué del fin de la esclavitud antigua, formulada en los años treinta que había llegado a cumplir 50 años sin respuestas convincentes —como recordó en su homenaje P. Bonnassie— sólo han surgido como aportaciones significativas la cuestión del “cuándo” de ese colapso y la concepción, cara a P. Dockès, de “finales” del esclavismo. De estas visiones que privilegian el plano temporal se ha llegado a imaginar una “Antigüedad larga” cuyo sesgo puede reconocerse en tesis recientes de medievalistas como Guy Bois y su *Mutation de l'an mil* (1989) ⁴.

Por lo que hace a las reificaciones de conceptos e imágenes historiográficas, la disolución de las mismas deviene, principalmente, en el desplazamiento de la homogeneidad a que inducía el sesgo ecuménico de las representaciones referidas al Imperio. De este modo, se instala una idea de discontinuidad en todas las dimensiones del espacio y de la sociedad que nos enfrenta al desafío de otorgar nuevos sentidos a esa entidad que llamamos *mundo romano*. Esta idea de discontinuidad vertebró nuestro planteo de centralidades y periferias

en las dimensiones aludidas. Es necesario hacer hincapié en la circulación de bienes simbólicos y en las tensiones entre los distintos grupos determinables, así como en la problemática sociocultural de los sectores subalternos en el espacio de control romano y en las áreas exteriores inmediatas, a partir del tópico polémico paganismos-cristianismos.

El espacio romano puede pensarse como un ámbito de intercambio generalizado de creencias y prácticas que el aparato administrativo-gubernamental no siempre quiere o puede manejar. El planteo de combinar espacios reales y figurados constituye, de acuerdo a nuestra consideración, un paso adelante respecto de las sistematizaciones cruzadas acerca del libro de R. Fossier *L'enfance de L'Europe*. En la nota crítica que, en la revista *Annales*, le efectuara A. Guerreau (vide *Bibliografía*), distintas combinaciones de coordenadas y formas de relación le permitían concebir nuevas articulaciones para modelos de instauración del régimen feudal. Creemos que se puede pensar la fenomenología del período que enfrentamos manejando, en el mismo horizonte, las dimensiones simbólicas de la realidad histórica.

Centralidad y periferia denotan un planteo espacial, pero también pueden connotar dicha espacialidad en las condensaciones socioculturales de los varios sectores. Los grupos que concebían y escribían, al ejercer poderes instalados en diferentes instancias —la gestión gubernamental, la manipulación de lo sacro, el empleo de la coerción violenta, la producción de representaciones e identidades...— instituyen dominios de interés y de acción que relegan y exclu-

yen, que determinan, en suma, periferias. Este accionar encontrará en la cristianización de las diversas instancias de la vida social romana un factor con gran poder de definición de contrastes que facilitan la unificación y la homogeneización y, más claramente, la exclusión. Esta característica, que puede parecer paradójica, es, sin embargo la que otorga al cristianismo su enorme impulso ecuménico e informa los dispositivos para concretarlo. Como “religión del libro” —de acuerdo con Manuel García Pelayo o Jack Goody— puede dar lugar a enunciados de uniformidad, y, a través de su expresión escrita, poner en juego los medios para alcanzarla en caso contrario, subsanando así la transocialidad inherente al grupo de los hombres de iglesia, en el cual se da un proceso de paulatina distinción funcional. Ese dominio de la formas y la posibilidades de la escritura por esclarecidos intelectuales de las comunidades cristianas es el que permite circunscribir la fenomenología de la construcción de la doctrina —así como la de la identidad— a la discusión entre miembros capacitados en las mismas prácticas. Luego de eliminar sus ambigüedades como “secta judía”, el cristianismo encuentra sus adversarios en sus tres primeros siglos de vida en la función pública o en las academias. Pueden ser Celso o Porfirio, y luego, en el frente interno de la iglesia, Arrio o Pelagio, de modo tal que Pablo, ese fabricante de tiendas letrado, termina constituyendo una excepción. En esos siglos, el problema de los hombres de iglesia no es tanto el hecho de convertir como el de saber lo que se es. Y, como consecuencia, lo que hemos terminado denominando *Patrística* no es sino un fenó-

meno acotado a exquisitos intereses de los grupos ilustrados que implementaban en diversos grados —y aún renegaban de ella— la *paideia*, la *humanitas* que tan eficazmente había ordenado los pensamientos y conductas de letrados béticos, alejandrinos o palestinos.

Este control de lo escrito y su facultad de establecer “palabra fundante” frente a los mecanismos evanescentes de la oralidad determinan una tensión sociocultural polar, en principio, esto es, también hacen a centralidades y periferias. Este juicio trae a la palestra el controvertido concepto de “cultura popular” o, como preferimos, “cultura de los sectores subalternos”. Es en el enfoque de la dimensiones simbólicas de la sociedad que la comprensión del “sistema romano” alcanza nuevas densidades en la medida que, al recorrer esa sociedad, no solamente las relaciones efectivas, sino también las posibilidades de relación, trazan un mapa de acuerdo al cual los diferentes grupos toman posición. Algunos modelos culturales o debates presentes en otros períodos se trasladan a los siglos que tratamos. Es sistemático que los dos antiquistas más relevantes del momento, los británicos Peter Brown y Ramsay Mac Mullen, discutan la operatividad de los que Brown llama *two-tier mode* y que este autor se propone desalojar en su trabajo de 1981, *The Cult of de Saints*. Religión de élite y religión popular encarnan *topoi* que nos han hecho familiares Ginzburg, Muchembled o Levi y, antes que ellos, en perfiles más amplios, Bachtin. Las frecuentes oscilaciones y el estado problemático evidenciaban el acecho constante de los modelos holísticos —tautológicos o escasamente explicativos— que se li-

mitaban, de una manera pedante, a reconocer la complejidad de la sociedad. Frente a éstos un referente historiográfico central en estos estudios culturales como C. Ginzburg prefirió mantenerse en el modelo bipartito⁵. Pero, al retrotraernos a nuestro período, la insuficiencia del modelo se encuentra acusada, precisamente, por los fuertes cortes que provoca la discontinuidad física. De este modo, al comentar *The Cult...* en la segunda versión de su artículo *The Distrust of the Mind in the Fourth Century* —incluido en su libro *Changes in the Roman Empire* (1990)—, Mac Mullen, al buscar matices y optar así por el *two tier model*, evidencia una preferencia que resulta insuficiente. Consideramos que no es sólo la hegemonía vertical la que debe tomarse en cuenta —hegemonía complejizada por esa misma discontinuidad—. Existen también, y sobre ello hemos hecho hincapié en otra parte (vide *Bibliografía*), complejas, más o menos claras, relaciones horizontales. Nuevas élites entran en conflicto con las viejas en la articulación de la primacía cristiana, juicio que puede reconocer sus bases en la contribución de A.H.M. Jones al mencionado *The Conflict...* acerca del trasfondo social de esa lucha, el cual da otra cara de los movimientos en la sociedad de los siglos III y IV. En la base, los grupos urbanos, la plebe de artesanos, clientes y esclavos domésticos, y los sectores rurales, campesinos y esclavos entre los cuales también podemos reconocer disenso, incompreensión, o bien acercamientos cuyo origen y carácter es difícil intuir.

El cristianismo al penetrar en el Imperio romano debió organizar nuevos espacios en un extenso y fracturado ámbito ocupado por múltiples reali-

dades socioculturales, y cruzado por diferentes creencias y prácticas colectivas de remoto origen y diverso contenido. Ambito cubierto también —como hemos señalado— por una trama jurídico-administrativa de base urbana (centralidad), que intentaba controlar los clivajes generados en la vastas áreas rurales, circundantes y excéntricas (periferias alternativas) a las antiguas ciudades paganas, convertidas en residencia de los nuevos obispos cristianos. La *koiné* greco-latina y las estructuras burocrático-gubernamentales centrales se superpusieron a una pluralidad de culturas locales (periféricas espaciales y aún temporales: v.g. etruscos) que no lograron anular ni absorber totalmente. Fue una superposición sin sustitución efectiva impuesta por una Italia romana a los pueblos celtas y germanos que entre otros completaban el mosaico étnicocultural del Imperio. Italia romana que a su vez había sido un conglomerado de tradiciones mediterráneas (ligures, mesapios, etc.) e indoeuropeas (latinos, umbro-sabélicos, sículos, magno-griegos, etc.) afectadas por la corrientes helenísticas portadoras de influyentes agentes orientales, que operaron dentro de las concepciones ideológico-religiosas del macrocosmos imperial y de los sectores sociales que los integraban.

El éxito de sus ejércitos trasladó a la centralidad romana dioses y cultos orientales a partir de finales del siglo III a.c. Dubitativo en los comienzos, un cosmos periférico absoluto y extraño se instaló sobre los espacios sacrales centrales y periféricos inmediatos para tratar de suplantarlos frente a resistencias efectivas de ciertos cultores de la *mores maiorum*. Lo augural representó un control ideológi-

co de estas desbordadas influencias y habría que esperar hasta el siglo III d.c. para que dioses de Egipto, Asia Menor y Persia, en particular, —aunque influyentes desde los siglos anteriores— gravitasen de manera insolente. Reconocemos en la densidad religiosa del crítico siglo III la impronta de emperadores cruzados por la concepciones étnicoculturales de periferias como Africa y Siria. Distinguiamos a Septimio Severo, oriundo de *Leptis Magna* (n.o. africano) dialogando con Serapis, dios de Alejandría, y con la señora de Cartago, Juno Celeste. No podemos dejar de significar el advenimiento del sorprendente y no correctamente interpretado Heliogábalo, sacerdote sirio de Eme-sa, y la influencia de las "mujeres sabias" (El entorno de Julia Domna). Mientras bailarines, actores, aurigas y peluqueros ascienden por la escala del poder en un lúdico y perverso ámbito cortesano, el moderado Alejandro Severo intenta reunir en su panteón las eclécticas realidades religiosas de la época conjugando el paganismo oficial con algunos avances judeocristianos.

Pero como ya destacamos, también gravitan los elementos celtas —¿pre-existentes?— con los germanos —¿recienvenidos?— en la configuración compleja de nuestro espacio cultural. En la zonas periféricas donde se diluye con más intensidad el marco de la *romanitas*, observamos cómo se vinculan con más facilidad pueblos prerromanos con los inmigrantes bárbaros, participando todos de un estadio de organización social —relaciones de parentesco, en especial— y de desarrollos culturales similares, en tanto que, la cultura clásica romana que pautaba las centralidades urbanas,

era la propia de pueblos indoeuropeos más evolucionados.

¿Alguna vez los romanos habían sido "salvajes" como los celtas y los germanos, se preguntaba el *ciuis* alto-imperial mientras concurría a la casa del *rhetor* que le otorgaría las palabras y los gestos de distinción social? Quizás se respondía: "*Si lo fuimos, lo hemos olvidado*", ajeno a la preocupación del "etnógrafo" Tácito que intentaba resolver el interrogante de otra manera.

El estereotipo de la *romanitas* seducía todavía a los ciudadanos comprometidos con el *cursus honorum* y marginaba a los *rustici*, *agrestes* y *servi* de las periferias rurales.

Hay que enfocar esta problemática a partir de la graduaciones existentes en la configuración del espacio social: cuanto más lejos de los centros urbanos y de la *villae* se encontraban las comunidades campesinas, más fuertes eran sus vínculos con los cultos locales que se expresaban en prácticas sociales y representaciones simbólicas resistentes a la esfera oficial figurada todavía por la *romanitas* y a partir del siglo IV por la impregnación cristiana del Estado omnipresente. Los cultos locales se encabalgaban a un proceso de sincretismo, de exclusión y de inclusión de elementos que se han volcado en el seno de la religión romana. El proceso de selección que desemboca en el panteón romano oficial posee una constitución más contundente pero su funcionalidad es parangonable a la de los panteones locales. El por qué usamos a la religión romana como parámetro acabado, pasible de desplazar otros cultos o colonizarlos, es fruto de una condensación historiográfico-ideológica

que lamentablemente damos por sentado como un hecho natural. Es el poder romano el que otorga esa envergadura a su religión, pero ésta es en realidad "un estado determinado de la materia religiosa" más que un sistema funcional y socialmente acabado. Panteón oficial que era referente de la cultura romana clásica. Una cultura esencialmente urbana, por lo tanto minoritaria, que era portada por los antiguos grupos de cuño tradicional basados en la posesión de la tierra y en la práctica política como por los nuevos sectores (militares, burócratas, etc.) nacidos a partir de finales del siglo III. Hombres nuevos que encontraban en ella una plataforma para proyectarse en los centros de poder y significación social. Hay que considerar que en los propileos de la Antigüedad Tardía dentro de esos grupos letrados urbanos están dialogando cristianos... Según P. Brown (vide *Bibliografía*) hombres de nivel medio, de origen modesto, que partieron de una *paideia* aceptada (cultura clásica=literatura clásica) fueron recibiendo el aporte cristiano hasta que observamos a finales del siglo señalado y en el transcurso del siguiente, siglo IV, como ya han trasvasado la matriz clásica a cristiana. Serán éstos los obispos que sustentarán y divulgarán el triunfo de una doctrina que lo ha hecho en estrecho vínculo con un proyecto político. La fragmentación de la *pars occidentis* del Imperio romano marcaba polémicas fronteras políticas y religiosas, dentro de las cuales se organizaban nuevas áreas sacrales en controvertida yuxtaposición con las existentes, instaladas a su vez en un espacio social polarizado. Una oligarquía de terratenientes romanos, jefes bárbaros y hombres

de clero se iba formando frente a una masa de campesinos pauperizados que aceptaban la protección de los poderosos (patronato) o huían a la *Bacaudae*; y de esclavos que iban perdiendo su protagonismo en la producción agraria servil —¿existió anteriormente un modo de producción esclavista?— convirtiéndose por decisión de los amos en *casati* (esclavos instalados) o por presión de esos mismos amos en *fugitivi*, engrosando los grupos campesinos de resistencia. Masas de *illitterati* "sin historia"... nos lleva a recurrir entonces a la "escritura negadora", a las fuentes oficiales que deberán ser interrogadas para encontrar en su negativo la impronta de nuestra carencia: la "voz de la subalternidad". Por lo tanto, nuestra reflexión se ve seriamente dificultada por las peculiaridades de estos actores sociales periféricos —rurales y aún urbanos— de "voz carente" frente a la "voz fundante" de la centralidad. Son sujetos cuya oralidad perdida apenas podemos encontrar en la escritura oficial a través de la mediación interesada de los *litterati*. Como contraste, la voz que mejor expresa el monopolio de lo "verídico" es la del obispo cuyo mensaje decodificado debe operar en los complejos espacios sociales periféricos. Los dominios regidos por la escritura determinan circuitos de saber específicos en los que se produce y consume bienes simbólicos —al decir de Bourdieu— y que los círculos de líderes cristianos —con modalidades de poder que recorren desde la riqueza a la *auctoritas*— se encuentran en la necesidad de fracturar para universalizar el mensaje. Este, cuyo origen se atribuye a una revelación, se interpreta de manera ardua y polémica, se utiliza y

complica por la labor de dichos líderes, pero, al mismo tiempo, debe hacerse comprensible, debe "descender" por obra de los mismos sujetos hasta sectores sociales con intereses y lógicas distintas. Al traspasar fronteras socioculturales estableciendo a la fe cristiana como un terreno común para los intercambios de imágenes y representaciones, comienzan a darse los desfases y las manipulaciones. Un ejemplo paradigmático es el de san Agustín de Hipona y su pequeño tratado *De catechizandis rudibus* que evidencia como un individuo de indudable persuasión y capacidad de comunicación se encontraba con techos y obstáculos al suponer una escasa discontinuidad —una discontinuidad razonable para un erudito hombre de iglesia en la bisagra del siglo IV al V— en el espacio social-comunicacional. Inducir a la conversión es para san Agustín una cuestión retórica, una situación de acomodación a los miembros de diferentes capas sociales en que la variable es una mayor o menor laxitud en el discurso. Estos discursos le otorgan una gran heterogeneidad al espacio de los intercambios simbólicos. En los aristócratas hay resistencia intelectual, en los campesinos, confusión, incompreensión y desinterés frente a un fenómeno que no parece justificar, funcionalmente hablando, el esfuerzo de la sustitución de creencias. En los documentos oficiales observamos el deslizamiento de elementos y figuraciones que prueban como la religiosidad práctica de los sectores subalternos, aún de los convertidos al cristianismo, no va a coincidir con los rígidos cánones conciliares.

El cristiano bautizado oraba en el templo, el pagano lo había hecho desde siempre en los ámbitos naturales, y el

recluido convertido, luego de haber asistido al culto enseñado en el lugar cubierto, nostálgico por la influencia de las memorias colectivas vigentes en su imaginario, se dirigía al bosque de sus ancestros —lugar abierto— y completaba sus plegarias realizando banquetes bajo los *arbores sacrae*, en la cercanía de aguas y fuentes, piedras y encrucijadas que continuaba considerando como sagrados.

Entendemos que la prédica y los mencionados cánones coinciden en que la masas campesinas bautizadas practicaban mal la religión aprendida. Los campesinos eran cristianos a su manera... Seguían inmersos en su religiosidad práctica, preocupados todavía por el vuelo de los pájaros, los estornudos de los caballos, los excrementos de los bueyes, la observación de los astros... Tradiciones locales, creencias y prácticas colectivas vinculadas a los "bosques sagrados", estaban vigentes junto al modelo o modelos cristianos construidos por la ortodoxia. La desbordada religiosidad de la masas rurales, definida como "pagana" por la Iglesia, se expresaba con cantos —*cantilenaerusticorum*— y danzas, disfraces y máscaras. Estas manifestaciones —periféricas y obscenas para la nueva centralidad eclesiástica— eran sin embargo expresión saludable de los ritos que evocaban los ciclos de renovación de la naturaleza, la lucha entre la vida y la muerte, donde desarrollaban prácticas sexuales sacralizadas que impactaban a los desprevenidos evangelizadores promotores de la continencia. La lucha por la castidad frente a la fornicación estaba ya en discusión dentro de los pensadores estoicos y neoplatónicos. Para Paul Veyne

⁶ existió una sexualidad antigua que

finalizó durante los dos primeros siglos del Imperio romano, para dar lugar a una sexualidad de la reproducción. Esta evolución estaba terminando cuando el cristianismo se convirtió en religión oficial. Entiende Veyne que una nueva moral teórica se desprendió de la antigua moral práctica y fue racionalizada primero por el estoicismo y luego por el cristianismo. La moral cristiana de carácter universalista que la élites quisieron aplicar al *servus* y al *rusticus*—como mecanismo de consenso— no surtirá el efecto inmediato deseado en los receptores que se refugiarán en la periferia llamada pagana por los hombres de la iglesia. La religiosidad entendida en su dimensión más esotérica había generado efectos importantes desde siempre. Donde habían existido enclaves interétnicos como las *villae* esclavistas republicanas e imperiales, aparecieron las peligrosas mediaciones de magos y arúspices, que superando la heterogeneidad de los esclavos lograron lanzarlos a frustradas reivindicaciones. Los consejos de los agrónomos latinos muestran la preocupación de losamos de aislar a sus *villici* (capataces de origen servil) de estos esotéricos sujetos para evitar la subversión. Desde la época del sirio *Eunus*, carismático y espectacular leader de la revuelta siciliana de esclavos del 135 a.c., las voces inquietas de los ciudadanos romanos repiten: “*ni arúspice, ni augur, ni divino, ni caldeo...*”. Catón y Columela asienten desde sus tratados sobre agricultura. Por otro lado, las centralidades urbanas posibilitaron también alguna vías de catarsis a los grupos serviles a través de las Saturnales y otras festividades como la realizada en honor de Diana *Aventinensis* en la

misma Roma. Las periferias rurales representadas por los campos y los bosques en cuyos intersticios se organizaban los *vici* (aldeas), aparecían—desde su mítico pasado— como propicias para el desarrollo de atávicos cultos diánicos asociados a prácticas astrales, en particular lunares. La polisémica Diana, futuro demonio para la mirada agustiniana junto al silvestre y obsceno Silvano, representa con el dios de los bosques los cultos más reconocidos y difundidos entre campesinos y esclavos. El *Corpus Inscriptionum Latinarum* lo prueba de manera cuantitativa en la fría expresión de la epigrafía. La literatura nos acerca la evidencia cuantitativa en la sugerencia de Horacio, un tanto más cálida a los neófitos en el tema. El poeta latino nos recuerda como desde antiguo los agricultores itálicos, en los días de fiesta, con sus compañeros de labor, sus niños y fieles esposas ofrecían un cerdo a Gaia y leche a Silvano.

Imágenes y representaciones que circulan y se resignifican permanentemente en la periferias denominadas paganas por los clérigos, cruzadas ahora por la enervante presencia de los sermones ejemplificadores y represores al mismo tiempo, que esos mismos clérigos intentan divulgar.

Sabemos que los antiguos habían instalado en sus bosques—condensaciones periféricas que cubrían gran parte del universo habitado— un conjunto de dioses ajenos al panteón oficial y acordes a los sentimientos y temores que organizaban la vida cotidiana campesina. Deidades menores que intentaban vivir en armonía con los hombres y mujeres de los campos y las bestias de las forestas, tratando

de tomar de ellos los rasgos físicos más expresivos. Así se definieron seres mixtos como faunos, silvanos y sátiros, representados con patas de animal, cuerpos velludos y cuernos—inspiradores icónicos de los demonios cristianos—; y tritones, sirenas y náyades, con los atributos de los seres acuáticos. Todos con estructura humana y el don de la palabra... Eloquientes presencias que seguirán vigentes en las matrices culturales de Occidente. Cuando en el siglo pasado curiosos viajeros recorrían el paisaje griego o romano—por su experiencia libresca y estética educada en la literatura clásica— esperaban todavía encontrarse sátiros magreando doncellas, héroes lanza en mano cazando jabalíes en nobles espesuras y ninfas sumergidas en transparentes fuentes... Recordemos, en particular, como la sociedad victoriana se hace cargo de las imágenes del pasado clásico. Nosotros también nos hacemos cargo de ellas.

Paganas y cristianas, cristianas ortodoxas y cristianas *sui generis*—producto de los complejos mecanismos de sincretismo, exclusión e inclusión— todas estas representaciones simbólicas que reúnen, en un espacio polisémico, al esclavo fugitivo con el campesino pauperizado, al hechicero con el santo, al líder reivindicador con el bandolero, a los portadores de una sexualidad abierta con los cultores de la promocionada continencia... son expresiones de una religiosidad reconocida en las periferias, sancionada por el ordenamiento de la centralidades u ortodoxias, al reconocerla sin pautas precisas ni teologías legitimadoras. Estas expresiones ingresan en los imaginarios sociales del amplio sistema simbólico producido por las

comunidades. A través de estos imaginarios pueden encontrar su identidad, marcar su territorio y las fronteras de éste, definir sus relaciones con los “otros”, configurar imágenes de amigos y enemigos, de aliados y rivales, conservar los recuerdos del pasado—memorias colectivas— y también reconocer los temores y esperanzas impulsores de la vida de sus comunidades⁷. Los campesinos, al decir de los antropólogos, superan sus particularidades y logran cohesión como “nosotros” al ubicarse ante los “otros”, los que alteran su organización comunal, sus prácticas sociales y simbólicas, los que perciben como diferentes sean agresivos a aún pacíficos. Alteridad representada—en nuestro período— primero por recaudadores y militares imperiales, luego por guerreros bárbaros y obsesionados evangelizadores. En síntesis, por todo lo que integra y expresa la “centralidad oficial”.

A través de este breve trecho recorrido han surgido elementos, instancias categoriales e imágenes a los que se puede suponer convocados de manera anárquica y aún expuestos de forma impresionista. Esta presentación, sin embargo, no estuvo exenta de intencionalidad puesto que podía mostrar cómo un esquema simple—de polaridad— podía disponer en distintos órdenes esas entidades. La visión de la discontinuidad y de una discriminación dentro de ella—centralidad-periferia— puede permitir un acercamiento distinto a uno de los aspectos que el historiador se siente más movido a hurgar, a saber, la conflictividad social. Los aportes recientes que colocan nuevamente sobre el tapete a la *sociología de la cultura*—otra vez Bourdieu— ampliaron ese tó-

pico al de la variedad de modalidades de circulación de bienes simbólicos se hallen integradas o no —como puede suceder en nuestro caso—. El reconocimiento de diferentes circuitos y el grado de integración entre ellos le otorga especificidad al período que tratamos respecto de los estudios más frecuentados abocados sobre todo a la Modernidad. La relación,

la comunicación y la conflictividad toman carices tales que inducen a cuestionamientos "densos": ¿qué dimensiones ordenaban el espacio social? ¿qué grado de integración poseían? ¿cuál era el alcance social de las operaciones socioculturales de los diversos grupos?... O quizás algunos más inquietantes: ¿cuán romano era el Imperio romano?

Octubre 1991

Notas

1 En este contexto ver v.g. BURGUIERE, A.: *De la comprensión en histoire*, en: ANNALES E.S.C. 45, janv.-fevr. 1990, pp. 123-136.

2 Véase sobre todo las contribuciones de Aleksander Gieysztor, Reyna Pastor, Maurice Aymard, Jack Goody y Raymond Grew.

3 Recordemos la palabras de historiador tan poco sospechoso como M. I. Finley: "... los humanistas clásicos carecen por definición del hábito mental de pensar en la historia y en los problemas históricos que pertenecen a otros campos distintos del suyo y, por lo general, ni siquiera se ocupan seriamente de la historia de otras épocas y períodos." *Las generalizaciones en la historia antigua*, en: *Uso y abuso de la historia*, Barcelona, Crítica, 1977 (Londres: 1975), p. 109.

4 BOIS, G.: *La mutation de l'an mil*. Lournand, village mâconnais, de l'Anticuité au féodalisme, Paris, Fayard, 1989.

BONNASSIE, P.: *Survie et extinction du régime esclavagiste dans l'Occident du haut Moyen Age (IVe.-XIe. siècles)*, en: CAHIERS DE CIVILISATION MEDIEVALE, 1985, pp. 307-343.

5 Véase LURIA, K., GANDOLFO, R.: *Carlo Ginzburg: An Interview*, en: RADICAL HISTORY REVIEW, 35, 1986, p.108.

6 VEYNE, P.: *Familia y amor durante el alto Imperio romano*, en: AAVV, *Amor, Familia, Sexualidad*, Barcelona, Argot, 1984, pp. 15-57.

7 BACZKO, B.: *Los imaginarios sociales. Memorias y esperanzas colectivas*, Bs.As., Nueva Visión, 1991 (París: 1984).

Bibliografía

ARCE, J.: *El último siglo de la España romana (284-409)*. Madrid, Alianza, 1982.

ASSIMILATION et resistance á la culture greco-romaine dans le monde ancien. IVe Congrès Internationale d'Etudes Classi-

ques (Madrid, 1974). Bucaresti/Paris, Belles Lettres, 1976.

AUERBACH, E.; *Lenguaje literario y público en la baja Latinidad y en la Edad Media*. Barcelona, Seix Barral, 1966 (1958).

BANNIARD, M.; *Genese culturelle de l'Europe*. Ve-VIIIe siecle. Paris, Du Seuil, 1989.

BECHMANN, R.; *Des arbres et des hommes. La foret au moyen age*. Paris, Flammarion, 1984.

BERGERON, L. (ed.); *Niveles de culturas y grupos sociales*. Madrid, Siglo XXI, 1977 (1967).

BROWN, P.; *The Body and Society*. Men, women and sexual renunciation in Early Christianity. New York, Columbia University Press, 1988.

IDEM; *The Cult of the Saints*. Chicago, University Press, 1981.

IDEM; *El mundo de la Antigüedad Tardía*. De Marco Aurelio a Mahoma. Madrid, Taurus, 1989 (1971).

CARDINI, F.; *Días sagrados*. Tradición popular en las culturas euromediterráneas. Barcelona, Argos Vergara, 1984 (1983).

DOCKES, P.; *La liberación medieval*. México, FCE, 1984 (1979).

DODDS, E. R.; *Paganos y cristianos en una época de angustia*. Algunos aspectos de la experiencia religiosa desde Marco Aurelio a Constantino. Madrid, Cristianidad, 1975 (1968).

ELIAS, N.; *El proceso de la civilización*. Investigaciones sociogenéticas y psicogenéticas. México, FCE, 1989 (1977).

FLANDRIN, J. L.; *La vida sexual matrimonial en la sociedad antigua: de la doctrina de la Iglesia a la realidad de los comportamientos*; en: ARIES, Ph, y otros; *Sexualidades occidentales*. Buenos Aires, Paidós, 1987, (1982).

FOSSIER, R.; *La infancia de Europa*. Barcelona, Labor, 1984 (1982).

GARCIA PELAYO, M.; *Los mitos políticos*. Madrid, Alianza, 1981.

GIORDANO, O.; *La religiosidad popular en la Alta Edad Media*. Madrid, Gredos, 1983 (1979).

GOODY, J.; *La lógica de la escritura y la organización de la sociedad*, Madrid, Alianza, 1990 (1986).

GREEN, P.; *First War of Scilian Slaves*. En: PAST & PRESENTE, 20, nov. 1961, pp. 10-29.

GUERREAU, A.; *Un tournant de l'historiographie médiévale*, en: ANNALES E.S.C., 41, sept-oct. 1985, pp. 1161-1176.

LANE FOX, R.; *Pagans and Christians*. San Francisco, Harpers & Row, 1987.

LE GOFF, J.; *Cultura clerical y tradiciones folklóricas en la civilización merovingia*. En: BERGERON, L. (ed), cit., pp. 20-33.

IDEM; *Les paysans et le monde rural dans la littérature du Haut Moyen Age (Ve-VIe siècles)*. En: AGRICULTURA e mondo rurale in Occidente nell'Alto Medioevo, XII Settimana di Studi sull'Alto Medioevo, Spoleto, 1966, pp. 723-741.

MAC MULLEN, R.; *Corruption and the Decline of Rome*. New Haven & London, Yale University Press, 1982.

IDEM; *Changes in the Roman Empire*. New, Jersey, Princeton University Press, 1990.

MARROU, H.-I.; *¿Decadencia romana o Antigüedad Tardía?*

MARC Bloch *aujourd'hui*. Histoire comparée & Sciences sociales. Textes réunis et présentés par Hartmut ATSMAN et André BURGUIERE. Paris, Ed. de EHESS, 1990.

MEEKS, W.; *Los primeros cristianos urbanos*. el mundo social del apóstol Pablo. Salamanca, Sígueme, 1987 (1983).

MOMIGLIANO, A. y otros; *El conflicto entre el paganismo y el cristianismo en el siglo IV*. Madrid, Alianza, 1989 (1963).

ONG, W. J.; *Oralidad y escritura. Tecnología de la palabra.* México, FCE, 1987 (1982).

PAGELS, E.; *Adán, Eva y la serpiente.* Barcelona, Crítica, 1990 (1988).

IL PASSAGIO dell'Antichità al Medioevo in Occidente. IX Settimana del Centro Italiano di Studi sull'Alto Medioevo, Spoleto, 1962.

PAUL, J.; *La Iglesia y la cultura en Occidente (siglos IX-XII).* Barcelona, Labor, 1988 (1985).

RICHE, P.; *Les écoles et l'enseignement dans l'Occident chrétien de la fin du Ve siècle au milieu du XIe siècle.* Paris, Au-

biert Montaigne, 1979.

ROUCHE, M.; *La crise de l'Europe au cours de la deuxième moitié du VIIe siècle et la naissance des régionalismes.* En: ANNALES E.S.C., 41, n.2, mars-avr. 1986, pp. 347-360.

WOLF, E.; *Europa y la gente sin historia.* México, FCE, 1987.

ZUMTHOR, P.; *La letra y la voz de la "literatura" medieval.* Madrid, Cátedra, 1989 (1987).

ZURUTUZA, H.; BOTALLA, H.; *Crisis y transición. En torno a lo cultural y sus paradigmas. (Siglos III-X).* En: ANUARIO Escuela de Historia (FHya-UNR), 14, 1991.

Fuentes de Archivo



El acceso a la documentación que es la materia prima de toda investigación histórica, sea cual sea su objeto, constituye un problema serio en la Argentina. La dificultad es tan grande que debe ser contabilizada entre las condiciones materiales negativas para la producción del conocimiento histórico. Los estudiosos de la inmigración no escapamos a esta regla y la limitación se nos ofrece bajo diversas formas. Puntualizaré algunas, porque todos sabemos que la lista es casi infinita.

Usualmente tenemos dificultades para ingresar a los repositorios documentales. Es frecuente que las sociedades de Ayuda Mutua de las colectividades inmigratorias contengan documentación importante que sin embargo no puede ser consultada. Entre las razones que aducen estas entidades escuchamos con frecuencia: que la información no ha sido catalogada, que no hay personal dedicado a esa tarea, que el archivo es sólo para los socios. Personalmente creo que estas excusas refieren con claridad cual es el papel que se le asigna en nues-

tra sociedad a los repositorios documentales. En general son vistos como depósitos de trastos que la desidia ha amontonado sin saber por qué ni para qué. No hay ninguna conciencia del valor que ellos encierran y tampoco son conceptuados como bienes de uso colectivo. En general, los documentos son concebidos como bienes "privados" cuyo destino es la ley del mercado.

Por ello ha habido innumerables casos de venta o sustracción y posteriormente venta de parte importante de la documentación depositada en estas instituciones. El desconocimiento del valor real de la documentación "almacenada" y la falta de instrumentos legales que faciliten su consulta, permite que se produzcan situaciones entre patéticas y absurdas. Por ejemplo los estudiosos de la colectividad española no pueden consultar el material que se encuentra en el Club Español de Buenos Aires cuya importante biblioteca no está habilitada al público y no cuenta con bibliotecario. Otro repositorio importante no organizado y prácticamente vedado al in-

* Docente en la Cátedra de Historia Universal III, Facultad de Humanidades, Universidad Nacional de Mar del Plata. Investigadora adjunta en el PEHESA-CISEA.

investigador es el que se encuentra concentrado en el Hospital Español que incluye la documentación de la Sociedad Española de Beneficencia (fundadora del Hospital) y del Orfeon Español. Algo semejante sucede con el archivo de la AIMI (Asociación Italiana de Mutualidad e Instrucción), que desde 1916 concentra la documentación de la mayores sociedades mutuales italianas de Buenos Aires. Obviamente el problema no es sólo porteño. Como caso paradigmático podemos mencionar el Archivo Histórico Municipal de la ciudad de Mar del Plata cuya documentación no está clasificada y que posee un rico material fotográfico que tampoco es accesible en su totalidad ¹.

En estas condiciones, preservar la documentación y crear redes de información que permitan acceder a las fuentes y colaborar en su ordenamiento y clasificación se han transformado en los últimos tiempos en emprendimientos adoptados por distintos grupos de profesionales y centros de investigación. Sin duda el CEMLA, (Centro de Estudios Migratorios Latino Americanos) es una de la entidades que se ocupa con éxito de esta tarea. Gracias al esfuerzo colectivo de sus miembros, el CEMLA, edita desde 1985 una revista especializada en los problemas migratorios y ha logrado también organizar una biblioteca y un Archivo de microfilms que concentra información sobre sociedades de ayuda mutua, entidades como la Cámara de Comercio y el Patronato Italiano y algunas colecciones de diarios editados en italiano. Más recientemente, un grupo de estudiosos sobre la inmigración española ha encarado un proyecto para la creación de un Centro de Documentación e Investi-

gación sobre la Emigración española en la Argentina en el marco de los acuerdos de colaboración entre el ICI (Instituto de Cooperación Iberoamericano) y el Comité Ejecutivo para la Celebración del V Centenario. El objetivo general de esta propuesta inicialmente en marcha es la de crear un archivo documental y audiovisual que centralice la microfilmación de fuentes editadas e inéditas, y la documentación fotográfica, sonora y fílmica sobre la experiencia migratoria española en la Argentina. Obviamente la documentación original es patrimonio de las instituciones que la albergan. La aclaración vale porque es común que encontremos resistencia en las comisiones directivas de las instituciones étnicas, que suponen que concentrar fuera de ellas una red de información significa el despojo de sus documentos originales. Justamente en esta propuesta, que incluye la grabación en video de historias de vida de inmigrantes de la diversas comunidades autónomas españolas, se contempla la duplicación de la fotografías y de los films originales, y además se prevé la conservación y restauración de los materiales reunidos ².

Otro emprendimiento importante que exige un esfuerzo continuo es el Archivo histórico de Olavarría creado en Marzo de 1987 y dirigido por la profesora Aurora Alonso de Rocha, desde 1987 hasta 1989 y nuevamente desde diciembre de 1991. A partir de su fundación se han concentrado en él todos los documentos de valor histórico repartidos en diversas oficinas municipales. Igualmente se formó una colección de fotografías sobre el período 1884-1960. Se adquirió la colección (aunque incompleta) de un diario local Democracia - Tribuna (1911-

1983). Se formó una biblioteca sobre historia local y regional, y se realizaron muestras de fotografías de la colección Cirigliano y de otras pertenecientes a inmigrantes junto con una sobre postales antiguas.

La Dirección tiene entre otras tareas en vía de realización la elaboración de un archivo de referencias sobre la documentación testimonial en posesión de instituciones y particulares. Es deseable que prospere la creación de esta red de información, pues seguramente daría un gran impulso al desarrollo de los estudios regionales.

Quienes estudiamos los procesos migratorios en la Argentina compartimos otra dificultad. Nuestro objeto de análisis es un fluido multiforme difícilmente recortable del tejido social argentino. En efecto, en la región litoral y pampa húmeda, el aluvión migratorio superó en algunos años a la población criolla, y urbanizó aceleradamente ciudades como Rosario. Si pensamos en los italianos, concluimos en palabras de Tulio Halperin Donghi que "la huella de esta multitudinaria presencia es a la vez omnipresente y así inasible" ³. Concebir aisladamente el fenómeno migratorio es pretender como Shylock, el personaje de Shakespeare, extraer una libra de carne sin derramar una gota de sangre. Por ello cuando abordamos la inmigración y sus diversas corrientes, estamos indagando la sociedad argentina. Es en este punto cuando advertimos la dificultad de delimitar un objeto de estudio que se nos escurre como el agua entre las manos.

A pesar de ello, y aún cuando no debemos obviar el problema, la historia de la inmigración ocupa ya un lugar en nuestra historiografía. Constituye también el campo de debate de dos

enfoques divergentes. Hacia 1960 Germani y su equipo de investigación sistematizaron un modelo de análisis que comprendía a la Argentina como un país fruto del crisol de razas y de una cultura de mezcla. Desde hace unos años, se opone una visión que postula el pluralismo cultural y la perduración de identidades étnicas como modelo más adecuado para comprender el proceso migratorio argentino ⁴. Desde estas dos perspectivas se ha resaltado el papel que desarrollaron las instituciones asociativas, sobre todo las mutuales. Quienes sostienen la visión asimilacionista han postulado que estas instituciones cumplieron la función de integrar a los extranjeros al país. En la vereda opuesta quienes defienden la persistencia de identidades étnicas han concebido estas instituciones como verdaderas barreras a la asimilación cultural. En ambos casos el multiforme conglomerado migratorio aparece subsumido en las dinámicas asociativas. Así, emerge como objeto de análisis: la colectividad, es decir la organización de los inmigrantes en torno a sus instituciones, mutuales y periódicos desde donde se estudia la colectividad italiana, española, francesa, etc...

Analizar la historia de los inmigrantes a partir del concepto nuclear de colectividad, encierra un riesgo. En efecto el heterogéneo y plural conglomerado migratorio aparece diluido tras la imagen prolija y acotada de este sujeto homogéneo y singular, de esta construcción institucional que es la colectividad. La operación es intelectualmente legítima, el riesgo consiste en olvidar su valor explicativo específico y "... bloquear todas aquellas dimensiones de la vida de los inmigrantes que no tienen relación con el fun-

cionamiento institucionalizado de la colectividad, (ignorando) la presencia de quienes no se integraban a ella..."⁵. El equívoco de subsumir a los inmigrantes en el concepto de colectividad nos remite al problema del uso de las fuentes de la inmigración.

En efecto cuando definimos nuestro objeto de análisis pensamos en el universo posible de fuentes documentales que deberemos utilizar para sostener el desarrollo de nuestra investigación. Ahora bien, este universo es tan plural y heterogéneo como la inmigración misma. Si ordenamos esta masa documental tomando en cuenta el lugar de producción, la gama es variada.

En primer lugar contamos con un frondoso cuerpo de documentos que nace en las instituciones de cada comunidad extranjera: sociedades mutuales, recreativas y políticas, clubs y hospitales. Allí encontramos reglamentos, estatutos, libros de actas de sesiones ordinarias y extraordinarias, registros de socios, registros contables, correspondencia entre instituciones, con el Consulado del país de origen, ante organismos argentinos etc... Coincido con Ana María Candelaresi en la valoración que realiza sobre este tipo de documentación, que ella compiló para estudiar la inmigración en la ciudad de Córdoba. En efecto, estas fuentes permiten caracterizar la conformación tanto de los grupos dirigentes como de la base societal de estas entidades y a la vez determinar niveles de participación institucional, así como la constitución de élites en el seno de cada comunidad extranjera⁶.

Sin duda, particular atención merecen los archivos de los hospitales y de

los servicios de salud de las sociedades mutuales, contruidos siempre por los grupos dirigentes de cada comunidad y destinados a ser usados sobre todo por los sectores medios, ya que los connacionales pobres, debían conformarse con los servicios públicos criollos. Los datos que emergen de las fichas de pacientes no sólo arrojan luz sobre las condiciones sanitarias de una amplia franja de la población inmigrante, también ofrecen datos sobre las prácticas médicas y la visión que se tenía de la salud en la época.

En ocasiones, la documentación de las entidades extranjeras se organizó para cumplir con fines precisos. Me refiero por ejemplo al archivo de Feditalia (Federación general de las sociedades italianas en Argentina) que nace en 1912 y al de la AIMI (1916) mencionada más arriba. Ambas organizaciones se proponían incentivar entre los connacionales el sentimiento de "italianidad", y al mismo tiempo presentar ante la sociedad local una imagen de cohesión colectiva que manifestara el valor y la fuerza de la "colonia" italiana. En este sentido, ambas federaciones materializaban el diseño de la élite connacional⁷. María Rosaria Ostuni ha analizado el valor que encierra la documentación del archivo de Feditalia en Buenos Aires. Sobre todo ha remarcado cómo emerge la pugna entre fascistas y antifascistas en el seno de la federación, una lucha soterrada pero expresada incluso a través de algunos silencios documentales⁸.

Ahora bien, estas fuentes no sólo nos muestran el abanico de los conflictos que anidaban en cada colectividad. Si ampliamos la mirada e incluimos la documentación producida por el grueso de las instituciones étnicas adver-

timos un denominador común. Las fuentes nos devuelven una imagen: cada colectividad o colonia emerge de ellas como una realidad incuestionable, un punto de partida, un hecho sustantivo, y no un proceso en construcción. En el caso de la inmigración italiana, si comparamos esta imagen con la que nos ofrecen los cronistas italianos de fines del siglo pasado y principios de éste, encontramos una absoluta coincidencia. De hecho esta literatura testimonial fundó una historia oficial de la colectividad italiana tan exitosa que aún hoy se la considera más una descripción ajustada a los hechos que una interpretación de la época⁹.

Para deconstruir esta versión, podemos acudir al uso de una fuente que en si misma es un objeto a estudiar. Me refiero a la prensa. Durante la segunda mitad del siglo XIX, en Buenos Aires solamente los diarios extranjeros sobrepasaban la decena. Hacia mediados de la década del 80 el tiraje de los diarios italianos era considerable. Muy superior al resto de los órganos extranjeros, competía con los nacionales. La Patria Italiana editaba 11.000 ejemplares, L'Operario Italiano 6.000. Entre los argentinos se destacaban La Nación y La Prensa con 18.000 cada una, El Diario con 12.500 y La Tribuna Nacional con 5.500.

En efecto, la prensa extranjera, sobre todo en Buenos Aires, (en el interior los diarios fueron escasos) permite matizar las historias oficiales contruidas por los dirigentes de cada colectividad. Justamente porque los diarios, cotidianamente, contruían imágenes múltiples, contradictorias entre sí y por ello complejas, sobre los avatares que sufrían sus connacionales en el Plata. En líneas generales, la

prensa al menos hasta fines del siglo pasado privilegiaba más la opinión que la información en parte por la escasez de recursos técnicos de la época pero también porque los diarios eran empresas personales, frutos del derrotero político e intelectual de un particular o en el mejor de los casos expresiones directas de las luchas facciosas de élites que pugnaban por el poder. Como órganos de opinión, los diarios extranjeros representaban a los grupos dirigentes de las colectividades de origen. Pero esta representación no era directa, estaba mediada por los intereses específicos que defendía cada diario entre los que debemos anotar sin duda la búsqueda de nuevos suscriptores y la ampliación del número de lectores potenciales. La lógica del mercado que comenzó a regir sobre las publicaciones periódicas, contribuyó aún más a matizar un discurso que está lejos de tener la coherencia estructural e ideológica que emana de la literatura testimonial oficial. En este sentido, la prensa extranjera presenta una imagen menos uniforme y homogénea de la colectividad de origen concebida no como una realidad dada, sino como un proyecto abierto a definir. La colectividad no es entonces la esencia inmutable que nos propone la narrativa oficial sino un campo de Agramante en el que intervienen los miembros prominentes (periodistas, publicistas y directivos mutuales, comerciantes, industriales, profesionales, etc...) de cada élite connacional.

Los diarios nos ofrecen otra dimensión del fenómeno migratorio. En efecto, si incluimos como fuente la información que nos aporta la prensa nacional, el contorno que dibuja a las colectividades extranjeras se nos vuel-

ve aún más difuso. Sobre todo La Tribuna, La Nación y la Patria Argentina retrataron a los inmigrantes a través de sus diversas actividades mostrándolos incluidos en otras redes que las de las instituciones de origen. Por ejemplo resulta elocuente el número de inmigrantes, reclutados entre los sectores pobres para incorporarse como peones a la Aduana porteña, o como integrantes de la cuadrillas de trabajo de la municipalidad, por no mencionar a los que prestaron servicio en la guardia nacional o los que trabajaron como empleados en organismos oficiales. En general fueron absorbidos por las redes clientelares criollas, y por lo tanto explicar la función que desempeñaron en las prácticas políticas locales es una tarea pendiente ¹⁰.

Desconstruir la noción de colectividad, no significa desconocer el valor constitutivo que esta idea nuclear tuvo para el desarrollo de las elites inmigrantes. Más difícil resulta saber cuál fue el sentido que tuvo para los recién llegados, que en sucesivos aluviones se identificaron como miembros de los sectores populares.

En el mundo del trabajo ¿primaron las solidaridades étnicas o las de clase? ¿Estas se excluyeron o combinaron para dar respuesta a las necesidades de los trabajadores?

Estos interrogantes están presentes entre los investigadores que indagan el nacimiento y formación del capitalismo industrial en Argentina. ¹¹.

En este sentido Mirta Zaida Lobato ha explorado minuciosamente los archivos de empresa, en particular de la industria frigorífica que incorporó a un alto número de obreros inmigrantes.

"Una mirada al interior de las fábricas

puede servir para medir lo que efectivamente se quiere decir cuando se alude a las diferencias nacionales y calibrar el valor de la experiencia en el lugar de trabajo en la creación o no de lazos solidarios" ¹².

Esta perspectiva que estudia la fábrica y la comunidad o pueblo de trabajadores organizado en torno de ella, recupera las experiencias vividas por los inmigrantes que no fueron contempladas en las crónicas oficiales de las colectividades de origen. Además al centrar el análisis en la noción thompsoniana de experiencia se reconocen las notas de pluralidad y heterogeneidad distintivas del fenómeno inmigratorio. A partir de aquí es posible avanzar en el análisis de las historias de aquellos trabajadores inmigrantes insertados en una trama social ajena a los designios de las elites extranjeras.

En esta línea se ubica también la propuesta de Diego Armus quien ya hace más de 6 años proponía un enfoque que jerarquizará "la visión de los propios protagonistas, que considere la conflictiva tensión entre las ilusiones incubadas en el lugar de origen y una realidad cotidiana que la gran mayoría de los extranjeros enfrentó con la única herramienta del trabajo y la rutina del esfuerzo" ¹³.

La documentación de tipo cuantitativo que poseemos para el estudio de la inmigración es frondosa y también es difícil acceder a la misma. Básicamente contamos con las series estadísticas argentinas sobre inmigración y emigración publicadas desde 1857 hasta 1924 por el departamento general de inmigración y con los censos Nacionales, Provinciales y Municipales. De particular interés resulta el

análisis de las células censales encontradas en el A. G. N. (Archivo General de la Nación) y que corresponden al Censo Municipal de 1855 y a los Nacionales de 1869 y 1895.

Las células contienen los datos básicos de edad, sexo, estado civil y profesión y además en el caso del censo de 1855 registra para los extranjeros el tiempo de residencia y el lugar de nacimiento ¹⁴.

Igualmente ofrecen importante información los registros eclesiásticos y civiles que aportan datos sobre nacimientos, matrimonios y defunciones. Para la ciudad de Bs. As. no contamos con documentación completa. Los archivos eclesiásticos parroquiales fueron víctimas del incendio de las iglesias en 1955.

El caso de la ciudad de Córdoba es diferente. Según Ana María Candelaresi los expedientes matrimoniales emanados de la iglesia contienen una valiosa información sobre los contrayentes y sus respectivos padres y testigos, hasta 1905, consignándose origen, edad, ocupación, trayectoria en el territorio nacional, tiempo de residencia y en algunos casos causas de migración, tipo de comunicación que mantienen con el lugar de origen, etc. A partir de 1905 se utilizaron en los registros cordobeses planillas impresas donde figura como dato base la unidad región o provincia y/o país de origen, edad, ocupación, domicilio de cada uno de los contrayentes ¹⁵.

En Argentina los estudios de la demografía histórica sobre los grupos inmigratorios han comenzado a desarrollarse ¹⁶.

En este campo, y gracias a la existencia de las fuentes recién citadas, se han abierto tres grandes filones para

la investigación. Me refiero a los estudios sobre pautas matrimoniales, patrones de residencia y cadenas migratorias y parentales. Los trabajos pioneros en este campo aparecieron en la Revista Estudios Migratorios Latinoamericanos, hace aproximadamente cinco años ¹⁷.

De los tres temas arrojados al debate, los trabajos dedicados al análisis sobre pautas matrimoniales y cadenas migratorias disponen de un repertorio documental sólido y poseen una estructura argumental más elaborada que aquellos que postulan la existencia de barrios étnicos, por ejemplo, para la ciudad de Buenos Aires, a partir de la implantación geográfica de los inmigrantes en zonas específicas de la capital ¹⁸. Por otra parte es cierto que estos estudios, en general enmarcados desde la óptica del pluralismo cultural, han contribuido a renovar el objeto de análisis incorporando, metodología y fuentes hasta ahora poco transitadas ¹⁹.

Gran parte de los estudios citados son adquisiciones del conocimiento realizadas gracias al estímulo que significó para la investigación social e histórica la instauración en nuestro país de un poder democrático a fines de 1983. Algunos repertorios documentales quedaron librados al acceso de los investigadores una vez recuperado el estado de derecho que obviamente puso límites a las prácticas intolerantes y discrecionales de algunos funcionarios públicos.

A partir de entonces se han multiplicado enormemente los estudios dedicados a analizar los resultados del impacto inmigratorio ultramarino (1880-1930) en la formación de nuestra sociedad. Hemos avanzado en varios

terrenos simultáneamente. Hay una renovación del objeto de estudio, proceso no agotado, existe un debate abierto entre asimilacionistas y partidarios del pluralismo cultural con una fuerte tendencia en algunos estudiosos a encontrar líneas de discusión convergentes²⁰.

Hay una preocupación compartida para generar espacios comunes que acerquen y conecten el amplio espectro de temáticas abordadas por los estudios de la inmigración, y en tal sentido se han organizado jornadas, congresos y seminarios²¹.

En el balance es mucho lo que se ha hecho pero, también es cierto, es mucho más lo que queda por hacer. Organizar, catalogar, intercomunicar los archivos de la inmigración es sin duda uno de los desafíos que nos aguardan. También debemos lograr combinar mejor en nuestras investigaciones fuentes de índole diversa. Pues son pocos aún los investigadores que indagaban a partir de testimonios orales u escritos como la correspondencia personal²². Para no citar el caso de la ausencia de análisis que centren su atención sobre la imagen fotográfica.

Todas, sin duda, fuentes de compleja naturaleza y difícil decodificación pero cuyo uso es imprescindible para la renovación y diversificación de nuestros enfoques y métodos.

Finalmente hay un terreno en el que hemos avanzado muy poco. Me refiero al hecho de que la historia de la inmigración no suscita aún interés en el debate público.

Ocupa su lugar en las conversaciones y reuniones familiares, se transmite anecdóticamente de padres a hijos, de abuelos a nietos. Está presente en los álbumes de recuerdos.

Sin embargo, la experiencia inmigratoria, el desarraigo, la transculturación, la asimilación, la defensa y añoranza de los orígenes, con su cuota de esperanza, frustración, logros y resignación, marcaron a fuego la Argentina por lo menos durante cincuenta largos años. Su abordaje debe trascender los reductos del mundo privado, y no sólo alimentar el debate académico, sino servir para que nuestra sociedad se reconozca públicamente en los rostros y memorias de su pasado reciente.

2 "Emigrantes españoles, la experiencia Argentina": Propuesta para la creación de un archivo documental y audiovisual a cargo de Hugo Rodino, María Freier y José Santiso. Bs. As. 1990. Agradezco a Hugo Rodino la información brindada

sobre el estado de los archivos de las instituciones de la colectividad española.

3 Tulio Halperin Donghi: "La integración de los inmigrantes italianos en Argentina. Un Comentario. En F. Devoto, G. Rosoli (eds). *La Inmigración Italiana en la Argentina*, Bs. As. edit. Biblos 1985.

4 Hilda Sábato: *El Pluralismo cultural en la Argentina: Un Balance Crítico*. Bs. As. Octubre 1988. (Mimeo). Siguen el modelo germaniano entre otros: T. Di Tella, E. Gallo, F. Korn. Siguen el modelo de pluralismo cultural: F. Devoto, S. Baily entre otros.

5 Ibid.

6 Ana María Candelaresi: "Algunas fuentes a considerar en el estudio de la inmigración a la Ciudad de Córdoba. Durante el S. XIX y principios del XX", Córdoba. Nov. 1991 (Mimeo).

7 Ema Cibotti: *La elite italiana de Buenos Aires: El Proyecto de Nacionalización del 90*. Bs. As. Junio 1989. Publicado en *Anuario* N° 14, Escuela de Historia, Facultad de Humanidades y Artes, Universidad Nacional de Rosario, Rosario. 1989/1990.

8 María Rosaria Ostuni: "L'archivio di Feditalia a Buenos Aires", en *Altretalia N° 3*, año II, aprile 1990.

9 Ema Cibotti. Op. cit.

10 Ver en esta línea: Marta Bonardo, Silvia Cragnolino y Elida Sonzogni "Discusión en torno a la participación política de los colonos santafesinos. Esperanza y San Carlos 1856-1884" en *Estudios Migratorios Latinoamericanos*, CEMLA, BS. AS., 1988 N° 9, Carina Silberstein, "Administración o política: Los Italianos en Rosario. En *Estudios Migratorios Latinoamericanos*, año 2, N° 6-7, 1987, e Hilda Sábato y Ema Cibotti: *Hacer Política en Buenos Aires: los Italianos en la escena pública porteña 1860-1880*" en *Boletín del Instituto de Historia Argentina y Americana "Dr. E. Ravignani"* N° 2 1er. semes. 1990. Alicia Mejías: "Municipio y práctica política. Rosario, a

fines del siglo XIX", UNR. 1990. MIMEO

11 Ver entre otros, R. Falcon: *Inmigración, cuestión étnica y movimiento obrero*, en *Anuario* N° 13; Universidad Nacional de Rosario, Rosario 1988.

Mirta Zaida Lobato: "Una visión del Mundo del Trabajo. El caso de los obreros de la industria frigorífica, Buenos Aires, 1900-1932" en Diego Armus (Com.): *Mundo Urbano y Cultura Popular. Estudios de Historia Social Argentina*, Editorial Sudamericana, Buenos Aires, 1990. De la misma autora "Obreros inmigrantes en la industria frigorífica 1900-1930", Bs. As., 1980 (Mimeo, en prensa).

12 Mirta Zaida Lobato y Fernando Rocchi. "Industria y Trabajadores. El valor de los archivos de fábrica como fuente documental" en *Entrepasados* N° 1 comienzos 1991.

13 Diego Armus: "Diez años de historiografía sobre la inmigración masiva a la Argentina", en *Estudios migratorios Latinoamericanos*, N° 4, año 2 Dic. 1986.

14 Ver José C. Moya: "Notas sobre las Fuentes para el estudio de la inmigración española en Buenos Aires", en *Estudios Migratorios Latinoamericanos*, N° 4, año 2. Dic. 1986. Nora Siegrist de Gentile: "El uso de las fuentes para el estudio de la inmigración española. El Censo de 1955" en Hebe Clementi (comp.): *Inmigración española en la Argentina* (Seminario 1990). Oficina Cultural de la Embajada de España, Bs. As., 1991.

15 Ana María Candelaresi op. cit. Ver también el interesante trabajo de Ofelia Pianetto y Mabel Calliari: "La inserción social de los inmigrantes españoles en la ciudad de Córdoba 1870-1914". *Estudios Migratorios Latinoamericanos*, N° 13, N° 4, Dic. 1989.

16 Ver entre otros: María Cristina Caccopardo y José Luis Moreno "Características demagógicas y ocupacionales de los migrantes italianos hacia la Argentina 1880-1930" en *Studi Emigrazione*, Roma

Notas

1 Agradezco a María Liliana Da Orden estudiosa de la inmigración española la información provista sobre el Archivo Municipal de Mar del Plata.

Nº 75. Año XXI sept. 1984 y Mario C. Nascimbene: Los italianos y la integración nacional. Historia evolutiva de la colectividad italiana en la Argentina 1835 - 1965. Bs. As. 2ª edic. ediciones Selección Editorial, 1988.

17 Ruth Seefeld de Freundlich. "La integración social de los extranjeros en Buenos Aires según sus pautas matrimoniales: ¿Pluralismo cultural o crisol de razas? En Estudios Migratorios Latinoamericanos, año 1, Nº 2, 1986.

Nora Pagano y Mario Oporto: "La conducta endogámica de los grupos inmigrantes: Pautas matrimoniales de los italianos en el barrio de la Boca en 1895", En Estudios Migratorios Latinoamericanos, año 2, Nº 4, 1986.

Samuel Baily: "Patrones de residencias de los italianos en Buenos Aires y Nueva York: 1880-1914" En Estudios Migratorios Latinoamericanos, año 1 Nº 1 1985.

Samuel Baily: "La cadena migratoria de los italianos a la Argentina, los casos de los agnoneses y tiroleses" en Devoto y Rosoli (eds). *La inmigración italiana en la Argentina*, Bs. As. Ed. Biblos 1985.

Romulo Gandolfo: "Notas sobre la elite de una comunidad emigrada en cadena: el caso de los agnoneses", en F. Devoto y G. F. Rosoli: *L'Italia nella società Argentina*, Roma, Centro Studi Emigrazione, 1988.

18 Una excepción es el trabajo de F. Devoto sobre La Boca Ver: "La emigración Ligure a un barrio de Buenos Aires", 1987. *Boletín* del Instituto "Dr. E. Ravignani" Nº 1, tercera serie, 1º semestre de 1989.

19 F. Devoto: "Las cadenas migratorias italianas, algunas reflexiones a la luz del

caso argentino", en Studi Emigrazione, vol. XXIV, Nº 87 1987.

Trabajos más recientes: Hernan Otero: "Una visión crítica de la endogamia: reflexiones a partir de una reconstrucción de familias francesas (Tandil, 1850 - 1914) en Estudios inmigratorios Latinoamericanos Nº 15-16, 1990 y Eduardo Miguez, María Argen, Mónica Bjerg y Hernan Otero, "Hasta que la Argentina nos una: reconsiderando las pautas matrimoniales de los inmigrantes, el crisol de razas y el pluralismo cultural en *Hispanic American Historical Review* 71: 4 November 1991.

20 Eduardo Miguez "Storia Dell' Inmigración e Storia Nazionale", Dibattito Altretalie, Anno II Nº 3 aprile 1990.

21 Ver en particular: Inmigración Española en la Argentina, Seminario coordinado por Hebe Clementi, con el auspicio de la Oficina cultural de la Embajada de España. Compilación de trabajos publicados en Buenos Aires a fines de 1991.

También Ver de María Inés Rodríguez: su compilación: "*Bibliografía. sobre las inmigraciones en la Argentina*", Bs. As. 1985. (Mimeo, inédito). Contiene todo lo publicado hasta la fecha. La reseña es completísima y de obvia utilidad. Un esfuerzo individual que merecería ser continuado pues es el único compendio bibliográfico que existe sobre el tema. El original se halla en poder de la autora.

22 Ver entre otros: Dora Schwarzstein: La conformación de la Comunidad del exilio republicano en la Argentina. En Hebe Clementi (Comp.). Op. cit.

Una red para proteger la memoria obrera y popular

Susana FIORITO*

"Las difíciles condiciones políticas en que las organizaciones del movimiento obrero tuvieron que desarrollar sus actividades desde su fundación hasta nuestros días son comunes para todos los países de Iberoamérica y la conservación, salvaguardia o sistematización en la custodia de la documentación generada en la actividad política, sindical y social fueron una quimera en la mente voluntariosa de los viejos militantes obreros".

Así comienza el texto del "Proyecto para la creación de un Comité de Recuperación de los archivos del movimiento obrero y sindical iberoamericano" que, en enero de 1991, la Fundación Pablo Iglesias, de Madrid, hizo llegar a medio centenar de instituciones en 17 países de América.

Motivados por esta convocatoria, 17 Centros argentinos tomaron a su cargo la propuesta de organizar una "Red de Recuperación y Protección de Archivos de los Trabajadores y de los Movimientos Sociales Argentinos", cuya reunión constitutiva se realizó en la sede de la Fundación del Sur, en Buenos Aires, el 1º de noviembre de 1991, con la presencia de 41 participantes.

La propuesta no es centralizar archivos ni unificar fondos documentales. Se intenta, sí, saber qué es lo que existe, ayudar a sistematizarlo, intercambiar información para que los ma-

teriales puedan ser consultados -siempre según las normas propias de la institución o persona que los posee- y lograr el financiamiento necesario para conservar y/o microfilmear lo que aún queda de las frágiles huellas de nuestros movimientos sociales.

Se ha elegido la forma de "Red" para conciliar autonomía de las instituciones con comunidad de esfuerzos, frente a una tarea difícil y a largo plazo: la ubicación, relevamiento, sistematización y conservación de los materiales, prácticamente a partir de cero, demandará muchos esfuerzos, paciencia e incluso harta habilidad para conseguir financiamiento.

Se ha comenzado la distribución de planillas para la ubicación de archivos y para el relevamiento de centros de investigación y documentación que se interesen y trabajen sobre la memoria de los movimientos sociales. Y

la información que publica hoy *Entre-
pasados* es una invitación a partici-
par en la *REMOS, Red de Recupera-*

*ción y Protección de Archivos de los
Trabajadores y de los Movimientos
Sociales Argentinos.*

*Para ampliarla y obtener copias de los do-
cumentos que fundamentan la Red, las
listas de instituciones convocadas así co-
mo los consensos asumidos el 1º de no-
viembre y los planes de trabajo, dirigirse
a: Susana FIORITO*

*a/c Organización de Estados
Iberoamericanos (OEI)
Austria 2549 - Planta Baja "A"
(1425) Buenos Aires - Argentina
Teléfonos: (01) 804-6370 y 804-9643
(de 9,30 a 13 hs.)
Fax: (01) 804-9643*

REMOS

**Red de Recuperación y Protección de
Archivos de los Trabajadores y de los
Movimientos Sociales Argentinos,**

Participantes en la reunión del 1-11-91
Departamento de Historia, U. N. Luján.

Centro de Investigaciones F. Filosofía y
Humanidades, (área de Historia), U. N.
Córdoba.

Instituto de Ciencias Sociales, F. de Cien-
cias Sociales, U. de Bs. As.

F. de Humanidades y Cs. de la Educación,
U. N. La Plata.

Centro de Estudios de Historia Obrera,
Carreras de Historia, U. N. Bs. As. y Rosa-
rio.

Profesorado en Historia de Instituto Supe-
rior Sagrado Corazón (Hurlingham).

Escuela Superior de Archiveros, Paraná,
Entre Ríos.

Centro de Estudios Migratorios Latinoa-
mericanos.

Centro de Investigación en Ciencias So-
ciales (CICSO).

Centro de Estudios Legales y Sociales
(CELS), área microfilmación.

Centro de Estudios sobre Arte, Educación
y Comunicaciones (CEAEC).

Centro de Estudios e investigaciones La-
borales (CEIL-CONICET).

Instituto Internacional de Estudios y Capa-
citación Social del SUR (INCASUR).

Centro Franciscano Mundo del Trabajo.

Organización Internacional del Trabajo
(OIT), Oficina de Información y Biblioteca
de Buenos Aires.

Biblioteca del Congreso de la Nación, Sis-

tema de reprografía y grupo de investiga-
ción sobre J. D. Perón (observadores).

Ministerio de Trabajo, Biblioteca (obser-
vador).

Centro de Estudios y Formación Sindical
(CEPS).

Centro de Estudios Laborales (CEL).

Instituto Rioplatense de Estudios Sociales
y Ateneo José Enrique Rodó (IRES) (La
Plata).

Biblioteca Popular Juventud Moderna (Mar
del Plata).

Centro de Documentación Eva Perón, de
la CGT.

Sindicato de Empleados del Tabaco (Bs.
As.).

Fundación Karakachoff.

Fundación del Sur.

Fundación Simón Rodríguez.

Fundación Otra Historia.

Fundación Memoria Histórica y Social Ar-
gentina.

Fundación Pedro Milesi.

Fundación DIL.

Entrepasados. Revista de Historia.

En forma personal: Silvio Feldman, Oscar
Troncoso, Víctor García Costa, Carlos Gus-
tavo Roux.

Adhesiones escritas y telefónicas: Archi-
vo Histórico de la Municipalidad de Santa
Rosa, La Pampa.

Centro Interdisciplinario de Estudios Re-
gionales, F. de Filosofía y Letras, U. N. de
Cuyo.

Prof. Vilma Paura, Carrera de Historia, U.
N. de la Patagonia.

Pehesa (Programa de Estudios de Histo-
ria Económica y Social Americana) del CI-
SEA.

CIESAL (Centro Interdisciplinario de Es-
tudios Sociales sobre América Latina) U.
N. Rosario.

Auspicio de la Delegación Regional de la
Organización de Estados Iberoamerica-
nos.

la información que publica hoy *Entre-
pasados* es una invitación a partici-
par en la REMOS, Red de Recupera-

*ción y Protección de Archivos de los
Trabajadores y de los Movimientos
Sociales Argentinos.*

*Para ampliarla y obtener copias de los do-
cumentos que fundamentan la Red, las
listas de instituciones convocadas así co-
mo los consensos asumidos el 1º de no-
viembre y los planes de trabajo, dirigirse
a: Susana FIORITO*

*a/c Organización de Estados
Iberoamericanos (OEI)
Austria 2549 - Planta Baja "A"
(1425) Buenos Aires - Argentina
Teléfonos: (01) 804-6370 y 804-9643
(de 9,30 a 13 hs.)
Fax: (01) 804-9643*

REMOS

Red de Recuperación y Protección de Archivos de los Trabajadores y de los Movimientos Sociales Argentinos,

Participantes en la reunión del 1-11-91
Departamento de Historia, U. N. Luján.

Centro de Investigaciones F. Filosofía y
Humanidades, (área de Historia), U. N.
Córdoba.

Instituto de Ciencias Sociales, F. de Cien-
cias Sociales, U. de Bs. As.

F. de Humanidades y Cs. de la Educación,
U. N. La Plata.

Centro de Estudios de Historia Obrera,
Carreras de Historia, U. N. Bs. As. y Rosa-
rio.

Profesorado en Historia de Instituto Supe-
rior Sagrado Corazón (Hurlingham).

Escuela Superior de Archiveros, Paraná,
Entre Ríos.

Centro de Estudios Migratorios Latinoa-
mericanos.

Centro de Investigación en Ciencias So-
ciales (CICSO).

Centro de Estudios Legales y Sociales
(CELS), área microfilmación.

Centro de Estudios sobre Arte, Educación
y Comunicaciones (CEAEC).

Centro de Estudios e investigaciones La-
borales (CEIL-CONICET).

Instituto Internacional de Estudios y Capa-
citación Social del SUR (INCASUR).

Centro Franciscano Mundo del Trabajo.

Organización Internacional del Trabajo
(OIT), Oficina de Información y Biblioteca
de Buenos Aires.

Biblioteca del Congreso de la Nación, Sis-

tema de reprografía y grupo de investiga-
ción sobre J. D. Perón (observadores).

Ministerio de Trabajo, Biblioteca (obser-
vador).

Centro de Estudios y Formación Sindical
(CEPS).

Centro de Estudios Laborales (CEL).

Instituto Rioplatense de Estudios Sociales
y Ateneo José Enrique Rodó (IRES) (La
Plata).

Biblioteca Popular Juventud Moderna (Mar
del Plata).

Centro de Documentación Eva Perón, de
la CGT.

Sindicato de Empleados del Tabaco (Bs.
As.).

Fundación Karakachoff.

Fundación del Sur.

Fundación Simón Rodríguez.

Fundación Otra Historia.

Fundación Memoria Histórica y Social Ar-
gentina.

Fundación Pedro Milesi.

Fundación DIL.

Entrepasados. Revista de Historia.

En forma personal: Silvio Feldman, Oscar
Troncoso, Víctor García Costa, Carlos Gus-
tavo Roux.

Adhesiones escritas y telefónicas: Archi-
vo Histórico de la Municipalidad de Santa
Rosa, La Pampa.

Centro Interdisciplinario de Estudios Re-
gionales, F. de Filosofía y Letras, U. N. de
Cuyo.

Prof. Vilma Paura, Carrera de Historia, U.
N. de la Patagonia.

Pehesa (Programa de Estudios de Histo-
ria Económica y Social Americana) del CI-
SEA.

CIESAL (Centro Interdisciplinario de Es-
tudios Sociales sobre América Latina) U.
N. Rosario.

Auspicio de la Delegación Regional de la
Organización de Estados Iberoamerica-
nos.

Reseñas y Comentarios de Libros



The Invention of Argentina.

de Nicolás Shumway

University of California Press, Berkeley. 1991. 325 pág.

The Invention of Argentina ofrece una lectura del fracaso nacional de la Argentina, un tópico doloroso y atractivo, inocultable, necesario y también riesgoso toda vez que en torno a él parece ir dibujándose un nuevo abanico de mitos. Shumway abre con esa poco original pregunta de "¿Que pasó?". Como no podía ser de otro modo -al final de cuentas se trata de un libro producido en el mundo académico norteamericano-, Shumway recorre las respuestas que se han ofrecido a este tópico para terminar anunciando lo que cree es su propia y original contribución.

Shumway no centra su lente en esa paradójica incapacidad argentina de utilizar satisfactoriamente sus riquezas naturales y sus potencialidades humanas (un comentario sin duda ingenuo que parece asumir que la existencia de tales elementos es condición suficiente para evitar el fracaso). Tampoco presta atención a esas otras supuestamente estratégicas explicaciones de la "cuestión argentina" en función de la herencia de las estructuras coloniales, la irresponsable clase alta, el mesianismo demagógico, la reaccionaria iglesia católica, la conspiración comunista, las omnipotentes multinacionales... Shumway ha puesto el acento en la inaptitud argentina de modelar un ideal nacional unificador basado en un pluralismo consensuado. Esta incapacidad es el resultado del legado ideológico triunfante

del siglo XIX, un legado que tiene en la exclusión su razón organizadora y en el consenso y el compromiso dos recurrentes ausencias.

The Invention of Argentina discute esta mitología de la exclusión con el recurso de las ficciones que han guiado la gestación de un sentido de nacionalidad. Estas "guiding fictions", dice Shumway, son tan artificiales como las ficciones literarias. Pero tal artificialidad no disminuye su importancia al momento de ofrecer a los individuos y las colectividades un sentido de nación, una identidad colectiva. Shumway se propone, entonces, recorrer las "guiding fictions" que emergen de los textos de escritores claves entre 1808 y 1880. El período elegido es visto como fundante de los desarrollos posteriores, desde fines del siglo XIX y a través de todo el siglo XX. No se trata de una exhaustiva recorrida por la historia intelectual argentina, ni de las influencias europeas en el pensamiento argentino. Tal como lo reconoce su autor -no queda claro si por cortesía o a conciencia- se trata de un libro escrito para el mercado norteamericano o, por lo menos, para un público no muy familiarizado con los avatares de la historiografía argentina.

The Invention of Argentina está armado en torno a 10 capítulos que se tienen en los textos de Moreno, Artigas, Hidalgo, Rivadavia, Alberdi, Sarmiento, Mitre, Andrade, Mansilla, Her-

nández. Abre con un exámen del legado colonial en Argentina y cierra con otro referido a la emergencia de una suerte de nacional-populismo intelectual que desafiará las dominantes "guiding fictions" gestadas en la tradición liberal.

Cuando discute a Moreno, Shumway encuentra una suerte de paradigma de las contradicciones que recorren el pensamiento argentino, ésto es, el uso de la retórica de la libertad y la igualdad pero en manos de un grupo iluminado (42).

En Hidalgo -y también de algún modo en Artigas-, Shumway descubre la semilla de una "guiding fiction" alternativa a la liberal que, en clave populista, se ha propuesto contrabalancear el discurso de exclusión que domina en los enfoques más liberales. Así, mientras Artigas insiste en la inclusión de todos los americanos nativos (61), Hidalgo piensa al gaucho no sólo como un cabal representante de las clases bajas sino también como el espíritu de una nación adolescente que desafía a Europa y apuesta por su propia identidad (77).

Para Shumway Rivadavia resume tanto los perfiles del prototipo de las aspiraciones liberales que recorren la experiencia argentina como un ejemplo pionero de sentimiento antipopular, exclusivismo y dependencia cultural (111).

Cuando discute la generación del 37 Shumway afirma que en el esfuerzo por definir un programa para la nación moderna Echeverría, Sarmiento y el primer Alberdi han desarrollado una suerte de género armado en torno a un discurso explicativo del fracaso nacional, género que estará destinado a perdurar como un elemento constitutivo de la vida intelectual ar-

gentina. En ese programa pensado como herramienta de superación de las falencias de la democracia inorgánica, los blancos a atacar han sido el problema de la tierra, la herencia española y la inadecuada composición racial de las masas rurales argentinas (133). Se trata de una retórica de la polaridad, donde no hay lugar para los compromisos o las inclusiones, una retórica donde las soluciones se asocian inevitablemente a la exclusión de una de las partes del conflicto (167).

Shumway registra los cambios del último Alberdi, distanciado del tronco liberal y dispuesto a encontrar en los otrora obstáculos al progreso -gauchos, caudillos y herencia española- los recursos necesarios para construir la nación- (184).

Mitre es discutido a través de su aporte a la definición del panteón liberal, un producto de la épica que enfrenta la civilización con la barbarie. Pero el panteón mitrista no es otra cosa que una mirada al pasado que debe sustentar cualquier esfuerzo por modelar el futuro (193-194) y también un recurso legitimador del rol del pensador-escriptor-político-militar (194) como agente ilustrado capaz de interpretar los deseos del pueblo (196).

Luego viene un exámen de lo que Shumway describe como los orígenes del nacionalismo. En tanto respuesta perdidosa frente a las "guiding fictions" del liberalismo, esta suerte de populismo decimonónico trabaja a contracorriente de los discursos de la exclusión. Así, Shumway encuentra en el último Alberdi, Guido Spano, Andrade, Mansilla y Hernández ejemplos de una "guiding fiction" alternativa, de mayor consenso e inclusión. Entre los temas que recorren esta lectura nacionalista están las tensiones

que circulan entre la experiencia histórica del Interior y la de Buenos Aires (221), la reivindicación de los caudillos como hombres de su época en un momento inicial de la vida nacional (233), un más abierto latinoamericanismo, inspirador en parte del *Arielismo* de Rodó (247), una reivindicación de la herencia hispana (245) y de las posibilidades que el cruce racial latinoamericano, hijo de indios, negros y zambos, brindaba al progreso (247). Y es examinando algunos textos de Mansilla y Hernández que Shumway discute en detalle el último de esos tópicos. Mansilla ve en gauchos e indios a los verdaderos hijos del país; ellos son a un mismo tiempo sujetos y objetos de la civilización y la modernización (260). Ese doble perfil, en verdad una tensión que acerca este nacionalismo a algunas de las "guiding fictions" del liberalismo, también aparece -aunque con matices que cambian con el tiempo- en Hernández. En *El Gaucho Martín Fierro* Shumway ve un esfuerzo de dignificación del gaucho, una figura de resistencia (268). El Hernández de *La Vuelta de Martín Fierro* ofrece una segunda lectura del gaucho, ahora un sujeto social que parece haber encontrado su lugar en una sociedad agrícola en expansión (287). Y, a diferencia de un Mansilla más inclusivo, este Hernández no encuentra lugar alguno para los indios (290).

The Invention of Argentina es un libro que no trae grandes novedades para el público argentino. Diría que es un trabajo convencional, que no ha sabido incorporar muchos de los atractivos y promisorios recursos de la última historia intelectual, ahora tan en boga. Shumway insiste de un modo no muy renovado en trabajar con rigidez por momentos exasperante los li-

najes liberal y nacionalista de la historia intelectual argentina. Es cierto, *The Invention of Argentina* no tiene el fervor partidista de los libros que sobre el tema se han escrito en los años sesenta. Con todo el autor no logra disimular su fascinación por el linaje nacional-populista.

Por momentos el libro parece recortarse como un manual de historia política que no logra ir más allá de un relato de hechos conocidos, a veces con sorprendente falta de actualización. Si se espera un análisis de los textos más a la manera de lo que gustan los críticos literarios, el libro tampoco es especialmente inquietante y novedoso. El recurso de las "guiding fictions" es atractivo aunque Shumway parece no haber logrado usarlo con mesura; por ésto, y a pesar de las aclaraciones del prefacio, esas "guiding fictions" se recortan como elementos transhistóricos que además de perdurar por décadas tienen una actualidad sorprendente. Así los estilos morenistas de eliminación del enemigo habrían sido una necesaria "guiding fiction" de las horrosas prácticas de la guerra sucia (40, 205), El *Argos* de Rivadavia es el *Sur* de Victoria Ocampo (87), Rosas es el antecedente de Perón y Evita y la Mazorca de los grupos paramilitares (120), la explicación del caudillismo ofrecida por Sarmiento resuena en la que hizo el *Che Guevara* sobre el fidelismo (151), reconsiderando la herencia hispana, católica y nacionalista el último Alberdi anuncia algunos contenidos claves del peronismo (184), Andrade y Hernández son anticipos del discurso liberador terciarista (222), Guido Spano vio en el Brasil de la guerra del Paraguay lo que los nacionalistas posteriores vieron en los ingleses, la CIA, o la Comisión Trilateral (244).

Estas irritantes conexiones sólo se explican en función del tipo de preocupaciones que Shumway tuvo al escribir su libro. *The Invention of Argentina* coquetea no sólo con la idea de trabajar aspectos de la "mentalidad argentina" del siglo XIX sino también con sus persistencias en el presente (xii). Si algunas de sus observaciones son sugestivas (40, 166, 167) la pretensión de explicarlas a través de los textos elegidos es decididamente peregrina. No es sólo un problema de la rigidez con que trabaja a cada uno de estos intelectuales, de los textos en sí, o de su inconfesada atracción por el linaje nacional-populista; es en gran medida una consecuencia de ese estilo de análisis que cree encontrar en el discurso claves suficientemente explicativas de la experiencia histórica. Por ello, una y otra vez, Shumway se las ingenia para situar el fracaso argentino en el marco de otro fracaso, cual es la incapacidad argentina de modelar a lo largo del siglo XIX una "guiding fiction" que enfatizara las soluciones consensuadas. Al final *The Invention of Argentina* queda prisionero de su estrategia discursiva, dejando en el camino aspectos obvios -

obvios incluso para la validación de su lectura- de otro fracaso aún más determinante como ha sido el de una elite política e intelectual que no ha sabido o querido crear una efectiva forma de gobierno representativo.

En años en que las ideas políticas y los textos parecen destinados -no se sabe por cuánto tiempo- a explicarlo todo, incluso la emergencia de las naciones, *The Invention of Argentina* es una de las más recientes contribuciones norteamericanas en ese campo y probablemente no de las más felices. Escrito por un profesor de literatura hispanoamericana en la Universidad de Yale el libro parece estar ofreciéndose al mercado universitario norteamericano como un manual de historia de la cultura argentina. Si entre sus méritos está el de tener una prosa ágil, que a logrado evitar la jerga pesada y frecuentemente oscura de los profesionales de la historia intelectual y de la crítica literaria, *The Invention of Argentina* no trae novedades interpretativas que debieran llamar la atención del lector argentino, al menos de aquél que no se ha quedado en la década del setenta.

Diego Armus

Alberto Ghirardo: anarquismo y cultura

de Hernán Díaz

Buenos Aires, Centro Editor de América Latina, 1991, 126 págs.

Este libro está dedicado a revivir sobre todo un fragmento significativo

de la vida de Alberto Ghirardo, el conocido escritor adscripto al anarquismo

mo quien alcanzó cierta notoriedad en la primera década del siglo. Amigo de Rubén Darío y frecuentador de la bohemia porteña a la que contribuyó a conformar, su inscripción literaria en el modelo parnasiano arrojó resultados desparejos.

Sin embargo, sus convicciones a favor de la transformación social radical, a cuyo servicio puso esencialmente la producción literaria, sobrepasan las limitaciones estilísticas para dar lugar a un compromiso despojado con la causa de los sectores subalternos, posición ésta que le valió cárceles y destierros.

Díaz realiza un buen análisis de la creación literaria de Ghirardo, muestra sus flaquezas y contextualiza el modelo literario al cual responde con toda pericia. Pero en materia propiamente biográfica nos entrega un recorrido conocido -en gran medida reconstruido por Héctor Cordero en su "Alberto Ghirardo. Precursor de nuevos tiempos"¹ dejando en blanco algunas cuestiones que permanecen sin siquiera ser rozadas por este nuevo biógrafo. ¿Por qué Ghirardo consiguió, tan joven y casi un desconocido -un tránsito libre en el diario "La Nación" publicando allí sus poemas que le permitieron un lanzamiento en el campo intelectual? No se trata de descender a "mordacidades in conducentes", o en términos más directos, a la chismografía estéril que nada agrega al curso histórico. Lo cierto es que han menudeado desde siempre las conjeturas en torno de la filialidad de Ghirardo y es un secreto a voces la imputación paternal al propio Bartolomé Mitre.

De cualquier manera no se trata de pedir a Díaz que revele la verdad sobre este aspecto oscuro de su biografía, aunque sí llama la atención que no coloque en discusión esta circunstancia que podría dar luz sobre las razones de la protección que este diario brindó a quién ideológicamente estaba en la vereda de enfrente. Se podrá argumentar que la atmósfera del período se imponía y que hasta "La Nación" tenía que hacer un lugar a la "cuestión social" desde la literatura - algo que realmente ocurrió- pero no parece suficiente cuando se trata del largo amparo que prodigó a Ghirardo. Sin duda es ésta una cuestión que Díaz nos debe.

También nos quedamos con ganas de saber más sobre los itinerarios español y chileno de nuestro militante, habida cuenta de la carencia de información sobre esos periplos.

Del pasaje por España, Díaz nos relata muy rápidamente el éxito teatral, la buena acogida de su obra en el ambiente intelectual pero poco nos informa sobre otros aspectos de su vida - apenas telegráficamente nos pone al tanto de algunas circunstancias personales. Hubiéramos querido conocer cómo se desarrolló el vínculo con Benito Pérez Galdós quien seguramente le fue entrañable una vez que lo constituyó en su albacea. Por otra parte, si es cierto que Ghirardo renunció a expresar de viva voz su anarquismo en la Península, algo irreprimible ocurrió una vez que fue deportado, aunque consiguió regresar nuevamente de España sólo saldrá en vísperas de la Guerra Civil. El pasaje ideológico-político del escritor durante

¹ Héctor Cordero, "Alberto Ghirardo. Precursor de nuevos tiempos", Buenos Aires, Claridad, 1962.

más de una década -sin duda intensa- queda aún críptico. Otro tanto ocurre con la permanencia en Chile, en donde morirá después de doce años de residencia. Hasta donde sabemos, no se desconectó de la adhesión doctrinaria y hubiera sido una gran contribución si Díaz nos hubiera reconstruido ese fragmento último de Ghirardo que todavía no ha encontrado narrador.

Es cierto que quien investiga se ve compelido a limitar el sujeto hasta donde sus reales posibilidades alcanzan, y pensemos en las dificultades del trabajo de investigación en

nuestro país. Pero teniendo en cuenta que el texto de Díaz está deliberadamente centrado en reconstruir las vinculaciones entre el eje ideológico y el escritor -en el recorrido doctrinario que condiciona y hasta secundariza la labor del poeta y del teatrólogo-, la reconstrucción más completa de la vida de Ghirardo hubiera constituido un aporte inestimable. De todas maneras el libro de Díaz enriquece el conocimiento de las relaciones entre anarquismo y cultura en nuestro medio, vínculo instigante que felizmente se ha abierto a nuevas interpretaciones.

Dora Barrancos

Mundo urbano y cultura popular

Diego Armus, compilador

Estudios de Historia Social Argentina, Ed. Sudamericana, 1990, 361 pàgs.

Definimos lo urbano como el espacio de luchas y crecimiento de distintos grupos humanos que le otorgan una dimensión espiritual y ordenan lo material, con la finalidad de perpetuarse en el futuro. Dentro de los límites del ámbito urbano, encontramos que, la problemática laboral, los problemas habitacionales, las carencias alimentarias y las dificultades para acceder a la educación formal, son motivo de luchas violentas y silenciosas, en las que participan diferentes grupos sociales que integran y habitan un espacio compartido. En ese espacio, se

desarrollan y organizan los sectores populares, tratando proyectarse en un futuro del que no participarán sino a través de la materialidad de sus rasgos y la difusión de sus ideas.

Los breves ensayos que componen el texto arriba mencionado abarcan el período correspondiente a la segunda mitad del s. XIX y los primeros treinta años del presente. Temáticas distintas, acerca de la vida urbana y la cultura popular constituyen el contenido del volumen.

Creemos que esta forma historiográfica

ca abre posibilidades al investigador para difundir hipótesis de trabajo, sometiendo sus resultados al análisis y la comparación con otros estudiosos que, preguntándose acerca de los mismos temas los abordan desde perspectivas y disciplinas diferentes.

El resultado de estas experiencias integradoras ayudan también a compartir el a menudo, solitario, camino de la investigación.

Recordamos cuando años atrás, se recogían de textos como "*Niveles de cultura y grupos sociales*", (Siglo XXI, 1977), diferentes opiniones sobre una misma temática, enfocada interdisciplinariamente, en un lugar común donde convergían el oficio y la experiencia de historiadores como DUBY, Le Goff, Vilar, entre otros, junto a los trabajos de sus discípulos. ¿Hemos arribado en la Argentina, a la etapa de la construcción de una "historiografía de lo urbano", generosa y abierta, para quienes se interesen por su investigación?

En el primer trabajo, Barrancos aborda el tema del discurso anarquista sobre la sexualidad. Trabajo original, de amena lectura, del que se deduce que el discurso anarquista apuntaba a socavar las bases culturales, más allá del ámbito público. Los ejemplos utilizados, demuestran el principismo moralista de algunos autores, aunque aceptan el principio libertario para amar. Barrancos marca la diferencia temática del discurso a partir de la década de 1920, donde entre otros temas, se destaca la preocupación por el control de la natalidad.

Siguiendo la organización del texto, a través del trabajo de Luis A. Romero, podemos conocer las orientaciones y gustos literarios de los sectores me-

dios y populares urbanos en el período entre guerras, como así también los esfuerzos editoriales de la época tratando de ampliar el público lector, mediante tirajes baratos, con la doble intencionalidad de comprometerlo con la realidad pero sin descuidar el entretenimiento.

Mazziotti relaciona el crecimiento de la industria editorial, especializada en revistas teatrales con el auge que tuvo el género teatral, sobre todo el sainete criollo, desde fines del siglo pasado. Este análisis nos lleva a comprender el éxito de la revista *Bambalinas*, campo de discusiones, según Mazziotti, entre autores y actores, debido a las quejas de los primeros, que decían sentirse presionados a escribir para determinados actores, convertidos en verdaderas figuras populares.

La inquietud asociacionista en la Ciudad de Buenos Aires, en la década del '20, es el tema abordado por Ricardo González. La heterogeneidad social en los barrios, la espontaneidad para la asociación con la finalidad de dirimir problemas "regionales" de cada barrio, espontaneidad que luego se institucionalizará a través de sociedades de fomento, bibliotecas populares, etc. son analizados en este trabajo, especialmente el desarrollo del fomentismo en el barrio Nazca.

Devoto y Fernández, plantean en forma comparativa aspectos de los inmigrantes españoles e italianos, reflexionando acerca de las relaciones internas a cada grupo, y su vinculación con la comunidad en la que se insertaron.

Justifican la utilización de la categoría "grupo étnico" en lugar de la de inmi-

grante. Consideran que desde 1850 en adelante comienza a desarrollarse en la Argentina el mutualismo de base étnica.

Para una mejor comprensión del contenido restante del volúmen que comentamos y circunscriptos a pocas líneas, agruparemos los trabajos restantes según la línea argumental.

El problema del déficit habitacional urbano, es abordado en los trabajos de Armus - Hardoy y en el de A. Ballent.

El primero de ellos, "*Conventillos, ranchos y casa propia en el mundo urbano del novecientos*", está referido al problema de la vivienda en la ciudad de Rosario. Debido al crecimiento demográfico en la época estudiada y a modificaciones en la estructura de servicio, crecen barrios periféricos, pero que no definen el perfil de la ciudad. (pág. 160). Soluciones transitorias al problema de la vivienda, como conventillos, vivienda unifamiliar, ó el subalquiler, se relacionan con la inestabilidad laboral de los sectores populares.

Anahí Ballent, describe como desde la Iglesia Católica, se aborda el tema de la vivienda popular, con la finalidad de lograr la integración de los sectores populares, para poder disciplinarlos según las prácticas católicas. A partir de la fundación de la Unión Popular Católica Argentina, en 1919, y de la puesta en marcha de una Gran Colecta Nacional, de cuya recaudación se sacarían fondos destinados, entre otras cosas, a la construcción de viviendas populares, la Iglesia Católica comenzó una serie de construcciones en distintos barrios de la ciudad de Buenos Aires.

Los siguientes ensayos están referidos a temas relacionados directamente con el trabajo. Hilda Sabato y Luis A. Romero, verifican las modificaciones producidas en la organización de la producción desde mediados de la década de 1860 y aún con mayor gravitación en la de los setenta. Estos cambios iban desde la extensión de la jornada laboral, hasta el control del tiempo de realización de la tarea, hechos que alterarán la relación entre los trabajadores calificados y los que no lo eran. También se produce una transformación respecto a la percepción de la figura patronal. El desplazamiento del "maestro-patrón", dió paso a la del patrón empresario (pág. 245).

Suriano plantea el problema existente para abordar el tema acerca del trabajo infantil en la ciudad de Buenos Aires, por falta de fuentes cuantitativas y cualitativas. El autor deja evidencia que una de las causas de inserción del niño en el mundo de trabajo, se debió a dificultades económicas familiares. Esto fue suficiente motivo para que muchos niños ingresaran en el mercado laboral, abandonando la escolaridad para aprender un oficio. El aprendizaje en talleres ó fábricas, la mayoría de las veces no era remunerado.

Los oficios en los que se ocupaba a los niños, abarcaron un abanico de actividades: textiles, limpieza de maquinarias, confecciones, industria fosfera, y otras, destacándose la división del trabajo según las diferencias de sexo, como en el trabajo de los mayores. En cuanto a las condiciones de trabajo, reproducían las de los mayores.

María del Carmen Feijoó en "Las tra-

bajadoras porteñas", describe, cuántas y cómo eran las trabajadoras de la ciudad de Buenos Aires, en el período entre 1890 a 1914.

A través del trabajo, y según conclusiones de la autora, el mito existente de las mujeres trabajadoras porteñas en fábricas o talleres de costura, no se corresponde con los cuadros estadísticos empleados por Feijoó. En dichos cuadros se puede apreciar, cantidad de mujeres trabajadoras porteñas en diferentes establecimientos y fábricas, así como la participación femenina en establecimientos industriales.

Lobato, en "Una visión del mundo del trabajo: el caso de los obreros de la industria frigorífica, Berisso, 1900-1930", plantea el crecimiento del capital monopolístico u oligopolístico en la Argentina en el rubro frigorífico. Observa como se organiza la producción basada en una estricta división del trabajo, con la finalidad de explotar al máximo la optimización para lograr mayor producción. A través de la lectura, se puede conocer, quienes y en qué proporción integraban la fuerza de trabajo, cantidad de mujeres y menores empleados, la organización de la labor, como así también el espacio donde se desarrolla la tarea.

Por último el trabajo de Ricardo Falcón, aborda la visión que los trabajadores de Buenos Aires y Rosario, tenían, acerca de la relación existente en-

tre ellos, la patronal y el Estado.

Falcón plantea la existencia de dos etapas que caracterizan a la cultura del trabajo urbano: la primera, desde 1860 a 1900, la que se caracteriza por la autodisciplina del trabajo, y la segunda, desde 1900 a 1914, donde el rechazo al trabajo es la tendencia que predomina.

El trabajo plantea la existencia de una tendencia antagónica, en cada una de las etapas mencionadas, la actitud que los obreros tienen hacia el Estado y la patronal, que se modifica según los cambios estructurales del país.

Debemos decir que ha resultado difícil sustraerse a la tentación de comentar más explícitamente cada uno de los trabajos que integran el texto, ya que para poder tener una visión totalizadora del mundo urbano-cultural del período que se describe, no se puede soslayar la lectura de los diferentes aspectos que se narran. Sí podemos afirmar, que para aquellos lectores, que deseen conocer o ampliar su información sobre un tema particular de los que el libro plantea, le resultará de suma utilidad, mientras que por otra parte, la lectura de la totalidad de los trabajos, abre nuevos caminos para quienes abordan por primera vez esta temática y posibilita hacerse nuevos planteos.

María Victoria Grillo

Latinoamérica: enseñanza de la historia, libros de textos y conciencia histórica

Michael Riekenberg, compilador

Alinza Editorial/FLACSO/Greog Eckert Institut. Buenos Aires, 1991, 211 págs.

Que la historia que se enseña en la escuela primaria y media no es interesante ni actualizada en enfoques y contenidos, que su codificación curricular reconoce sedimentadas intencionalidades políticas, es un lugar común entre practicantes de la historia y de la educación, entre docentes y alumnos. Esta convicción, armada con fragmentos de experiencias personales muchas veces organizadas por el popular par historia oficial / otra historia, no ha generado una masa crítica de investigaciones que nos permita pensar sistemáticamente la reforma de la enseñanza de la historia. En los últimos años, sin embargo, se iniciaron una serie de investigaciones llevadas a cabo en su mayor parte por especialistas en educación preocupados por la calidad de la educación argentina. La centralidad del problema de la calidad de la educación es un fenómeno reciente, no exento de ambigüedades y controversias. Se enfatice su papel en el mejoramiento de la competitividad global de las economías o se ponga el acento en su vinculación con la democratización en el acceso al conocimiento, lo cierto es que la cuestión de la calidad ha pasado al primer plano. Aunque el concepto mismo de calidad sea poco preciso y controvertido, no parece haber dudas acerca de una de sus acep-

ciones básicas, la que relaciona la calidad de ciertos contenidos con parámetros derivados de las formas superiores de organización de los conocimientos, identificados con los desarrollos de la investigación científica. De esta primera aproximación puede derivarse una estrategia de abordaje de los problemas de la calidad de la enseñanza en los niveles primario y medio, que radica en confrontar las codificaciones básicas de los contenidos escolares, esto es, los programas oficiales y los textos escolares, con la producción científica. En el caso de la historia, esta plausible estrategia se complica con la constatación de que de la historia no se espera principalmente (o no se espera en absoluto) que provea un conjunto de conocimientos y métodos que permitan configurar una imagen compleja del pasado, sino que la enseñanza de la historia ha sido diseñada desde su institucionalización en la escuela como módulo básico, aunque no exclusivo, de la educación patriótica.

De la enseñanza de la historia nacional tal como aparece expuesta en los textos escolares trata el libro que comentamos. Producto de un simposio organizado por la FLACSO y el Instituto Georg Eckert para la investigación de libros de texto, once ponencias, reelaboradas y completadas para su

edición, procuran "reunir información sobre cuáles son las interpretaciones y sentidos que se le adjudica a la historia latinoamericana en la conciencia histórica oficial de cada país, tal como la documentan los textos de enseñanza; (...) conocer las percepciones y juicios inherentes a este tipo de visión histórica, así como establecer qué relaciones existen entre este enfoque de la historia y la política cultural en cada uno de los países latinoamericanos." Los autores, latinoamericanos y alemanes, nos proporcionan un panorama general de varios casos nacionales (México, Colombia, Venezuela, Argentina) acerca de la evolución de la enseñanza de la historia tal como se manifiesta en los textos escolares. Un par de trabajos sobre aspectos más generales implicados en la enseñanza de la historia y un artículo final sobre Latinoamérica en los libros de texto de la República Federal de Alemania completan esta selección.

Como hemos señalado, los textos escolares constituyen la fuente principal. Los manuales escolares se muestran como objetos privilegiados para el acceso a los problemas de la enseñanza de la historia. El uso de la historia como instrumento para la creación de una conciencia nacional es una intención explícita en muchos textos escolares. Tanta transparencia en los propósitos puede ocultar la trama de relaciones en la que los textos se piensan, se producen, se autorizan, se leen, se aprenden. Una aproximación lineal en la que el texto escolar organiza y transmite una voluntad nacional-estatal unívoca que es recibida y aceptada sin interferencias por los alumnos no es ajena a alguno de los artículos. En el artículo de Hans J. Puhle sobre Política de desarrollo y nacionalismo en América Latina en el

siglo XX se manifiesta esa aproximación.

Puhle se ha propuesto "efectuar un análisis comparativo de las clases de historia y los libros de historia con el objeto de buscar los factores que impulsan y los que inhiben el desarrollo en las mentes de la gente."

Intenta entonces establecer si lo que suele rotularse como "nacionalismo" en clases y textos de historia cumple en América Latina funciones "progresistas" o inhibitorias del desarrollo. Parte de un esquema, por otro lado conocido, que busca en la persistencia de hábitos, costumbres, mentalidades o preconceptos, las razones que explican las dificultades del desarrollo en América Latina. Un análisis de las instituciones de socialización y los textos iluminarían los mecanismos, de cuya efectividad política no duda, que perpetúan estereotipos o concepciones obsoletas. De esta confianza en la capacidad de la escuela y de los textos para generar una conciencia nacional que producirá inmediatos efectos sociales y políticos, puede deducirse un modelo de intervención sencillo y presumiblemente exitoso. Se trataría simplemente de reemplazar concepciones retardatarias por otras que se ajusten a los imperativos del desarrollo. Quién, cómo y con qué razones define dichos imperativos son preguntas sin respuesta clara en el artículo. No obstante, Puhle brinda algunas indicaciones ilustrativas. Señala que para lograr el desarrollo de las naciones del tercer mundo y reducir su dependencia, es necesario formar coaliciones amplias que sostengan dichos objetivos. En esta tarea la ideología y la retórica nacionalista pueden ser muy útiles. De estas proposiciones se deriva una clara misión para la enseñanza de la

historia, consistente en apuntalar y brindar elementos a dicha ideología nacionalista.

Los trabajos sobre los casos nacionales de Venezuela, México y Colombia procuran establecer una periodización, ilustrando desarrollos similares en sus rasgos generales con tiempos y trayectorias diferenciadas. Dos momentos revisten interés especial. El primero es el de la institucionalización de la enseñanza de la historia nacional como elemento clave para fundar una identidad nacional-estatal. El segundo es el del impacto sobre los textos escolares de la difusión de nuevas corrientes historiográficas, ligadas a la expansión y modernización del sistema universitario.

El papel de la historiografía moderna en la erosión de la legitimidad de los relatos e interpretaciones de los manuales tradicionales no es un proceso cerrado ni ha transitado por carriles siempre pacíficos. Así lo testimonian los trabajos de Germán Colmenares y Hans König sobre el caso colombiano, donde la Academia Nacional de la Historia, los "caballeros andantes del patriotismo", protagonizaron una virulenta polémica contra textos escolares que, en opinión de uno de los académicos más recalcitrantes, "dejan muy mal a España, y a sus hijos más directos, los criollos, en favor de mulatos e indios... se inculca odio a los próceres, a los españoles, a los criollos y se exalta la fuerza aún por explotar (el imperio por venir) de los indios, negros y mulatos."

Otro problema tratado es el de las categorías que organizan la presentación de la historia en los textos escolares. El recurso a la personalización, la apelación al carácter moral y a la acción de individuos extraordinarios aparece como modo de explicación

dominante en los manuales. La funcionalidad política de este abordaje parece evidente, como lo muestra el trabajo de Michael Riekenberg sobre la presentación del tema de los caudillos y el caudillismo en los textos escolares. Después de una prolija recorrida por las interpretaciones y usos del caudillismo en América Latina, Riekenberg se detiene sobre la relación entre los textos escolares y los problemas que la investigación histórica plantea acerca del fenómeno caudillista. Constata la distancia entre los dos niveles, señalando que los textos escolares no tratan del caudillismo sino que se refieren a los caudillos como personajes históricos singulares. Si bien atribuye a factores extracientíficos el peso principal en la vigencia de este enfoque, reconoce un papel significativo a la complejidad y heterogeneidad del fenómeno caudillista y a la diversidad de teorías e interpretaciones. Sugiere entonces la necesidad de elaborar una categorización más precisa y diferenciada, inscribiendo el caudillismo dentro de parámetros temporales que superen la corta duración.

Como hemos sugerido anteriormente los textos escolares tienen condiciones de producción específicas, normas de fabricación ligadas a las instituciones oficiales y marcas de género propias. Estas condiciones tienden a la homogeneización de los textos y al ocultamiento de su relación con los conflictos y proyectos que tienen el aparato escolar como continente y objetivo. Algunas de estas mediaciones cruciales son abordadas en la presentación de Cecilia Braslavsky sobre el caso argentino. Como síntesis de un estado de la cuestión en Argentina, expone resultados y avances de un programa de investigacio-

nes reciente sobre la enseñanza de la historia en el ciclo básico del nivel medio. Estos aportes revisten particular interés, en la medida en que no se limitan al análisis de contenido de los manuales, sino que procuran ampliar el campo de las investigaciones a los programas oficiales para la enseñanza de la historia y al papel de los docentes del nivel medio.

Llaman la atención los resultados de una encuesta tomada en 1988 a 60 historiadores profesionales, muchos

de ellos miembros de la carrera de investigador del CONICET, que evidencian falta de interés por la enseñanza de la historia en los primeros niveles de la enseñanza. Cuestionar y superar esa actitud de indiferencia y abor- dar los textos escolares como emergentes de la gravísima situación de la educación argentina, tal como lo propone Braslavsky, son dos buenas sugerencias y una invitación a preocuparnos más y mejor por la enseñanza de la historia.

Lucas J. Luchilo.

Esta revista se terminó de imprimir en
el mes de marzo de 1992,
en los talleres gráficos de Estudio R.P.R. S.A.
Cabrera 3856, Capital



- > Historia y Antropología
- > Entrevista a Carlo Guinzburg
- > Esquizohistoria e Historiofrenia
- > Archivos e Inmigración

> Una Red para Proteger la Memoria